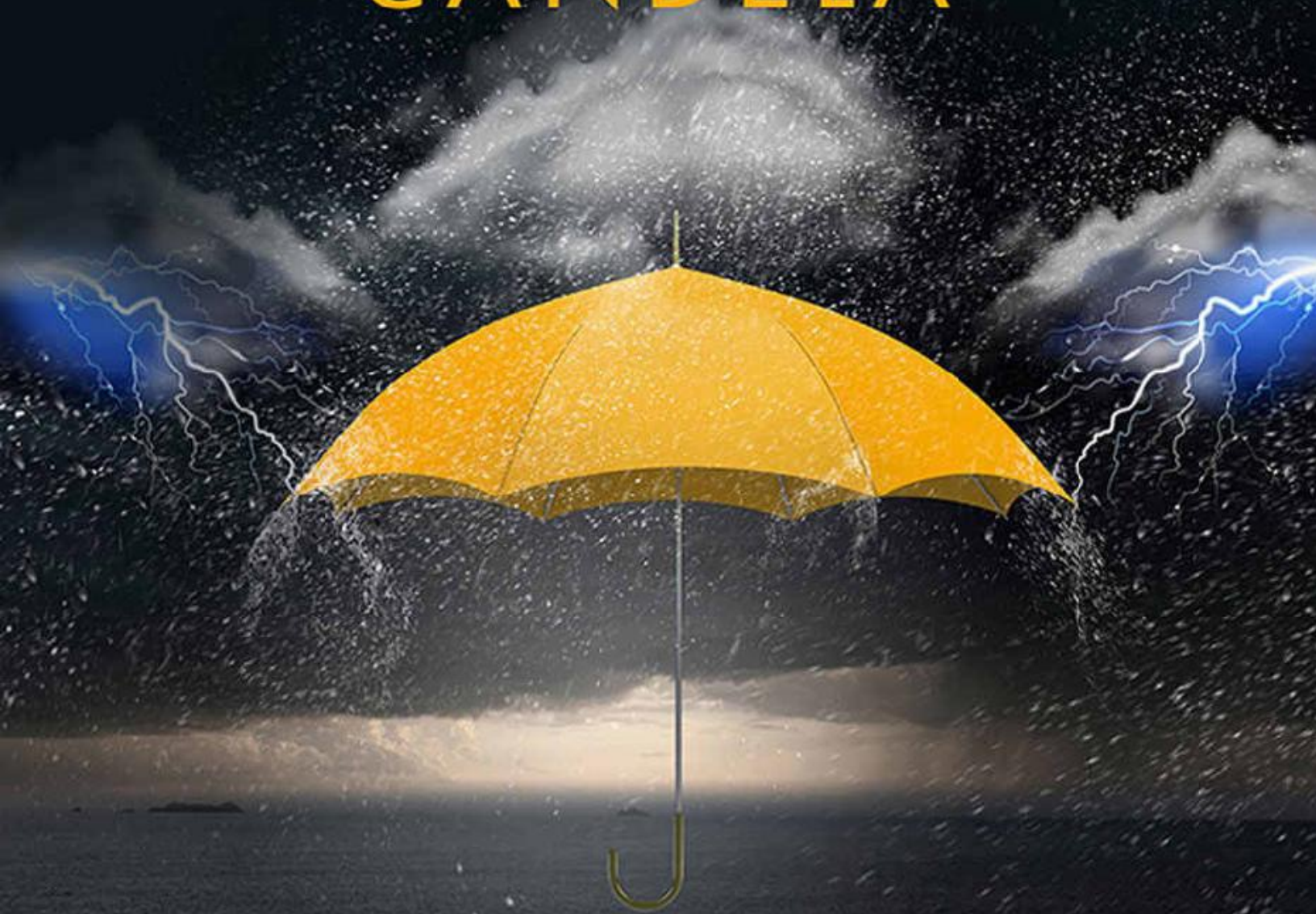


PAULA RIVERS

QUE TE PARTA
UN RAYO,
CANDELA



zafiro[♥]

ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

DEDICATORIA

PARTE METEOROLÓGICO 1. CALIMA EN EL CORAZÓN... DE LA ISLA Y EN EL MÍO

PARTE METEOROLÓGICO 2. BORRO LAS NUBES DEL CIELO, LEO NOTICIAS TRISTES Y YO LES PONGO ALEGRÍA

PARTE METEOROLÓGICO 3. SI TÚ LO DESEAS, LA LUNA CAMINA

PARTE METEOROLÓGICO 4. EL MUNDO EN TUS MANOS Y EL SOL QUE TE MIRA

PARTE METEOROLÓGICO 5. SÚBETE A LA LUNA Y TÍRATE SIN MIEDO

PARTE METEOROLÓGICO 6. TÚ PROVOCAS UN CAMBIO CLIMÁTICO EN MI CORAZÓN

PARTE METEOROLÓGICO 7. ENCIENDO LA NOCHE, ALARGO LOS DÍAS

PARTE METEOROLÓGICO 8. NO IMPORTA QUE LLUEVA SI ESTOY CERCA DE TI

PARTE METEOROLÓGICO 9. CON LO QUE TRAIGA LA MAREA, CON LO QUE PIDA EL CORAZÓN

PARTE METEOROLÓGICO 10. QUERERTE TAN FUERTE... QUE TIEMBLE DE EMOCIÓN EL UNIVERSO

PARTE METEOROLÓGICO 11. SIEMPRE ESTAREMOS CERCA, MI

AMOR, AUNQUE SE ALEJE EL SOL
PARTE METEOROLÓGICO 12. Y CUANDO EL VIENTO LO DIGA YO
VENDRÉ A BUSCARTE
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS
BIOGRAFÍA
REFERENCIAS A LAS CANCIONES
NOTAS
CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Candelaria está considerada como la mayor arpía del Canal 5, una modesta tele local del sur de Tenerife. Su conducta se debe a la frustración que siente al no haber cumplido sus metas profesionales y al haber perdido la fe en los hombres. Para colmo, su vida asexual tampoco ayuda a suavizar su mal carácter.

Gavin es el nuevo hombre del tiempo. Recién llegado del otro lado del charco para gestionar una inesperada herencia en la isla, porta en su maleta varios premios de la CBS. Nadie se explica cómo demonios ha terminado en una cadena tan humilde y, para colmo, voluntariamente.

Pero la verdad es que Gavin tiene una misión casi quimérica que mucho tiene que ver con Candela. Porque si hay alguien que cree en los retos imposibles, ése es él.

Con un cámara muy colocado, un jefe hostigador, una becaria pechugona sin personalidad, las peripecias de una madre intentando ir de moderna y queriendo emparentar a su hija con cualquiera que se le ponga delante, malentendidos y alguna que otra serpiente adicta a las cañerías, esta novela encierra varias entretenidas tormentas, tórridas olas de calor y el más chispeante erotismo. Y si no, que se lo pregunten al hombre del tiempo.

*A los chicos de Efecto Pasillo. Os dedico los títulos de todos capítulos
que son extractos de vuestras letras.
Vuestras canciones me han inspirado esta novela.
¡No cambiéis nunca!*

PARTE METEOROLÓGICO 1

CALIMA EN EL CORAZÓN...

DE LA ISLA Y EN EL MÍO

Era mi momento predilecto del día, a las siete de la mañana en el Starbucks que se ubicaba a dos manzanas de mi piso. Para mí no tenía precio que, nada más verme entrar en el local, Pablo, mi camarero favorito y animador personal, me preparara mi capuchino adulterado de chocolate acompañado de su mejor sonrisa. Mientras trataba de asimilar que ya era lunes y mareaba el café con la cucharilla intentando dibujar algo en la espuma, pensé que, sin duda, como dibujante no tenía futuro, al igual que en todo lo demás. Terminármelo significaba sumergirme en mi caos habitual, por lo que miré el fondo de la taza con cierta consternación. Mi momento idílico se estaba esfumando al mismo ritmo que mi capuchino. Y es que mi ánimo brillaba por su ausencia aquella mañana, mientras asimilaba que comenzaba mi jornada laboral en la televisión local, donde me sentía atrapada desde hacía cinco años. De no ser por eso —y por una calentura en el labio superior con la que me había levantado—, estaría gozando del que era mi mejor momento del día: mi café personalizado y mi exclusivo momento de relax. Tampoco es que la calentura me preocupara mucho, la verdad, sino que nunca comenzaba bien la semana... Además, Mayte, la maquilladora del Canal 5, donde trabajaba, tenía unas manos de oro para arreglar cualquier desastre; era una MacGyver del maquillaje, por lo que eso era lo que menos me inquietaba en aquellos

momentos.

Aquella mañana era algo diferente. Aparte de llegar a la hora, algo inusual en mí, ya que era más impuntual que un cerrajero en domingo, tuve una revelación, y por un momento fue como si abandonase mi cuerpo y fuese una mera espectadora de mí misma. Allí sentada, como si estuviera esperando a que comenzara mi vida, me compadecí de mi persona. Pero ¿qué podía hacer? Después de terminar la carrera de Periodismo, la de Telecom, y de cursar casi media docena de másteres, continuaba atrapada en aquella más que modesta tele local... ¿Qué había pasado con mis ambiciones y mis sueños? Pues que..., de momento, se habían quedado únicamente en eso: sueños. Tan sólo era la imagen matinal de «Tenerife Sur Noticias» del Canal 5 y la agente comercial de la cadena, la cara bonita; ésa era mi triste y deprimente etiqueta.

Eché a andar hacia el coche al terminar mi café para poner rumbo a la nave cutre del Canal 5, que se ubicaba en el polígono industrial de Las Chafiras, en San Miguel de Abona. «Que comience la fiesta», me dije. Y es que la ironía era mi mejor baza para sobrellevar lo negativo de mi vida, algo permanente en mí y en mi forma de ser.

De camino, casi llegando a mi coche, me crucé con dos señoras. Me percaté de cómo me observaban y las oí murmurar mientras no despegaban los ojos de mí. Como ya era costumbre, las miré de reojo y opté por esperar el típico comentario, que no tardó en llegar:

—Oye, mi niña, tú eres la de la tele, ¿verdad?... De las noticias.

—Hasta hoy, sí, señora... —contesté—. Ésa soy yo, la imagen simplona de unos informativos locales —añadí bajito para que no me oyeran, con cierta consternación, pues sentía que era tan sólo célebre entre la gente de la tercera edad de mi ciudad y poco más.

—Qué *salá* eres, y qué bien hablas en la tele, ¡mi niña!

—Muchas gracias, señora, es usted muy amable —respondí mientras forzaba una sonrisa y hacía un ademán de despedida.

Me metí en el coche y la mala gana volvió a apoderarse de mí. Pero ¡qué mal llevaba los lunes!, y me lo acababan de arreglar. Resultaba encantador que la gente te alabase por tu cara bonita y por tener una buena dicción,

¡bravo por mí! Ups..., mi ironía volvía a hacer acto de presencia... «Ay, señora, si supiera usted lo que cuesta estar así de presentable y que casi todo lo que digo frente a la cámara lo leo del *autocue...*»^[1] Así que mis dos carreras y mis muchos másteres no contaban para nada. De eso no se hablaba cuando se referían a mí o me saludaban por la calle. Yo sólo era la imagen, la cara agradable de las noticias matinales..., un asco. Era periodista, pero para los demás, sólo era una presentadora de tres al cuarto, algo que yo pretendía que fuese casual y temporal, una circunstancia que se estaba alargando demasiado y, para mi desgracia, en la que estaba más que encasillada.

Y eso por no hablar de cuando te decían: «Qué trabajo, el tuyo, ahí sentadita y siempre radiante... ¡Ya me gustaría a mí!». Por supuesto que sí..., después de los estudios, de pasarme años como becaria y continuar a mis treinta y cuatro en una cadena de televisión local —ni nacional, ni autonómica siquiera, no, *local*—, vamos..., que era el sueño de mi vida. No cabía en mí de la ilusión. Ansiaba el verdadero periodismo de investigación, trabajar en un diario serio, de prestigio, o, en su defecto, ascender a una cadena de televisión de más relevancia. Y sentía que se me acababan las oportunidades, así como el tiempo, conforme iba cumpliendo años.

La gente no tenía ni *repajolera* idea de cómo era mi vida. Había trabajado la friolera de tres años como becaria para una productora, donde me pasaba el día haciéndoles recaditos a todos, ¡y hasta encubriendo infidelidades varias! Había hecho radio por un mísero sueldo, con los horarios más deleznable, para terminar en el Canal 5 como reportera para todo. Y, para colmo, también era agente comercial por las tardes para la misma cadena, porque no se subvencionaba sola: la ayuda que nos daba el gobierno no cubría ni la mitad de nuestras tristes nóminas, y tirábamos de contratos publicitarios que ofrecíamos a pequeñas empresas para poder mantenernos a flote. Lo que me pagaban no me alcanzaba ni para pipas, así que, para llegar a fin de mes, tenía que recorrerme la isla entera en mis tardes libres intentando conseguir endosarles anuncios varios a todo tipo de negocios medianos y pequeños, y así poder subsistir.

Mientras otros estaban casados, saldando las letras de su perfecta casa con jardín, el préstamo que yo pagaba era el de la operación que había tenido

que hacerme en las orejas para poder ejercer como conductora del noticiario. No he mencionado que era la novia de Dumbo antes, ¿no? Pues sí, y, por lo visto, mis pedazo de pámpanos no cogían en el encuadre de la cámara, así que hubo que cortar por lo sano, y nunca mejor dicho. Más de uno me consideraba una arpía, porque este mundo, aparte de competitivo, es muy traicionero, y tienes que elegir muy bien en quién confiar: o bien esperan que pegues el gran patinazo o son capaces de echarte aceite por donde pisas para que te lo pegues cuanto antes (sí, hasta en una cutre tele local, con tal de ascender a algo mejor y no verme, como era mi caso).

Para colmo, no contaba con muchos amigos o aliados dentro del trabajo, ya que todos tenían una idea muy distorsionada de cómo era yo en realidad, gracias al barrigón de mi jefe y a los rumores que había ido escupiendo sobre mí en un acto de venganza por no haber accedido a acostarme con él en mi época de becaria. Asimismo, había echado a perder mi única oportunidad de pasarme a una cadena autonómica al depender de sus referencias. Jaime, mi jefe, me hizo saber con mucho desparpajo que daría los mejores informes sobre mí si pasaba un fin de semana con él en Santa Cruz, la capital de la isla, a espaldas de su mujer. Como no logró sus pretensiones con respecto a mí, las referencias nunca llegaron, por lo que perdí la ocasión de ascender y salir de aquel agujero. A modo de venganza, él hizo correr entonces el rumor de que había consumado conmigo y de que yo me quitaba las bragas con cualquiera, y, claro, mis compañeros no tenían muy buena imagen de mí, ni se desvivían precisamente por ser agradables conmigo.

Del realizador también era mejor no hablar: para él, las mujeres sólo servíamos para estar al servicio de los hombres y éramos meros objetos sexuales.

Y así de apasionante era mi jornada laboral..., encerrada en una porquería de nave, con una falta de personal y de medios que era para echarse a llorar, sufriendo el mal rollo de mi jefe, que encima era editor y director del informativo, por lo que tenía que compartir mesa con él en el plató. En fin, los únicos que no eran unos capullos conmigo eran Josué, un cámara que lo único que decía era «Tú *pasha* de tó» y poco más, pero es que siempre iba muy *fumao*, y el rarito del chico del tiempo, que, aparte de ser nuevo y la mar

de misterioso, era hermético como un erizo, pero, irónicamente, era el que mejor me caía, porque al menos no ansiaba mi vagina como la mayoría. ¡Ni que yo tuviese entre las piernas la fuente de la inmortalidad o la solución para alcanzar la paz mundial! Era agotador estar a la defensiva todo el santo día cuando todos me consideraban una superficial y una chica fácil gracias a mi jefe, pero si deseaba trabajar de lo mío era lo que tocaba aguantar.

Menos mal que tenía a Guasimara, una amiga y compañera de redacción, y a mi madre, que me sorprendía con sus locas ocurrencias a diario y, con ello, conseguía alegrarme el día. En fin...

Llegué en apenas quince minutos a la nave con la motivación encumbrada, como siempre. Después de cruzar un par de fríos «Buenos días» con unos compañeros, me dirigí a la sala de juntas, «la cocina», como la llamábamos coloquialmente, donde organizábamos toda la información y el trabajo semanal. Allí celebrábamos la reunión de cada lunes antes de comenzar la maratónica semana, la reunión del consejo, como suele llamarse en las grandes cadenas, donde se deciden los temas que van a componer el informativo, se establece la escaleta del noticiario, del magazín posterior y toda la programación semanal. Reparto de tareas y blablablá sobre recuperar el pico de audiencia por parte de Jaime —disco rayado hasta la saciedad—, que todos nos sabíamos de memoria; sí, mi jefe, el productor ejecutivo de la cadena y director de informativos. Y, para colmo, aquella mañana también tenía que soportar alguna que otra mirada asesina concentrada en mí, más concretamente de una becaria pechugona que ansiaba mi puesto más que respirar para utilizarlo como trampolín en su carrera. A buen sitio había venido a dar...

En la sala de juntas, observé con resignación a mi jefe desde la otra punta de la mesa mientras éste desnudaba con la mirada a la nueva becaria, a quien había pedido que se sentara en un lugar estratégico desde donde no perderse detalle de su lucido escote. Sentí vergüenza ajena, aparte de una gran indignación. Mientras él no paraba de hablar de las noticias de más impacto social, y a lo que tendríamos que darle más margen, se le iban los ojos, al muy cretino. «Ojalá tenga una erección y todos se den cuenta... —pensaba yo mientras ponía una sonrisilla de diablesa—. Aunque igual la tiene tan

pequeña que ya la ha sufrido y ni le luce...» Fue pensar eso y se me escapó una carcajada, algo que no le pasó en absoluto desapercibido a Jaime, que no desaprovechó la oportunidad:

—Candelaria Betancort, ¿te hacen gracia los últimos bombardeos ocurridos en Siria? —me preguntó con una mirada de prepotencia.

—Perdón, por supuesto que no... Estaba en otra parte, lo siento —respondí mientras intentaba recobrar la compostura, meterme en situación y seguir el tema.

La verdad es que ni siquiera sabía que estaba tocando un tema tan delicado. Como editor y director de informativos, Jaime tenía un aprobado justo, así, por los pelos, pero como persona dejaba mucho que desear. Eso, por no hablar de que no sabía mantener el pene dentro de los pantalones, y, desde mi rotundo «no» para fugarme con él a Santa Cruz a espaldas de su mujer, no desaprovechaba la más mínima oportunidad para hacerme la vida imposible.

Un instante después, Guasimara hizo acto de presencia en la sala con la habitual prensa del día y comenzó a repartirla por la mesa. Chicharrera como yo hasta la médula —así nos llamaban a los tinerfeños—, puede que Guasi fuera de las pocas amigas que tenía por aquella época en aquel pequeño avispero, donde todas querían ser la avispa reina. Cuando me entregó mi lote, me guiñó un ojo a modo de saludo, que le devolví.

En cuanto mi jefe se percató de que todos teníamos nuestro material y de que Guasi se había sentado ya a mi lado, como de costumbre, comenzó a decir:

—Bien, con lo nacional primero; seguimos con la periferia, y quiero dar relevancia a los incendios de la isla de La Palma, un especial de diez o quince minutos. Recabad todos los datos que podáis. Candelaria, trabaja en la desaparición del niño en el centro comercial San Telmo. Al ser una noticia de última hora y de proximidad, quiero que te involucres totalmente con ella, tira de la edición digital y habla con los policías que llevan el caso, contrasta toda la información, quiero hasta el más mínimo detalle sobre el tema.

—De acuerdo —me limité a decir.

Sin embargo, me percaté de que no apartaba los ojos de mí, hasta que

soltó:

—¿Se puede saber qué es eso que tienes en la boca? Por Dios, que sales en antena... ¿No puedes ocuparte siquiera de estar presentable? Tu nivel de incompetencia no tiene límites —me propinó con el rencor que seguía guardándome tras no haber aceptado acostarme con él—. Que alguien le diga a Mayte que venga de inmediato, a ver si se puede hacer algo con ese desastre —terminó señalando mi labio..., y a mí, cómo no.

Sin embargo, apenas me afectaba que me tratase así; al contrario, me complacía saber que algo escapaba a su control, algo o alguien como yo, y lo mucho que lo fastidiaba. Y así iba a continuar por mi parte.

Guasi avisó a Mayte, que se presentó en cuestión de segundos en la sala, aunque la nave donde se preparaban los informativos tampoco es que fuese demasiado grande, y de una sección a otra apenas teníamos que movernos mucho.

—¿Dónde está el fuego? —preguntó mientras entraba en la «cocina» con su inseparable té en la mano.

—Ahí lo tienes —dijo mi jefe señalándome con desprecio, como si, en vez de una calentura labial, viviésemos en la Edad Media y llevase la letra escarlata estampada en la frente.

Le sonreí a Mayte y ella abrió unos ojos como platos al mirarme de frente.

—Mi niña, ¡peaso calentura! A ver... —dijo acercándose y dejando su té sobre la mesa. A continuación, tras inspeccionarme un rato el labio, soltó—: Bueno, te pondré una crema antiviral y un protector impermeable antes del corrector. Bah, no se notará nada, muchacha.

—El aire acondicionado habrá sido, o un *airón* de la calle... Los cambios bruscos de temperatura, ya se sabe... Lo siento mucho, Mayte.

—Eso no es nada, luego te paso la crema, y nada de sol, ¿eh?, y en un par de días desaparecerá.

—Gracias, eres la mejor.

—Ya quisiera —contestó cogiendo de nuevo su taza de té y dando un sorbo al tiempo que echaba un vistazo rápido a la sala—. Falta gente, ¿no? ¿Alguna baja esta semana y algo más grave que una calentura? No habrás

mandado a Rayco a una fábrica de piensos o algo así... —preguntó dirigiéndose a Jaime al tiempo que soltaba una risilla.

Mi jefe enviaba al pobre Rayco a cubrir los peores reportajes, y Mayte, al ver que allí sólo estábamos Jaime, la becaria de tetas *michelínicas*, Guasi y la presente, se lo imaginó. La verdad es que, como tele local que éramos, teníamos muy limitado el territorio para dar grandes noticias. Rayco era el reportero de calle (ni corresponsal me atrevo a llamarlo, ya que nos iría muy grande), y el pobre había terminado hasta cubriendo un parto de una burra en la isla de Fuerteventura. Sí, ya sé que los burros son muy monos y están en peligro de extinción, eso tiene su parte de importancia, pero, cuando había que llenar espacio en los informativos —y teníamos un espacio muy grande que llenar en el informativo o el magazín—, a mi jefe se le ocurrían ideas de gran relevancia como aquélla. Así nos iba.

—No, Rayco está en Adeje, en el colegio Los Olivos, para cubrir la vuelta al cole después de las vacaciones navideñas. Conectaremos en directo con él a mitad de informativo. Y Gavin, como siempre, por ahí con sus mapas del radar y sus predicciones meteorológicas. Bueno, tampoco hace falta que esté aquí, mientras no se acerque una tormenta tropical... —le contestó mi jefe.

—Y Andrés de vacaciones todavía, ¿no? —lo interrumpió Mayte—. Ay, Rayco, con lo que le gustan los niños..., estará en su salsa —ironizó mientras intentaba esconder la mueca de burla de su rostro con la taza de té.

La verdad es que el pobre Rayco odiaba a los niños, y era mutuo, porque ellos también lo odiaban a él. Imaginarlo en un colegio el primer día de clase después de las vacaciones..., pobre hombre. Con el comentario de Mayte, a mí se me escapó una pequeña carcajada, cosa que no le pasó desapercibida a Jaime, que aprovechó la oportunidad para volver a pincharme:

—¿Alguna idea creativa que compartir con nosotros, Candelaria?

Todos mis conocidos me llamaban Candy. Candelaria me hacía sentirme mayor, él lo sabía, y tan sólo se dirigía a mí por mi nombre completo para chincharme.

—No, pero no te preocupes, serás el primero en oírla si se me ocurre alguna, para que la tengas en cuenta, como siempre... —le respondí con todo

el sarcasmo de que fui capaz, pues solía ignorar todas mis ideas descaradamente.

—Me alegro —dijo él con retintín. Luego se quedó un rato pensativo y me espetó—: Como Andrés no está, usaremos *colas* para los deportes, tú lo sustituirás.

Colas eran los vídeos que sólo contenían imagen y sonido ambiente, sin locución, que debía ponerla en directo el presentador. Un coñazo, porque era como hacer un documental, y cuadrar la locución con la imagen en tiempo récord era toda una faena. Sobre todo, para mí, que en deportes estaba muy verde y me iba a tocar improvisar, algo de lo más arriesgado, porque, si metía la pata, la gente lo recordaría siempre. Eso sí sería peor que llevar la letra escarlata tatuada en la frente.

—¿Yo dando los deportes? Podríamos montar mi voz con las imágenes en Realización y enlazar luego —declaré pasmada.

Estaba claro que tan sólo lo hacía para molestarme.

—Me gusta el directo, es más dinámico, ¿algún problema? —replicó él.

Forcé una sonrisa de lo más falsa. Era evidente que no iba a considerar mi sugerencia, así que tuve que tomármelo como otro reto más y arriesgar.

—Ninguno —respondí, no dispuesta a darle el gusto.

Jaime me miró con desdén y, a continuación, nos fue entregando a todos una copia en papel de la parrilla de ese día.

—Bien, éste es el orden: tenemos veintiocho noticias en total y dos huecos para imprevistos y noticias de última hora. Los rellenaríamos conectando de nuevo con Rayco en el colegio si se diera el caso de que no tuviéramos nada. Que Guasi se encargue de los teletipos, el intercambio de noticias con otras cadenas y lo de siempre. ¿Alguna pregunta?

Todos negamos con la cabeza.

—Pues, venga, todo el mundo a la redacción.

Y, como borreguitos, nos dirigimos cada uno a nuestra mesa.

Cuando terminé de recabar toda la información y de redactar las noticias que me habían sido asignadas, me dirigí a la mesa de Yeray. Él se ocupaba del montaje de imágenes, era el realizador del programa y nos ayudaba asimismo en la redacción. También él andaba con el detector de vaginas

activado todo el día, y aunque yo negase hasta la saciedad ser como Jaime me pintaba, no me creía y me atosigaba siempre con lo mismo.

Me detuve junto a su mesa, lo miré y suspiré resignada antes de preguntarle:

—¿Me montas las imágenes para la noticia del niño desaparecido?

—Gavin se te ha adelantado: me ha pasado la info para que le montara los mapas del tiempo y las animaciones correspondientes. Lo siento, nena. Aunque eso de «me montas» ha sonado más que bien...

Me repateaba que me llamara «nena», o «piba», como hacía constantemente, pero ignoraba siempre sus comentarios.

—Bueno, y ¿cuándo piensas tenerlas listas? ¿Dos minutos antes de entrar en antena? —dije poniendo los ojos en blanco. Sabía lo que vendría a continuación. Jaime y él eran tan simplones como un libro infantil abierto.

—El sexo siempre me ayuda a concentrarme: nos vamos al cuarto de las escobas y lo termino en un pispás..., en lo que te fumas el cigarrillo de después de lo satisfecha que te voy a dejar, pi-bi-ta.

—¿No te cansas? Con la única que te vas a acostar en ese sucio cuartucho es con la escoba, y, sí, me voy a fumar un cigarrillo, pero de lo *enervá* que me pones, ¡so cretino! —respondí más atacada que la Kardashian sin un paloselfi a mano.

—Qué pasional, hummm... ¿Vamos? —insistió, aunque yo sabía que tan sólo lo hacía para chincharme.

—¡Ni *jarta grifa*![2] —le espeté antes de largarle un guantazo, y luego salí de la nave a fumarme el cigarrillo.

Al final me había quedado más que satisfecha, y sin pasar por el cuarto de las escobas, ¡qué cosas!, aunque sintiendo unos pinchazos en la mano que *pa'* qué, pero había valido la pena.

Cuando regresé al interior, me senté a terminar de redactar las dos últimas noticias que me faltaban, esas que aún tendría que revisar Jaime, como todas, las mismas que leería yo luego frente a la cámara, en mi *autocue*.

Estaba dándole el repaso final, la verdad es que me había enredado de más con el caso del niño desaparecido en San Telmo. No podía ni imaginar por lo que debía de estar pasando la familia, y una gran impotencia se había

apoderado de mí, tanto, que le dediqué más tiempo del que debería, hasta que en un momento dado oí un carraspeo que sonó muy cerca. Levanté la vista de la pantalla de mi ordenador y vi a Mayte sentada en un lateral de mi mesa.

—¿Qué? —le recriminé por su forma de mirarme.

—Pues que solamente queda media hora... ¿Piensas pasar por peluquería o quieres que todo Tenerife te vea con esos pelos en las noticias de hoy?

—¿Media qué? ¿Ya? ¡Ay, que se me ha ido el baifo![3]

—Como una baifa[4] estás tú. Anda, tira... —me espetó aguantándose la risa.

—Voy volando.

Seguí a Mayte hasta maquillaje. Vi que le estaban dando los últimos retoques a Gavin, el nuevo, y no tuve más remedio que sentarme a su lado. Con él cruzaba un par de frases cada mañana y poco más; era de los pocos inofensivos, pero aquel día yo estaba de un humor de perros y ni ganas tenía de ser diplomática con él (aparte de que era lunes, había recibido la primera bronca de Jaime demasiado temprano). Así pues, esperé. Él siempre iniciaba la conversación en maquillaje, por lo que tan sólo tuve que contar mentalmente desde diez hacia atrás. Cuando iba por el cuatro, se volvió hacia mí y me preguntó:

—¿Qué tal el *finde*? Excluyendo la calentura de tu labio, claro.

—Bien, como siempre, excluyendo eso, claro.

Y se hizo el silencio. La cuenta atrás continuó en mi mente: tres, dos, uno...

—Se suele preguntar: «¿Y el tuyo? ¿Qué tal tu *finde*?», aunque sea por educación, ¿sabes? —insistió.

—¿Ah, sí? Y ¿quién ha dicho que yo sea educada?... Bueno, ¿qué tal tu *finde*?

—Bah, déjalo. Ya se me han quitado las ganas de hablar contigo —respondió con cierta resignación.

—Me partes el corazón —alegué con sarcasmo.

—Ojalá lo tuvieras. Cómo has cambiado —me espetó.

Luego se quitó los protectores de papel del cuello de la camisa y salió sin más, dejándome totalmente confundida.

—¿Que he cambiado?... ¿A qué ha venido eso? ¡Ni que me conociese para saber cómo era yo antes! Hasta el nuevo quiere fastidiarme —protesté desconcertada y un poco ofendida.

Gavin apenas llevaba dos meses en la cadena para hablarme así, y me pareció incluso ridículo.

—Déjalo, es medio rarito, medio ermitaño. ¿Vas a ir a la playa esta tarde o algo? —me preguntó Mayte.

—¡Qué va! Tengo que visitar unos restaurantes en el norte y un par de autoescuelas, a ver si consigo unos contratos de publicidad para la cadena. Este mes necesito sacar comisiones extras como sea, se me ha muerto la nevera, así que hoy me pateo el norte hasta que consiga endosarle a algún negocio un contrato de publi, y no pienso regresar a mi casa hasta que lo logre. Necesito una nevera nueva y no puedo pagar nada más a plazos ya, estoy hasta arriba.

—Vale, entonces..., estás muy mona, pero voy a hacerte un alisado, así esta tarde vas cómoda y mañana sólo tengo que retocártelo, ¿te parece?

—Lo que quieras, Mayte, sabes que me fío de ti. Eres la única que es verdaderamente amable aquí conmigo, además de Guasi.

—Bueno..., tú eres un poco arisca y contestona, chica, todo hay que decirlo... Por otra parte, los demás se toman el hecho de que nunca vayas a las comidas de empresa como un desprecio, piensan que te crees superior a ellos.

—Ya... —me limité a decir.

Yo tenía mis razones para no ir a las cenas y a las comidas de empresa, pero no deseaba hablar del tema. Todos me tachaban de arpía y de trepa por los rumores que mi jefe había iniciado sobre mí, pero ¿cómo podían creerse esas cosas? Si hubiera sido una verdadera trepa, no continuaría estancada en la tele local..., había que ser corto de mente. Si deseaban creer a mi jefe, que me había acostado con él y con quién sabe Dios más, allá ellos, yo no pensaba perder el tiempo defendiendo mi honor ante personas que me juzgaban por meros chismorreos, no se merecían mis esfuerzos. Y, por el mismo motivo, tampoco me apetecía compartir fiestas ni comidas con quienes me habían puesto una etiqueta sin ni siquiera darme una oportunidad

y conocerme de verdad.

En fin, tras quedar hecha un pincel, me llevé mis notas, así como las noticias impresas que leería en el *cue*, por si hubiera algún imprevisto, revisadas con anterioridad por Jaime, y me senté tras mi mesa en el plató. Mayte nos dio los últimos toques y, como siempre, se realizaron las comprobaciones de rutina, la prueba de sonido, la reproducción de vídeo y las conexiones en directo. Me puse el pinganillo en la oreja y esperé la señal de Yeray como cada mañana.

Miré a mi jefe. Su barriga estaba medrando a *golpitos aceleraos*, como decimos en Canarias. «Unos pocos centímetros más, ponle dos meses..., y no le llegarán los brazos a la mesa ni estirándolos —me dije—. La panza le choca con el borde de la mesa de tal modo que tendrá que usar el paloselfi de alargador para coger sus notas.» Y tenía más entradas... Debía de ser de tanta gomina, por eso estaba quedándose sin pelo, o de comer tanta carne de cerdo... Total, se estaba convirtiendo en uno..., un cretino cincuentón que me odiaba tanto como yo a él. Observé que tenía el pie en el pedal del *autocue* y tuve que aguantarme la risa. Yo solía leer las noticias del tirón, no necesitaba pausar nunca el texto del *cue* con el pedal, mientras que a él... nunca, jamás en cinco años lo había visto dar las noticias sin levantar el pie del mismo.

Dios, necesitaba centrarme en otra persona que no fuera él antes de salir en antena, o saldría con la peor cara de lunes de mi historia televisiva. Miré a Josué, el cámara, un tipo *fumao* y medio hippy, aunque al menos él era buena persona, iba a lo suyo y no buscaba fastidiar a nadie. Estaba bueno, el *jodío*: morenazo, fuertote, guapetón, canarión (o, lo que es lo mismo, de la isla de al lado, de Gran Canaria). Si no llevase los pantalones en las caderas y supiera para qué servía el jabón..., qué lástima que sufriese el síndrome de la higiene distraída... Bueno, mi expresión había pasado del asco a la pena, pero aún no era suficiente, así que continué con mi reconocimiento visual. Yeray, el realizador, también estaba bueno, pero era el capullo más grande que había conocido, machista perdido, y sin solución. Gavin era rarito, era un caso especial y un misterio para todos nosotros. Llevaba poco tiempo en la cadena, tan sólo algunas semanas, y era muy celoso de su vida privada. Lo poco que

sabíamos es que había tenido un trabajo cojonudo en Estados Unidos, para un canal nacional, haciendo documentales sobre el clima: tornados, grandes nevadas... Se había recorrido medio país con ello, un trabajo de nivel que le había permitido conocer mundo, y absolutamente nadie entendía por qué lo había dejado y terminado en nuestra modesta televisión local. Había toda clase de habladurías y cuchicheos al respecto, cómo no: en nuestra tele corrían más los rumores que las noticias. Él sí había triunfado en el extranjero y había logrado el sueño de cualquiera de nosotros, pero un día había decidido dejarlo todo para venirse a vivir a Tenerife. Era de locos y un misterio que nadie entendía, un secreto que él guardaba celosamente. Educado y conversador, hasta que tocabas cualquier tema relacionado con su vida: o se iba por las ramas o solía inventarse cualquier excusa para salir airoso. Muy intelectual y campestre, por lo que decían. Otro morenazo, pero no tenía gusto para vestir fuera de antena. Gracias a las tiendas que nos prestaban la ropa y a las chicas que lo asesoraban, que si no...

Ese día iba impecable. La camisa color oliva acentuaba aún más sus ojos verdes y su tez bronceada por el sol, y los pitillos oscuros le quedaban de cine; no a todos los hombres les sentaban bien, pero doy fe de que a él sí, vaya si no. La verdad es que su imagen había cambiado de forma notable desde su llegada a la isla con su piel pálida. El clima lo había embellecido: el tono dorado de su bronceado le sentaba de muerte y resaltaba el verde de sus ojos, e incluso se le habían aclarado unos mechones de su pelo avellana por el salitre y el efecto del sol. Alguna vez lo había visto fuera de la cadena de manera fugaz con sus camisas de cuadros..., que le quitaban todo el atractivo. Menos mal que no se vestía de la misma forma en plató, porque entre el croma de los mapas meteorológicos y sus cuadros, la que podría haber liado. No era el típico cachas ni de complexión atlética; estaba en ese punto perfecto para ser presentador del tiempo, ni más ni menos. Gracias al acoso por parte de mi jefe y de los demás, sólo así podía verlo, a él y a todos los demás miembros del sexo opuesto dentro de mi ambiente de trabajo. Me fijaba en su imagen y nada más, sin ninguna connotación sexual. Se habían encargado bien de anularme en ese sentido, y hasta se lo agradecía. Al menos, en horas laborales ni siquiera me acordaba de ello, aunque fuera de la

tele... la cosa era bien diferente.

Además, aunque pueda sonar superficial, me había prohibido a mí misma liarme con alguien de la cadena, por si se daba el caso de que un rollo se convertía en una relación y me veía atrapada para siempre en aquel empleo a causa de mi pareja, teniendo bebés, y, con ello, me veía obligada a renunciar a un futuro pudiendo coger un avión donde me diesen una oportunidad laboral mejor. Aun así, esa meta cada día se difuminaba y se alejaba más, pues ¿qué cazatalentos visitaría una tele local?, o ¿a qué productora o personalidad del mundo periodístico les íbamos a interesar nosotros? No obstante, yo me despertaba cada mañana con esa esperanza, era lo que me ayudaba a levantarme a diario y a continuar en aquel avispero donde las avispas machos no me respetaban y lo que más deseaban era clavarme su aguijón.

Aunque, hablando de aguijones, la verdad era que ya estaba sufriendo la ausencia de sexo. Mi última relación me había dejado bastante tocada, había estado a punto de consumirme. Él parecía tan maduro, tan todo..., y, en cambio, lo pagué bien caro. Y ni siquiera aproveché en el tema del sexo... En fin, creo que tenía un lío con el clítoris y el punto G, y que andaba un poco pez en anatomía femenina, además de que no sabía diferenciar entre pellizcos y tirones, y de que besarle era como besar a una cabra comiendo hierba. En resumen, para olvidar.

Sí, necesitaba sexo, y sólo me quedaba tirar de *sex-shop*, pero lo cierto es que ya estaba un poco cansada de tanto juguete... Necesitaba carne que estrujar y que me estrujase, sentir el deseo de un hombre sobre mí, la piel sudorosa, las prisas, la impaciencia, que me tocaran y tocar, ser muy traviesa y que lo fueran conmigo, una noche de auténtica perversión sin límites hasta acabar exhausta de placer con alguien medianamente experto. No estaba en celo, no, lo mío era otro nivel; lo necesitaba para salvaguardar la cordura ya, y no sabía muy bien qué camino tomar, en vista de mi frustrante presente y mis experiencias pasadas.

—Dos minutos —me sopló de repente Yeray por el pinganillo.

Eso me hizo regresar a la realidad y hacer un paréntesis de mis devaneos mentales sobre mi falta de relaciones. Dos minutos y estábamos en antena.

Me volví y vi a Jaime con el dedo en la oreja; Yeray también lo había avisado. Me sonrió y me dirigió un gesto de afirmación. Dios, tenía que centrarme en otra cosa que no fueran los hombres antes de dos minutos. Ordené mis notas y miré hacia delante. La becaria estaba observándonos pegada a Josué, el operador de cámara. Tan introvertida y callada..., se la veía tan manejable... Mi jefe pretendía hacerla su nueva esclava, y no sólo sexual, con falsas promesas, estaba segura. Si no tienes agallas, el mundo de los informativos no es el tuyo. Si hieren tus sentimientos con facilidad, quizá tampoco lo sea, porque tendrás que exponer noticias de todo tipo y te afectarán. Esta profesión puede contigo a veces, y no todo el mundo vale para hablar con entereza de cualquier tema. Sentí pena por ella, y por una parte hasta me vino bien para mi estado de ánimo, porque la primera noticia de la que iba a hablar no era nueva, pero sí estaba vigente. Se trataba del tema de los refugiados, del éxodo sirio, y debía dar cifras. Cómo odiaba dar esas cifras... Prefería infinitamente las que se referían a la lotería de Navidad, y cuando le tocaba a gente trabajadora..., ésas eran mis favoritas. Ésas seguían emocionándome y alegrándome como el primer día.

—Un minuto —oí que decía Yeray por el pinganillo. Y la cuenta atrás continuó—: Treinta segundos... Diez segundos... Candy, cabecera en tres, dos, uno... y entramos.

—Buenos días, Tenerife. El lunes 10 de enero arranca con la vuelta al cole de los más pequeños de la casa y con la persistente calima que aún nos acompaña. Éstas son algunas de las noticias con las que comenzamos la semana, abrimos sumario y titulares de aquí y de más allá de nuestras fronteras.

Acto seguido, exhibí mi sonrisa de lunes y di paso a Jaime, que me saludó también tras los titulares. Me miraba como si tuviésemos el mejor buen rollo del mundo. Cómo lo odiaba..., hipócrita. Y tenía que aguantarme. Sí, lo cierto es que hay que tener carisma y ser muy buen actor para conducir unos informativos y, sobre todo, mucha, pero que mucha templanza.

Cuando llegó el momento de los deportes, Jaime me escrudiñaba con la mirada, esperando el más mínimo patinazo por mi parte para restregármelo después por la cara. Lo que él no sabía era que eso mismo era lo que a mí me

hacía crecerme, poner toda la carne en el asador y hacerlo mejor que nunca. Decepcionado porque su plan no hubiera salido a su gusto, dio paso a la previsión meteorológica con Gavin, que siempre la remataba con una de sus metáforas o algún dato anecdótico sobre la fruta de temporada —cosa que a mí personalmente me parecía una cursilada—, y posteriormente finalizamos la emisión.

El resto de la mañana transcurrió en preparar el magazín que conducían Jaime y Guasi a continuación, como cada día, elaborar los reportajes de parrilla, los montajes, dos cafés y terminar la aquí presente hablando de la conservación del litoral y de la flora de nuestra isla para rellenar un hueco en el programa que ni sabíamos cómo salvar.

Al fin llegó mi momento deseado —«fuera pinganillo»—, y dejé la contención para volver a ser yo misma. Estaba terminando de recoger mi mesa cuando Guasi se acercó para preguntarme:

—¿Te vienes a comer al puerto?

Sabía bien a lo que se refería, así que le respondí con otra pregunta.

—¿Con los patrocinadores? —dije poniendo una expresión de lo más arisca.

Pasaba de aguantar a Jaime también fuera de plató. Ya era suficiente para mí tener que hacerlo cada mañana, y aunque la comida de patrocinio fuese de alta cocina, prefería eludir esa pésima compañía.

—¿Y qué? Es comida de lujo, y gratis. Anda, ven, porfa —insistió Guasi, poniendo una expresión de súplica de lo más infantil.

—Lo siento, como con mi madre hoy. Vente tú con nosotras y dales plantón a esos carcas.

—No sé... Es que contaba con convencerte para que me acompañaras, pero si tengo que ir yo sola con ésos... —Se quedó pensativa unos segundos y al final optó por preguntarme—: ¿Dónde has quedado con tu madre?

—En Palm-Mar, cerca de su tienda de *souvenirs*. En La Gamba Loca, ¿lo conoces? Nosotras ya somos como de la casa de las veces que repetimos allí, como de la familia.

—No, pero suena bien. Vale, me apunto.

—Genial, mi madre hace mucho que no te ve y se alegrará un montón si

llegamos juntas. Además, allí se come de muerte. Dame cinco minutos —le pedí, y fui a por mis cosas.

Cogí mi bolso y mi agenda, donde tenía planeada mi ruta como comercial para aquella tarde, una agenda toda desgastada, con las tapas despegadas. Estaba tan hecha polvo como mi coche, un viejo Ford Capri del año 82, blanco, bueno..., más bien color óxido de lo carcomido que estaba y, para rematarlo, lleno de abollones como consecuencia del rodaje que le daba en mis tardes por toda la isla, aparcarlo en cualquier lugar con tal de ganar tiempo y encontrarme con más de una sorpresa a mi vuelta.

Salimos hacia el sur y conseguí estacionar tan cerca de la terraza donde íbamos a comer que incluso mi madre podía ver cómo aparcaba. Nos observaba sonriente, paciente, hasta que llegamos a su mesa. Entonces se incorporó de su silla y saludó primero a Guasimara.

—¡Guasi, qué sorpresa, cuánto tiempo sin verte, mi niña, y qué morena estás! —y le dio dos besos.

Luego se dirigió a mí, me abrazó y comenzó a estrujarme como de costumbre mientras decía:

—¡Hija, qué flacucha estás, como un *pejín!*^[5] Hoy te voy a hacer comer como Dios manda, y esa melena azabache tuya ya va necesitando un buen corte, y a ver si visitas más la playa para coger color, que pareces una turista en vez de una chicha de pura cepa.

—Sí, *ma*, pero en cuanto a lo de cebarme..., lo llevas claro.

¿Para qué llevarle la contraria sobre lo último? Si estaba morena casi de nacimiento, ¡que había nacido y vivía en Tenerife! Pero mi madre necesitaba verme como el carbón. ¿Flaca?... Bueno, eso sí, que no paraba en todo el día haciendo rodaje con mi chatarra por toda la isla y más de una vez me saltaba más de una comida por falta de tiempo.

Mi madre, cosa predecible, adoptó su rol particular y atacó el interrogatorio al que estaba más que acostumbrada:

—¿Aún no hay novio? ¿O un rollo de esos sin compromiso como hacéis ahora los jóvenes?

—No, *ma* —contesté armada de paciencia y resignación esperando lo siguiente. ¿He mencionado lo predecible que era y que sigue siendo?

—Dos semanas sin verte, y ¿para qué? Para que sigas sin novedades buenas. Dos semanas hace —recalcó de nuevo— que tienes a tu madre abandonada. Te llevé en mi vientre, treinta y ocho horas de parto, y te crie, para que luego no tengas tiempo ni para un café con una madre que te adora.

—*Ma...*, ¿treinta y ocho? La última vez que me echaste en cara que te tengo abandonada me dijiste que fueron veinticuatro. Cada día subes más —dije estallando en carcajadas—, a ver si te aclaras.

Cuando iba a replicar, mientras tomábamos asiento, Guasimara intentó echarme un capote.

—Está muy liada, de verdad. La pobre sale de la nave y se pasa la tarde visitando negocios para las comisiones. No para, yo creo que por eso está tan flaca.

—No la defiendas, Guasi, para una madre siempre se saca tiempo. —Luego me miró a mí—. Sabes que si te hace falta dinero sólo tienes que pedírmelo, y no dejarte los pies recorriendo media isla cada tarde.

—No me regañes. ¿Ya has pedido? —le pregunté para cambiar de tema.

—Claro que no, os esperaba. ¿Qué queréis comer? Ya he pedido una botella de tinto de Tacoronte.

—Mamá, que tengo que conducir... —murmuré mientras estudiaba la carta del menú—. Quiero un té frío y una ensalada de la casa, con mucho queso.

—Tú sigue así, apenas comes carne y vas a coger una anemia. Mira qué flaca estás, te vas a enfermar.

—No me apetece comer carne, y beber vino menos aún.

—Bueno, pues yo voy a pedir ensalada y unos chicharros a la brasa para las tres.

—Por mí, bien —dijo Guasi.

—¿Vas a pedir pescado?

—Pues sí, si no quieres carne, al menos mete vitamina B en ese cuerpo afilado que tienes.

Después de resignarme, el camarero nos tomó nota y posteriormente trajo las bebidas.

Mientras esperábamos la comida, mi madre sometió a Guasi a un

interrogatorio tipo Gestapo sobre su novio y su relación con él. Estaban pensando en comprarse una vivienda juntos, y mi madre no desaprovechó ni una ocasión para lanzarme indirectas del tipo «a ver cuándo haces tú lo mismo». Hasta que llegó nuestra comida.

—Chicharros a la brasa para tres lindas chicharreras —nos agasajó Pedro, el camarero de confianza.

—Ea, que no se diga, que a los tinerfeños nos llaman chichas por algo. Que sabemos del buen comer —soltó mi madre.

—¿Has hablado con Airam últimamente? —le pregunté.

—Pues sí, a diferencia de ti, tu hermano me llama dos veces por semana.

—Bueno, no compares, él está en Madrid y es normal que te llame; yo vivo en la misma ciudad que tú, nos vemos cuando queremos.

—No, cuando tú quieres, que me tienes abandonada.

—Que estoy muy liada, mamá. No seas tan dramática, tampoco hace tanto que no te llamo.

—Come, anda, come, voy a aprender de una vez a usar ese WhatsApp, porque las llamadas perdidas que te hago hasta me las ignoras.

—Eso puede ser divertido, sí, hazlo —le contesté aguantándome la risa mientras me imaginaba a mi madre intentando enviar un mensaje de WhatsApp.

Aún recordaba cuando puse como tono de espera al Luisma hablando, el personaje de la serie «Aída», y mi madre se ponía a hablar con él como si fuera a contestarle..., lo que me reí aquella vez. «Oye, quería hablar con... ¿Quién eres tú? A ver si me he equivocado... ¿Oye? ¿Oye?...» Y cuando me contó que me había llamado y que le había salido un hombre muy raro que no le hacía caso..., me estuve riendo un mes. Así que lo del WhatsApp suponía que iba a ser, como mínimo, interesante.

A mi hermano Airam lo echaba mucho de menos. Era el cerebritito de la familia, trabajaba en Madrid, nada menos que en la sede de Google en España. Se había casado hacía poco con la que parecía ser la nuera perfecta para mi madre, una inglesa supereducada a la que yo veía como a una Mary Poppins moderna en versión rubia, y ya esperaban su primer hijo. Airam tenía la vida perfecta, lo había conseguido todo, y yo me sentía un poco como

la oveja negra, o la menos notable, de la familia.

Comenzamos a comer y me percaté de que mi madre estaba algo nerviosa. Me miraba de reojo, como si quisiera iniciar algún tema y no supiera por dónde empezar. Al final, se decidió:

—Hay un alemán guapísimo que viene a menudo por la tienda, es muy educado y se le ve muy formal...

—Me alegro de que tengas clientes tan estupendos, *ma* —repuse, e hice como si no supiera por dónde iban los tiros.

—No te digo que te cases con él... Además, ha venido para dos o tres semanas y luego se va. Podrías servirle de guía por la isla y, de paso, darle una alegría a ese cuerpo escuálido que se te está quedando. Igual te entra el apetito con un poco de ejercicio y una buena sacudida germana... —terminó riendo, risa a la que se unió Guasi, que no me quitaba ojo.

—No tengo tiempo, mamá, no insistas, y no me hables así... ¡Eres mi madre!

—Pues... le he hablado de ti y...

—Y ¿qué, mamá? Ay, que me lo veo venir... —murmuré tapándome los ojos.

—No te enfades, pero lo he invitado a comer con nosotras: es aquel que está aparcando al lado de tu coche. Vaya, no es muy puntual, que digamos —determinó mientras miraba su reloj de pulsera.

Estuve a punto de atragantarme con un trozo de aguacate de la ensalada cuando la oí, y, con la pala del pescado en mano, voceé:

—¡Yo te mato veinte veces!

—Pues mátame después, pero ahora intenta ser educada con él, por favor. Con la que tienes que enfadarte es conmigo, el pobre no tiene culpa, ¿de acuerdo? No seas desagradable con él.

—¡Que me levanto y me voy! —exclamé, aunque en realidad ya me había levantado de la mesa antes de pronunciarlo siquiera.

—Y pensar que casi me voy a comer con los patrocinadores y me pierdo esto..., va a ser divertido —soltó Guasi aguantándose la risa.

Le propiné tal pisotón que dio un brinco en la silla. La muy cochina tenía una sonrisa pícaro mientras yo la asesinaba con la mirada.

Volvimos a sentarnos, yo la primera, para intentar tranquilizarme.

El guiri llegó a nuestra mesa y todas nos levantamos de nuevo; yo, la última, loca de contenta con la emboscada de mi madre (véase el sarcasmo). Más que alemán, a mí me parecía un personaje salido de la serie «Juego de tronos»; lo habría ubicado más al norte. Rubio, de complexión fuerte, muy alto, ojos verdes, y con una barba muy bien cuidada, semejaba un vikingo en toda regla.

—Éste es Jurgen. Y ellas son Guasi y Candy, la preciosidad que tengo por hija —anunció mi madre sin aclarar quién era quién entre mi amiga y yo.

—Preciosa, sí. *Hallo*, Candy —saludó el tal Jurgen alargando la mano en dirección a Guasi.

«Bien empezamos», pensé, y tuve que contener la risa.

—No, no, no, ella es Guasi. Mi hija es esta otra —le aclaró mi madre indicándole quién era yo.

Guasimara se aguantaba la risa, y el germano se giró hacia mí haciéndome una reverencia que me pareció de lo más gracioso.

—Disculpar tú, yo no saber...

«Tú, Jane; yo..., *Chita*... Ea», pensé.

—Jurgen no habla mucho nuestro idioma, tenéis que perdonarlo —lo disculpó mi madre.

—Pues yo el alemán ni lo champurreo, a ver qué hacemos —manifesté.

—¿Champú..., qué? Ah, jabón de pelo, pasodoble, mucha fiesta..., España muy bueno, yo entender, pero hablar pocas palabras, estar aprendiendo curso intensivo.

—Éste no se entera de *ná*, puedo ponerlo verde y tan contento. A ver, Jurgen, ¿tú de *Spanisch* cuánto hablas? ¿Qué sabes decir en español?

—Yo aprender dos semanas..., mujer latina gusta, paella, torero y olé. Yo aprender mucho más en dos semanas, gusta fútbol, ¡hala, Madrid!

—Bien, odio el arroz y soy antimadridista. Si es que los llaman cabezas cuadradas por algo, le ha faltado mencionar la siesta, si es que...

—Hija...

—¿Qué? Si no se entera de nada, mamá, ¡qué más da!

Jurgen se volvió hacia mi madre para que le tradujera. La verdad es que,

con los años que llevaba con su tienda de *souvenirs*, la *jodía* se defendía de muerte con casi cualquier idioma. Sin embargo, estaba segura de que no le traduciría literalmente lo que yo había dicho, sino que le contaría cualquier milonga al rubiales sin yo saberlo.

Guasi no hacía más que murmurarme que cómo me miraba el vikingo, que se veía que yo le había entrado por el ojo, mientras que, a mí, lo único que me apetecía era ponérselo morado.

—Qué calor hace... Mamá, deberías haber escogido otra mesa donde corriera más el aire —dejé caer mientras me abanicaba con la mano.

El tal Jurgen no entendió ni papa, pero tradujo mis gestos y soltó:

—Yo estar caliente también.

A riesgo de atragantarme con su declaración, estuve a punto de escupir la comida en el acto.

Mi madre posó una mano en la espalda del chico de forma muy maternal y lo corrigió:

—Se dice «tengo calor también», no «estar caliente», Jurgen.

Luego le habló en alemán y le explicó el doble sentido de sus palabras. El *Deutsche* se puso rojo como un pimiento del piquillo.

—Tú disculpar, yo errar idioma.

—Nada, Tarzán, practica mucho, dale ahí con ganas, a ver si hoy te sale una frase en condiciones.

El vikingo no hacía sino mirarme y remirarme y me estaba poniendo nerviosa. Su físico imponía, casi me daba miedo..., tanto, que no estaba disfrutando de la comida con mi madre y con Guasi.

El camarero vino al fin a tomarle nota al alemán, y aproveché el momento para murmurarle a mi amiga:

—Éste pide un litro de cerveza fijo.

Pero Jurgen me oyó, y eso lo entendió, el muy pícaro.

—Yo no *bier*; yo, deporte, recuperar litros.

—Se dice electrolitos —volvió a corregirlo mi madre.

—Que es deportista, dice... Éste quiere impresionarte a toda costa, Candy, se le nota —me susurró Guasi.

—Aquarius y *fisch* para comer también.

—¿Con peces de colores o sin ellos quiere el acuario? —bromeó el camarero.

—Pedro, ni te esfuerces con tus bromas: aquí, el vikingo no se entera de nada. Tráele su Aquarius y unas aceitunas *violadas* para picar mientras llega su pescado.

—Marchando entonces.

—¿Aceitunas, qué? Eso no está en la carta —preguntó Guasi.

—No hagas caso. A mi hija ya la conocen aquí..., son las aceitunas sin hueso atravesadas por un pepinillo. Ya sabes cómo es...

El *Deutsche* seguía sin quitarme los ojos de encima, y me agasajó con lo que para mí era un trabalenguas:

—*Du hast mir ein Lächeln auf das Gesicht gezaubert.* —«Tú haces que una sonrisa se dibuje en mi cara.»

—¡Ay, lo quiero como nuero! —exclamó mi madre al instante.

—¿Qué ha dicho? —le pregunté.

Luego lo miré a él, que, sonriendo, me dijo:

—Yo no querer importunar tú —y, a continuación, le susurró algo al oído a mi madre para que no me lo tradujese.

¡Y me quedé con las ganas! Me había pagado con mi misma moneda.

Finalmente me divertí con la comida, disfrutando de las peripecias y los malabares que hacía el pobre alemán con el lenguaje. Y ¡cómo comía!, terminó pidiendo gambas al ajillo, aunque los llamó «bichos», papas *arrugás* y casi todo lo típico de nuestra periferia. Reponer electrolitos, no sé, pero comer, comió como si fuese un oso a punto de invernar.

Al final me compadecí del pobre; total, al igual que yo, él también había acabado en una encerrona por parte de mi madre. Intenté ser amable, pero no pude evitar estallar en carcajadas cada vez que la cagaba con el idioma.

Cuando nos despedimos, dejé a Guasi en su casa y me dirigí al norte; el sur lo tenía ya muy barrido con los patrocinios, e iba a probar suerte en lugares nuevos. Sin duda prefería el norte de la isla, mi zona favorita desde siempre, más tranquila y más verde que donde yo vivía, pero no podía permitirme pagar un alquiler en Puerto de la Cruz ni en sueños, por lo que había fijado mi residencia en el sur, en Los Cristianos. Allí, pagaba un

alquiler de cuatrocientos euros, lo que no era desorbitado, y tenía la suerte de vivir junto al mar, con una terraza con las mejores vistas a la playa del mismo nombre: Las Vistas. A lo largo del paseo marítimo abarrotado de tiendas y locales comerciales sin tanto glamur, pero algo verdaderamente imprescindible para mí, aunque fuese una zona muy turística y bulliciosa. Vivía sobre un restaurante chino, pero me sentía privilegiada de poder residir allí.

Después de patear varias calles de restaurantes, visitar una clínica dental y hasta una de estética, dar la murga hasta la saciedad, coger datos y fijar días y horas para ir a grabar el anuncio publicitario correspondiente para nuestra cadena, di por finalizada mi maratoniana tarde de comercial.

Lo que más adoraba y adoraré siempre de mi isla es el sinfín de terrazas que posee a lo largo de la costa en las que intentar relajarte. Y digo «intentar» porque ese día yo no lo lograba. Después de cerrar el último contrato publicitario con el propietario de una de ellas, estaba sentada en la misma, mirando al mar cerca de la playa de El Muelle, tratando de encontrar el relax. Adoraba esa zona; la mezcla de las tradicionales edificaciones tinerfeñas, con su colorido, combinadas con la modernidad de los hoteles la hacían única, por no mencionar el castillo de San Felipe, una fortificación del siglo XVII, con su representativo tono negro ceniza, construida con bloques de lava volcánica. El castillo, que había demostrado su eficacia ante muchos ataques piratas en su época, había sido reconvertido en espacio cultural, cuyo cometido era albergar exposiciones y era a menudo escenario de conciertos bajo la protección del Patrimonio Histórico Español. Sin duda le daba más personalidad a aquella zona emblemática. Cerré los ojos y me centré en el sonido de las olas, pero, en vez de distenderme, no hacía más que estar pendiente de detalles absurdos, como preocuparme por mis caros zapatos: como las olas estaban demasiado cerca de la tarima de madera de la terraza donde me ubicaba, comencé a sospechar que me los iban a estropear. La gran pleamar y —sí, mi debilidad— unos buenos zapatos eran totalmente incompatibles. Hasta llegué a pensar que quizá debería prestar más atención a las tablas de mareas que Gavin presentaba en sus pronósticos al final de nuestro informativo.

Aquella tarde no podía relajarme, estaba estresada e insatisfecha con mi vida como nunca, pendiente de mis zapatos e incapaz de desconectar. Encima, mi ánimo iba decayendo cada vez más. En lo profesional no había cumplido mis metas, y en lo sentimental tampoco. No obstante, no es que hubiese tirado la toalla; no, lo que ocurría es que ni siquiera me lo había planteado, nunca había sentido la necesidad de ligarme a nadie o compartir mi vida, y, en parte, la culpa la tenían mi jefe y mis compañeros de trabajo por su continuo atosigamiento. Quizá en la cadena tuvieran razón y, en cierto modo, sí fuera algo superficial y también un poco arpía. La falta de relaciones físicas era lo único que echaba de menos en determinados momentos. Intentaba ser positiva: por ello no iba a dejar de girar el mundo ni de salir el sol cada mañana. Pretendía convencerme de que mi vida no era tan patética, gozaba de buena salud, una familia que adoraba, un piso pequeño pero coqueto y una amiga de verdad, Guasi.

Vivir esperando que te ocurra algo mejor no es vivir, es estar esperando, y yo estaba dejando de hacerlo. Trataba de disfrutar de los pequeños detalles, y, aunque a veces me acechase un vacío que me impedía disfrutar de esos mínimos placeres, al menos intentaba gozar del presente. Una buena comida, una película o un documental de investigación, de esos que desearía realizar algún día... Eso era lo único que ambicionaba realmente, una idea que, sin embargo, ya comenzaba a abandonar y que era más una ilusión que un sueño, un sueño inalcanzable.

Mis intentos por relajarme y mis devaneos mentales se esfumaron al instante cuando un moreno macizo se plantó frente a mí.

—¿Puedo invitarte a una cerveza?

¡Cómo estaba el espécimen!, y por el acento era de la zona. Pero yo ni siquiera había tocado la infusión que había pedido, así que respondí:

—Ya estoy tomando algo, pero te lo agradezco.

Y entonces me quedé atónita. Se acercó a mí lo que consideré demasiado, sorprendiéndome, acorralándome por completo, apoyando sus fibrosos brazos en la mesa y obligándome a recostarme hacia atrás, mientras me decía:

—¿Qué pasa? Eres la piba de las noticias, lo sé. ¿Por eso te crees mejor que yo para despreciarme una cerveza?

—Lo... lo siento, es que no me apetece una cerveza, acababa de pedir un té cuando has llegado, así que... Perdona, ¿puedes dejarme espacio, por favor? —le pedí perpleja.

Lo tenía casi pegado a mi cara, con sus brazos apoyados en la mesa y proyectando su cuerpo hacia mí. Estaba bueno, pero su actitud agresiva no me hizo ni pizca de gracia, y cuando percibí su olor..., Dios..., a sudor agrio combinado con su aliento rancio... Estaba claro que iba más que bebido, y sus formas... Deseaba más que nada que se fuese de mi vista. Hasta llegué a echar de menos al vikingo que me había presentado mi madre.

—Ah, ¿estoy molestando a la señorita? Pues tienes cara de que te va la marcha, y yo tengo lo que quieres, te lo garantizo —dijo cogiéndome por la muñeca e intentando alzarme para pegar su boca a la mía—. Con un adelanto te darás cuenta de lo que hablo.

—¡Suéltame! ¡Pero ¿tú de qué vas?!

—Voy de lo que tú quieras, nena.

Y, para colmo, me llamaba nena, algo que odiaba más incluso que sentir sus sucias zarpas sobre mí mientras seguíamos forcejeando.

A continuación, oí un «¡Suéltala!» y una ráfaga de cuadros de colores pasó frente a mis ojos. Cuando giré la cabeza vi que Gavin se había abalanzado sobre él y habían acabado ambos en el agua. Sí, el nuevo, el chico rarito del tiempo. La ráfaga de cuadros no era otra cosa más que una de las horribles camisas sin mangas que solía ponerse en su tiempo libre. Observé cómo batallaban ambos en la orilla sin saber muy bien qué hacer ni de dónde demonios había salido Gavin.

En cuestión de minutos, éste ganó la contienda y le pidió al tipo que se marchara antes de acabar peor de lo que estaba.

—Deja de asediar así a las mujeres o, en vez de ligar, te vas a ganar una denuncia —añadió.

El dueño del local y dos camareros se acercaron entonces, pero, viendo que la situación estaba controlada, desistieron de intervenir o llamar a la policía.

El tipo se alejó mirándome con rabia y resquemor mientras Gavin regresaba a la tarima de madera totalmente mojado y se quitaba la camisa de

forma brusca, aún bajo la tensión de la pelea. Yo no podía apartar los ojos de él, de su torso casi perfecto, totalmente mojado. Experimenté una sensación como si el tiempo se detuviera, se me secó la boca, se me aceleró el pulso y me sentí rara, muy rara, y extrañada de mi propia reacción, tanto..., que enseguida me puse a la defensiva. Porque, no, no lo veía «impecable» como habitualmente cuando se preparaba para dar el parte en el informativo; esa tarde, el adjetivo «impecable» se tornó en «más que apetecible», y, con dificultad y boquiabierto, le pregunté encubriendo mi estado:

—¿Qué... qué haces tú aquí?

—¿Qué hago aquí? ¿Ni «gracias por quitármelo de encima» ni nada parecido? —me recriminó mientras escurría el exceso de agua de su horrible camisa de cuadros.

—No te lo he pedido, tenía la situación controlada.

—¿Alucinas? ¡Ese tipo te doblaba en tamaño y la tenía bien tomada contigo! Cada vez que lo pienso..., me dan ganas de matarlo.

Gavin estaba realmente furioso, fuera de sí. Su reacción incluso me halagó.

—¿Tanto te afecta que a mí...?

—No me malinterpretes: odio a los machistas agresivos que creen que pueden hacer lo que quieran con total impunidad, sólo eso.

—Ah..., vaya —contesté algo decepcionada.

Percibí entonces cómo su furia se iba disipando, cómo su tensión iba disminuyendo. A continuación, me dedicó una sonrisa relajada y me preguntó:

—¿Puedo sentarme?

—¿Sentarte? No sé, quizá deberías secarte... —respondí confundida.

—A mí me da igual. A no ser que a ti te incomode que te vean con un tío medio desnudo y mojado, yo no tengo problema —dejó caer y, sin más, se sentó frente a mí con toda la naturalidad del mundo, como si no hubiese acabado de pelearse y no estuviese totalmente empapado.

Reparé entonces en que tenía una pequeña brecha cerca de la ceja izquierda que no dejaba de sangrar y le hice un gesto indicándole la herida.

—¿Qué? —preguntó tocándose la sien. Se miró los dedos y vio la sangre

—. ¿Está muy mal? Notaba algo deslizarse, pero como estoy mojado he pensado que era agua.

—No sé, deberías ponerte algo, tengo un botiquín en el maletero de mi coche —le sugerí mientras me quitaba el fular del cuello y se lo ofrecía—. Presiona la herida con esto hasta que lleguemos.

—¿Tú... siendo amable? —me preguntó sin cortarse, y, con ello, me hizo recordar la fama de arpía y de superficial que tenía en la cadena.

Hacía tiempo que no me afectaba, pero esa tarde me dolió.

—Bueno, para ser justa, me has quitado a ese borracho de encima, es lo menos que puedo hacer. Además, soy la mayor de mis hermanos, tengo bastante experiencia de mi época de adolescente: he hecho más curas de éstas de las que puedas imaginar, por si así te quedas más tranquilo —le dije, pero en realidad me apetecía contestar: «Aunque sea una arpía, me siento en la obligación de devolvarte el favor, capullo».

—No lo digo por eso.

—Te lo debo, ¿no?

—No me debes nada, en serio. Haría lo mismo por una desconocida si la viese en apuros.

—Pero lo has hecho por mí, así que sígueme, no he aparcado lejos —le pedí levantándome de la silla.

Gavin me siguió finalmente hasta el parking de la plaza de Europa —había estacionado muy cerca de la cofradía de pescadores—, mientras continuaba presionando la herida con mi fular. Al llegar al coche, abrí el maletero, rebusqué y primero saqué una toalla.

—Toma. Siempre llevo una por si termino pronto mi ruta y ando cerca de una buena playa, aunque tenga tiempo únicamente para darme un chapuzón. Sécate un poco.

—Gracias —dijo, y se apoyó en el guardabarros del coche mientras lo hacía.

Abrí el botiquín, preparé una gasa esterilizada con agua oxigenada y me dispuse a limpiar la sangre para poder ver la herida con claridad. Me situé muy cerca de él... y, al hacerlo, me sorprendió cómo mis hormonas comenzaron a traicionarme... ¿por Gavin? Todos mis sentidos se inundaron

de él. Su olor, masculino pero muy particular, me encantó, tanto..., que en ese momento estaba convencida de poder diferenciarlo de cualquier otro hombre, estaba segura. Mezclado con el aroma del salitre del mar, era aún más embriagador, y percibía su respiración tan cerca... Su torso, el pelo mojado, que le sentaba tan bien al condenado... Incluso deseé odiarlo por el modo en que había entrado en celo por su culpa en aquellos momentos. Él era el único responsable, sin sospecharlo siquiera. No tenía unos músculos bien definidos ni tampoco era un enclenque, sino que estaba en su punto justo, por lo que, para colmo, era mi tipo de hombre. A excepción de sus camisas de cuadros sin mangas, claro, y si no hubiera trabajado en el mismo lugar que yo..., aquel día me hubiese prestado a que hiciera conmigo lo que quisiera apoyados en el guardabarros trasero de mi coche.

Me había sentido atraída por hombres con anterioridad, pero muy pocas veces de aquel modo. Sólo podía compararlo con mi profesor de ciencias a mis quince años, o con un chico extranjero de pelo largo que conocí en la universidad. Este último me gustaba mucho y, cuando al fin concertamos una cita, desapareció sin más de la faz de la Tierra y ya nunca volví a saber de él. No me podía creer que tuviese que remontarme tanto tiempo atrás en el pasado para poder comparar la atracción que sentía por Gavin aquella tarde. Aparte de en celo, estaba desconcertada.

—Vivo muy cerca de aquí —comentó.

Yo estaba absorta, casi comiéndome con la mirada cada centímetro de su torso.

—¿Qué?

—Antes me has preguntado qué hacía aquí. Bajaba a cenar, siempre ceno aquí —me aclaró.

—¿Tan tarde es? ¿O es que cenas como los ingleses? —pregunté sorprendida por la hora que era, y envidiándolo al mismo tiempo por poder permitirse vivir allí.

—Más o menos. Luego este restaurante se llena y es imposible coger mesa. Suelo cenar temprano y después subo a casa.

Me llené de valor intentando disimular mis reacciones, cogí la gasa, me acerqué de nuevo a su rostro y me dispuse a limpiarle la herida.

—Espero que no te escueza mucho.

—Podré resistirlo —bromeó sin apartar los ojos de mí.

Aproximé la gasa a la herida e, inevitablemente, nuestras miradas conectaron. Maldije lo guapo que era, y cómo rayos no me había fijado, o el hecho de que no me hubiese afectado antes. Pero, claro, nunca lo había visto completamente mojado, semidesnudo y, para colmo, peleándose por mí.

«Concéntrate», me decía a mí misma. Y ¿por qué tenía que mirarme así? Estaba en la postura perfecta para que, de un empujón, lo metiera en mi maletero, lo secuestrase y lo llevase a mi casa. «No, no, no... Céntrate en la herida. Que no te tiemble el pulso y, sobre todo, que él no lo note.» Gavin me sonreía, y yo me preguntaba si era porque se había dado cuenta de mi estado. Rezaba para que no fuese así.

—¿Y bien? ¿Crees que necesito puntos? Me parece que me golpeó con la pulsera de acero de su reloj, puede que fuese eso, todo ocurrió demasiado rápido.

—No es una herida muy profunda, tengo unos puntos de papel que creo que te servirán. Pero Mayte te matará cuando te vea llegar con eso mañana —mencioné refiriéndome a la maquilladora de los informativos.

—Sí, es verdad, pero he oído que quien te la ha montado esta mañana por la calentura de tu labio ha sido Jaime —observó y, así como terminó la frase, sus ojos se dirigieron hacia mi boca como un reflejo automático.

«No, no mires mi boca», gritaba para mis adentros. Yo, reprimiéndome, y él con aquella mirada era como si me incitase a comerle la suya con desespero. Trasladó la vista a mis ojos de nuevo, pero no me sentí para nada aliviada con ello. Rompí el contacto yendo al botiquín en busca de los puntos de papel, pero su olor... Aquel hombre poseía un aroma exclusivo, tan característico..., tan maravilloso. Los corté del tamaño ideal y me dispuse a ponérselos para que la herida cerrase. Cuando iba a hacerlo, él me lo impidió cogiéndome de la muñeca, me miró y soltó sin más:

—Hasta con esa calentura tienes los labios más apetecibles que he visto nunca.

Estábamos a milímetros de distancia, la punta de mi nariz casi rozaba la suya, y hasta notaba su respiración sobre mi cara. A riesgo de tartamudear,

arriesgué un simple y seco:

—Gracias.

Gavin continuó inmóvil, ni siquiera pestañeó. Seguía clavando la mirada en mi boca, pero noté un pequeño temblor, un escalofrío en su cuerpo, y le sugerí haciéndome la fuerte, aunque me estuviese derritiendo por dentro:

—Empieza a refrescar, deberías desnudarte..., ¡por Dios!, quiero decir..., cambiarte la ropa mojada o pillarás un resfriado —y el tono pimentón emergió al momento en mis mejillas. Pero ¿qué demonios había dicho?

Él apretó los labios reprimiendo la risa, pero luego, y para mi alivio, rompió el contacto visual conmigo, como si hubiese hecho algo malo y yo le hubiera dado a entender que sus intenciones o su forma de mirarme me ofendían. Rascándose la nuca y evitando mi mirada, se excusó y percibí decepción en sus palabras:

—Esto..., sí, debería ir a cambiarme a mi casa.

—Sí, deberías... —titubeé.

La tensión era palpable entre ambos. Gavin retomó la misma posición de antes, sin dejar de mirarme, como si esperase algo sin tentar a la suerte, y yo..., en fin, casi del mismo modo, estaba totalmente anestesiada. El momento se me hizo eterno.

—Al final me quedo sin cenar —bromeó rompiendo el incómodo silencio.

—Lo siento, ha sido culpa mía —dije bajando la cabeza, pudiendo zafarme así de su mirada y escapar de aquella especie de tortura.

—Estoy pensando... Podría ir a cambiarme y cenar juntos, ¿qué te parece? Incluso deberías invitarme tú: una brecha en mi ceja es un buen motivo para que lo hagas —dejó caer.

No sabía si lo decía en serio o si estaba bromeando, pero las piernas comenzaron a temblarme. Hacía mucho que nada me ponía tan nerviosa, y me sorprendí de mi temor de no saber llevar la situación, así que me excusé de la forma más ridícula.

—Creo... creo que no es buena idea, yo vivo en el sur y me espera un largo trayecto hasta llegar a casa, y odio conducir de noche... Estaré encantada de pagarte la cena si quieres, pero es mejor que vaya regresando

ya.

—Como prefieras —dijo sonriendo.

A pesar de haber escuchado mis palabras, vislumbraba la duda en mi mirada, en mi tono; creo que incluso se divertía al notarme tan tensa. Hacía mucho que no me veía en una situación tan embarazosa, y me sentí de lo más ridícula.

Se incorporó separándose del coche y me devolvió la toalla. Yo cerré el maletero y me dispuse a ir hacia la puerta del conductor, pero las piernas me temblaban y caminaba a cámara lenta para intentar disimularlo.

—Bueno..., siento lo de tu cara —señalé. ¿De veras había dicho eso?

Estaba totalmente en blanco, y mi soltura y mi clase para caminar se transformaron en evidente torpeza.

—Es un rasguño, se irá en cuestión de días, no te preocupes —intentó tranquilizarme mientras no dejaba de observarme divertido.

Y, como me temía, el nerviosismo hizo que yo comenzara a desvariar.

—Bue... buenas noches, Gavin, nos vemos mañana, qué remedio... Digo..., o sea..., que remedio por lo de ir a trabajar, no por coincidir contigo... Bueno, no me hagas caso, empiezo a decir tonterías, es el cansancio, yo qué sé... En fin, pues lo dicho... —Y, antes de acabar la frase, mis ojos me traicionaron y bajaron a su entrepierna.

Juro que fue un segundo, pero, para mi desgracia, el muy gañán se dio cuenta.

—¿Seguro que estás en condiciones de conducir? Te noto nerviosa... —preguntó divertido.

—Perfectamente, muy cansada, eso es todo.

—Vale, igual volvemos a coincidir fuera de los informativos, si andas de aquí para allá todas las tardes, como hoy aquí, en el norte, y en mi barrio.

—Quizá, ya ves que siempre estoy muy ocupada. Bueno, hasta mañana, Gavin.

—Hasta mañana, Candy, conduce con cuidado —me sugirió con una sonrisa Profidén.

Se estaba divirtiendo a costa de mi penosa actuación, pues me había comportado peor que una insegura adolescente. Para colmo, era la primera

vez que me llamaba Candy, y no Candelaria, como estaba acostumbrada a que lo hiciera, pero con lo nerviosa que estaba ni siquiera reparé en ese detalle hasta que estuve dentro de mi coche.

Di un acelerón que casi dejó la huella de los neumáticos en el asfalto. Miré por el retrovisor y lo vi, inmóvil, riéndose de mí o de la situación todavía. Lo odié en el acto.

A unos dos kilómetros, paré en un arcén y comencé a golpear el volante y a maldecirme a mí misma: «Estúpida, estúpida... Pero ¿qué coño me ha pasado con ése? ¿Será que la edad me está ablandando?». Grité y volví a golpear el volante hasta que conseguí desahogarme del todo. Cuando recuperé la serenidad, retomé mi ruta de regreso.

Llegué a casa, dejé el bolso y las llaves en el recibidor de la entrada y, cuando me llevé una mano al cuello para despojarme del fular, entonces recordé que se lo había prestado a Gavin para que presionase con él su herida. Era mi favorito y no me lo había devuelto, y en el estado en que estaba temía que lo tirara a la basura al llegar a su casa, así que me apenó pensar que quizá no lo recuperaría.

Decidí darme un lago baño y olvidar mi pésimo día: estaba exhausta, tenía los pies doloridos de visitar comercios y restaurantes cerca del mar para llegar a mi cuota de comisiones publicitarias, y me sentía frustrada por no haber recuperado mi fular favorito, por mi ridícula actuación frente a Gavin. Me avergoncé de mí misma por mi falta de seguridad en nuestro peculiar encuentro. Yo tenía el don de la palabra, formaba parte de mi profesión; ante los hombres solía salir siempre airosa y con la voz cantante, derrochando glamur haciéndome la interesante, y, en cambio, con él me había lucido... Mi triste excusa para no cenar con él..., Dios, ¡si hasta le había mirado el paquete!, sin duda el broche de oro de un día para olvidar. Me comí un par de sándwiches y me acosté enseguida, aunque apenas pude dormir.

PARTE METEOROLÓGICO 2

BORRO LAS NUBES DEL CIELO, LEO NOTICIAS TRISTES Y YO LES PONGO ALEGRÍA

Por la mañana, y después de mi preciado momento mañanero en el Starbucks y de la charla con Pablo, mi camarero favorito, puse rumbo al trabajo.

Aquella mañana, la redacción era un hervidero: noticias que había que acortar, otras que alargar, ajustar los tiempos, los teletipos, hacer y rehacer, peleando contra reloj para presentar las nuevas pesquisas sobre Daniel Sánchez, el niño de ocho años desaparecido en el sur, antes de que lo hicieran otros medios de comunicación. Competir con las ediciones digitales era lo peor, y hasta Gavin andaba más que liado de lo normal con el programa especial «Cambio climático», que estaba terminando de preparar en paralelo con sus pronósticos diarios y demás.

Cuando estaba colgando el teléfono, Guasi se acercó a mí:

—¿Cómo vas de tiempo?

—Superjusta, acabo de hablar con el capitán de la Guardia Civil que lleva el caso del niño de San Telmo. Han emprendido una nueva batida por el sur y se está preparando un efectivo para extenderla por toda la isla. Lo he convencido para que hable conmigo en directo en medio del informativo,

pero estoy esperando que Jaime suelte el maldito teléfono para preguntarle en qué momento lo haremos. Aún no se ha hecho la escaleta, él lleva toda la mañana pegado al auricular, y casi no queda tiempo para modificaciones.

—Ya me he fijado, y tiene una cara de cabreo...

—Estará hablando con los jefes o con su mujer, cualquiera de esas dos opciones. Se ve que le están apretando las tuercas.

Y nos echamos a reír.

—Y ¿hay alguna novedad más sobre el niño? Es tan extraño que haya desaparecido estando con sus padres de compras en un centro comercial... ¿Han descubierto algo? —me preguntó con preocupación.

—Ha sido un secuestro, aprovechando una pequeña distracción por parte de los padres... En fin, sabes que tengo muy buena relación con el capitán de la Guardia Civil de Santa Cruz, y lo que voy a decirte ni siquiera se lo puedo contar a Jaime: es secreto de sumario.

—Pues vaya asco disponer de novedades y no poder contarlas, ¿no?

—Me ha prometido darme la exclusiva de todo en cuanto se levante el secreto de sumario.

—Eso es otra cosa. Pero, cuéntame, ¿quién lo secuestró y con qué motivo? ¿Cómo supieron que fue un secuestro?

—Te cuento, pero ni una palabra de momento; al capitán puede costarle su puesto de trabajo, y, a mí, su confianza.

—Soy una tumba.

—Pues... —Miré a ambos lados de mi mesa para asegurarme de que nadie nos escuchaba y comencé a transmitirle la información que me había dado el capitán Hernández—. La Guardia Civil ha revisado las grabaciones de las cámaras de vigilancia del centro comercial, más concretamente, las del parking. Vieron a dos individuos introducir a un niño en una furgoneta y sospecharon de la actitud del chiquillo al mostrar cierta resistencia a entrar en el vehículo, a pesar de que estaba drogado y no era de las mismas características que el niño que están buscando.

—Si no era de las mismas características... Y ¿cómo saben que iba drogado?... Me dejás flipando.

—Vas a alucinar: por la forma de caminar del crío. Verás, después de

raptarlo, lo metieron en los baños públicos del centro comercial, lo drogaron y le cambiaron la ropa..., hasta le cortaron el pelo para que nadie lo reconociese. A pesar de la mala calidad de la grabación, pudieron sacar un primer plano de los individuos y, por lo visto, pertenecen a una organización de trata de niños que actúa por toda Europa. Las autoridades canarias ya están en contacto con la Interpol incluso. Por eso saben que le administraron estupefacientes, porque esa banda actúa así en otros lugares, aunque es la primera vez que lo hacen aquí. Han puesto controles en los aeropuertos y en las estaciones marítimas para cuando intenten salir de la isla con el niño. Tienen la matrícula de la furgoneta, y es sólo cuestión de horas que los arresten.

—De película... Qué pena que pase algo así en nuestra isla.

—Aquí o en cualquier parte, Guasi, es terrible.

—Y qué bien organizados... Le cambian la ropa y todo para que piensen que es otro niño y no el que andan buscando. Pero ¿no tendría que haber estado en el colegio ayer? Encima, el primer día, y lunes después de las vacaciones de Navidad.

—Por lo visto, no fue al colegio porque tenía una cita con el médico a primera hora. Al salir del centro de salud, los padres decidieron pasar por San Telmo a hacer unas compras, aprovechando el pistoletazo de salida de las rebajas de enero.

—Pues qué mala suerte, cómo estarán esos padres...

—Te lo puedes imaginar. ¿Ahora entiendes por qué no puedo contar nada? Si yo o cualquier persona lo hace público y los secuestradores se enteran por los medios de que han sido reconocidos y que la Guardia Civil está tras ellos, podrían deshacerse del niño de malas maneras incluso para eludir la condena.

»Sólo espero que todo acabe bien y dar la noticia de un feliz desenlace; es lo que más deseo. Esto es una isla, sólo pueden salir por aire o por mar, estoy deseando que el capitán se ponga en contacto conmigo.

—Ojalá, Candy.

—Ya verás como sí.

El sonido de un golpe nos hizo volver la cabeza hacia el despacho de

Jaime, que había dejado caer su pedante cabeza contra el cristal de la puerta de su despacho. Daba la impresión de estar muy enfadado y tenía un aire de impotencia en el rostro.

—Jaime tiene cara de lunes en martes; eso, sumado a su habitual prepotencia... Vaya día nos espera.

Volvimos a reír. Pero nos duró poco. Jaime por fin había colgado el teléfono, salió a la puerta con cara de pocos amigos y nos gritó a todos:

—A la sala de juntas, dejad todo lo que estéis haciendo, ¡ahora!

Inmediatamente me levanté de mi mesa.

Guasi me miró sorprendida.

—¿Crees que se habrá enterado de una supernoticia de última hora o será que nos va a echar la bronca por algo?

—Uf..., espero que sea la primera opción, aunque haya que rehacer la escaleta desde el principio.

Fuimos entrando en la sala y, cuando todos estuvimos sentados alrededor de la mesa, Jaime nos sacó de dudas:

—Estamos en la cola de audiencia en cuanto a televisiones locales, somos una vergüenza.

—Pensé que había alguna novedad —le murmuré a Guasi por lo bajini, y ambas nos aguantamos la risa como pudimos.

—Hay que dinamizar los programas, contenidos nuevos, algo fresco... Hay que hacer algo como sea.

—¿Dinamizar? Ni que fuésemos una cadena grande —solté a carcajadas.

Luego se me fueron los ojos hacia donde estaba sentado Gavin. Deseaba ignorarlo, pero, por alguna razón, mis ojos se iban hacia allí.

—¿Quieres formar parte de la cola del INEM desde ya?... ¡Pues a buscar ideas! —me espetó Jaime enojado.

—¿Ideas, has dicho? ¿Cuántas te he propuesto y nunca las has tenido en cuenta? La verdad, eso es lo primero que nos dices cada mañana, no sé a qué viene esta reunión de urgencia a esta hora, cuando estamos a punto de entrar en directo...

—Esta vez estamos al límite. O subimos los picos de audiencia o nos cierran, esta vez es en serio. Tenemos ocho semanas.

—Pues qué poco va a durar mi trayectoria aquí... —soltó Gavin.

—Y ¿qué piensan hacer si nos cierran? —preguntó Guasi.

—Emitir telenovelas y anuncios de líneas 800, cosas por el estilo.

—Patético, pero... ¿en ocho semanas subir el pico? Tú sueñas —
intervino Yeray.

—Dios creó el mundo en siete días, a nosotros nos dan dos meses —
replicó Jaime bastante molesto.

Me pareció una comparación de lo más exagerada, y no me pude
contener:

—Pero era Dios, no un puñado de mortales sin medios ni presupuesto en
condiciones.

—Necesitamos contenidos nuevos, algo que llame la atención.

—¿Los tienes por corbata, Jaime? Los de arriba te han apretado... pero
bien —descargué a gusto.

—¿Qué falta de respeto es ésa? —me recriminó.

—¿Respeto? El mismo que me has tenido tú a mí desde que llegué, y ya
que nos vamos a la calle, pues no pienso guardarme nada a partir de ahora.

—Como si la princesa se hubiese contenido en estos cinco años... De lo
único que me alegraré si echan el cierre es de no tener que aguantarte más —
me espetó Jaime con desprecio.

Ése fue el detonante para que explotase del todo y soltase todo mi
veneno:

—¿Te parece poco lo que he aguantado? Sabes que jamás encontrarías a
alguien que aguantara tu menosprecio, tu falta de respeto, tu machismo, tus
rencores y que fuese tan profesional como yo —le largué, y luego me apoyé
en la mesa mirando hacia mis compañeros—. Y, vosotros, ¿de verdad pensáis
que he podido acostarme con este barrigón en algún momento? Ni siquiera
me conocéis para juzgarme y creer todas sus mentiras y supongo que, por
eso, me habéis tratado como lo habéis hecho. Sois como él —finiquité, e
intenté marcharme de la sala.

Pero Jaime me lo impidió a voces:

—¿Adónde crees que vas? ¡Aún no he terminado!

Me detuve, pero no regresé sobre mis pasos, sino que me quedé en la

puerta inmóvil. Hice un ademán para que continuara con lo que quisiera decir y me crucé de brazos allí mismo como una niña malcriada. Pero, en vez de un «Sentimos habernos portado tan mal contigo durante estos años» y un «Te creemos, Candy», mis compis me lanzaban cuchillos por los ojos, así que no se me antojó actuar de otra forma. La mirada de Gavin, en cambio, era diferente, y también la que más odié: detestaba la compasión que destilaban sus ojos.

Sí, había estallado con rabia, y había terminado como una completa prepotente ante todos, cuando en realidad lo que me carcomía era que me juzgaran y su forma de tratarme en esos años. De hecho, me dolía no haber encajado, que nunca me hubieran dado una oportunidad, y me había derrumbado por dentro. Con mi discurso no había arreglado nada, todo lo contrario. Y, para colmo, el velo de lástima en el rostro de Gavin terminó casi de descomponerme.

Jaime se quedó pensativo un buen rato mientras optaba por ignorarme. Miraba a Gavin mientras se rascaba la barbilla y, un buen rato después, se dirigió a él:

—Tras la explosión de progesterona de Candelaria, Gavin..., estoy pensando..., a ti te encanta la naturaleza, el senderismo y todo ese rollo, ¿no?

—Pues sí, ¿por?

—¿Y si das el parte meteorológico desde un pueblo emblemático de Tenerife distinto cada fin de semana? En el campo, en algún parque natural o algo así.

—Si negociamos las dietas, lo pensaría...

—Hala, de turismo rural por la cara y con gastos pagados... ¡Toma con el recién llegado! —solté impulsivamente.

—¿Envidia, Candelaria? Pues, hale, tú lo acompañarás, con tus dietas y tus gastos pagados también, para que no protestes. Así, de paso, estarás alejada del barrigón de tu jefe. Perfecto, ¿no?

—¡Ni *jarta* ¿Te has vuelto loco?! Odio los bichos, el campo y ensuciarme de tierra y estropear mis zapatos. Rotundamente, no. Hasta prefiero aguantarte a ti, así que imagínate —respondí.

Aparte de lo dicho, imaginaba trabajar codo con codo con Gavin y lo

difícil que podría resultarme disimular mi atracción por él. Si se diese cuenta..., si se me llegase a escapar otra miradita delatora, o algo peor... No podía asumir tal riesgo.

Jaime enseguida me replicó:

—La cadena se desploma, hay que innovar. Gavin informará del tiempo mientras tú refieres curiosidades, productos de la tierra y lo más destacable de cada pueblo desde donde haréis el especial de fin de semana. Al ir de sitio en sitio, la gente se animará a vernos y nos daremos a conocer, aunque sea trabajando a pie de calle. Grabaremos los sábados y emitiremos los programas los domingos.

—¿Qué?! Si me quedo sin los sábados libres, tendrás que cuadrarme el horario semanal, ¡no pienso hacer esto como extra! Sólo lo haces porque al fin te he desenmascarado delante de todos.

—¿Crees que después de tanto tiempo van a creerte por una rabieta? No te preocupes, te reduciré el horario. Luego lo discutimos en privado.

—A solas contigo no tengo nada que discutir, ni lo sueñes. Nunca he estado a solas contigo ni lo haré, que lo sepan todos de una vez. Lo discutiremos ahora, te recuerdo que soy comercial de la cadena, que necesito mis comisiones como la cadena necesita los contratos de publicidad que consigo para ayudar a financiarnos, ya que la parte estatal no nos da ni para café... Si me quitas los fines de semana, apenas me quedará tiempo para conseguirlos.

—Bueno, ajustaré el presupuesto de algún modo, iremos probando lo que sea para salvar el culo de todos, ¿de acuerdo? Ya iremos viendo cómo lo hacemos. La prioridad ahora es salvar la cadena y nuestros culos, olvidar viejos rencores y todo eso. Espero que opines igual.

—Viejos rencores, ya... —balbuceé mientras los demás nos miraban boquiabiertos—. Si tu intención es sacarme a la calle micro en mano, ¿por qué no le preguntamos a la gente qué espera de un magazín matinal? Qué les gustaría ver, qué temas les importan. Ponme en la calle y pregúntale a la gente de a pie. ¿Quiénes mejor que ellos para respondernos y, así, darles lo que quieren? Si estamos tan al límite, ¿qué te cuesta arriesgar? Creo que ahora ya vale todo.

—Y ¿lo harías?

—Si me ajustas los horarios, sí.

Jaime comenzó a dar vueltas por la sala mientras no paraba de hacer girar un bolígrafo que llevaba en la mano. Después de un rato, decidió:

—Arriesguemos, entonces.

Guasi también intervino:

—Una idea... Yo..., podríamos incluir un espacio del tipo «Cocinando con las estrellas», invitar a algún famoso con su receta favorita y grabarlo en algún restaurante emblemático de la isla que se preste. No sé..., es una idea...

—Yo también quiero negociar mis condiciones —alegó Yeray.

—Tú eres el realizador, con horario fijo, ¿qué melindres quieres negociar, *quillo*? Anda que... —dijo Jaime restregándose la cara—. En vez de arrimar el hombro en tiempos de crisis, no, nos ponemos a exigir despropósitos. A ver..., ¿por qué idea andábamos?

—Lo de cocinar con las estrellas —mencioné—. No está mal. Tú cocinas bien, Guasi; normal que se te haya ocurrido a ti —dije dirigiéndome a ella.

—Me gusta, y, como ha sido tuya la idea, te la adjudico —declaró Jaime—. Después del directo ya puedes tirar de teléfono. Si consigues convencer a algún restaurante para que colabore, el espacio es tuyo. Gavin y Candelaria, ya podéis ir eligiendo pueblo para el especial de este fin de semana y luego me ponéis al tanto de cuál y por qué es el elegido y lo discutimos. Bien, ¿alguna idea más?

Rayco levantó la mano.

—Dime.

—Yo..., sintiéndolo mucho..., abandono el barco. No quiero quedarme para ser parte del hundimiento de la cadena y vivir con esa vergüenza.

—Venga ya, Rayco, ¿nos dejas? —pregunté perpleja.

—No quedaría muy bonito en mi currículo, lo siento. Pero os deseo suerte.

—Necesitamos tu ayuda, Rayco... —le recriminó Jaime.

—Lo siento por la cadena y por vosotros, pero también tengo que pensar en mí y, si esto se hunde, me cerrará más de una puerta a la hora de buscar

trabajo.

—Está bien, llamaré a la asesoría para que te preparen la liquidación y te la entreguen con el finiquito dentro de quince días. Más no puedo hacer, si es tu decisión... En fin, nos quedamos sin reportero, por lo que todos haremos un poco de todo, y Candelaria, como los demás, trabajo de campo. No queda otra.

Me limité a poner morritos aún cruzada de brazos.

Luego Jaime nos miró a todos pacientemente y dio por finalizado el tema.

—Bien, cuando se os ocurra algo, os estaré esperando. Mi puerta estará abierta en todo momento para todas aquellas ideas que se os ocurran, por muy disparatadas que os parezcan. Ahora, la escaleta, ¿están terminadas de redactar las noticias?

—Sí, una consulta, Jaime..., cambiando de tema...

—Dime, Candelaria.

—El capitán de la Guardia Civil que lleva la investigación del niño de San Telmo me concede una entrevista telefónica sobre el caso. Quería saber cuándo podemos incluirlo en el informativo, tengo que avisarlo para que esté pendiente de la llamada y eso... Es la primera vez que habla sobre el caso con un medio de comunicación.

—Fantástico. Ya he echado un ojo a los titulares... y creo que lo sacaremos en primer lugar, haremos un recordatorio del suceso... Vamos a cambiar los criterios hoy: primero, un resumen de la actualidad, y, luego proximidad. Calculo, siendo preciso..., que en el minuto catorce podremos meter la llamada, después ya haremos hueco para imprevistos, y continuaremos con las noticias de conflicto e implicación.

—Bien, le diré a las nueve y catorce entonces. Si me perdonáis, salgo a llamarlo.

Y así lo hice. A los pocos minutos, cuando daba por terminada mi conversación telefónica, contemplé desde mi mesa de redacción cómo también los demás abandonaban la sala de juntas con cara de preocupación, algunos incluso resoplando.

Guasi se me acercó de nuevo.

—Aún no es el fin, ¿verdad?

—Aún no, tranquila —le respondí, y se encaminó hacia su mesa.

Después de, según Jaime, mi «explosión de progesterona» en la sala de juntas, de dar las noticias y de tener a medias la parrilla del magazín, me esfumé a la cocina en busca de un café. A la cafetera le quedaban dos telediaros, y nunca mejor dicho; hasta el piloto de encendido se había fundido, así que abrí la puerta de la única alacena que teníamos en busca de algún bote o táper vacío. Di con uno de cristal y, con un rotulador indeleble, escribí en él: «Bote para una cafetera nueva», y lo dejé encima de la mesa de plástico donde solíamos tomarnos un café o algún tentempié, a la vista de todos.

Gavin entraba en la cocina en ese preciso momento.

—¿Se ha roto la cafetera?

Di un respingo en cuanto oí su voz.

—No, pero no le falta mucho y no voy a esperar a que se muera del todo —respondí intentando parecer natural mientras escondía las ganas de empujarlo sobre la mesa y cerrar la puerta con llave.

Qué bonito era fantasear, y qué pena que me hubiese prohibido a mí misma liarme con alguien del trabajo.

—Práctica y previsora, no es mala idea. El día que explote, cualquiera aguanta al jefe sin café, y más en la situación que estamos. Me ha gustado cómo lo has manejado ahí dentro —dijo señalando la sala de juntas.

—Ya ves. Aunque, con tu currículum, tú no tendrás problemas si nos vamos al paro... En fin, nadie sabe por qué dejaste tu antiguo trabajo para venirte aquí, la verdad es que nadie lo entiende —dejé caer.

Gavin despertaba en mí, además de mi apetito sexual, una curiosidad especial, como hacía tiempo que no me sucedía con nadie.

—Se podría decir que me tomé una especie de excedencia. Por cierto, tenías razón: no veas cómo se ha puesto Mayte por el pequeño corte de mi frente.

Me limité a sonreír. Hermético como siempre y evitando el tema. ¿Qué podía esperar? Que me contara el porqué de su drástico traslado era algo muy ambicioso, aunque me sentí tentada a insistir. No obstante, justo en ese momento, entraba también Yeray en la cocina, y echó por tierra que

continuase persuadiendo a Gavin para que me desvelara el misterio de su cambio de vida.

—¿Otro bote? ¿Ahora la cafetera? Chica, a ver si le sacas a alguno de tus clientes de publi una cafetera gratis, no sé..., a alguna tienda de electrodomésticos siendo un poco amable o algo.

—Si quieres también me prostituyo, no te digo..., como todos pensáis lo mismo de mí... —le espeté a Yeray sin mirarlo siquiera.

—Bruja.

—Gañán.

Gavin contenía la risa, hasta que intervino en la conversación dirigiéndose a mí:

—No es por cortar vuestro buen rollo, pero, antes de que volvamos al follón de la redacción, quería devolverte el fular. Lo he lavado y está seco; no me aventuré a plancharlo, no es lo mío. Y te recuerdo que me debes una cena, podríamos discutir mientras cenamos los reportajes que tendremos que hacer los fines de semana.

En un primer momento se me iluminó la mirada al ver mi fular favorito en tan buen estado y en mi poder de nuevo, pero, contemplando la cara de Yeray, detesté que Gavin me lo hubiese devuelto en su presencia. Se lo había puesto en bandeja, y él no tardó en aprovechar la oportunidad.

—¿Tu fular? ¿Una cena? Así que andáis quedando fuera del trabajo... Uy, que aquí se huele *mambo ñambo*, aunque por antigüedad me correspondería a mí primero...

—Piérdete, Yeray —repliqué sin dejar de clavar mi mirada asesina en Gavin.

—Pues me voy a Realización. Me avisas cuando sea mi turno, o cuando te aburras de Gavin —se despidió el muy venenoso mientras salía de la cocina.

—Muérete —le pedí con toda mi alma.

—¿He hecho algo malo? —aventuró Gavin en cuanto Yeray desapareció con una sonrisa burlona y haciendo un gesto con los dedos de muy mal gusto refiriéndose a nosotros dos.

—¿En serio lo preguntas? ¿Tenías que hacerlo delante de Yeray? ¿Y

mencionar lo de la cena? ¿Es que acaso en las semanas que llevas aquí no te has dado cuenta ya de cómo es? Ahora lo sacaré de contexto, ¡y volveré a ser la comidilla de este manicomio, como siempre!

—Sólo es Yeray —respondió él encogiéndose de hombros, perplejo ante mi reacción, que le había parecido exagerada.

Pero Gavin no sabía mucho, ni de los incontables rumores que mi jefe se había encargado de extender sobre mí ni de tantas otras cosas.

—Suficiente, no sabes cómo son todos aquí.

—Pues no, dímelo tú.

—Sólo espero que tú no seas como ellos —le insinué, pero mis propias palabras me hicieron pensar en la noche anterior y en nuestro encuentro, y sospechar que tal vez él actuara del mismo modo—. ¡Oh, Dios, lo de anoche...!

—¿Anoche, qué?

—Que cenase contigo..., tu comentario acerca de mis labios cuando te curaba la herida... Estabas coqueteando... Pero ¡qué idiota he sido! Tú piensas que soy como dicen los demás, y ayer sólo estabas probando suerte conmigo, ¡eso era lo que hacías!

—Estás alucinando... Te saqué de un apuro, y lo de cenar era por hacerme el gracioso y ser amable con una compañera de trabajo.

—No, tú coqueteabas conmigo, a ver si la facilona de la empresa caía, ¡descaradamente!

—¿Que yo coqueteaba? Si no recuerdo mal, fuiste tú la que me miró el paquete, a ver quién coqueteaba con quién, y, sí, lo hiciste descaradamente.

—Dios, te diste cuenta..., ¡fue un reflejo involuntario!

—¿Desde cuándo es un reflejo involuntario mirarle el paquete a un hombre? ¡Pues claro que me di cuenta!

—No puedo contigo —le espeté, y salí furiosa de la cocina ante la atónita mirada de Gavin.

Como colofón, casi arrollo a Yeray en medio del pasillo cuando se dirigía a Realización.

—Chica, estás en racha... Gavin anoche... y ahora hay un armario empotrado en la entrada preguntando por ti, y hasta creo que te trae flores.

—Mira, Yeray, si estás practicando para tus bromas del Día de los Inocentes, tengo que decirte que lo haces de pena.

—No es broma, pero tú misma —me soltó, y siguió su camino hacia la sala de Realización.

Finalmente me picó la curiosidad y, con mucha prudencia y medio escondiéndome, eché una ojeada a la puerta principal. Me llevé el susto padre cuando descubrí que no era una de las típicas bromas de Yeray, tanto..., que regresé a la cocina a esconderme de mi inesperada visita. Sin importarme que Gavin continuara allí, saqué mi móvil dispuesta a echarle una bronca monumental a mi madre, la que sufrió un parto de treinta y seis horas al tenerme, o veinticuatro, según el día y el tiempo que llevase sin verla. En cuanto descolgó, me puse a gritarle:

—¡Mamá, el vikingo está aquí! ¿Cómo has podido darle la dirección de mi trabajo? ¿Es que no tienes vida y quieres complicarme la mía? ¿Sabes la que puede liarme? A ver cómo explico yo tan inusual visita, ¡que Jaime siempre me anda buscando las cosquillas!

Gavin se volvió hacia mí al oír la palabra «vikingo», imagino que con unos ojos como platos y, al verme en aquel estado de histeria, más que sorprendido.

—Niña, que tenía puestas las noticias, el alemán te vio... y una cosa llevó a la otra.

—¿Sigues poniendo el telediario en la tienda y diciéndole a todo quisqui que soy tu hija? Sólo somos una tele local y tú le vas dando más bombo del que tiene.

—¿No puedo estar orgullosa de mi hija? Es que el chico se emocionó y no supe qué decirle, mi *lajita*.

—Ni *lajita* ni nada, *ma*. ¿Qué hago con él ahora?

—Deja que te observe, te vea trabajar, y ya se irá.

—Pero, *ma*, ¿tú crees que se irá? Luego querrá que vaya a comer o a cenar con él. Seguro que algo dejará caer; éste no se va sin un plan. ¡No se irá ni de coña!

—Dile que estás muy liada. Ay, lo siento, mi *lajita*.

—Mamá, es que en realidad sí lo estoy, ¡leñe! Deja, ya lo arreglaré como

pueda. Anda, ya te pillaré esta semana; tienes que dejar de hacer estas cosas. Ya hablaremos —y colgué.

Gavin continuaba allí inmóvil, observándome, y se había quedado con la mitad al menos de la copla.

—¿Problemas?

—Una madre entrometida con una cruzada eterna de celestina que me tiene muuuy *jarta* —respondí poniendo los ojos en blanco y lanzando un suspiro de resignación.

—¿Puedo ayudarte de algún modo?

—No, ni lo sueñes; estoy segura de poder manejarlo. Pero ¿sabes qué? Intentaré no mirarle el paquete a mi nuevo «problema» para evitar malentendidos —respondí derrochando sarcasmo mientras abandonaba la cocina para enfrentarme a la complicación que continuaba curioseando desde la puerta principal con el ramo de flores en la mano y Gavin se reía de mi comentario.

—Ya, como ayer... presiento —dijo éste burlón mientras se me quedaba mirando con un gesto de absoluta desconfianza.

Yo continué hasta la entrada, dispuesta a arreglar el embrollo como fuese. Me enfrenté a mi alemán..., pobre, si es que al fin y al cabo era otra víctima de la cruzada de mi madre por emparejarme. En cuanto llegué a la puerta, se le iluminó la mirada al mostrenco albino.

—Hola, Jurgen, estoy muy ocupada trabajando, ¿qué haces aquí?

—María me dio dirección. Yo necesito comprar flores a ti —me dijo sonriendo.

—A ver, eres muy amable, guapo, pero yo trabajo todo el día, no tengo tiempo para novios ni para nada. Me gustan los perros, por ejemplo, y no tengo uno aunque me muera por tenerlo porque no tengo tiempo para cuidarlo. No paro en todo el día, yo... no puedo ser tu ligue vacacional, Jurgen... ¿Tú me entiendes qué quiero decir? ¿Comprendes lo que digo?

—*Ja*, yo no quiero gustar a ti. No quería molestar. María me dijo a mí...

Fue oír el nombre de mi madre y me enervé de tal forma que lo interrumpí en el acto; no quería ni saber con qué lo había engatusado.

—No hagas caso a mi madre; no quiero saber qué te dijo. Jurgen, no te

creas nada.

—No tienes tiempo, pero tienes que comer a alguna hora, tú necesitar comer... ¿Cenar tú y yo? Sólo eso.

No sabía cómo decirle de la forma más educada posible que NO. Entonces Gavin me sorprendió a mi espalda:

—¿Todo bien por aquí?

Y la bombilla se encendió en mi disparatada cabecita. Cogí a Gavin por el brazo y, mirando a Jurgen, le dije:

—Mira, qué oportuno; justo había quedado con él para cenar.

—Y ¿eso cuándo ha sido? —me soltó Gavin sorprendido.

Le di un pisotón medio disimulado, que fue de pena, por cierto.

—¿No estábamos discutiendo de que te debía una cena hace un momento? ¿Sobre los reportajes que tenemos que hacer juntos durante los próximos fines de semana? Sí habíamos quedado —le dije con rostro amenazador, y luego me dirigí a Jurgen—: Es que Gavin es muy despistado, ni siquiera se acuerda de que hemos hablado hace un rato.

—Pero dijiste que tú no novios, no tiempo —me largó el avispado del vikingo.

—¿Con Gavin? Es que es una cena de trabajo... A ver, él y yo estamos preparando un programa, no somos novios ni nada de eso, ¿verdad, Gavin?

Pero mi plasta alemán irrumpió antes de que él pudiese replicar:

—Ah, trabajo, amigos..., entonces yo poder ir con vosotros, yo invito a los tres a cenar.

—Cena gratis, yo me apunto —soltó Gavin, que se llevó otro pisotón de regalo acompañado de mi mirada asesina.

»¿Qué? Será divertido, ya verás, y llevas carabina, te haré de guardaespaldas. Hoy no me apetece cenar temprano con los ingleses —me asestó regodeándose con la situación.

—Te diviertes, ¿verdad?

—De momento pinta bien..., pero te responderé después de la cena —y me hizo un guiño. Luego miró su reloj de pulsera—. A ver..., tú vete a maquillaje —me dijo, y a continuación se dirigió a Jurgen—: Dame esas flores, las pondremos en agua en la cocina, te enseñaré las instalaciones

mientras Candy termina el informativo y así vamos concretando dónde cenar mientras tanto.

—Pero... pero tú tienes que terminar lo de... —intenté pronunciar confundida.

Mi intento de deshacerme del guiri había acabado con una cena para tres y, para colmo, Gavin iba a servirle de guía por nuestras modestas instalaciones.

—No te preocupes; te veo luego en plató. Venga, el tiempo corre. Se lo vas a poner en bandeja a Jaime para que te eche otra bronca —me recordó Gavin mientras el vikingo mantenía una sonrisa de oreja a oreja. Me ponía mala—. Por cierto, ¿la cena en el sur? Lo digo para ir organizándonos y que no tengas que huir como anoche del norte, por lo de vivir aquí y esas cosas... —añadió burlándose.

—Me da igual, y mientras no sea cocina de fusión... me vale cualquier cosa, hasta la exótica, y *ayer no hui* —recalqué—. Elegid sitio vosotros salvo por esa excepción, porfa.

—¿Qué tal asiático? Hay uno en la avenida de las Américas del que me han hablado muy bien —sugirió Gavin.

—Ah, el de las estatuas de buda. Nunca he ido, pero por mí vale.

—¿A las nueve y media os va bien? —preguntó Gavin mientras nos miraba a ambos.

Yo me encogí de hombros y el germano pronunció algo que yo no podría ni repetir:

—*Einverstanden*.

—¿Qué ha dicho? —le pregunté desconcertada a Gavin.

—Algo así como que... de acuerdo. Vete a maquillaje, ya me encargo yo de Jurgen y de darle bien las indicaciones para el restaurante.

—Me piro entonces —dije con tono agrio y recelosa con aquel plan que se me había ido de las manos—. Hasta luego, Jurgen.

Fui a cambiarme y a ponerme la ropa que nos prestaban las tiendas para salir en antena tras esconder las etiquetas convenientemente (ya que luego pasarían por la tintorería antes de regresar a la tienda de nuevo). A continuación, me dirigí a maquillaje y, cuando Mayte estaba terminando de

retocarme, Guasi se me acercó dispuesta a pedirme explicaciones.

—¿Me quieres contar qué hace el alemán que llevó tu madre a nuestra comida paseándose con Gavin por la cadena? ¿Qué me he perdido?, ¿o acaso has olvidado contarme algo, bruji?

—A ver, bruji mayor, por dónde empiezo... No es nada de lo que tu retorcida cabeza está conjurando, eso seguro.

—Pues empieza, estoy esperando —me exigió cruzada de brazos como una madre.

—¿El rubio que va con Gavin? Ay, pues si no lo quieres me lo quedo yo —soltó Mayte divertida mientras echaba mano de la paleta de los tierras para el *contouring*, la técnica de maquillaje en la que ella era una experta.

—Mira, Mayte, es alemán y está de vacaciones, por no mencionar que no habla ni papa de español. No me dejes hecha un cuadro, pon un poco de color encima de la base y no me cargues más, anda, que luego me tiro una hora para quitármelo.

—Vale, más natural hoy. A ver, hablar, lo que se dice hablar..., es lo que menos quiero hacer con él, maja... Eso es algo secundario para mí... Es que hay que ver cómo está el chico.

—Serás cochina... Luego la fama me la llevo yo, hay que ver.

—Bueno, dejaos de rollos y desembucha —insistió Guasi.

—Nada, que lo ha mandado mi madre. Ha aparecido el vikingo ese, me ha invitado a cenar y he utilizado a Gavin para quitármelo de encima. Le he dicho que ya había quedado con él. Era una mera excusa, evidentemente, pero en vez de resolver la situación con ello, el muy sinvergüenza se ha apuntado a la cena.

Mayte y Guasi estallaron en carcajadas.

—O sea, que en vez de quitártelo de encima ahora tienes que cenar con los dos.

—Pues sí —confirmé resoplando, evitando airear mi recién descubierta atracción hacia Gavin horas antes, una complicación añadida a nuestra cena. Sí, tenía por costumbre cavarme mi propia tumba, era mi especialidad.

—Es extraño que Gavin se haya prestado, con lo rarito y reservado que es...

—Bah, ése se lo está pasando bomba con esta situación, créeme —dije mientras me quitaba los protectores para el maquillaje y me disponía a ir a la mesa del plató con mis notas.

—Pues ya nos contarás, pero a mí me presentas al vikingo ese, como tú lo llamas.

—Sí, Mayte, luego te lo presento, en cuanto salga de plató —respondí, y me dirigí a mi mesa.

—Suerte, chica, hoy tienes un espectador en vivo.

—Ya te digo...

Otra anécdota más que sumar a la de aquel día, ya que a Jurgen le habían dicho que se mantuviese calladito mientras hacía de espectador. A él, que apenas entendía nada de español, y en medio del telediario en directo se puso a aplaudir, lo que fue retransmitido por toda la isla, por no hablar de la edición digital. El sonido de fondo quedó fuera de lugar, por no hablar de la cara de asesino que mi jefe me dedicó y del rostro de Gavin aguantándose la risa.

Terminado el noticiario, el chisme de mi cena doble no tardó en llegar hasta la señora de la limpieza. Sí, fuimos protagonistas de los cotilleos y las bromitas durante toda la mañana. Por su parte, después de presentarle al vikingo, Mayte no dejó de coquetear con él, y el mismo guiri se quedó un buen rato en maquillaje.

Ni siquiera Jaime pudo desperdiciar la oportunidad y, cuando Gavin y yo estábamos haciendo un receso tomando un café en la cocina, se acercó para soltarnos:

—Así que esta noche vais a hacer un trío.

Gavin tensó la mandíbula mientras lo miraba con desagrado.

—No permitas que te hable así, Candelaria —me pidió.

—¿Qué pasa? ¿Ya te ha embelesado? ¿O es que a mucho frío... hasta las piedras abrigan, Gavin? —le preguntó Jaime, aunque en realidad lo hacía para mortificarme a mí.

—Lo que haga fuera de mi horario laboral no te incumbe, ni tampoco lo que haga Candy.

—Uy..., si hasta la llamas por su diminutivo, y te noto ofendido.

—Ya basta, Jaime —le pedí yo.

—Candelaria es una mujer agradable que se hace respetar, y lo que le sugeriría es que te denunciara por acoso y hostigamiento continuo. Si se va al paro, al menos que sea con una buena indemnización, y más que merecida.

—A ver si te vas a ir tú al paro antes que nadie, listillo.

—¿Yo? Pero si esto lo hago por hobby... ¿No pensarás que es por el ridículo sueldo que me dais? —replicó Gavin, y se echó a reír.

—Andaos con ojo vosotros dos —soltó Jaime, que desapareció al haberse quedado sin argumentos.

—No tenías por qué salir en mi defensa, pero te lo agradezco —alegué.

—Ese hombre comienza a sacarme de quicio, de veras.

—Te acostumbrarás.

—Pero no quiero acostumbrarme, ése es el problema. Bueno, voy a rescatar a tu vikingo de las garras de Mayte antes de que haya una denuncia por acoso de verdad.

Me eché a reír y me despedí dedicándole una sonrisa.

Regresé a mi mesa y comprobé si tenía llamadas. No había tenido noticias del capitán Hernández después de su entrada en directo en las noticias vía telefónica, y mis esperanzas por dar la buena nueva iban decayendo.

Ese día no tenía que colaborar en el magazín, y cuando no lo hacía aprovechaba ese rato libre para ir a las tiendas a elegir la ropa que nos prestaban nuestras tiendas patrocinadoras para salir en antena toda la semana. Justo cuando me disponía a irme, recibí la tan esperada llamada. Descolgué con temor, deseaba con todas mis fuerzas que fuesen buenas noticias lo que tuviera que contarme, y, para mi tranquilidad y también para mi alegría, lo fueron.

El niño no había sufrido daño alguno, exceptuando la dosis de narcóticos y el corte de pelo. Aun así, lo habían derivado al hospital para hacerle un chequeo y, si se diera el caso, un lavado de estómago. Mientras tanto, los secuestradores estaban ya en las dependencias policiales. Fui corriendo a informar a Jaime, que congregó a todo el mundo para compartir las novedades y hacer un corte en la programación en directo. El muy canalla me quitó la exclusiva de dar la noticia, y él mismo la presentó en el avance

informativo de última hora. Aun así, todos me aplaudieron, algo insólito en mis compañeros y que me emocionó. Hasta Gavin lo hizo, y tuve que hacer un gran esfuerzo para no ponerle ojitos, disimular y salir airosa del momento.

Al terminar, me dispuse a ir a las tiendas de ropa con la decepción de no haber dado la exclusiva. Mi jefe ni siquiera me había dejado trasladarme con Josué al hospital donde se encontraba el niño, hablar con los padres, etcétera. Le había encargado la tarea a Rayco, a pesar de haber manifestado su deseo de abandonar la cadena.

Antes de salir, me dirigí a Gavin y al vikingo para despedirme. Según me acercaba a ellos, los oía hablar:

—¿Tu trabajo? —le preguntaba Jorgen a Gavin.

—Doy el tiempo.

—¿Relojes o cómo?

—No ese tiempo, Jorgen. El del cielo —lo corregí.

—Ah, tú piloto, aviones... Y ¿qué hacer un piloto en una tele?

—Es como hablar con un niño de cuatro años —murmuré frotándome la cara.

Gavin me miró sonriendo.

—Pero divertido. Le enseñaré algún vídeo mío y así lo entenderá, luego lo llevo al croma para que lo vea.

Gavin sacó su móvil del bolsillo y se lo mostró.

—Ah..., lluvia, sol... Yo tonto.

«Mucho músculo, poca dicción en nuestro idioma y poca neurona», pensé mientras ponía los ojos en blanco.

—Bueno, yo tengo que irme —solté—. Nos vemos esta noche, ¿vale?

—*Bis bald*[6] —se despidió el germano.

—Hasta esta noche, Candy —dijo Gavin.

—Está bien, ya hablaremos luego de qué pretendes sacar tú de todo esto...

Gavin se limitó a dedicarme una sonrisa maliciosa que ignoré, y me largué.

Después de pasar por las tiendas me fui a comer a casa y a descansar un rato. Más tarde me dediqué a mi pateo de comercial. Escogí Arona aquella

tarde para no irme demasiado lejos del sur por el tema de la cena y así no entretenerme mucho y arriesgarme a no ser puntual, y también porque Guasi tenía que ir a buscar a su sobrino a una academia de la zona, donde el chico estudiaba, y podía aprovechar para tomarme un café con ella a media tarde.

PARTE METEOROLÓGICO 3

SI TÚ LO DESEAS, LA LUNA CAMINA

Al regresar por la noche a mi casa, decidí no arreglarme demasiado para la cena y no dar pie, así, a ningún tipo de malentendido con los dos sujetos con los que tenía que compartir la velada. Casi decido ir con mi camiseta ancha y mi moño improvisado, pero no quería que me confundieran con una gorrilla y pasarme la noche recibiendo monedas de los viandantes, o, peor, que me denegaran el acceso al restaurante por no ir vestida apropiadamente. Al final opté por unos vaqueros de diario, una blusa vaporosa de color lila pero muy informal y nada sofisticada, y una chaqueta estilo militar azul oscuro, y sólo me puse una base de maquillaje y poco más, creando el efecto de cara lavada y natural. En cuanto a los zapatos, en cambio, ahí sí que no podía prescindir de llevar mis pies sin estilo... Los zapatos eran mi debilidad. Me decidí por unos Magrit, unos zapatos de los que me quedaban dos letras por pagar de una famosa firma española. Así era yo, prefería gastarme el poco dinero del que disponía en unos zapatos antes que en algo tan prioritario como una nevera. Pero es que lo mío con el calzado era auténtico amor. Se trataba de unas sandalias de estilo étnico con unos flecos en el empeine, fabricadas en napa de color morado tirando a lila, a juego con mi blusa, con un tacón hexagonal forrado en madera en tonos ocre y una altura de diez centímetros. Eran muy atrevidos y llamativos, pero yo los adoraba.

Me dirigí al centro comercial Safari. El Thai Botánico, el restaurante donde habíamos quedado, se ubicaba dentro, y para mi sorpresa conseguí aparcamiento más pronto de lo esperado, en una calle perpendicular a la avenida de Las Américas.

El restaurante era precioso, tan colorido como exótico, con estatuas de budas doradas y hasta de cristal, sillas de caña trenzada en un moderno comedor estilo pagoda, y la terraza era igual de maravillosa. Como había indicado Gavin, su especialidad era la cocina tailandesa, y, a pesar de estar en un centro comercial, sus numerosas plantas y la bonita decoración te hacían trasladarte al verdadero sureste asiático. Estaba ansiosa por saber si los platos también lo harían.

No me creía lo puntual que había sido, ya que ése era uno de mis mayores defectos, pero el conseguir aparcamiento pronto supongo que tuvo mucho que ver, aunque mi piso no estaba muy lejos de allí. A pesar de ello, aprecié que Gavin y Jurgen se me habían adelantado cuando los avisté en una de las mesas de la terraza. Al parecer, íbamos a cenar en el exterior. Me dirigí hacia su mesa y los saludé al llegar. Mi vikingo iba vestido con unos vaqueros rotos con el bajo doblado hacia arriba, una camiseta de los Rolling Stones desgastada y zapatillas Adidas, un conjunto que sugería liberación y rebeldía. Hasta sentí curiosidad por si su imagen reflejaba en realidad su personalidad. Gavin, por el contrario, era todo un dandi aquella noche, con un pantalón de corte clásico negro combinado con una camisa de seda gris; el toque juvenil y alegre lo ponía su chaqueta de cuero corta y actual, que denotaba un tipo de hombre formal y serio que deseaba estar impecable en cualquier situación sin dejar de estar a la última, combinado todo ello con un buen par de zapatos negros a juego con la cazadora. Su aspecto sugería elegancia y buenos modales, estaba para comérselo.

Me acerqué, di los dos besos de rigor a cada uno y saludé a Jurgen, el cual me devolvió el saludo y después me susurró:

—¿Muy caro este lugar?

—No mucho, ¿por?

Entonces hizo un gracioso gesto como si tensara un arco invisible y estuviese a punto de lanzar una flecha. Comprendí enseguida que intentaba

imitar a las estatuas de arqueros que coronaban las columnas de estilo romano. El pobre se había dejado intimidar por la impactante estructura arquitectónica del centro comercial, por su fuente central equipada con un completo dispositivo de focos con los que se realizaba un espectáculo de luces multicolor y de agua sin igual. Pero es que el lugar albergaba un palacio de congresos que, hoy en día, sigue estando en el ranking de los más grandes de Europa. La llamada Milla de Oro del sur de Tenerife desembocaba en aquel majestuoso paraíso del *shopping*, pero me había informado bien sobre la comida, y sus precios eran más que razonables.

—Nunca había estado aquí y, sí, intimidada. Por fuera parece un palacio de la antigua Roma, y por dentro es supermoderno...

Gavin no dijo nada, sino que se limitó a observarme de arriba abajo y detuvo la mirada en mis pies.

—Bonitos zapatos —comentó reparando en ellos, pues la verdad es que era imposible no hacerlo.

No me corté un pelo:

—Bonito paquete... —le espeté derrochando sarcasmo para recriminarle que me lo hubiese echado en cara con anterioridad.

—Ah, detecto cierta hostilidad y cierto resentimiento.

—Detectas bien —contesté mostrando indiferencia. Me senté, cogí la carta y le eché un rápido vistazo—. ¿Qué vamos a pedir?

—¿Qué tal un menú degustación? Como es la primera vez que venimos los tres..., es una sugerencia.

—Me parece una genial idea, ¿y a ti, Jorgen? ¿Un poco de todo para probar? —le pregunté haciéndole señas para que me entendiera.

—*Prima!* —exclamó el vikingo, que parecía entusiasmado.

—¿La prima de quién? —repuse extrañada.

—Dice que fantástico, que vale —intervino Gavin soltando una carcajada.

—¿Tú también hablas alemán?

—Bueno..., cosillas sueltas, tampoco es para emocionarse.

—Mejor ni pregunto... —farfullé por lo bajini mientras volvía a concentrarme en la carta—. Para beber... quiero probar algo diferente,

nuevo... Quiero arriesgarme, pero no sé qué pedir.

—Yo voy a probar su cerveza importada desde Bangkok, me pica la curiosidad; a ver si los tailandeses saben fabricar cerveza de verdad. Es *lager*, de estilo alemán, igual te gusta, Jorgen. ¿Pido *bier* de Bangkok para ti, amigo? —le preguntó Gavin al tiempo que señalaba la foto de la cerveza en la carta.

—*Wunderbar!*

Por su expresión me imaginé que había respondido que sí, y opté por no preguntarle al iluminado de Gavin para no seguir hinchando su ego.

—Y ¿mi arpía predilecta qué va a pedir? —me preguntó él con ironía levantando una ceja.

—¿Tú qué llamar a Candy? —intervino Jorgen.

—Jorgen..., «arpía» es una palabra algo fea en español, pero ella sabe que lo digo en broma y con todo mi cariño.

—Uno no entiende nada, y el otro va de payaso. Vaya dos cabezas para un caldo de pescado... —dije con resignación.

—Un refrán muy canario, así que soy un payaso... —replicó Gavin.

—La tierra, que tira, y, sí, te he llamado payaso.

—Me alegro de que al menos me veas como a un mono de feria y me consideres divertido.

—Lo que tú digas. Bueno, ¿pedimos? Quiero acostarme temprano hoy.

—Veo que estás ansiosa por salir huyendo de nuevo —se burló—. Está bien —claudicó, e hizo un ademán para llamar la atención de uno de los camareros.

Pedimos, y la verdad es que no tardaron nada en traernos las cervezas Singha. El servicio estaba resultando tan bueno como el local. Fui la primera en probarla.

—Es dulce, pero con poca espuma, y deja un sabor un poco amargo al final.

—¿Entiendes de cervezas?

—¡Qué voy a entender! Además, a ver si encima de con el mote de arpía salgo con el de alcohólica de aquí...

—Sólo era una pregunta. Mira que eres extremista; ¿vas a estar a la

defensiva toda la noche? Relájate, anda, no soy tu enemigo —me recriminó Gavin.

—¿Vosotros enfadados?

—No, no te preocupes, Jurgen, todo está bien —me excusé intentando que no se sintiera incómodo.

—Sí que es un poco amarga al final, sí —soltó Gavin, aunque no sé si refiriéndose a la cerveza o a mí. Quizá me devolvía mi sarcasmo.

—*Gut...* —intervino el vikingo, eso lo entendí, aunque no lo dijo con una expresión muy convencida.

»¿Tú casado, hijos...? —le preguntó un instante después a Gavin.

—No suele hablar mucho de su vida, así que ni te molestes, Jurgen —me adelanté, pero Gavin me sorprendió respondiendo a su pregunta.

—No, lo estuve, pero ya no.

—Tú entonces ¿desunido de tu mujer?

—Se dice «separado», Jurgen, o «divorciado» —intenté corregirlo, pero Gavin rectificó mi corrección de forma devastadora.

—No, ella murió.

Me quedé tan fría y con una expresión tan rígida que sentí que mi piel se había convertido en mármol. Mi interior, en cambio, fue todo lo contrario: se fundió como la manteca al sol. No tenía ni idea, y me sorprendió que hiciese tal revelación cuando siempre había sido tan hermético y receloso de su vida privada, y más aún en mi presencia.

—Yo... apeno por ti.

—Gracias, Jurgen, cosas que pasan, malas, pero ocurren —le respondió Gavin mientras le dedicaba una mirada más que amable.

Confieso que tardé en reaccionar, pero finalmente pude hacerlo.

—Lo siento, Gavin, yo... no tenía ni idea —dije afligida, incluso arrepentida, por haber sido tan áspera con él.

—No te preocupes, hay que mirar hacia delante, ¿no? O eso dicen. Mejor hablemos de otra cosa —concluyó con un suspiro mezcla de resignación y nostalgia, o eso me pareció.

—Y ¿tú en qué trabajas, Jurgen? —le pregunté a mi vikingo intentando suavizar el ambiente y cambiar de tema.

La expresión de Gavin denotaba que no era algo agradable en lo que profundizar.

—Yo *coach*, rugby.

—¿En Alemania? Creí que era un deporte americano y no...

—No, no, en Alemania gusta mucho rugby, yo *coach* equipo importante, y también apago fuego.

—¿Eres también bombero?

—Sí, pero no cobrar, yo voluntario, y amigos voluntarios, muy buenos amigos, buen corazón, ayudar.

Así como terminó la frase sacó su móvil del bolsillo trasero de los vaqueros, buscó unas imágenes y comenzó a mostrárnoslas a Gavin y a mí.

—Casa de bomberos, ¿se dice así? —nos preguntó mientras nos mostraba las imágenes de lo que parecía ser un pequeño parque de bomberos.

—Sí, puede valer.

—Nosotros hacer casa de bomberos, yo... pala, amigo cemento, todos ayudar y construir para pueblo pequeño. Nosotros hombres grandes, fuertes, y en tiempo libre hacer gratis.

Aquello despertó tanto mi ternura como mi admiración, y comenté:

—Eres muy buena persona, Jorgen.

—Yo hombre grande, corazón grande —dijo mientras se golpeaba el pecho—. Sólo faltar chica buena para corazón contento, tú aquí un poquito dentro.

—Vaya, el alemán va aprendiendo a pasos agigantados... Te ha tocado la fibra —dejó caer Gavin aguantándose la risa. Luego se dirigió a él—: Bromas aparte, debes de ser una persona muy noble y generosa, Jorgen.

Me dio pena, y hasta me enternecí de mi vikingo de corazón grande, como él decía.

—Jorgen, eres muy noble, pero yo... apenas te conozco.

—Pues tú conocer a mí, yo querer conocer a ti.

—De momento amigos sólo, ¿vale?

—Vale, y amigo tuyo también, Gavin.

—Por supuesto, Jorgen —asintió él estrechando su mano.

La cena estaba tardando, pero supongo que preparar un menú degustación

de doce platos llevaba su tiempo, y la cerveza rulaba por la mesa que daba gusto.

—Mañana ver Teide, ¿vosotros querer venir?

—Nosotros trabajamos mañana, Jorgen, no podemos, lo sentimos.

—Ah, yo sentir..., yo ir a *Badezimmer*, vosotros perdonar.

—¿Te vas? ¿*Bad...* qué? ¿Es un local nuevo? —pregunté curiosa.

Gavin se aguantaba la risa, y no entender a Jorgen en su presencia me hizo que me entrara complejo de simplona.

—*Die Toilette* —me contestó el vikingo.

Entonces lo pillé, gracias a Dios, y sin que Gavin hubiese tenido que intervenir.

—Ah, al baño —indiqué, y Jorgen desapareció en dirección al *Badezimmer* ese.

Gavin y yo nos quedamos solos en la mesa. No sabía de qué hablar con él. Apenas lo conocía. Él no dejaba de jugar con su móvil haciéndolo girar sobre la mesa mientras yo lo miraba, y me fijé en un pequeño detalle de sus manos; más concretamente, en su mano izquierda y en su dedo anular: estaba algo deformado, como si hubiese llevado un anillo muy ajustado y en un pasado no muy remoto.

—No hace mucho que te quitaste la alianza, ¿verdad? Perdona..., estamos disfrutando de una cena agradable, no tengo por qué tocar ciertos temas y estropearlo.

—No te preocupes, la verdad es que cuesta deshacerse de ciertos hábitos y desprenderse de algo que tenga un valor sentimental importante —dijo tocándose con los dedos el anular donde llevaba con anterioridad su alianza de casado—. Me quedaba pequeña, aun así, no me la quité nunca. Hasta..., en fin, me costó bastante quitármela después de su muerte, sí.

—Lo siento de verdad. Soy una bocazas.

—No te preocupes, me gusta recordar los buenos momentos, y si fueron los mejores de mi vida más aún. No te sientas culpable por ello, no debes hacerlo, en serio. ¿Sabes? Era la mujer más inteligente, preciosa y divertida que he conocido, y me siento afortunado porque me eligió a mí, se casó conmigo, me escogió y, aunque fue corto, pensar de ese modo me ayudó y

me sigue ayudando a superar su ausencia. No sabes cuántos me guardan rencor todavía por ello.

—Era muy popular, por lo que veo, y estabas muy enamorado.

—Lo estaba, y, hablando del tema, ¿tú nunca te has enamorado?

—Por desgracia, sí, y, sinceramente, ojalá se hubiese muerto él y no tu mujer. Ambos seríamos muy felices ahora mismo, pero no quiero hablar de ello.

—Desearle la muerte a un ex... ¿Ha vuelto la arpía del Canal 5? —se burló. Luego se puso repentinamente serio—. ¿Qué os ocurrió? Te toca hacer una confesión. Ahora ya sabes que yo soy viudo, por eso no suelo hablar de ello. Ya sabes la razón.

—Creo que perdí la fe en las personas, y en el amor.

—Me parece inadmisible —respondió, y su rostro delató que yo había acaparado su atención de forma abrumadora.

—A ver, creer, sí creo, porque yo sí que me he enamorado, pero creo que los hombres realmente no lo hacen, aunque ellos mismos estén convencidos.

—Siempre hay excepciones. Yo lo hice perdidamente; estoy seguro de que me he enamorado, y más de una vez. ¿Qué ocurrió para que perdieses la fe?

—¿De veras quieres oír mi penosa historia?

—Has despertado mi curiosidad.

—Él... era un cielo al principio, hasta que comenzamos a convivir, luego todo cambió y pasó a ser un tipo controlador, celoso y posesivo. Tuve una oferta para la televisión italiana, una sustitución, algo temporal, pero una gran oferta al fin y al cabo para ir construyendo mi futuro. Iba a conducir un programa de información verdaderamente serio y de gran audiencia, el «Rapporto Globale». Mi pareja se negó, discutíamos por mi futuro y por mi profesión a menudo, y, cuando decidí aceptar la oferta, colgó en internet fotos mías muy privadas, tachándome de tener vicios malsanos y demás, de forma anónima, por supuesto. Y, aunque demasiado tarde, finalmente descubrí que él estaba detrás de todo ello. Quería ensuciar mi imagen y que nadie me tomase en serio y me contratara, ése era su objetivo... En fin, ése fue el colofón de multitud de cosas que me hacía a mis espaldas, sin yo saberlo.

Cuando lo dejamos, me costó mucho tiempo y esfuerzo darle a entender que yo ya no era nada suyo. Me hizo pasar lo mío, un infierno...

—Debió de ser duro enterarte de que tu pareja jugaba tan sucio a tus espaldas.

—Lo fue. Sus celos enfermizos... Después de eso no hubo nada ni lo habrá. No te ofendas, pero no confío en los hombres y nunca lo haré, no voy a dejar que otra relación me consuma. Hace tiempo que cambié el chip, no necesito un hombre para ser feliz, creo que es más bien todo lo contrario.

—Siempre hay excepciones.

—Ya, escasas, y no pienso arriesgarme a ser una de las pocas afortunadas de dar con una de esas excepciones. Todo es muy cuqui al comienzo de una relación, pero luego viene la rutina, las infidelidades... Es vuestra naturaleza, los hombres sois así, o algo que siempre ha estado ahí comienza a molestaros... La verdadera personalidad, la parte siniestra... No, gracias.

—Soltera *forever*..., es muy triste que pienses así.

—Pues sí. Y muy bien que me va.

—Pero tendrás otro tipo de relaciones..., ¿o tampoco?

—Mira, Gavin, si te crees todo lo que dicen sobre mí en la cadena, ahora mismo te saco de dudas: no me acuesto con todos; es más, no me acuesto con nadie desde hace mucho. Como tampoco pienso acostarme contigo. Si crees que ayer quedaste como un héroe por quitarme a aquel borracho de encima y que con ello has ganado una especie de boleto para hacerlo, que sepas que estás muy equivocado.

—No lo decía por eso, ni siquiera te conozco, así que no puedo juzgarte; no sería justo, y no lo he hecho. Soy el nuevo y quiero encajar, tan sólo intentaba crear lazos. Siento que tú te hayas formado una idea equivocada de mí, pero que sepas que no ha sido a la inversa.

—¿Me estás diciendo que a pesar de las habladurías...? Perdona, pero no te creo.

—Guapa, aparte de la carrera de Meteorología y Climatología, hice Periodismo. ¿Qué hay de la ética profesional? Hay que contrastar la información y no sólo fiarte de una fuente, ¿no es cierto? No suelo dejarme llevar por primeras impresiones u opiniones ajenas. Como en el periodismo,

yo llevo mi parte personal como filosofía de vida.

—No me cuentes milongas, Gavin... Por cierto, ¿dónde está Jurgen?

—Es verdad, me había olvidado completamente de él... ¿Se habrá dormido en el baño? Iré a ver.

Gavin se levantó y se dirigió a los servicios. Al cabo de apenas dos minutos, lo vi salir con cara de desconcierto. Luego se dirigió hacia uno de los camareros y estuvieron conversando unos instantes, Gavin le decía algo señalando nuestra mesa. Al rato, regresó.

—¿Y bien? —le pregunté.

—No estaba, así que le he preguntado al camarero si lo había visto. Dice que salió del baño y se nos quedó mirando a nosotros un buen rato y luego se marchó bastante desanimado. Ah, se me olvidaba un pequeño detalle: ha pagado la cena antes de irse.

—¿Qué me estás contando?... ¿Crees que hemos hecho que se sintiera desplazado? No sé..., no era para nada mi intención.

—Quizá al salir del baño nos ha visto hablar tan animados... No sé, tal vez haya sentido que estaba de más, aunque tampoco era ésa mi intención. ¿Tienes su número de móvil? Creo que deberíamos llamarlo.

—Sí, mi madre se encargó de decirme en qué hotel se hospeda, y hasta me dio su número de habitación.

—Tú no querrás saber nada de relaciones, pero tu madre... Debe de ser todo un personaje.

—No lo sabes tú bien. Voy a llamarlo —le indiqué mientras sacaba mi móvil.

Jurgen descolgó enseguida.

—Jurgen, soy Candy, Candelaria. ¿Estás bien? ¿Qué te ha pasado?

—Yo bien, taxi a mi hotel. Tú mucha química con Gavin. Yo sobrar.

—No me hagas reír..., ¿Gavin y yo? Tú no sobras, perdona si te hemos hecho sentir mal. ¿Qué puedo hacer?

—No, no, tú todo bien, tú tranquila. No pasar nada. Yo cansado, perdonar. *Gute nacht*.

—Me ha colgado —le dije a Gavin perpleja.

—Pues no sé..., espera un par de días a ver si vuelve a llamarte... —dejó

caer y, al ver que uno de los camareros se acercaba al fin con nuestra cena, no añadió nada más.

—¿Menú para tres siendo dos? ¿Qué hacemos?

—Yo he venido a cenar, no sé tú... ¿Cenamos igualmente aunque Jurgen se haya ido, Candelaria?

—No me llames Candelaria, me siento mayor.

—Pues ¿cenamos, Candy?

—Eso también lo comienzo a aborrecer: Candy..., caramelo..., da pie a muchas historias..., y no veas las bromas que me hacen con eso.

—Entonces ¿cómo quieres que te llame?

—Olvídalo, tengo la arpía en modo *on*.

Gavin sonrió mientras sacudía la cabeza. A continuación, le hizo un gesto al camarero para que dispusiera la cena. El chico la sirvió, nos explicó los platos y los ingredientes y posteriormente se marchó. Comenzamos a cenar y un silencio incómodo se instauró entre ambos, así que opté por lo fácil, y lo que mejor se me daba, utilizar mi más impertinente ironía:

—Qué líos me busca mi madre... En fin, nos hemos quedado solos, la frígida arpía y el viudo melancólico.

—Cuando quieres ser una bruja...

—Tengo que mantener mi fama de arpía impoluta —bromeé—. Por cierto, así que ética periodística, ¿eh? ¿Qué más has hecho?

—Ciencias Ambientales, entre otras muchas cosas. ¿Y tú? ¿Por qué continúas en la cadena si estás tan mal?

—¿Por qué tengo que confesarte nada personal si tú nunca lo haces?

—Bueno, *nam se mutuo*.

—Perdona, pero ando bastante oxidada en latín —me excusé mientras daba vueltas con mi cubierto investigando el interior de mis rollitos veganos vietnamitas.

—Una cosa por otra: tú me haces una confesión y yo a ti otra... Pero no sé si lo he dicho bien, mi latín está también algo oxidado.

—Te la haré, más que nada para compensar lo borde que he sido, lo reconozco. Aunque con una condición: que no salga de aquí, sobre todo que nada llegue a nuestro maravilloso ambiente de trabajo.

—Trato hecho, y lo mismo te pido yo: no quiero que me cuelguen una etiqueta como a ti, al menos de momento, hasta que sepa de qué pie cojea cada uno.

—Bien, pues... mi hermano trabaja en Google Madrid como programador de sistemas y está a punto de ser padre, a pesar de ser menor que yo. Mi otra hermana, Yaiza, tiene su propio negocio y le va más que bien. Se ha casado también y espera su primer hijo... En fin, y yo no he logrado cumplir mis metas. Si dejara la cadena acabaría trabajando en la hostelería o, peor, con mi madre en su tienda de *souvenirs*. Supongo que no pierdo la esperanza, no quiero ser la fracasada de la familia, bastante disgusto tiene ya mi madre con el hecho de que no quiera casarme y formar una familia como para ser también un desastre sin oficio.

—Quieres mucho a tu madre, ¿verdad?

—La adoro.

Gavin dejó caer entonces el tenedor, puso su mano sobre la mía y se acercó mirándome de frente. El corazón se me disparó, pero, cuando creí que iba a besarme, empezó a decir:

—Candy...

—¿Sí? —repuse esperando sus labios.

—No conviertas tus problemas en tu vida.

—¿Eh? —pregunté confundida. Yo esperaba un beso, no parloteo.

—No permitas que tu mala relación con el sexo opuesto y con alguna que otra becaria en el trabajo influya en ti... Haz las paces con tu pasado, serás más feliz.

—Ya lo soy.

—Permíteme que lo dude...

—Piensa lo que quieras. Me toca: ¿y tú? ¿Por qué viniste a España, a una tele cutre, con tu trayectoria profesional?

—Pedí una excedencia, ya te lo dije.

—No estás cumpliendo el *nam se mutuo*.

—¿Te importa que lo haga otro día?

—Supongo que no —respondí.

¿Qué otra cosa podía contestar? Sí que me importaba, pero preferí no

insistir. Aunque la cena había comenzado mal, en su transcurso me había sentido muy cómoda con él; hasta me había venido bien desahogarme con alguien, algo que casi se había convertido en un lujo para mí. Aun así, estaba agotada y algo decepcionada también por sus reservas, así que se lo solté sin rodeos:

—Estoy cansada, mejor será que me vaya a casa.

—Te acompaño a tu coche.

—No hace falta, he bebido demasiada cerveza y creo que voy a ir andando, vivo a apenas quince minutos a pie. Además, creo que mi coche estará más seguro aparcado ahí atrás que en la calle donde yo vivo. Mañana lo recogeré.

—Entonces insisto en acompañarte.

—Vivo aquí, conozco la zona más que bien. Estoy acostumbrada al ambiente, no me pasará nada, y a ti te espera un largo viaje de regreso al norte.

—Me quedaría más tranquilo si me dejaras acompañarte: es muy tarde. Si no es por ti, al menos hazlo por mí, y que mi conciencia pueda descansar esta noche. Además, soy un caballero.

—Exagerado..., pues como quieras —dije encogiéndome de hombros y riendo.

Nos envolvieron las sobras, que fueron muchas, nos levantamos con nuestras correspondientes bolsas y nos dirigimos a la salida.

Comenzamos a caminar y el silencio se instauró de nuevo entre nosotros. No sabía de qué hablar con él, y eso me turbaba. Gavin, en cambio, parecía distraído examinando cada local, cada edificio que íbamos dejando atrás. Abandonamos la calle de las tiendas, los pubs y los restaurantes y giramos en dirección sur en el paseo Tarajal, con su hilera de palmeras a ambos lados y su estética turística pero también más residencial. El bullicio de los locales había quedado atrás, por lo que quizá por eso se relajó y me sorprendió con aquella confesión pendiente:

—Mi mujer y yo trabajábamos juntos. Grabábamos un documental para la CBS cuando murió. Lo dejé durante un tiempo y, cuando regresé al trabajo, no me vi capaz de seguir. Su vacío, su carencia me bloqueaba igual que el

dolor de no poder volver a compartir nuestra pasión por todo. Puse mi casa en venta y decidí aceptar el primer empleo que surgiese lo más lejos y lo más diferente posible de lo que hacíamos juntos. Y así fue como terminé aquí.

—No te ofendas, pero... es como si hubieras huido, ¿no?

—Sólo me he tomado un tiempo, hasta que me sienta preparado para regresar.

—Pues en qué sitio has terminado... ¡No podía ser peor! —dije refiriéndome a la cadena, y me reí para intentar quitarle hierro al asunto, deseando que desapareciese aquel velo melancólico de su rostro.

—Bueno, un poco sí, tenéis mucha falta de medios... —sonrió finalmente, aunque no sabía si sólo era por educación.

—Y son muy poco profesionales, siempre quejándose y, en fin..., Josué siempre va muy fumado, pero ¿qué se le puede pedir...?

—Es del todo diferente de lo que yo hacía y, en cierto modo, lo que necesitaba.

En ese momento me detuve. Habíamos llegado al paseo marítimo de Las Vistas, el mismo que bordeaba la maravillosa playa del mismo nombre y que, a pesar del bullicio nocturno, era donde tenía la suerte de vivir, aunque no fuese mi soñado norte.

—En fin, vivo aquí, en el piso ese de arriba. No le contaré a nadie nada de lo que hemos hablado hoy, te lo prometo. ¿Sabrás llegar a tu coche?

—Claro, sigo sobre mis pasos la avenida y giró a la izquierda en la calle de los locales hasta el centro comercial Safari, donde hemos cenado, no hay problema. ¿Vives encima de un chino?

—Sí, es muy cómodo cuando no tengo ganas de cocinar; a veces bajo hasta en zapatillas.

Gavin sonrió al imaginarlo.

—Espera, te dejo mi número por si te pierdes. Me llamas y bajo enseguida.

—Claro, pero espero que no sea necesario —declaró sacando su teléfono para grabar el mío en su agenda.

Le di mi número y él se encargó de grabarlo. No pude evitar reparar en que, cuando lo añadía a sus contactos, me asignaba el nombre de «Arpía

inaccesible».

—Dime que has puesto eso porque sabes que estaba mirando —le exigí cruzándome de brazos.

Él se echó a reír con desparpajo.

—Pues claro, tonta, me encanta picarte, es algo que acabo de descubrir..., como lo diferente que eres a la persona que creía que eras.

Luego lo borró y volvió a nombrarme en la agenda de su móvil como «Candela». Cuando terminó, lo guardó en su chaqueta, y le pregunté extrañada:

—¿Candela? Nadie me llama así desde la universidad.

—¿Te molesta también? —repuso. Eludió mi pregunta y añadió—: Creo que desde que regresé a Canarias tú eres la primera persona con la que hablo de mi pasado.

—¿Cómo que desde que regresaste? ¿Habías estado antes aquí? ¿De vacaciones?

—Bueno, pocas veces. Mi abuelo era de Tenerife, y eso es otra historia que te contaré otro día.

—Espero ansiosa. —Le tendí la mano para despedirme—. Gracias por ser amable y por... tus confesiones.

Gavin me la estrechó gustosamente.

—Gracias a ti por lo mismo —manifestó, y giró mi mano para besarme el dorso.

No pude evitar reírme.

—Al final va a ser verdad que eres un caballero.

—No suelo mentir.

—¿Sabes? Eres de los pocos hombres con los que he trabajado sin sentirme hostigada.

—Eso significa que... ¿somos amigos?

—Eso espero.

—Ah, mañana va a llover, te lo digo para que no te coja desprevenida.

—Olvidaba que eres el hombre del tiempo, pero... el cielo está despejado.

—Esta madrugada se cubrirá de tal modo que no será posible ni ver la

luna en la mitad sur de la isla. Las primeras precipitaciones serán sobre las cinco de la mañana.

—Oye... ¿No te estarás equivocando?

—Confía en mí.

—Está bien. Buenas noches, Gavin.

—Hasta mañana, Candela.

Y nos despedimos. No se fue hasta ver que entraba en el portal y subía hasta mi pequeño y patético piso. Nada más abrir la puerta ya se encontraba uno en medio del salón, por no decir que la puerta de la cocina, a la izquierda, chocaba con la de la entrada si ésta estaba abierta. A la derecha se hallaba el baño y, de frente a la puerta, cruzando el salón, mi dormitorio. La terraza era tan grande como el resto del apartamento, y se accedía a ella tanto por el salón como por mi habitación. Utilizaba un mueble que tenía en el mismo balcón a modo de trastero y eso era todo.

Metí las sobras del restaurante en la nevera, esperé unos minutos y salí a la terraza no sé muy bien para qué, pues cuando me asomé no había ni rastro de Gavin. Se había ido, aunque yo fantaseaba con que continuara allí y al asomarme me pidiera que lo invitara a subir. Me sonrojé imaginando mil cosas..., mil gestas y obscenidades diversas por todo el apartamento. Pero la seriedad irrumpió en mi rostro, y es que..., si me liaba con Gavin, la fama de devoradora de hombres que ya tenía en la cadena se incrementaría aún más. Debía meditar acerca de si él me gustaba lo bastante como para arriesgarme a acumular más mala fama. Acto seguido, me reí de mí misma. «Qué tonta —pensé—, como si él fuese a prestarse.» Al igual que yo, y por lo que me había contado esa noche, Gavin estaba muy tocado todavía en el tema de las relaciones..., y yo había perdido la fe para comenzar nada. Regresé al interior de mi piso convenciéndome de que, al menos por una vez, y aunque fuese en plena decadencia de nuestra cadena, un compañero podría respetarme al fin, un colega, un amigo. Ahora sólo cabía esperar, ironías de la vida, que yo fuese capaz de enmascarar la atracción que sentía por él.

Me disponía a ducharme cuando me acordé de mi triste móvil, que casi se estaba muriendo pidiéndome, por favor, que lo cargara. Después de enchufarlo a la corriente, vislumbré que tenía un mensaje de WhatsApp sin

leer. Ansiosa, abrí la aplicación ilusionada porque fuese de Gavin, ya que tenía mi número. Sin embargo, me quedé muy decepcionada al ver que no era de él, y me sentí ridícula por ilusionarme con una idea tan estúpida: ¿para qué me iba a enviar nada si acabábamos de vernos? Me estaba comportando como una cría y eso era algo que no me podía permitir. Tenía que comenzar a controlar.

Para mi sorpresa, era mi madre: ¡se había bajado la aplicación! Era increíble, y estaba segura de que mi hermana Yaiza tenía mucho que ver.

«Ola», leí. Sí, «Ola», sin hache. Y, como estado, tenía la frase: «¡Ya estoy modernizada!».

«Tiembla, Candy, tu madre intentando ser moderna. Lo que te queda por ver...», me dije y escribí:

Hola, mamá. Me voy a la cama, mañana te llamo. Practica con Airam los mensajes, porfa. Me alegro de que uses el WhatsApp.

Mentí descaradamente, pues lo cierto es que en realidad me daba miedo.

Leía el «Escribiendo...» eterno y no me llegaba nada. Me cansé de esperar y me fui a la ducha. Al salir, volví a echarle un ojo al WhatsApp. Mi madre tan sólo había escrito «OJ», ni «OK» ni nada, «OJ». Cuando estaba decidiendo si enseñarle a usar el corrector la próxima vez que la viese, me entró un mensaje de mi hermano Airam:

¿Sabes que mamá anda ahora con el WhatsApp?

Calla, para un «Ola» sin hache y un «OK» que fue un «OJ» en realidad, se tiró una hora.

Jajajajajaja, no nos queda que aguantar.

Tú te libras, suertudo, que estás lejos, a mí me volverá loca preguntando cómo funciona todo, espera a que llegue a los muñequitos.

¡Ay, los *emojis*! Jajajajaja, cuando los descubra nos mandará jeroglíficos por lo menos.

¿Qué tal hoy en tu secta?

Google no es una secta, y bien, liado como siempre, pero requetebién.

Si no te dejan salir de ahí en todo el día, sí es como una secta, jajajaja. Es broma, sólo es mi envidia cochina.

Lo sé. Kate te manda saludos.

Hello para ella también, jaja.

Qué mala eres. No me perdonas que sea inglesa.

¿Eres feliz, Airam?

Mucho, la quiero a morir, y ella a mí igual.

Pues entonces la hago mi mejor amiga si lo deseas, lo que sea por mi hermanito.

A ella siempre le has caído bien.

Airam, no seas pelota. Me caigo de sueño, vete a hacer niños ingleses rubios o pelirrojos, anda, en vez de darle la lata a tu hermana mayor. Jijiji. Te quiero mucho y te echo de menos.

Una de cal y otra de arena, si no te conociera... Te quiero mucho yo también. En el próximo puente a ver si podemos ir y nos pegamos una juerga como cuando éramos estudiantes.

Seguro, u otro San Juan en el mes de diciembre tú y yo, hay que repetir eso.

Sí, estaría bien, besos.

Besos y abrazos.

Dejé el teléfono y me fui a acostar. El bullicio de los turistas del paseo no me dejaba dormir, pero poner la televisión me ayudaba cada noche a hacerlo, así que la encendí y caí como una marmota una hora después.

Por la mañana se me pegaron las sábanas, y ése fue uno de los pocos días que no pude pasar por mi Starbucks. Salí lanzada hacia el trabajo y hasta

olvidé la advertencia de Gavin sobre la lluvia, por lo que terminé chorreando al llegar a mi coche —que estaba en el quinto pino, donde lo había dejado la noche anterior—, a pesar de comprar incluso un paraguas a mitad de camino en unos chinos.

Jaime fue el primero con el que me encontré al llegar a la nave. Me miró de refilón y, al verme de aquella guisa, no tardó en dedicarme sus típicos amables buenos días.

—¿Nadie te avisó de que iba a llover? Vaya pintas...

—Sí, pero se me olvidó.

—Ve a cambiarte, anda, y que Mayte te preste un secador.

—Y a ti que Dios te conceda mejor humor por las mañanas —murmuré, pero con tan mala suerte que él me oyó.

—Mojada y de mal humor... ¿Aún me guardas rencor por no dejarte dar la noticia de ayer?

—Todo se pega, y la noticia me la ro-bas-te... —le espeté.

—Ya veo, quiero una entrevista con el capitán ese con el que tienes tanta confianza. Quiero hacer un programa especial para rellenar el hueco que tenemos pendiente el jueves, llámalo cuanto antes.

—¿Que lo llame yo? Ayer anulaste mi motivación para hacer nada, así que búscate la vida, llámalo tú si quieres y consigue tú la entrevista.

—Te recuerdo que soy tu jefe.

—Hasta dentro de ocho semanas, así que en tu beneficio no pienso mover ni un dedo, ya está bien.

—Es por la cadena.

—Ya..., claro. He visto cómo ha subido tu popularidad en las redes sociales después de lo de ayer y cómo ni me has mencionado siquiera. Consíguete tus propias medallas, yo paso de hacerte el trabajo y que te lleves tú todo el mérito.

—Soy productor ejecutivo y director, yo decido, pero si crees que no podrás soportar mis decisiones y deseas irte antes de esas ocho semanas... Por cierto, ¿cómo va lo de tu primer reportaje con Gavin? ¿Ya tenéis algo organizado para este *finde*?

No tenía nada todavía, me iba a ganar otra bronca, pero justamente en

esos momentos Gavin pasaba por allí y había oído a Jaime.

—Buenos días, Candy. Esto..., Jaime, habíamos quedado hoy después de la redacción para comenzar a organizarlo.

—Ah, bien, pues hoy es miércoles, daos prisa, que el *finde* casi lo tenéis encima —repuso él, y desapareció.

—Gracias por cubrirme, Gavin —le agradecí.

—De nada, de todas formas... podríamos quedar luego realmente y comenzar a pensar en algo, ¿no? Mientras comemos..., por ejemplo.

—No tientes a la suerte, Gavin, ya cené ayer contigo.

—Lo decía porque siempre estás muy liada por las tardes, era una sugerencia para no boicotear tu agenda.

—O es el mejor argumento que he oído, o realmente eres muy considerado...

—Piensa lo que quieras —respondió encogiéndose de hombros, luego se cruzó de brazos y se me quedó mirando a la espera de una respuesta.

—Bueno, Jurgen pagó la cena ayer, y si me invitas a comer tú hoy lo pensaré. Tengo que recortar gastos, ya que me voy al paro dentro de nada y no me vendría mal ir ahorrando.

—No te irás al paro, eres buena, estoy seguro de que encontrarás algo mejor antes de que echen el cierre aquí.

—Y ¿cómo? No he conseguido nada en cinco años, ¿voy a hacerlo ahora en ocho semanas? No me hagas reír... Además, Jaime me roba todo el protagonismo. Al final terminaré en la tienda de *souvenirs* de mi madre, ya lo verás.

—He oído vuestra conversación. Dile a Jaime que, si no hablas tú directamente con el capitán, no hay entrevista, así de simple.

—No funcionará.

—Prueba.

Vacilé unos segundos y finalmente contesté:

—No tengo nada que perder, lo haré.

—Así me gusta. ¿Comemos entonces?

—Vale, ¿dónde quedamos?

—¿En Delicias del Teide? Está a cuatro minutos de aquí.

—Te gusta nuestra comida isleña, ¿eh? Me encanta el sitio, es muy familiar, y tienen unos postres...

—Los chocolates con menta de allí me pierden.

—Venga ya... ¡Son mis favoritos!

—Pues no se hable más, ahora no te quito más tiempo.

—Vale, nos vemos luego, Gavin.

Y me quedé sonriendo como una boba por el insignificante detalle de que teníamos los mismos gustos por los dulces. Definitivamente, me estaba volviendo idiota.

Terminada la redacción, le planté cara a Jaime como me había aconsejado Gavin, y, tras una pequeña discusión, al final me adjudicó la entrevista. Definitivamente, mi atractivo hombre del tiempo iba a ser una buena influencia para mí. Me fui más que contenta a maquillaje, deseaba contárselo a Mayte y a Guasi, que, si no andaba por la redacción, era fácil adivinar que estaría allí.

—Hola, chicas, ¡me ha dado al final la entrevista a mí! —exclamé, pero mi sonrisa se tornó en una expresión de extrañeza cuando vi cómo caminaba Mayte—. ¿Tienes agujetas?

—¿La del capitán? —me preguntó Guasi.

—Sí. Pero ¿qué le pasa a ésa? —insistí señalando a Mayte.

—Buf, cuando te enteres... —murmuró Guasi aguantándose la risa.

—¿De qué? —formulé de nuevo más extrañada aún.

Mayte al fin respondió:

—Que no son agujetas, es dolor..., ¡o ambas cosas! Qué noche..., tu alemán es la caña, maja.

—¿Estuviste con Jurgen anoche? ¿Cómo? ¿Te tropezaste con él o qué?

—Pues tropezar..., lo que se dice tropezar..., más bien encajamos, en todas las posturas posibles..., ¡y cómo encaja el niño! —dijo estallando en carcajadas—. No tropecé, no, so boba. Le pedí su número en cuanto nos presentaron ayer. ¿Qué te crees? No estaba en mis planes dejarlo escapar.

—Le duelen hasta las uñas. Es que, Mayte, tú ya no estás para estos trotes —le asestó Guasi, atacada de la risa.

—¿Me estás llamando vieja?

—No, sólo digo que estás desentrenada.

—Tú y... —sólo pude decir, pues aún estaba tratando de asimilarlo.

—Sí, el vikingo y yo, y mejor mote no le pudiste buscar, diste en el clavo, justo lo que necesitaba —dijo Mayte poniendo los ojos en blanco al ver que yo continuaba en *shock*.

Acto seguido, me tapé las orejas.

—Valeeeeeeee, no quiero detalles.

—Se fue hecho polvo de vuestra cena, que si Gavin y tú estabais muy tiernos..., pobre..., e, intentando consolarlo y tal..., empezamos a mandarnos mensajes y una cosa llevó a la otra.

—¿Tiernos? Qué va, se lo imaginaría él. Oh, debió de ser... cuando Gavin me hizo aquella confesión y..., sí, puede que pareciese que él y yo..., pero ¡qué va!

—¿Qué confesión?

—No soltaré ni prenda, tenemos una especie de acuerdo. Lo siento, chicas. ¿Ahora me arreglas para salir a plató o también tienes agujetas en las manos? Te las habrás lavado..., si no..., a mí ni me toques —le espeté bromeando.

Mayte me miró con rencor en un primer momento y luego me soltó riendo al mismo tiempo que se disponía a maquillarme:

—Si es que te tienes más que ganado el mote de arpía...

Guasi se levantó para salir, pero algo la hizo detenerse en la puerta y unos instantes después nos sugirió:

—Chicas..., deberíais ver esto.

Mayte dio dos zancadas al instante y se situó junto a ella. Yo jugaba con mi móvil y preferí ignorarlas, aunque no podía evitar oírlas.

—Vaya con el niño..., y ¿por qué va sin camisa?

—Se ha manchado con el tóner de la impresora, por lo que parece.

—Y ¿se cambia en medio de la redacción? Ese chico no tiene complejos.

—Oh, amiga, ni complejos ni defectos.

—¿Qué estáis novelando vosotras dos? —no pude evitar preguntar finalmente.

—A tu Gavin, cambiándose la camisa.

Quise incorporarme de la silla con tanta urgencia que casi me caigo de bruces al suelo. Fui hacia la puerta y conseguí llegar justo antes de que comenzara a abotonarse la camisa limpia. Hasta para eso tenía arte y, embobada con cómo abrochaba cada botón, les confesé a las chicas casi babeando:

—Me siento como un hombre ahora mismo; la única diferencia es que, en vez de pensar con el pene, lo estoy haciendo con la vagina.

—No es para menos... —suspiró Guasi—. He oído que practica kárate o algo así.

—Pues ni idea, siempre es tan reservado... Pero algo debe de hacer para tener esos abdominales...

—Las mujeres estamos fatal... Nos volvemos locas con un trozo de carne.

Nos echamos a reír y, a continuación, Mayte nos empujó de nuevo hacia el interior del cuartucho de maquillaje.

—¡Que nos va a descubrir mirándolo! ¡Venga para dentro!

Por poco no nos pilla, pero finalmente conseguimos escabullirnos a tiempo.

Posteriormente me fui al plató y, después de terminar el informativo y los encargos que Jaime me había encomendado, me fui con Gavin a comer. Salimos andando, ya que el restaurante estaba muy cerca. Había ido allí en más de una ocasión y, según me iba contando, él también; hasta me extrañó que no hubiésemos coincidido nunca en el local.

—¿Qué le ocurre a Mayte hoy? Camina con dificultad, ¿ha tenido alguna especie de accidente? Ayer no estaba así, si no recuerdo mal.

«Un accidente con Jorgen, el mismo que desearía tener yo contigo», pensé.

—No sé si llamarlo «accidente»... Pasó la noche con Jorgen.

—¿En serio? Bueno, pero eso no explica lo que le pasa... ¿Qué tiene que ver?

—A ver, cortito, tú lo has querido: aparte de que sospecho que han hecho el *Kama Sutra* entero, según cuenta Mayte, el vikingo debe de tener un brazo entero al menos en vez de un pene ahí abajo, pero no le digas que te lo he

contado o me matará.

—Qué exageradas sois las mujeres —dijo estallando en carcajadas. Cuando consiguió serenarse, reflexionó—: Entonces tengo que darte la enhorabuena, has conseguido quitártelo de encima, era lo que deseabas, ¿no?

—Pues sí, gracias. Pero espero que Mayte y él no queden muchas noches consecutivas o nos vamos a quedar sin maquilladora.

—Sugierele moderación. Vaya con el alemán... ¿Seguro que ahora no te arrepientes? —bromeó.

—Camina, anda, entra —me limité a contestar riéndome ya en la puerta del restaurante.

Se trataba de un local de comida rápida pero de calidad, la decoración era estilo *diner* americano y el trato era muy familiar, por no hablar de sus deliciosos postres. Nos sentamos y pedimos unas tortillas con todo y una ensalada para compartir y empezamos a comer.

—En principio, tienes que hacer ocho reportajes, si es verdad que no nos cierran antes de dos meses. Ocho fines de semana de reportajes conmigo..., ¿podrás resistirlo? —me preguntó.

—¿Podrás aguantarme tú a mí? —refuté con otra pregunta y una sonrisa maliciosa.

—No me extrañaría que hiciesen una porra en la redacción sobre nosotros... —y se echó a reír.

Me sumé a él, pero luego medité acerca de sus palabras.

—Sobre nuestra relación de trabajo, quieres decir..., lo de la porra... —puntalicé con recelo.

Gavin mostró cierto agravio en su rostro por mi comentario, y se atrevió a preguntarme:

—Dime por qué estás tan a la defensiva conmigo. ¿Es por el hecho de que te sientes atraída por mí o es que eres así con todo el mundo?

—¿Atraída? No sueñes —repuse, y solté un resoplido más que exagerado—. Ya te dije que perdí la fe en los hombres, seguramente sea así con todo aquel del sexo opuesto. Así que lo siento mucho. Será mejor que te acostumbres a mi forma de ser.

—No, mejor cambio de tema antes de que me dé un corte de digestión...

¿Doña arpía ha pensado en algún lugar en concreto para nuestro primer reportaje?

Me reí, me estaba acostumbrando a que me llamara así, porque lo hacía con un tono divertido y una mirada de complicidad que hasta me gustaba.

—Hay tantos sitios emblemáticos... No sé por cuál decidirme.

—Si no recuerdo mal, te encanta el norte, por si te ayuda a reducir la lista de lugares.

—¿Recuerdas todos los comentarios que hago? Impresionante. Creía que los hombres se limitaban a fingir que escuchaban en vez de hacerlo —dijo mi sarcasmo hablando por mí.

—Madre mía, vaya manera de generalizar y de meternos a todos en el mismo saco. Me apena que pienses así, aparte de que tu comentario me ha ofendido seriamente.

—Pues es lo que hay, lo siento. No puedo ser de otra forma en ese sentido, de verdad que no.

—Pues es penoso y hasta un poco vanidoso por tu parte que pienses que todos somos unos simples y que cada vez que alguien es amable contigo es para poder meterse en tus bragas.

Me puse del color del pimentón, pero, en vez de enfadarme, pequé de sincera, algo poco usual en mí, y hasta yo me sorprendí de mi alegato:

—Tampoco pienso eso. Yo... es que estoy muy tocada en ese sentido, por eso me comporto de ese modo, y, siendo sincera..., llevo así demasiado tiempo, por lo que... es complicado que cambie ya.

—Lo sé, entre lo que me contaste de tu ex y el ambiente en el trabajo... Siento haber dicho eso.

—Intentaré ser más agradable, aunque me cuesta, de verdad; hay algo dentro de mí que aflora y...

—Tranquila, de veras que lo entiendo. No sufras.

Después de ponernos ciegos de chocolate con menta, fuimos hacia el parking de la nave para coger nuestros respectivos coches. Mientras caminábamos, Gavin sugirió:

—El lago Martiánez.

—¿Qué?

—Para el reportaje... Está en el norte y estará soleado este fin de semana, alguna nube, pero con buenas temperaturas, un emplazamiento único para rodar en exteriores, ¿no crees?

—No está mal para empezar. Vale, me parece bien.

—Un lago de agua marina... Aparte del pronóstico, podría hablar de las mareas y tú de sus curiosidades.

—Podemos estudiarlo.

—Vale —acordé finalmente, y el silencio se instauró entre ambos de nuevo.

A pesar de haber llegado ya al parking, advertí que Gavin no enfilaba hacia su coche, sino hacia el mío.

—Oye, ayer me acompañaste hasta la puerta de mi casa, ¿vas a hacerlo hoy también hasta mi coche?

Deseé que dijera que no. Vi su Jeep Patriot negro impecable y me avergoncé de mi viejo Ford oxidado. «No me acompañes», pedí para mis adentros. Hasta el chatarrero que se dejaba caer por el polígono de Chafiras tenía un coche más flamante que mi indecente «4 L», como lo llamaba mi madre, o, lo que era lo mismo: mi «cuatro latas».

—¿Te molesta? —me preguntó.

«No, me avergüenzo de mi automóvil», pensé, pero no podía ser tan sincera: reconocerlo me daba más apuro que utilizar mi coche a diario.

—No, supongo que no, era simple curiosidad —dije.

En los pocos metros que quedaban hasta mi coche, Gavin no añadió palabra. Caminaba sonriendo con las manos entrelazadas a la espalda, hasta que llegamos a mi lata abollada.

—Bueno, pues espero que tengas una buena tarde.

—Igualmente, Gavin. Por cierto, ¿qué haces por las tardes?

—Depende del día. Hoy, por ejemplo, tengo un pequeño encargo, a veces hago trabajo de campo sobre medio ambiente para alguna empresa; disfruto mucho con ello.

—También andas bastante liado, por lo que se ve.

—Me gusta mantenerme ocupado, me distrae de mis recuerdos.

—Entiendo..., y ¿funciona?

—Es una buena terapia y resulta de momento.

—Me alegro. Bueno, hasta mañana, Gavin —me despedí mientras me metía en mi coche y rezaba porque la puerta esta vez no chirriara.

No fue así, lo hizo, y rechinó con un sonido propio de una película de terror. Deseé que la Tierra me tragara, y entonces Gavin logró acrecentar mi sofoco.

—Esto..., más que por estética..., por seguridad, deberías cambiar de coche... ¿Nunca te ha dejado tirada?

«Vale, gracias.» Si ya estaba avergonzada, mi bochorno se hizo más patente aún.

—Es que llevo tiempo queriendo arreglarlo, pero nunca encuentro el momento.

—Pues deberías ponerlo en tu lista de prioridades, por tu propia integridad.

—Ahora me vas a decir que te preocupas por mí.

—Imposible no hacerlo: lo haría por cualquiera tan imprudente como para conducir eso; no te ofendas.

—¡Eh! Que vas a herir sus sentimientos, ¡que te está oyendo! —dije riendo refiriéndome a mi coche y luchando interiormente porque el rubor no subiese a mis mejillas.

—Es que no lo entiendo, ¿por qué no te haces con uno en mejores condiciones? ¿Acaso tiene un valor sentimental para ti?

—Era de mi padre, que pasó a mejor vida.

—Oh, lo siento, no quería...

—No, tranquilo, no se murió: se lío con una rica finlandesa. Hace años que mis padres están separados, vive como un rey, el muy truhan, por eso lo de pasar a mejor vida. Lo veo muy poco, aunque nos seguimos adorando pese a la distancia. Sí, el coche tiene un valor importante para mí.

—Pues lo siento igualmente. Pero tu padre, si te adora, debería haberte obsequiado con un vehículo mejor.

—Me encanta este modelo, mi intención era restaurarlo, pero... el momento nunca llega. Recuerdo cuando tenía seis años y mi padre me sentaba en sus rodillas mientras yo simulaba conducirlo, como tantas otras

cosas... No puedo deshacerme de él —mentí en parte. Como no pidiese un crédito para arreglarlo lo llevaba claro, ya que mi cuenta corriente daba pena.

—Restaurado tiene que ser toda una joya, pero ahora mismo...

—Algún día lo será.

—Pues espero que lo sea cuanto antes. Conduce con cuidado, Candy.

—Lo haré, gracias. Hasta mañana, Gavin.

—Hasta mañana —me despedí, y me hice la loca jugando con el móvil hasta asegurarme de que él se subía a su coche y desaparecía para que no me viese intentar arrancar mi «4 L».

PARTE METEOROLÓGICO 4

EL MUNDO EN TUS MANOS Y

EL SOL QUE TE MIRA

El jueves por la mañana me levanté como si hubiese dormido dos días seguidos. Estaba emocionada con mi entrevista. Y, después de la redacción y de las noticias, por fin pude hacerla. Mayte no le quitaba ojo al capitán Alejandro Hernández, mi fuente en la Guardia Civil, casi se lo comía con la mirada. Claro que él era un vasco afincado desde hacía años en Tenerife, con ese atractivo tan peculiar que tienen los hombres del norte, tan fuertes, tan masculinos. A mi vez, yo no le quitaba ojo a Mayte, preguntándome si no había tenido bastante con el alemán.

El viernes por la mañana transcurrió también sin incidentes, y el resto del día lo utilicé para documentarme para mi locución del especial del sábado en el lago Martiánez.

Jaime y yo nos habíamos dividido la labor de la parte comercial de la cadena, así que al menos la mañana del sábado pude desconectar. A grabar el reportaje por la tarde fuimos en el coche de Gavin, y no en mi tartana oxidada. Él se prestó en recogernos, tanto a mí como a Josué; bueno..., lo cierto es que casi insistió, lo que yo sospechaba que era fruto de nuestra conversación del miércoles en el parking sobre mi coche. Después de pasar por la nave y de cargar todo el material, la cámara, los filtros, los micros, etcétera, los tres pusimos rumbo al norte, hacia el lago Martiánez.

Gavin había acertado con el pronóstico: hacía un buen día, a pesar de que los vientos alisios desplazaban algunas nubes de vez en cuando, pero eran muy ligeras y superficiales y predominaban más los claros. Al llegar, hablamos con el encargado del complejo con el que habíamos concertado la cita, montamos todos los equipos ante las curiosas miradas de los residentes y de los muchos turistas y, cuando terminamos la faena, me puse a repasar mis numerosas notas en una mesa que nos había prestado y habilitado uno de los restaurantes del complejo, mientras Gavin también preparaba su pronóstico para el resto del fin de semana.

—¿Vas a hablar sobre la infraestructura del complejo también? —me preguntó en un momento dado.

Resoplé mientras supervisaba mis notas.

—Ni lo sé. Cuanto más repaso, más me lío. No debería haber recabado tanta información.

—Bueno, eres de aquí, así que límitate a informar de lo que te parezca más trascendental y te guste, no te lées más. Tienes esa ventaja, seguro que acertarás.

—Y ¿cómo te va a ti?

—Buf..., la climatología no es una ciencia exacta, y para colmo los vientos alisios me traen por la calle de la amargura, ya que desplazan las nubes a cada momento y no encuentro la palabra... Pasa de soleado a nublado en cuestión de minutos... No sé qué me ocurre hoy, debe de ser el calor, que me atrofia el cerebro.

—¿«Intermitente», quizá? ¿Que a pesar de estar soleado habrá intervalos de nubes por culpa de tus queridos vientos?

—Es exactamente lo que buscaba, gracias, Candela.

—De nada.

Cuando terminé de repasar mis notas, y mientras Gavin acababa de preparar el pronóstico, busqué con ayuda de Josué el emplazamiento perfecto para mi pequeña crónica. Me detuve en un ángulo del lago donde irrumpía el mar, con una de las mayores esculturas de fondo. Sí, del lago emergían varias esculturas de un artista canario muy famoso en las islas y fuera de nuestra periferia, y la imagen tras de mí me pareció el encuadre perfecto.

—¿*Travelling*? —me preguntó Josué a la vez que sacaba un porro de uno de los bolsillos de sus vaqueros.

—¿Qué? No, nada de mover la cámara, todo desde ubicación fija. ¿Quieres hacer el favor de guardarte eso? ¡Ni se te ocurra fumártelo aquí, loco!

—Ah, pues luego me lo fumo en el coche.

—En mi coche no se fuma, y menos eso, ni lo sueñes —decretó Gavin reaccionando al instante.

—Vaya par de aguafiestas, asándome de calor y sin poder fumarme ni un *peta*.

—Estás currando, Josué, te lo recuerdo.

—Chacha, si sólo tengo que enfocarte con la cámara fija y grabar, nada más... Ya te digo...

—Pues sí, majo, es verdad. En cuanto te vayas al paro, con lo que fumas, a ver de qué vas a currar, si siempre andas empanado.

—*Empanao*, pero a gusto, a mi rollo. Al menos déjame echarme un buchito, que estoy seco, tírate el rollo, anda...

—Josué..., de cervezas nada hasta terminar.

—Vale, me aguantaré hasta regresar al *choso*.^[7]

—¿Ya has elegido situación? —me preguntó Gavin.

—Estoy pensando ahí, donde está la escultura más grande. Desde el borde de la piscina y de espaldas al mar es un buen decorado, ¿qué te parece?

Después de observar el lugar que yo había sugerido y hacer una especie de encuadre con los dedos y mirar a través del mismo, Gavin respondió:

—Buen plano, quedará genial.

—Pues hagamos una prueba mientras hay luz natural. Y a ver el sonido, con tanto niño no va a salir muy limpio. Acabemos, chicos, que me muero de calor y estoy impaciente. Quiero darme un chapuzón —nos pidió Josué con cierto nerviosismo.

Lo calé enseguida.

—Tú lo que quieres es irte corriendo a fumarte tu porro, Josué, di la verdad. Oye, que yo también me muero de calor.

Gavin, que nos miraba, de repente soltó:

—¿Sabéis qué? Estaba esperando a terminar de rodar para probar la piscina, pero al carajo —determinó mientras se quitaba ya la ropa.

—¿Qué estás haciendo? Habíamos acordado que lo haríamos luego —lo regañé perpleja a la vez que me relamía y no despegaba los ojos de su cuerpo, pero logré disimularlo como pude.

—Yo paso, como si salgo en bañador dando el pronóstico —respondió, y acto seguido se tiró al agua.

Para colmo, Josué hizo lo mismo, se quedó en bañador en apenas segundos y se lanzó detrás de Gavin.

—Un fumado y un inmaduro... Qué tarde me espera —dije poniendo los ojos en blanco mientras intentaba no fijar la mirada en Gavin, totalmente mojado y en bañador.

Qué sexi estaba el condenado, con ese cuerpo y el pelo mojado...

—Y ¿tú a qué esperas? —me preguntó entonces desde el agua.

—¿A que regrese vuestro sentido común, por ejemplo? —respondí con otra pregunta mientras los miraba cruzada de brazos.

Ni siquiera había terminado la frase cuando sentí una mano en el tobillo, la de Josué concretamente, que me zarandeó de tal modo que consiguió que perdiese el equilibrio y cayese al agua vestida.

—¿Estáis locos? ¡No tengo otra ropa de repuesto para el reportaje! ¡Pedazo de memos! ¡Hemos venido hasta aquí para nada! —dije saliendo apresuradamente de la piscina.

—Vale. Josué, te has pasado —dijo Gavin—. Pero, Candy, siempre puedes hacer el reportaje en bikini —concluyó dedicándome una sonrisa de lo más depravada.

—Ja, no me pagan lo suficiente para ello.

—Candy, sé espontánea..., vive, improvisa... La gente que nos vea en sus casas seguro que no se lo espera; dará que hablar tanto que seguro que sube la audiencia.

Menos mal que el maquillaje era resistente al agua, pero mi pelo..., y mi ropa... Quería matar a Josué, no obstante, en vez de eso, lo castigué ordenándole que fuese a comprar.

—Ya que has sido tú el culpable, vete a ver si encuentras una tienda de

souvenirs o algo y tráeme un pareo o lo que sea, pero en bikini yo no salgo.

—Hazlo, Josué, y también deberías disculparte —señaló Gavin.

—Vale, sin problema, así fumo de camino. Ah, y perdona.

—Nada más piensa en el fumeteo ese, así hace lo que no debe luego.

—Puedes ahogarlo después, yo no diré nada —dijo Gavin.

—Muy gracioso, no me des ideas...

A continuación, Gavin se puso a dar palmas mientras decía:

—Vamos, vamos, bromas aparte... Mientras discutimos se nos va la luz natural para grabar... Será mejor que sea yo quien vaya a comprar, venga.

Y echó a andar, mientras yo me quitaba la ropa y la disponía sobre las sillas donde teníamos nuestra mesa de operaciones para que se secase y, para mi desgracia, quedándome tan sólo con el bikini antes de lo que deseaba.

Josué y yo probábamos imagen y sonido cuando Gavin regresaba ya con un par de pareos, o eso parecían al menos. Mientras se aproximaba, yo comenzaba mi introducción micro en mano, diciendo:

—Buenas tardes, Tenerife. Hoy estrenamos espacio y programa en exteriores, y qué mejor forma de hacerlo que desde el complejo municipal del... —Me interrumpí, no pude continuar. Cuando miré a Gavin, se había quedado inmóvil observándome con la boca desencajada—. Corta, Josué —le pedí—. ¿Te ocurre algo, Gavin?

—Sólo que empiezo a sospechar que la audiencia va a subir estrepitosamente —respondió sin apartar su lasciva mirada de mí y de mi... bikini.

—Pues espero que no suba nada más hoy..., que no tenga que dejarte yo el pareo a ti.

Gavin se miró el paquete y, ofendido, me devolvió el golpe:

—Sigo sosteniendo que los hombres no somos tan simples como tú crees. Ah, y rectifico y retiro mi cumplido.

—Ah, pero ¿era un cumplido? —le propiné con cinismo.

—Pues sí.

—¿Puedo pedirte algo?

—Claro.

—Que me respetes.

—Lo hago. Y ¿tú no ibas a intentar ser más amable?

—Ahí me has pillado —contesté con sarcasmo.

—Bueno, ¿grabamos o qué? ¿Quiénes son los inmaduros ahora? —nos cortó el cámara.

—Josué, qué bien te sienta la abstinencia de lo tuyo..., si hasta pareces responsable y todo.

—Mira cómo me río... Vamos a ver cómo ha quedado la prueba.

—Está bien.

Y lo seguimos hasta el visor de la cámara.

—A ver..., el encuadre perfecto, la luz y el sonido, pase, aceptables... ¿Le damos?

—Pues a grabar. Acabemos con esto de una vez —sugerí, y a continuación me dirigí a Gavin—: ¿Das primero el pronóstico?

—No, por favor, te cedo el honor de estrenar programa y que lo presentes tú —me contestó relamiéndose mientras me miraba.

—Serás... —me limité a decir.

No quise continuar mientras el muy cretino sonreía.

—Está bien —dije después de ponerme el pareo y situarme en el punto concreto desde donde iba a grabar el reportaje—. Josué, dame la señal.

Y, unos minutos después, me dio la entrada.

—Buenas tardes, Tenerife. Hoy estrenamos espacio y programa en exteriores, y qué mejor forma de hacerlo que desde el complejo municipal del lago Martiánez, un sitio ideal donde disfrutar de un día en familia o con la pareja. Para mí, como tinerfeña que soy, es el orgullo de Puerto de la Cruz, una de las transformaciones más admirables de un litoral que se han hecho. Aparte de un estupendo centro de ocio, como muchos de ustedes sabrán, fue declarado Bien de Interés Cultural con la categoría de «Jardín Histórico» en 2005. Pero ¿a que no sabrían decirme, por ejemplo, cuál es la cantidad de agua de mar que alberga el lago artificial? Pues nada menos que veintisiete mil metros cúbicos, sin contar las otras cuatro piscinas para adultos y las tres infantiles. ¿Y su superficie? Pues tiene nada menos que cien mil metros, entre sus jardines de flora autóctona, la variada gama de bares, el casino, el balneario, sus restaurantes y sus quioscos, lo que dota al complejo de una

especial vitalidad, y estarán de acuerdo en que lo convierte en uno de los centros más llamativos de toda la isla. Como saben, esta gigantesca escultura que ven a mi espalda en medio del lago es obra del reputado artista lanzaroteño César Manrique, el mismo que dirigió las obras de este complejo, que alberga otras tantas originales figuras suyas. Ha sido reconocido como el segundo parque acuático más importante de Europa y el decimoquinto del mundo en los premios Travellers' Choice Attractions. Y, como una curiosidad más, ¿saben cuántos visitantes ha tenido este complejo municipal desde su apertura? Pues estoy segura de que no se lo pueden ni imaginar: la friolera de medio millón. Sí, y es que el lago Martiánez es un lugar que no se puede dejar de visitar. Desde mi punto de vista, sólo le hacen sombra las Cañadas del Teide, y tanto si se es residente o se es turista, es un lugar ideal para todas las edades. Consta de zona de fumadores y está adaptado para personas discapacitadas. Si se tiene vehículo propio, en la gran explanada del muelle reconvertida en parking siempre se encuentra sitio para aparcar, y, si se prefiere el transporte público, hay líneas de bus con horarios muy flexibles y salida desde casi todos los puntos de la isla. A mis conciudadanos, decirles que los precios son muy económicos por el descuento de residente, por lo que no tienen excusa para no venir a disfrutar de un maravilloso día. Y espero que siga así por mucho tiempo, ya que hay rumores de que quieren privatizarlo con la excusa de mejorar la gestión del lago. Así que desde aquí lanzo un mensaje a nuestros políticos y, en calidad de portavoz de mis vecinos de Tenerife, les digo que esperamos que ese día no llegue. Vamos, vengan a disfrutar, les deseo un maravilloso fin de semana, y ahora los dejo con el pronóstico del tiempo de la mano de mi compañero Gavin.

Acto seguido, Josué enfocó a Gavin, que hizo su predicción micro en mano a espaldas del lago también, rodeado de un montón de curiosos, mientras yo esperaba soportando el calor a pocos metros de él.

—Gracias, Candelaria. Tengo que confesar que es la primera vez que vengo aquí. Lo sé, es imperdonable, y personalmente lo que más me ha impactado, aparte del confort y de la seguridad que ofrece el centro, son las empalizadas que miran al mar, un verdadero espectáculo cuando las olas rompen con fuerza y caen en el interior del recinto.

»Y eso me lleva a hablarles de los vientos alisios, que originarán que, tanto durante el día de hoy como en la jornada de mañana, haya un tiempo intermitente, con algunos intervalos de nubes dispersas, sin riesgo de precipitaciones. Predominará el sol y las temperaturas continuarán siendo más que agradables para esta época del año. El viento en la costa soplará de nordeste, al igual que el oleaje, con vientos de 27 km/h, mientras que en aguas abiertas será de 38 km/h. Los amantes del surf y el *bogue* están de suerte, ya que un tramo de esta pequeña playa de arena negra está abierto a la poderosa incidencia del mar, y las olas, gracias al viento, tendrán hoy una altura significativa de cuatro metros, considerando el oleaje en aguas abiertas. Hoy es un día regular para pescar en Puerto de la Cruz, la actividad prevista de los peces es media. Así que, si aun así se deciden, no olviden tener las cañas montadas y los cebos y los señuelos preparados para la ocasión.

Después del resumido pronóstico del tiempo, para completar el reportaje, sorteamos quince entradas para el lago sin fecha de caducidad, y preguntamos tanto a residentes como a turistas qué destacarían más o qué les gustaba más del lugar. Al terminar, y tras recoger el equipo con los curiosos asediándonos, apenas si pudimos disfrutar de las instalaciones. Casi se nos echó la noche encima, e incluso cerraron el recinto con nosotros todavía dentro.

Cansados, pusimos rumbo al sur de nuevo. Primero pasamos por la nave a dejar el material, y luego Gavin nos dejaría a Josué y a mí en nuestras respectivas casas. A mitad de camino, mis pobres tripas se quejaron.

—¿Han sido las tuyas? —me preguntó Gavin.

—Creo que sí, con toda la publicidad gratuita que les hemos hecho y ni siquiera nos han invitado a cenar.

—Ya te digo... ¿Queréis parar a comer en algún sitio? Yo no tengo prisa.

—A mí me dejas en mi casa, que me muero por fumarme un peta tranquilito, sin que nadie me esté llamando la atención, colega —soltó Josué.

—Eres un caso... —lo regañé riendo.

—Llevo toda la tarde castigado por vuestra culpa, os la pienso guardar, pedazo de frailes.

—Pues sí que tienes mono, si prefieres fumar a cenar... —rio Gavin—.

¿Y tú? ¿Te animas?

—No es por despreciarte el ofrecimiento, pero estoy muerta de cansancio. Sueño con cenar algo rápido en mi cómodo sofá para meterme cuanto antes en mi comfortable cama.

—Pues pillaré algo para llevar para mí solo entonces en el camino de vuelta.

—De veras que lo siento... Oye, el restaurante que está debajo de mi casa es muy bueno, si te gusta la comida china...

—Si me lo recomiendas..., pillaré algo allí entonces.

El resto del camino lo dedicamos a planificar el próximo reportaje. Veinte minutos después, dejábamos en Arona al ansioso de Josué con su mono, y posteriormente continuamos rumbo al sur hacia mi añorada casa. Cuando llegamos, Gavin aparcó cerca y echamos a andar en dirección al restaurante chino sobre el que se ubicaba mi apartamento.

—Pues en fin..., ¿qué me recomiendas que pida?

—Todo está buenísimo, pide lo que quieras, todo es muy fresco y de calidad. El que está en la barra es Shiao, el dueño, dile que vas de mi parte y te dará lo mejor.

—Gracias, mañana te cuento. Buenas noches, Candela.

—Buenas noches, gracias por recogerme y por traerme también —dije, y entré en el portal.

Cuando llegué a mi casa, metí unos fideos instantáneos en el microondas y me dejé caer en el sofá mientras se cocinaban. Realmente estaba agotada. Pero un extraño ruido procedente del baño me hizo levantarme e ir a averiguar de qué se trataba. Era como un siseo, acompañado de un murmullo de agua, que provenía del retrete. Llevaba unos días medio atascado y me imaginé que el ruido era por eso. Tenía que llamar a un fontanero, no podía posponerlo más.

No obstante, el extraño sonido cada vez era más acentuado, un ruido fuerte y sordo, luego un chapoteo, así que decidí levantar la tapa y, al hacerlo, me llevé el susto de mi vida. ¡Un pedazo de serpiente se estaba dando un baño en la taza del váter! Solté la tapa al momento y hui despavorida de mi apartamento en dirección al restaurante de abajo. Avisté a Gavin, que se

había decidido por el bufet, y se convirtió en mi primera opción. En un impulso, a la desesperada y casi brincando, comencé a hacer aspavientos frente a él, gritando:

—¡Gavin, Gavin..., hay una serpiente en mi piso! ¡Una serpiente asquerosa!

—Pero ¿qué dices?

—¡Que hay una serpiente en mi baño!

—¿Estás segura? ¿No te lo habrás imaginado?

—Yo no fumo porros como Josué. ¡Claro que no lo he imaginado!

—¿Quieres que suba a ver? —preguntó con escepticismo.

—No sé..., ¡llama a la policía, lo que sea! ¡Lo único que sé es que yo ahí no vuelvo a subir en la vida!

—¿Te importaría que subiese y me asegurase antes de llamar a la Benemérita? —formuló aguantándose la risa e incrédulo para colmo, algo que me repateaba en medio de mi ataque de nervios.

—Haz lo que quieras, ¡pero haz algo, por favor! —le respondí furiosa, atacada y como una auténtica chiflada.

—Bien, ¿me guardas esto un momento, por favor? Enseguida vuelvo —le preguntó a Shiao señalando los envases de comida que pensaba llevarse más tarde a su casa. Éste asintió con la cabeza con amabilidad y luego Gavin volvió a dirigirse a mí—: ¿Vamos?

—¿Yooo...? —pronuncié de forma exagerada—. Ni en sueños subo ahí de nuevo, ¡ni loca!

—Vale, déjame las llaves, subiré solo —me pidió con resignación.

—¡¿Qué llaves ni qué ocho cuartos, si he salido despavorida...?! ¡No estaba yo para menudencias de cerrar con llave y esas cosas en esos momentos, ¿vale? ¡He dejado la puerta abierta!

—Bueno, pues ahora bajo —dijo con conformismo mientras se encaminaba hacia mi apartamento. Era obvio que seguía sin creerme.

Gavin tardó y tardó, incluso me tomé un par de infusiones de hierbas asiáticas que me preparó Shiao y que, según él, tenían el mismo efecto que la valeriana. El chino me hacía compañía mientras tanto, y él también se mostraba escéptico con lo que acababa de contarle. ¡Me tomaban por una

completa chiflada!

Cuando regresó Gavin se cumplieron mis peores pronósticos: no había encontrado nada. Había registrado todo mi apartamento y, según él, me lo había imaginado todo fruto de la fatiga. Y me arrepentí de haberle dicho que estaba cansada cuando me había dejado en mi casa.

—Por cierto, aparte de serpientes ilusorias, ¿no te habrán entrado a robar? Porque vaya desorden...

—Genial, me tomas por loca y encima me llamas mugrienta... No he parado en toda la semana y no he tenido tiempo de limpiar, ¿vale? Para tu información, suelo hacerlo los sábados, y mira por dónde he tenido un imprevisto: tú y el dichoso reportaje. Sé lo que he visto, y era una serpiente. Luego pretendes que sea amable...

Estaba intentando convencerlo de que estaba segura de lo que había visto cuando oí un grito.

—¿Has oído eso?

—¿El qué? —me preguntó.

Sin embargo, no hizo falta que le diera más explicaciones, pues de los servicios del restaurante salió una señora de avanzada edad gritando despavorida:

—¡Una serpiente! ¡Una serpiente! ¡Una culebra asquerosa!

Y todos los clientes salieron aterrorizados a la calle al oírla, incluidos nosotros. Shiao se dirigió entonces al baño con... ¿una escoba? La verdad, no sabía muy bien qué pretendía hacer con aquel utensilio de limpieza, mientras los camareros intentaban tranquilizar a los comensales que habían salido espantados abandonando sus mesas. Gavin fue de los únicos que permanecieron próximos a la entrada del local, mirando el interior con curiosidad. Shiao salió apresuradamente de los baños, miró a Gavin y le dirigió un gesto de asentimiento con la cabeza. Sí, había un reptil paseándose por las cañerías como si de un parque acuático se tratara, yo no estaba desequilibrada. Acto seguido, Gavin me miró boquiabierto. Ni opción a réplica le dejé.

—¿Y ¿bien? Ahora que sabes que no estoy loca, ¿qué hacemos? — pregunté jactándome de no haber perdido el juicio y alardeando de mi

lucidez. Sabía lo que había visto y allí estaba la prueba.

—¿Llamar a la Policía Local? Tengo un conocido en la Unidad de Medio Ambiente que sabrá qué hacer con ese bicho —contestó sacando su móvil.

—Vale, pero me debes una disculpa, por no creerme.

—Ya, pero es que es algo difícil de encajar, ¿no crees? No es algo que suela pasar a menudo, ponte en mi lugar. Pero, sí, lo siento —se disculpó finalmente, y acto seguido asió su móvil.

Mientras Gavin mantenía una conversación con alguien de confianza, por lo que parecía, yo curioseaba el interior del restaurante desde fuera en medio del revuelo. Shiao, el dueño, decidió salir, y le pregunté:

—¿La has pillado?

—Nooo... Tú *tenel* la culpa, *selpiente bajal* de tu casa.

—¿Qué? Oye, apareció en mi casa, yo no la tenía de mascota, no era mía, ¡te lo puedo asegurar!

—Va a *sel* mi *luina*.

Estaba muy enfadado, yo intentaba hacérselo entender y discutimos un buen rato. Luego contesté a las preguntas de la gente que disfrutaba de su cena hasta la estampida, del tipo de qué clase era la culebra, tamaño, si me había mordido, y lo mismo a la señora de avanzada edad, a la que yo misma intentaba tranquilizar.

Al rato se personaron cuatro policías locales, dos de uniforme y los otros dos vestidos con una especie de mono reforzado, una gran bolsa de lona y varios utensilios, supongo que para atrapar serpientes aventureras. Los uniformados nos tomaron declaración tanto a mí como a la señora, y, por nuestras indicaciones —el color amarillo intenso y verde—, dedujeron que se trataba de una serpiente albina, una especie para nada autóctona, y se preguntaban cómo había terminado allí. Yo no la había visto entera, tampoco la señora, ya que estaba metida en el agua de la taza del váter, pero su diámetro era similar al de un vaso de tubo, por lo que pudieron calcular su longitud a partir de ahí y, para mi desasosiego, no resultó ser precisamente pequeña.

Los agentes permanecieron un buen rato dentro, buscándola. Los clientes no abandonaban la entrada del local, todo lo contrario, y a cada instante se

sumaban más curiosos que paseaban por Las Vistas. Para colmo, el tiempo transcurría y no la encontraban, y comenzaron a sospechar que se había ido por las cañerías, por donde había llegado. Entonces decidieron llamar a una empresa de fontanería que disponía de cámaras de vídeo y buscar por todas las cañerías del edificio, buscaron incluso en las alcantarillas de la zona.

Gavin se prestó a acompañarme hasta que todo terminara. La verdad es que se estaba portando de cine conmigo. Yo era consciente de que no había sido muy amable con él, pero tan sólo lo hacía para intentar guardar las distancias. Temía aquella atracción poderosa que ocasionaba en mí y no sabía actuar de otra forma para combatirla. Aun así, su actitud era de valorar y de agradecer por aguantar mi carácter y decidir quedarse. La noche se estaba alargando y mi cansancio iba en aumento, pero no estaba dispuesta a volver a mi casa pensando que tal vez a un reptil asqueroso le apeteciera regresar a ella.

En un momento dado, Gavin fue incluso a por unos cafés a otro local cercano, y cuando regresó me encontró hablando con el policía al que había llamado, su «conocido», como había dicho él. Éste me relataba las malas noticias, como que si el bicho se había ido por las cañerías podían tardar días incluso en encontrarlo, o no encontrarlo nunca, con lo que se desataría el caos en mi barrio, sembrando el miedo entre mis vecinos, y yo ni muerta pensaba entrar en casa si así era. Gavin se nos acercó, esperó a que el agente terminase de explicarme el tema y me entregó el vaso de cartón.

—Tu café. Esto va a ser la comidilla de tu barrio durante mucho tiempo, pero piensa que podría haber sido peor..., como haberte sentado en el baño y que te hubiese mordido el trasero... —me dijo el muy socarrón.

Comenzaba a sospechar que el hecho de acompañarme no había sido un gesto de gentileza por su parte, sino que se debía más bien a que se lo estaba pasando en grande a mi costa.

—Muy gracioso... Gracias a tu comentario, me compraré un orinal y a partir de ahora haré mis necesidades como en la Edad Media... ¡Yo no me vuelvo a sentar en un baño en mi vida! —declaré, y le di un empujón disgustada.

Mientras Gavin apretaba los labios en un intento de contener las ganas de

estallar en carcajadas, el policía intervino:

—Esto..., yo vuelvo al interior, a ver cómo van. Seguramente el bicho se le ha escapado a alguno de tus vecinos, alguien que lo tenía como mascota, o, peor, que se ha deshecho de él aposta tirándolo por el desagüe. Luego iremos puerta por puerta también a preguntar —dijo, y desapareció.

—La encontrarán, ya verás. Y, hablando de ser la comidilla... sería, una buena noticia para la cadena, ¿no? —dijo Gavin sacando su móvil y comenzando a grabar.

—¿Qué crees que haces? A mí no me saques, ni se te ocurra.

—¿Por qué? Que aparezca una serpiente no autóctona en tu baño y que esté en busca y captura ahora mismo... es un suceso digno de ser informado. De presentadora has pasado a ser... protagonista.

—Ni hablar, no quiero ni imaginar los *memes* que pueden hacer con esto. Haz lo que quieras, pero a mí no me saques ni me menciones, te lo prohíbo.

—Pues informa y te grabo hablando con Jesús dándote todos los datos referentes a esto. No digas que ha ocurrido en tu casa y listos. El lunes lo montamos en la redacción, antes de las noticias.

—No sé...

—Lo va a acabar sacando otra cadena y hablarán de cierta presentadora, así que... —dejó caer, y, sí, con ello consiguió picarme. Comenzaba a conocerme y a advertir mis puntos flacos.

—Está bien —dije finalmente—. Pero... ¿lo vas a hacer con el móvil?

—No queda otra, o eso o llamar a Josué, que pase por la nave a por el equipo y baje hasta aquí con lo fumado que debe de estar... No sé, ¿qué prefieres?

—Pues es verdad, estamos sin cámara. Ahora mismo no estará en condiciones ni remotamente.

—Tranquila, la cámara de mi móvil tiene muy buena calidad; no quedará tan mal.

—Ya te digo —y me eché a reír.

—Bueno, empezamos bien: desde que encontraste a ese bicho en tu casa, al fin te has reído. Ya es hora de que comiences a relajarte y a dejar los nervios a un lado.

—Ya..., hay que ver qué cosas me pasan.

—Pues sí, habría que investigar si ha habido más casos como éste en la isla o si es el primero, para puntualizarlo mañana en el informativo.

—Luego lo investigo, a ver si esto termina de una vez.

—Sé positiva —me regañó.

—Ya..., qué fácil es decirlo.

—Estás agotada, y eso no ayuda a tu ánimo, es normal. Tranquila.

—Bueno, pues grábame, que voy a informar.

—¡Bien, ésa es mi chica! Esto..., es un decir, una frase hecha, a ver..., que todo te lo tomas a mal... No es que seas mi chica...

—Estoy tan cansada que ni ganas tengo de reñirte por nada. Dame la entrada y voy, estoy preparada —dije mientras trataba de colocarme el pelo convenientemente para informar.

Comencé a relatar el suceso para las noticias del lunes mientras Gavin me grababa. Cuando iba por la mitad, un chico entre los curiosos se puso a dar voces:

—¡Está allí, entre el cableado del cartel del restaurante! ¡Allí arriba!

Ambos miramos hacia el lugar que señalaba el muchacho y todos los congregados allí también. Gavin no dejaba de grabar con su móvil.

—Menudo *zoom* tiene esto. Pedazo bicho..., ahora que la veo te entiendo: menudo susto debiste de llevarte.

—Ya, pero habrá que eliminar el audio de la grabación, bocazas —dije riendo.

—¡Jesús! ¡Jesús! Está aquí fuera, ¡salid fuera! —comenzó a gritar Gavin llamando a su amigo, conocido o lo que fuera.

Todos los policías salieron, luego fueron a por una escalera y una especie de gancho con el que consiguieron meter a la serpiente en la bolsa de lona. Todo el mundo aplaudió, y yo al fin respiré aliviada.

—¿Qué harán con ella ahora?

—Llevarla a la protectora.

—Vaya, ¿a cuál? Para decirlo y terminar así el reportaje; éstos son los que más me gustan: con un final feliz.

—Me alegro mucho por ti, en serio.

Terminamos el reportaje y Gavin se despidió de mí:

—Bueno, pues ya puedes descansar tranquila, te veo mañana.

—¿Te vas ya? Yo..., esto...

—Ya ha terminado todo. ¿Qué ocurre?

—Es que... ¿Puedo pedirte una última cosa?

—Claro, dime.

—Me voy a casa de mi madre. Yo esta noche aquí no me quedo, y ya veremos mañana. ¿Podrías acompañarme arriba para coger una mochila y meter algo de ropa y unas cuantas cosas? No te entretendré mucho, tardaré sólo unos minutos.

—Claro que no me importa, pero ya ha pasado el peligro, puedes quedarte tranquila en tu apartamento.

—¿Y si sale otra?

Gavin estalló de nuevo en carcajadas.

—Veo que no se te va la paranoia... ¿Qué probabilidades hay de que eso pase de nuevo, Candy? Piénsalo bien.

—No puedo quedarme en mi casa..., soy incapaz, es superior a mí, lo siento.

—Como quieras. No te preocupes, subiré contigo entonces.

—Gracias, de verdad, sólo serán unos minutos: preparar la mochila y salir del apartamento, nada más —dije.

Pero en cuanto me di media vuelta para entrar en el portal, oí cómo Shiao nos llamaba a voces.

—¿Qué ocurre? —le pregunté mirando cómo se acercaba a nosotros con unas bolsas.

—Se deja la comida —respondió refiriéndose a Gavin.

—Me había olvidado completamente de ella, lo siento, con todo el jaleo... ¿Cuánto es? —preguntó Gavin haciéndose cargo de las bolsas.

—Nada, hoy invita la casa. He puesto *pala* dos, después de lo que ha pasado...

—Gracias, Shiao. Eres un cielo —le agradecí.

—Descansad, chicos —se despidió, y desapareció para colgar al fin el cartel de «Cerrado» en su local. Hasta para él había sido una noche

excepcionalmente larga.

En el primer escalón de mi portal, titubeé y Gavin se dio cuenta.

—Y ¿ahora qué te ocurre?

—¿Puedes ir tú delante?

—Claro, sí que estás aterrada, ¿eh? —preguntó el muy bromista aguantándose la risa.

—¿Se nota mucho? —formulé con ironía.

—Ligeramente —contestó sin dejar de reírse.

—Serás... —repliqué, y lo empujé hacia arriba por la escalera, algo que provocó que se riese aún más.

Volví a empujarlo y, con cada carcajada suya, lograba contagiarme a mí. Cuando llegamos a mi piso, me dejé caer en el sofá. Gavin depositó las bolsas sobre la mesa e hizo lo mismo, quedándose a mi lado sin poder dejar de reírnos ambos como dos críos.

—Dios, me duele la mandíbula... ¿Por qué me he reído tanto? —pregunté sin dejar de reírme todavía, no podía.

—Han sido momentos de mucha tensión para ti, el bicho..., y la risa a veces actúa como mecanismo para aliviar toda esa tensión acumulada. Eso..., y que puede que yo sea también una buena influencia para ti.

—Es cierto, no eres un capullo más, algo que no abunda precisamente. Gracias por haberte quedado acompañándome hasta que pasó todo, de verdad te lo agradezco.

—¿Me has hecho un cumplido? Estoy pasmado, desbordado, no quepo en mí de la emoción... —se burló.

—Vale, hagamos un trato: ¿dejamos las ironías? Prometo enterrarlas si tú haces lo mismo, nada de juegos ni de estupideces.

—Trato hecho —aceptó dirigiéndome una mirada magnética.

Sellamos nuestro acuerdo con un apretón de manos, y yo me quedé allí, prendida de su mirada, tan penetrante que no ayudaba en nada a mi esfuerzo por sortearla y a lo que sentía en aquellos momentos. Lo achaqué todo a mi inexistente vida sexual, puede que intentando engañarme a mí misma. Necesitaba huir del sofá, si continuaba allí mi voluntad corría un gran riesgo. Tenía que alejarme de Gavin, que en aquel momento se había convertido en

mi mayor amenaza.

—Creo que..., creo que... es mejor que vaya preparando la mochila —logré decir, e hice un gesto para levantarme.

Pero Gavin apoyó las manos sobre mis rodillas impidiéndome levantarme.

—Es muy tarde, ¿estás segura de querer molestar a tu madre a tan altas horas de la noche? Yo podría quedarme contigo... —me propuso mientras intentaba sugestionarme con aquella mirada incitadora.

Me humedecí sólo de pensar en la idea de que se quedara conmigo toda la noche, pero me daba miedo que imaginara que yo era la facilona que todos suponían.

—Que te haya pedido que subas conmigo no significa que te esté invitando a algo más. Mi límite es darte conversación y de ahí no pienso pasar, Gavin, por si quieres replantearte lo de quedarte a dormir.

—No me acuesto nunca con nadie en la primera cita, no te preocupes —se burló.

—Muy gracioso, pero esto no es una cita.

—Es verdad, es un estado de emergencia provocado por una serpiente invasora, y, conmovido por tu miedo, he decidido quedarme.

—¿Decidido, tú? Aún no hay nada decidido. Gavin..., yo...no.

—¿Tienes hambre? ¿Qué tal si cenamos mientras lo discutimos?

Me quedé un buen rato pensativa ante su mirada expectante. Una cena no podía hacerme daño, por lo que finalmente respondí:

—Me muero de hambre, esa idea sí me gusta, y no hay nada que discutir.

—Pues no discutamos, conversemos, nos limitaremos a eso. Tranquila, sólo voy a pedirte una cosa a cambio.

—Dispara.

—Que seas tú misma esta noche... De repente me ha entrado un gran interés por conocerte realmente.

—Como quieras. Iré a por unos platos a la cocina.

—Te ayudaré —se ofreció siguiéndome hasta la cocina.

Mientras servía la comida en los platos, dejé caer:

—Bueno, es una buena ocasión para que me cuentes la historia de tu

abuelo, lo de que ya habías estado antes en Tenerife y todo eso. Me dijiste que me lo contarías.

—Buena memoria, veo que tú no finges y también escuchas —me espetó recordando mi célebre frase acerca de que los hombres sólo se limitan a fingir que escuchan a las mujeres.

—*Touché*. Tocada y hundida. ¿Me pasas los cubiertos?, primer cajón a tu izquierda.

—En fin, el caso es que tendría que desvelarte demasiado sobre mí —puntualizó volviendo al tema mientras llevaba los platos hasta la mesita de café junto al sofá y yo lo seguía con unas servilletas y los cubiertos.

—Y ¿estás dispuesto a hacerlo?

—Pues depende de lo que tengas para beber.

—Oh, lo siento, se me ha olvidado coger unas copas y la bebida.

—No importa, yo iré. Ha sido una noche llena de emociones para ti, me temo, no te levantes. ¿Qué tienes para beber?

—Gracias. Mira en la nevera, hay refrescos, y en la alacena de encima hay alguna botella de vino si lo prefieres. Coge lo que te apetezca.

—Si bebes conmigo, abro una botella, no me gusta beber solo.

—Mañana es domingo..., así que... por mí, bien.

—¿Sacacorchos?

—En el mismo cajón donde has cogido los cubiertos —dije desde el salón.

Esperé a que terminara de abrir la botella. A continuación, sirvió el vino en las dos copas y regresó al sofá. Me tendió la mía y se sentó a mi lado mientras me decía:

—Un apartamento muy coqueto.

—No lo digas por educación: es pequeño, le hace falta una buena reforma y lo tengo todo tirado.

—A mí me gusta. Sobre todo, la vista —dijo refiriéndose a mi terraza.

—Lo elegí por ello. Tengo cierto apego a vivir junto al mar, me transmite absoluta libertad. Contemplar esa inmensidad azul cada mañana, cada noche..., no me aburriré nunca de ello. Te parece una cursilada, ¿verdad?

—No, todo lo contrario. El mar suele transmitirme serenidad, evasión...,

algo parecido, ¿no? ¿Me consideras un cursi por ello? —preguntó dedicándome una sonrisa perfecta y una mirada tan hechizante como cautivadora.

«Éste me quiere llevar al huerto», pensé, y decidí cambiar de tema.

—¿Me vas a contar ya lo de tu abuelo?

—Está bien, ¿por dónde empiezo? Mis abuelos eran de aquí.

—¿En serio? ¿Eran? Oh-oh...

—Bueno, sí, murieron no hace mucho, pero apenas los conocía, así que tranquila. Me pasé media vida viviendo en Madrid y la otra en Estados Unidos, por lo que...

—Y ¿cómo es que decidiste viajar a Norteamérica?

—Es largo de contar. Mi madre tampoco vivió mucho en Tenerife: siendo hija única, la enviaron a estudiar a un internado al extranjero, decían que querían la mejor educación para ella. Luego continuó sus estudios en Madrid y, cuando acabó la carrera de Derecho, le salió un buen trabajo y finalmente se instaló allí. Cuando en vacaciones regresaba a Tenerife, mis abuelos siempre estaban liados con sus negocios y los cruces de reproches eran continuos, según me contó ella, por lo que la relación se enfrió y, con el paso de los años, dejó de venir. Apenas recuerdo mi estancia aquí en contadas ocasiones siendo pequeño.

—Pero eso no explica cómo terminaste en Estados Unidos.

—Quería conocer a mi padre y una cosa llevó a la otra.

—¿A tu padre?

—Mi padre era un militar estadounidense. Como puedes comprobar, mi nombre no es muy común aquí, eso es porque mi madre me puso el suyo. Mis padres se separaron cuando yo era muy pequeño, pero a pesar de ello siempre deseé conocerlo. Así que..., al terminar mis estudios, como regalo de fin de carrera, mi madre me obsequió con un viaje a Estados Unidos para que lo conociese. Ella me acompañó, y al final hice un máster allí y me salió una increíble oferta de trabajo que no pude rechazar. Después tuve la suerte de hacer amistades buenas y muy influyentes, y firmé magníficos contratos televisivos. Vendí más que bien mis documentales a la CBS y todo se disparó, apenas si tuve tiempo de encajarlo.

—Lo sé..., eras toda una figura en Norteamérica, hasta premios... Y ¿por qué decidiste venir aquí?

—El desencadenante fue la muerte de mi mujer, como ya te conté. Me estaba volviendo loco. Adoro mi profesión, pero sin ella no era lo mismo. Creía que si me tomaba un tiempo y me alejaba de allí quizá reuniría las fuerzas necesarias para retomar mi carrera... —Gavin dejó su cubierto y suspiró con resignación, a la vez que su voz se llenaba de melancolía—. Todo lo que tocaba, todo lo que hacía me recordaba a ella...

Yo también dejé de comer, y hasta me sentí culpable.

—Si quieres cambiar de tema...

Él esbozó una tierna sonrisa.

—No, estoy bien, aunque no lo parezca lo he superado, sólo es... que al estar contigo aquí, en el sofá con la cena china, han venido a mi mente... recordé ciertos momentos, ciertos detalles... pero tengo que avanzar, continuar, quiero volver a ilusionarme, y enamorarme incluso, porque aunque pienses lo contrario los hombres lo hacemos, doña intolerante.

Reprimí una carcajada y señalándolo con mi cubierto le pregunté:

—¿Te vas a comer las gambas?

—Eludiendo el tema ¿eh?, está bien. —Gavin sonrió, me pasó el envase de las gambas y además de la cena, retomamos la conversación.

—Y, cuando pensaba en un destino, el abogado de mis abuelos se puso en contacto conmigo por el tema del testamento. Mi madre estaba muy enferma y, al no poder hacerse cargo, me había nombrado apoderado y me había puesto al frente de todas sus gestiones. Era la oportunidad perfecta, y no lo pensé dos veces.

—Podrías vivir donde quisieras, tienes éxito, dinero... ¿Por qué no te quedas en Tenerife?

—Mi idea inicial es poner los negocios de mi familia y las propiedades a la venta y volver a Chicago. A pesar de que he pedido una excedencia en la CBS y mi contrato tiene unas condiciones inmejorables, también consta de unas cláusulas muy precisas y severas. Me tienen bien atado, y aunque cuanto más tiempo paso aquí, más apego siento por todo lo que me rodea, tienes que entender que resido en Chicago desde que terminé la carrera. Quince años es

casi una vida, amigos, trabajo... Aquí apenas conozco a nadie, y no es lo mismo trabajar en una cadena nacional estadounidense que en una local, no te ofendas. Ojalá algo hiciese que me quedase como para emprender una batalla legal para rescindir mi contrato con la CBS. Comienzo a amar esa isla; ojalá algo me atase verdaderamente aquí y... no lo pensaría dos veces —terminó, mirándome de un modo que me deshizo.

«Yo te ato a la cama o a donde tú quieras», pensaba mientras mis pulsaciones se disparaban, y sentí alivio al darme cuenta de que tan sólo lo había dicho mentalmente y no le había hecho partícipe de mis chaladuras mentales. También comencé a imaginarme cómo le debían de llover las mujeres al otro lado del charco, unas odiosas yanquis sofisticadas y tan femeninas... a las que yo no haría ni la más insignificante sombra.

—Ya... —bosquejé disimulando lo que me afectaban sus palabras, mis celos, su vuelta a su envidiada vida de éxito. Fui incapaz de seguir probando bocado incluso—. Así que imagino que no estás de alquiler en el norte, sino ocupando la casa de tus abuelos.

—Sí, una gran casa, la verdad, y yo no entiendo de viñedos, por eso la explotación Los Dragos lleva trabajando bajo mínimos un par de años. Las viñas están casi completamente abandonadas.

—Espera... ¿Me estás diciendo que tus abuelos eran los propietarios de las bodegas Los Dragos? Es una de las marcas insignia de la isla, incluso es conocida fuera de nuestras fronteras.

—Pues, ya ves, la ha heredado el menos indicado. Incluso he donado una de las instalaciones al ayuntamiento con la condición de que sea reconvertida en una especie de centro cívico gratuito para los jóvenes de la isla sin estudios, para que se organicen allí talleres y puedan aprender un oficio, y actividades de entretenimiento también.

—Qué altruista por tu parte...

—Está sin terminar, ya sabes cómo es la burocracia, pero al menos está medio funcionando ya. Incluso doy clases de judo allí.

—¿En serio? ¿Por qué lo haces?

—Porque me gusta y, como te dije, me encanta mantenerme ocupado. Además, así me siento útil, igual que con el trabajo de la cadena... No creerás

que lo hago por el ridículo sueldo que pagan, ¿no? Sin ánimo de ofender...

—Me imagino. Te ha ido más que bien en Norteamérica y encima heredas todo el patrimonio de las bodegas Los Dragos..., lo tuyo es suerte. Y yo que creía que estabas de alquiler y resulta que tienes sangre tinerfeña corriendo por tus venas y todo.

—Pero no tengo ni pajolera idea de viñedos, sólo soy el hombre del viento en Norteamérica, así me denominan allí.

—Una persona muy célebre.

—¿Sabes el dicho de que nadie es profeta en su tierra? Pues sí soy célebre como tú dices, pero más allí que aquí, mucho más. Una extraña amargura me asaltó al oír aquellas palabras... Aun así, logré disimular. Ni cuenta me di en aquellos momentos de que tan sólo me llamaba Candela cuando estábamos a solas, y no siempre, aunque la razón la descubrí mucho más tarde.

—Te envidio —suspiré mirando al techo—. Yo continuaré atrapada en esa cadena... Eso, si no la cierran, claro está, y cuando tenga unos años más todo dejará de tener sentido. Odio mi vida...

—No digas eso. Si dejas de ilusionarte, dejarás de vivir, sigue luchando por tus sueños y los alcanzarás.

—No me hagas reír... ¿Sabes?, yo también estudié en Madrid. Debería haber aceptado un contrato en prácticas que me ofrecieron por aquel entonces allí, no tendría que haber regresado, pero la tierra tira, y creo que ése fue mi error: luego me quedé atrapada. Creo que fue la peor decisión de mi vida.

—Todo mejorará, ten fe. Por cierto, tenías razón: la cena estaba buenísima.

—Habla tu hambre y no tú realmente.

—De verdad, estaba muy rico todo.

—Pues me alegro de que te haya gustado, entonces, y también de saber más de ti.

—Y yo de descubrir lo agradable que puedes ser cuando te lo propones —me dijo concentrando su mirada en mí, lo que comenzó a disparar mis pulsaciones de nuevo.

—Esto..., ejem..., será mejor que recoja los platos —me excusé levantándome para huir a la cocina de su intensa mirada.

Pero con tan mala suerte que él me siguió.

—Te ayudaré —se ofreció mientras se encargaba de las copas.

Lo depositamos todo en el fregadero. No me apetecía fregar, y mareaba un paño de cocina de mano en mano sin saber muy bien qué hacer o qué decir ante mi turbador invitado. Entonces, Gavin me arreó sin rodeos:

—Y ¿qué hacemos ahora? ¿Quieres acostarte ya o vemos algo en la tele? Tú dirás. Por cierto, ya que no vamos a acostarnos, supongo que me proporcionarás una manta o algo para el sofá.

—Vaya, haces que me sienta culpable incluso por no acostarme contigo y hacerme el favor de quedarte de todos modos...

—No es eso, es que no entiendo cómo puedes sentirte atraída por mí y luchar contra eso. Si tuvieses pareja y le debieses fidelidad, lo comprendería, pero estás libre como yo, y tú también me atraes y lo sabes... No finjas, Candela.

—No sé disimular nada bien, ¿verdad? —confesé mirando al suelo.

—La verdad es que no —me confirmó acorralándome contra el fregadero mientras yo rehuía su mirada.

—Trabajo contigo: no puedo. Si nos acostáramos, eso afianzaría la idea que tienen sobre mí.

—¿Así que no te acuestas conmigo por lo que pensarán cuatro personas insignificantes para ti que no te tienen el más mínimo apego? ¿Es eso lo que me estás diciendo?

—Estoy harta de cargar con esa etiqueta falsa y mezquina desde hace años.

—Ellos son los mezquinos, no yo.

—Lo siento, Gavin. Te daré tu manta, puedes ver la tele si lo deseas, yo dormiré igual: estoy acostumbrada al ruido de la calle —me disculpé encaminándome a mi habitación para buscar una manta en mi armario.

—Como quieras.

—Aquí tienes.

—Me gustas..., y mucho, Candy.

—Hay cosas que es mejor que no sucedan. Buenas noches, Gavin —le deseé.

—Buenas noches.
Y me fui a mi habitación.

PARTE METEOROLÓGICO 5

SÚBETE A LA LUNA Y TÍRATE

SIN MIEDO

Una vez en ella, cerré la puerta, me desvestí, me puse una camiseta de tirantes desgastada y vieja y me metí en la cama. Pero no podía dormir. Tenía a Gavin en el salón de mi casa, bajo mi mismo techo, y, para colmo, había tenido la desfachatez de decirme que yo también lo atraía. La idea de poder conciliar el sueño era hasta ridícula. Instantes después oí el sonido de la tele. La mantuvo encendida aproximadamente durante una hora, hasta que decidió apagarla. El silencio era peor, daba vueltas y más vueltas sin poder dormir pensando que lo tenía apenas a unos metros de mí. Hasta que un estrépito de cristales me sobresaltó. Salí de la habitación descalza y alarmada, con tan sólo mi camiseta vieja puesta. Al llegar al salón pude ver a Gavin tan sólo con un *slip* que no dejaba mucho a la imaginación, el torso descubierto y cara de culpabilidad enfocando la mirada hacia el suelo, donde se concentraban los trozos de un jarrón que él acababa de romper.

—Lo siento, no podía dormir. Iba a salir a la terraza a tomar el aire y, por no encender la luz por miedo a despertarte, he tropezado en la oscuridad. Pero te compraré otro jarrón —me explicó.

—No tiene ningún valor, no te preocupes. Me lo compró mi madre en un chino y lo detestaba, lo tenía ahí por no herir sus sentimientos, así que... — dije intentando disimular todas las obscenidades que pasaban por mi mente

en aquellos momentos mientras me deleitaba con el cuerpo de Gavin, en la penumbra, con tan sólo el *slip* puesto.

Y nos quedamos allí inmóviles. Sentí como si se hubiera parado el tiempo. Estaba embobada..., tanto, que mi parte bocazas terminó por delatarme:

—¿Por qué eres tan perfecto? Le caes bien a todo el mundo, sabes guardar la compostura... Y... ¿por qué no me besaste la otra noche, cuando estabas apoyado en el maletero de mi coche? Mierda... Oh-oh, dime que no lo he dicho en voz alta...

—No sabía que tuvieras esa opinión de mí, pero ¿de verdad que te atormenta que no te besara el otro día? —me preguntó a la vez que se aproximaba a mí más que decidido.

—Yo no he dicho e... —No pude terminar.

Gavin acalló mi boca con la suya sin darme opción a reaccionar. Sentí su calidez, y, aunque el beso fue suave, también intenso, y en aquellos momentos hasta creí que había sido el mejor que me habían dado en la vida. Había más que química entre nosotros, era imposible que Gavin no lo sintiera también, estaba segura. Cuando separó sus labios de los míos, murmuró:

—Llevaba todo el día queriendo hacer esto.

Luego me dedicó una sonrisa de ensueño mientras acariciaba mis mejillas con ambas manos.

—Siento... haberte despertado por mi torpeza..., aunque lo cierto es que quizá sea lo mejor que me haya pasado.

—No... dormía —alegué mientras continuaba en mi nube, adonde me había encumbrado aquel beso, al mismísimo cielo.

—¿Tú tampoco puedes dormir? —me preguntó.

—Pues no —respondí intentando encubrir lo excitada que estaba.

Y me agasajó con un nuevo beso, más profundo esta vez. Su lengua se deslizó en el interior de mi boca, enardecíendola, hasta que experimenté un desmedido vértigo. «Dejaré tan sólo que me bese y luego lo detendré», me dije engañándome a mí misma. Y entonces Gavin pronunció una frase que terminó de echar por tierra mi decisión inicial y que acabó por completo con mi voluntad:

—Ojalá haya sido yo el responsable de tus desvelos... Mierda..., ahora creo que he sido yo el que ha pronunciado sus pensamientos en voz alta.

Al oír esas palabras no pude contenerme más y me lancé contra su cuerpo, apretándolo y respondiendo con más besos y de forma más pasional cada vez. Él respondió de la misma manera, dejándose llevar hasta alzarme los muslos y separar mis piernas. Suspendida de su cintura, yo no podía dejar de besarlo una y otra vez. Gavin me acorraló contra la pared mientras continuábamos devorándonos la boca, pero, por una milésima de segundo, increíblemente mi juicio regresó.

—No puedo hacer esto —exclamé arrepintiéndome de pecar de impulsiva, de dejarme llevar por mis instintos y por la atracción que sentía por él.

Lo empujé zafándome como pude, alejándome de Gavin en dirección al otro extremo del salón. Pero él me siguió, haciendo desaparecer la distancia entre ambos, y arriesgó tocándome levemente los hombros, implorándome tanto con su voz como su semblante:

—Déjate amar.

—No puedo —respondí dándole la espalda.

—Mentira, ni siquiera lo intentas. ¿Quieres que me ponga serio? Esto no se trata de acostarme contigo o no, sino de que recuperes la fe, de que sientas, de que vivas... y de cambiar ese mal carácter tuyo. Y, créeme, pondré todo mi empeño en conseguirlo a toda costa.

—¿Y si yo no quiero?

—Tu respiración, tus latidos... —pronunció dándome la vuelta y colocándome la mano en medio del pecho con mucha cautela mientras no dejaba de mirarme— me dicen lo contrario, que sí quieres, sobre todo tu mirada, es lo que más te delata, Candela.

«Y dale con llamarme Candela...»

—No quiero —mentí dándome la vuelta, pero Gavin me obligó a girarme de nuevo cogiéndome por ambos brazos.

—No te creo —me susurró.

Acto seguido, apretó sus labios contra los míos antes de que yo replicara de nuevo, una y otra vez, hasta que su boca se deslizó por mi cuello. Sentí la

humedad de su lengua y la presión de sus besos en mi hombro.

—¿Vas a continuar haciéndote la difícil por mucho tiempo más? —me susurró.

—Depende —respondí con los ojos cerrados—. No me lo estás poniendo nada fácil, la verdad —apenas pude decir mientras advertía cómo él deslizaba los tirantes de mi camiseta por mis hombros, me inclinaba la cabeza hacia atrás con suavidad y me bajaba la camiseta para dejar expuestos mis pechos.

Su lengua recorrió la areola de mi pezón, que irremediablemente se puso rígido y erguido, y mi bajo vientre se tensó, mientras mi camiseta se concentraba arrugada en mi cintura. No sé si fue fruto de mi soledad, de la carencia de sexo en mi vida, de lo atractivo y sexual que me parecía Gavin o de su exclusivo y embriagador aroma, pero lo cierto es que toda lógica se disipó de mi mente y todo dejó de tener sentido. Sólo quería que ocurriera.

—Gavin..., no —susurré cuando comenzó a lamer suavemente mis pechos, pero en realidad ya estaba perdida.

—No, no vas a imponerme cómo tocarte —decretó con decisión, y me elevó a horcajadas para llevarme a mi habitación.

—Espera, no me gusta hacerlo en la cama, nunca lo hago en la cama.

—Vaya... ¿Regresó mi arpía mandona? Está bien —y dio un giro dirigiéndose al sofá.

Gavin me depositó en la *chaise longue* y yo me elevé un poco para facilitar que terminase de desnudarme mientras su lengua continuaba batallando con la mía. Apostado encima de mí, me desprendió al fin del todo de mi vieja camiseta. Posteriormente me atrajo hacia sí, haciendo rodar sus labios por mi piel.

—Ayúdame con el *slip* —me pidió incorporándose un poco para que pudiese quitárselo.

Conseguí bajarlo hasta sus caderas y Gavin hizo el resto. Mientras lo empujaba en dirección a sus tobillos, besaba y mordía toda la superficie de mis piernas, deslizando mis braguitas hasta mis pies también, hasta que hizo volar ambas prendas por el salón en apenas tres segundos. Su mirada se oscureció más aún al contemplar mi cuerpo desnudo, una mirada tremendamente sexi que me encendía y aceleraba mis prisas. Adoré que me

mirase así, y que yo le gustase.

—Eres fascinante, me encantas —pronunció, y posteriormente volvió a apostarse sobre mí mientras yo contemplaba su erección de infarto.

Regresó entonces a mis pechos para estudiarlos con las manos y la boca arrollándolos sin piedad, subiendo la intensidad mientras abandonaba uno de ellos para deslizar una mano y tantear mi sexo. Un jadeo de lo más sexi se le escapó al comprobar que estaba a punto para él. Introduje una mano entre nuestros cuerpos y la fui deslizando por su torso en dirección a su pelvis. Cuando acaricié los músculos de su abdomen y percibí cómo éstos se tensaban, continué mi camino hasta que agarré su pene sin contemplaciones y lo llevé hasta mi sexo. No podía dejar de apretarlo con la mano, disfrutando del tacto de su dureza, lo que me enajenó todavía más. Necesitaba tener a Gavin dentro y lo necesitaba ya, más que respirar. No cabían más juegos ni preliminares, llevaba conteniendo tanto tiempo la atracción que sentía por él que en ese instante hasta me parecían absurdos e incluso innecesarios. Y Gavin supo interpretarlo acertadamente.

El contacto de nuestros cuerpos, que mostraban las mismas ganas el uno por el otro, me enardecía todavía más. Él se hundió en mi interior contra el sofá y un profundo gemido de placer escapó de mis labios mientras contemplaba su rostro. Había fruncido los ojos, quedándose inmóvil mientras presionaba con fuerza su miembro hasta lo más hondo de mi ser: mi cuerpo aceptando con entusiasmo la invasión, deleitándose al fin en el momento del acople.

Gavin comenzó a mover las caderas sobre mí, embistiéndome lenta y profundamente, estableciendo un ritmo, al tiempo que estudiaba mi rostro y mis reacciones. Me besó una y otra vez, yo me arqueé obligándolo a penetrarme más profundamente, mientras con una mano no dejaba de revolverle sus preciosos mechones aclarados por el sol y con la otra clavaba los dedos en su perfecto y duro trasero, obligándolo a embestirme con más fuerza. Él aceleró y aceleró. Yo cada vez deseaba más y más, y lo rodeé con mis piernas, con todo mi cuerpo, mientras yacía debajo de él en el sofá. Aparte del evidente placer, estar enredada en su cuerpo era una sensación indescriptible que deseé que no acabara nunca. Sin embargo, no pude

contenerme y estallé fuera de control en un sublime orgasmo mientras exclamaba: «¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío!», y justo antes de correrme grité su nombre. De manera inconsciente, clavé las uñas en el trasero de Gavin y su cuerpo comenzó a ponerse rígido también ante el preludio de su orgasmo, pero en ese instante un ápice de cordura debió de abrirse paso en su mente y se detuvo para preguntarme:

—¿Tomas la píldora?

—Mierda, hace tiempo que no.

Leí en su rostro que se sentía algo defraudado por mi falta de responsabilidad, y de inmediato me apresuré a aclarar:

—Lo lamento, pero no creí que fuésemos a terminar así, ya lo sabes. De veras que lo siento.

—Tranquila, me saldré a tiempo —dijo, y retomó el ritmo de sus movimientos.

Yo aún sentía descargas en cada embestida a pesar de haber tenido ya un orgasmo, así como un cosquilleo que recorría cada centímetro de mi ser. Pocos minutos después, Gavin echó la cabeza hacia atrás y sacó su viril miembro de mi interior para eyacular sobre mi vientre. Con los ojos cerrados, dejó escapar un ronco gemido de placer y luego cayó exhausto encima de mí, evitando la zona de mi ombligo. Permanecimos un largo momento así, con nuestros corazones recobrando su ritmo normal. Luego me agasajó con un tierno beso mientras nuestras miradas no dejaban de clavarse la una en la otra.

A continuación, se incorporó con cuidado.

—Iré a por algo para limpiarte.

Me reí, ya que fue un momento algo embarazoso, y poco después Gavin regresó con un buen trozo de papel de cocina.

—Te limpiaré, lo siento.

—Es culpa mía, siento que haya salido así. Me dejé llevar y no pensé en tomar precauciones, aunque la verdad es que no suelo tener preservativos en casa.

—No soy promiscuo, así que no tienes que preocuparte porque vaya a contagiarte nada. Pero la próxima vez los compraré.

—¿La próxima?

—¿No lo deseas? No sé tú, pero a mí, aparte de apetecerme mucho... Éste ha sido muy precipitado y rápido.

—A mí me ha gustado.

—Tenía tantas ganas de hacerlo contigo que me he dejado llevar demasiado.

—Yo también —confesé, y entonces mi loca cabecita comenzó a especular sobre su regreso a Norteamérica.

Mi expresión cambió, y Gavin se dio cuenta.

—¿Qué te ocurre? ¿Te arrepientes? Espero que no sea eso.

—No, yo... Estaba pensando en lo de repetir y todo eso... Sé que te irás y... no quiero encariñarme contigo.

—Ven —me pidió abriendo los brazos sentado en el sofá.

Yo accedí y me coloqué sentada de espaldas a él. Gavin me rodeó con todo su cuerpo desnudo y pasó las piernas por encima de las mías mientras me abrazaba apoyado en el respaldo del sofá.

—Vive el presente —me pidió mientras me besaba los hombros—. Intentaré hacer que no pienses en ello, al menos por unos momentos, siempre que estés conmigo —susurró a vez que me mordía suavemente el hombro.

Sonreí con gesto de aprobación, aunque en realidad el tema no dejaba de ser un motivo de preocupación para mí. No obstante, me invadió una extraña sensación de bienestar y familiaridad, ambos desnudos, con nuestros cuerpos enredados en la penumbra de mi salón... Sentí como si lo conociera desde siempre, y no quise que el momento terminara jamás.

—¿Por qué no te gusta hacerlo en la cama?

—Tengo mis manías.

—Sí, es cierto, como tu «¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío!»... Pues sí que eres devota... —se carcajeó sin poder evitar parar de reírse.

—Como para ponerte a pensar lo que dices en medio de un orgasmo.

—Así que te abandonas del todo..., eso me alegra.

—Hablando de abandonar, necesito que mi sudor me abandone, ¿te importa si me doy una ducha?

—Claro que no, estás en tu casa —bromeó.

—No tardaré —dije, y me dirigí al baño.

Estaba bajo el chorro del agua cuando oí un suave portazo.

—¿Gavin? —llamé, pero no obtuve respuesta.

Me extrañó, pero decidí terminar de ducharme antes de salir a investigar si se había ido sin despedirse. Tal vez le hubiera surgido algo importante y urgente para marcharse de ese modo. Me dirigí al salón, enrollada en una toalla, y me percaté de que no estaba. Entonces comencé a pensar en todo lo sucedido desde que habíamos subido juntos a mi apartamento, haciendo memoria por si había dicho o hecho algo inadecuado. Cada vez estaba más confusa, hasta que unos pasos en la escalera me hicieron volverme hacia la puerta. Oí el tintineo de unas llaves y luego vi que entraba de nuevo en mi casa. Mi rostro se iluminó y una sensación de alivio me embargó.

—¿Adónde has ido? Pensé... que te habías marchado.

—¿Y dejarte desamparada con potenciales reptiles intrusos? No —dijo exagerando la negación final—. He cogido tus llaves prestadas para poder volver, espero que no te importe.

Le sonreí y me quedé esperando una explicación. Gavin comenzó a caminar hacia mí y, cuando estuvo lo suficientemente cerca, resiguió con el dedo índice la línea de piel que quedaba por encima de mi toalla con su mirada clavada en la mía.

—He ido a una farmacia de guardia a buscar preservativos —declaró sin rodeos.

Yo no podía apartar la mirada de él, y mi corazón comenzó a golpear con fuerza.

—¿En serio? —pregunté antes de comenzar a sudar de nuevo a pesar de que acababa de salir de la ducha—. Y ¿has comprado preservativos en una farmacia de guardia? —formulé ansiosa de que me tocara de nuevo.

—Les dije que era un exconvicto que llevaba tres años sin echar un polvo y casi me regalan la caja.

Ambos reímos antes de volver a concentrar nuestras miradas de nuevo.

—Y ¿piensas... usarla esta noche? —pregunté mientras disfrutaba de su olor. Adoraba su aroma.

—Al menos, lo que queda de ella —declaró clavándome la mirada como

si pudiera ver dentro de mí, como si supiese que le estaba suplicando que lo hiciera.

Con un ligero y suave chasquido de los dedos, hizo que mi toalla cayera al suelo, quedándome totalmente desnuda y excitada ante él, y una atroz oleada de calor se apoderó de mí.

—Eres preciosa —me dedicó con una mirada llena de erotismo que me paralizó—. Que Dios me ayude —pronunció mientras no podía apartar su mirada de lobo hambriento de mi cuerpo.

—Bésame de una vez —le ordené.

Gavin lo hizo con exigencia, y mi mundo se tambaleó de nuevo.

La sensación de tener un nudo en el estómago se mezclaba con mis ganas desesperadas por él. Estaba aterrada y emocionada al mismo tiempo. ¿Debía de ser amor lo que experimentaba? Sentir temor y querer rendirme al mismo tiempo..., ese barullo de sensaciones entremezcladas que se arraigan en el alma... Sí, mi coraza emocional se estaba desmoronando por completo.

Gavin me besaba con ansia mientras me sujetaba por la nuca y revolvía los mechones de mi pelo entre los dedos. Luego, sus grandes manos bajaron por mi espalda y, alzándome por las nalgas, me trasladó hasta la mesa de la cocina. Me sentó al borde de la misma mientras nuestras bocas no dejaban de saciarse entusiasmadas, y tan sólo paró un segundo para decirme:

—Lo haces jodidamente bien.

Acto seguido, se situó entre mis piernas y se apretó contra mí, friccionando su sexo contra el mío una y otra vez en círculos, como si estuviese bailando la salsa más caliente y sexi del mundo, dissociando sus caderas del resto de su cuerpo, volviéndome loca mientras continuábamos comiéndonos las bocas el uno al otro.

Sin embargo, de pronto se detuvo, privándome de sus ardientes besos. A continuación, sin dejar de clavarme la mirada, posó una mano en mi vientre y la fue deslizado hacia arriba entre mis pechos, haciendo presión para obligarme a recostarme sobre la mesa. Cuando lo consiguió, volvió a deslizar la mano en sentido contrario, hacia mi ombligo, y un poco más abajo, dejando su palma abierta en mi bajo vientre.

—Con tu permiso o sin él, me voy a dar un festín.

Cerré los ojos conteniendo mi rubor tan sólo de imaginarlo.

Acto seguido, Gavin trazó un sendero con sus carnosos labios dibujando el contorno de mi cintura, y su cálido aliento sobre mi piel logró ponerme la carne de gallina. Yo estaba segura de que lo hacía adrede para enardecerme más aún. Mordisqueó el interior de mi muslo y comenzó a utilizar la lengua para algo muy distinto de parlotear. Al principio, de forma superficial, jugando, investigando entre los pliegues de mi sexo con su lengua, y poco a poco comenzó a profundizar y a aumentar la intensidad de sus lametones... Un enérgico escalofrío recorrió todo mi cuerpo y comencé a retorcerme. «¡No pares!», le pedí mentalmente cuando advertí que se apartaba unos centímetros para mirarme.

—Eres deliciosa —dijo con una mirada tan sexi e intensa que acabó por desmontarme del todo y enardecerme aún más.

No me podía creer que me estuviese practicando sexo oral y que, encima, lo hiciera tan bien, exactamente como a mí me gustaba. Mi excitación iba en aumento, era incontenible, un estado difícil de describir.

—Es usted muy considerada, señorita Betancort, ¿va usted siempre totalmente depilada? —me preguntó con una sonrisa maliciosa. Su mirada destilaba un erotismo perverso que me hacía babear.

Cerré los ojos y ni siquiera contesté, enajenada como estaba en el placer que me proporcionaba. Él continuó, succionando y mordisqueando suavemente mi clítoris, lamiendo y repitiendo la operación una y otra vez.

Es conocido el arte que tienen los gatos manejando su lengua, y Gavin era al menos un gato salvaje, mi gato montés. Me daban ganas de ponerme a maullar, él me había convertido en una gata en celo. Su lengua se volvió entonces rígida como el acero y comenzó a usarla con más brusquedad, desatada en mi sexo. Aunque no quería..., estaba a punto de terminar. No podía más..., intentaba resistirme, pero al final experimenté una sacudida deliciosamente demoledora que se extendió por cada nervio de mi cuerpo. Se me turbó la vista incluso, y me retorcí como una posesa hasta que mi cuerpo finalmente se tensó. Aquel hombre me había provocado uno de los orgasmos más increíbles de mi vida y, aun así, quería más de él.

—Adoro mimar tu sexo.

—Tengo curiosidad por saber si a mí me ocurrirá lo mismo —manifesté decidida a ser tan generosa como él lo había sido conmigo—. Pero hay un problema.

—¿Cuál?

—Llevas demasiada ropa —le indiqué bajándome de la mesa y ofreciéndole mi boca.

Acaricié su labio superior suavemente con la lengua e, inmediatamente, la suya salió al encuentro de la mía. Lo ayudé a desvestirse mientras nuestras lenguas batallaban con voracidad y entusiasmo. Se quitó la camisa y lo ayudé a desabrochar sus pantalones. De su *slip* me encargué yo misma, abandonando su boca lentamente, descendiendo con las palmas de mis manos por su firme torso al tiempo que me iba arrodillando.

Mientras se mordía el labio, Gavin me miró expectante, impaciente quizá.

Rodeé entonces su miembro con una mano; era grueso, suave, palpitante y caliente. Lo introduje en mi boca y me limité primero a acariciarlo con los labios. Con tan sólo ese gesto, aprecié cómo los músculos de su abdomen se tensaban. Comencé a succionar lentamente, jugueteando con mi lengua por su superficie, saboreándolo, disfrutándolo. Gavin mantenía los ojos cerrados y la boca entreabierta como si estuviera en trance. Era delicioso verlo así y saber que yo era la culpable. Tuve que reprimir una sonrisa incluso para no hacerle daño con los dientes.

Succioné entonces con más intensidad, más deprisa, lo que provocó que de su garganta emergiera el gruñido más sexi que yo había oído nunca. Mi gato montés se había convertido en un lobo lujurioso corrompido por mí. Me esmeré como nunca. Oírlo gemir me ponía a mil. Gavin jadeaba y gruñía mientras yo aceleraba mi labor. En un momento dado abrió los ojos para contemplarme, sentí entonces cómo se estremecía y aproveché para chupar con más fuerza.

—Eres una... caja de... sorpresas... Joder... —Su voz se quebró, retiré mi boca y él explotó derramando el líquido caliente sobre la tarima del suelo.

Cuando se recuperó de la sacudida del orgasmo, se vistió con el *slip* y me rodeó por la cintura dedicándome una mirada dulce y encantadora, un momento perfecto hasta que abrió la boca.

—Y eso que recuerdo que dejaste claro que sólo nos íbamos a limitar a conversar —soltó aguantándose la risa.

—Ya me estoy arrepintiendo... —dije dedicándole una mirada asesina.

—No digas eso... jamás —me pidió poniéndose repentinamente serio.

A continuación, me alzó la barbilla hasta la suya y me obsequió con un beso delicado y exquisito mientras me miraba con ese brillo en los ojos. Deseé que siempre me mirase así y que esa luz nunca desapareciese. Se estaba convirtiendo en mi nueva y más peligrosa adicción.

—¿Me das permiso para usar tu cama?

—Lo pensaré —bromeé mientras me encaminaba hacia el dormitorio como respuesta y él me seguía.

Me senté en la cama y me disponía a ponerme de nuevo mi vieja camiseta para dormir cuando Gavin me la arrancó de las manos.

—No te la pongas.

—Está bien —accedí—. Mi lado de la cama es el izquierdo y es un tema que no admite negociación. Tampoco me gusta que me abracen para dormir, necesito libertad de movimientos; doy muchas vueltas antes de caer en los brazos de Morfeo —mentí descaradamente.

No quería sentir más, ya había sucumbido y sentido demasiado. Intentaba convencerme a mí misma de que el amor estaba sobrevalorado, luchaba contra lo que se estaba formando en mi interior, pues era algo que me aterraba. No deseaba muestras de cariño ni dormir haciendo la cucharita con un hombre que tan sólo estaba de paso. Sabía que Gavin era una apuesta peligrosa, necesitaba evitar que me afectase todavía más, si es que aún estaba a tiempo de impedirlo.

Me acosté con la intención de darle la espalda mientras él tomaba posición en el otro lado de la cama, boca arriba, con los brazos bajo la nuca. De pronto, un brillo desgarrado y vulnerable afloró a su mirada.

—O sea, que no puedo abrazarte ni tener un gesto de cariño hacia ti después de haber echado un polvo contigo.

—Es para ahorrarte más de un empujón o un codazo, por tu seguridad —volví a mentir manteniendo mi argumento.

—Ya veo que me espera una noche movidita... No me gustaría

despertarme mañana con más de un cardenal, la verdad —bromeó.

Le propiné un leve codazo.

—Vaya, primer golpe de advertencia —volvió a bromear.

—Buenas noches, Gavin —me limité a decir riendo mientras me volvía de espaldas.

—Buenas noches —respondió resignado.

Pero no podía dormir. El tiempo pasaba mientras yo oía su respiración y me percataba de que él tampoco lo hacía en medio del silencio y la penumbra de mi cuarto. Entonces oí cómo dejaba escapar un resoplido.

—¿Qué? —pregunté sin volverme.

Pero no respondió. En vez de eso, se giró pegándose a mi espalda, algo que le había dejado más que claro que no hiciese. Acto seguido, deslizó una mano entre mis muslos y, mientras acariciaba mi sexo, posó sus labios en mi hombro y los dejó ahí al tiempo que su audaz mano pretendía excitarme e impedirme dormir.

—Eres una delicia, Candela. No puedo dormir sabiendo que comparto cama contigo. Es hasta disparatado —dijo, y succionó el lóbulo de mi oreja y luego mi cuello, subyugando con ello mi voluntad.

—Para —le pedí cuando su mano se estaba encargando de que no tuviese forma de evitar hacer el amor de nuevo. Lo deseaba tanto o más que él.

Cuando no pude más, me di la vuelta, tomé impulso y lo hice rodar para acabar encima de él en medio de la cama. Me senté sobre su pelvis mientras Gavin permanecía acostado sin dejar de mirarme. Cogí sus manos y las deposité en mis pechos.

—Me encanta cómo me tocas..., tócame.

—Imposible no hacerlo —dijo concentrando una mirada oscura y tan ambiciosa en mí que me hizo trizas.

Luego se incorporó ligeramente en busca de mi boca mientras mantenía apesados mis pechos con las manos y estimulada mis pezones entre el índice y el pulgar. Con el resto de sus dedos, los cubría y ejercía una presión intermitente que me estaba volviendo loca. Yo sujetaba su cabeza con ambas manos mientras le devoraba la boca con verdadero desvarío, sintiendo su erección en la parte externa de mi sexo, entre los pliegues de mi lujuria, y

Gavin se revolvía aposta para crear fricción, llevándome a un estado de excitación donde la cordura comenzaba a brillar por su ausencia. Estaba tan húmeda que su miembro entró por sí solo. Él se aferró entonces a mi cuerpo, generando una gran presión, como si tratara de conseguir una penetración más profunda, traspasar mi cuerpo hasta penetrar mi alma.

A pesar de que yo estaba encima, Gavin llevaba la voz cantante, moviendo mis caderas casi a su antojo; un vaivén que me mecía en círculos en cada embestida y, aparte de sentir la penetración, experimentaba con ello la fricción de mi clítoris sobre su pelvis. Yo lo observaba desde arriba con los ojos entornados, y su mirada de vulnerabilidad y enardecimiento al mismo tiempo provocó que cerrase del todo los míos, echara la cabeza hacia atrás y me abandonase al frenesí de sus acometidas, que se volvían más bruscas y aceleradas a cada segundo. Me estremecía y me tensaba en cada una de ellas, pidiendo más y más mientras reclamaba su boca y sus besos. Él dirigía mis caderas y, al mismo tiempo, estimulaba mis pechos de forma magistral. Un embriagador olor a sexo llenaba la estancia, el clímax estaba cerca. Me tensé y me abandoné al placer final mientras él no dejaba de embestirme para conseguir llegar al suyo. En medio de aquel delirio, hasta Gavin se había olvidado de usar de nuevo los preservativos, y, antes de culminar, en un atisbo de lucidez, me empujó hacia atrás y consiguió eyacular fuera, sobre la sábana. Acto seguido, ambos caímos rendidos, satisfechos y relajados, sobre la cama, sorteando la mancha que había dejado su semen y que era testigo de nuestro fervor.

Cuando al final recuperé el control de mi cuerpo, me retiré de encima de él y me tumbé a su lado. Inmediatamente, Gavin cambió de postura también y se colocó de costado, sin dejar de mirarme.

«No quiero enamorarme», me repetía para mis adentros una y otra vez. No deseaba seguir compartiendo la mirada cómplice que me dedicaba en aquellos momentos, tenía que darle la vuelta a la situación, y decidí darle un giro más técnico que emocional.

—Sácame de dudas: ¿los tíos fingís que os gusta practicaros sexo oral o no? —le pregunté.

—¿Es una pregunta trampa? —replicó sorprendido.

—No lo es, es una duda vital. Por favor, sacia mi curiosidad con sinceridad, no cambiaré nada, te lo prometo.

—Para ser totalmente sincero, como me pides..., creo que refuerza nuestra masculinidad, porque... ¿hay algo más estimulante que poder controlar a tu antojo las sensaciones de una mujer desde tan sólo un punto de su cuerpo? En ese momento eres únicamente mía y estás sometida a mi voluntad, no hay nada más endemoniadamente sexi. Aunque trataré de mejorar la técnica e incentivarte para que disfrutes más. Y, sí, boba, disfruto con cada gesto, con cada sonido, con cada segundo de darte una buena dosis de sexo oral. —Sus dedos gatearon entonces por mi torso—. Me apasiona, me enloquece, me excita, me enciende..., me incendia, me enardece, me encrespa..., todo me da vueltas y me he vuelto loco haciéndotelo.

—Vaya, no me esperaba una explicación tan elocuente.

—Sólo he sido sincero, como me has pedido, y ahora voy a tener un poco de consideración y voy a intentar dejarte dormir. Intentarlo al menos, aunque no te prometo nada —dijo en un tono de amenaza.

—Vamos a intentarlo —asentí sonriendo.

Finalmente dormimos haciendo la cucharita. Al tener que sortear la mancha, apenas si quedaba espacio en la cama y, aunque yo no quisiera, no hubo más remedio. Era eso o ponerme a cambiar las sábanas a las tres de la madrugada, y después de la tremenda sesión de sexo, era incapaz de mover un solo dedo, y lo que menos me apetecía era levantarme.

La noche anterior se me había olvidado bajar los estores de la terraza, y la luz del sol logró despertarme por la mañana. Eché un vistazo a mi alrededor buscando a Gavin, que no estaba conmigo en la cama, y lo avisté en la terraza, de espaldas a mí mirando hacia la calle. Me desperecé, miré el despertador y solté un gruñido: eran las ocho nada más, muy temprano para levantarse un domingo. Gavin oyó mi quejido y dejó la terraza para encaminarse hacia los pies de la cama.

—Buenos días, encantadora de serpientes.

Me ruboricé.

—No me puedo creer que hayas dicho eso... ¿Va con doble sentido?

—Lo dejo a tu juicio. Siento haberte despertado, es temprano todavía, pero tengo que aprovechar el tiempo para terminar de habilitar el aula de judo, espero que no te importe..., tengo mucho que hacer.

—Claro que no. Gracias por quedarte.

—A ti por invitarme de tan buenas maneras —dijo burlón y con un tono más que depravado.

Fruncí los ojos con rencor y le lancé la almohada bromeando.

—Anda, lárgate antes de que me arrepienta... —exclamé, y hundí la cara entre las sábanas—. ¡Oh, Dios mío, me he acostado contigo!

Gavin gateó por la cama hasta situarse delante de mí, casi rozando su nariz con la mía.

—¿Tan malo ha sido? —preguntó.

—No, es que aún no me creo que haya bajado la guardia, y nada menos que contigo.

—Me ocuparé de que no te arrepientas, te lo prometo. —Me miró con ternura, besó mi frente y se incorporó.

Me mordí ambos labios intentando esconder la emoción que había surgido en mi pecho al oírlo y luego los fui relajando lentamente, convirtiendo aquella mueca infantil en una más que franca y feliz sonrisa (aunque luché por evitarlo, no sirvió de nada).

—¿Te gustaría acompañarme al centro y así lo ves? Incluso podrías dar unos cuantos golpes, en vez de atacar al personal con almohadas... —bromeó mientras se ponía su camisa.

—No me tientes, quizá otro día.

—Te tomo la palabra. Dame un beso que me dure todo el día —me pidió, y a continuación me besó de un modo que sabía a despedida.

De pronto, comencé a sentir una especie de dependencia hacia él, una adicción peligrosa que se apoderaba de mí. Fue un beso posesivo, intenso y tan firme como lo que comenzaba a sentir en mi interior. Tenía que hacer algo, no podía permitírmelo, así que separé mis labios de los suyos y me levanté de la cama.

—Necesito espabilarme. ¿Te apetece un café antes de irte?

—Sería perfecto —dijo con esfuerzo por haberme separado de sus labios; hasta parecía guardarme rencor por ello.

Aun así, logró sonreír y me siguió hasta la cocina.

Mientras buscaba unos filtros de la cafetera eléctrica, Gavin me preguntó:

—¿Tienes agua embotellada? El agua del grifo no es santo de mi devoción, si no es mucha molestia...

—Mira en alguna de esas puertas —le indiqué señalando las alacenas de mi pequeña cocina—. A veces mi madre se pasa por aquí y me cambia las cosas de sitio a su antojo, y no sé ni dónde estarán ahora guardadas.

Comenzó a buscar pero no las encontraba. Entonces vio la puerta de la despensa junto a la nevera y la abrió. Pero, cuando lo hizo, en vez de encontrar botellas de agua, se topó con aquel gran espacio repleto de cajas de zapatos apiladas unas encima de otras. Yo continuaba de espaldas, terminando de preparar la cafetera, y apenas me di cuenta, hasta que dijo:

—¿Has convertido tu despensa en un zapatero? Dios... ¿cuántos zapatos hay aquí? Cincuenta pares al menos. Humm..., las matemáticas nunca han sido lo mío, pero debe de haber más de cincuenta.

—Pero ¿quién te ha mandado abrir...? —le recriminé ruborizada—. Apenas bebo ni salgo..., es mi vicio, ¿vale? Me encantan los zapatos, ¡no es ningún crimen! —intenté salir al paso con naturalidad, pero el sofoco había alcanzado mis mejillas hasta enrojecerlas.

—Está bien saberlo a la hora de acertar con un regalo para ti, pero a este paso tendrás que mudarte a un piso más grande... —bromeó él.

—Siempre puedo alquilar un guardamuebles —dije encogiendo los hombros.

—Después de ver tu despensa reconvertida en zapatero, sospecho que no estás bromeando.

—¡Claro que bromeo! Serás...

—Ya, ya... Humm..., sigo sin encontrar el agua —me indicó riendo.

—Mi madre me va a volver loca: cada vez que viene me lo pone todo patas arriba —dije, y eché un vistazo a mi alrededor por la cocina—. Mira, están encima del frigorífico.

Gavin me pasó una botella y por fin hicimos el café. Nos lo tomamos juntos y luego él se despidió con un beso y otro y otro, esos que me estaban convirtiendo en una adicta a ellos. Cuanto más me besaba, más deseaba que continuase haciéndolo. Pero finalmente tuve que dejarlo ir, y Gavin desapareció tras cerrar la puerta a su espalda.

«Hora de salir del embobamiento —me ordené a mí misma mientras continuaba con la mirada fijada en la puerta—. ¡Espabílate! Sí, te has acostado con él, no lo has soñado... Y, hablando de sueños, es hora de bajarse de la nube y de ponerse a limpiar este desordenado piso. Pero, antes, toca precintar y asegurar el inodoro, por si a algún familiar de la serpiente se le ocurre buscarla por aquí o seguir su rastro.» Recé para que tuviera cinta aislante en casa y así sentirme mejor y no arriesgarme a más sobresaltos.

Después de recoger, limpiar y comer, bajé un ratito a la playa, me di un baño y posteriormente me dediqué a tomar el sol. Hasta llamé a mi madre mientras me bronceaba para contarle lo de la inesperada visita del reptil la noche anterior, antes de que se enterase el lunes en las noticias, o me mataría. De lo pesada y preocupada que se mostró, a pesar de que le expliqué y le repetí hasta la saciedad que ya había pasado todo, que el asqueroso reptil estaba a buen recaudo y lejos de mí, insistió en verme en persona para quedarse tranquila, mientras yo pensaba que realmente la que necesitaba un novio era ella y no yo, y que igual así se le pasaban las ganas de estar todo el rato pegada a mí. Al final tuve que ceder y prestarme a que viniese a verme por la noche para lograr que colgara el teléfono y me dejara seguir disfrutando del sol.

A media tarde, recibí un mensaje de Gavin:

¿Cómo está mi encantadora de serpientes? ¿Necesitas protección también esta noche? Prometo no romper nada esta vez.

Sonreí, incluso se me iluminó la mirada, pero entonces recordé a mi madre, por lo que le contesté:

Me encantaría, pero mi madre viene a cenar en cuanto cierre la tienda, y como no la he visto en toda la semana y está el tema de la serpiente..., sé de buena tinta que su visita se va a alargar más de la cuenta, lo siento.

Vaya, espero que paséis una buena velada. ¿Sigues con el temor de que se cuele otro bicho?

Pues sí, la verdad, supongo que la paranoia se me irá en unos días, no sé...

Echa lejía o aguarrás por el desagüe, los bichos odian los olores fuertes, por si eso te tranquiliza y te sientes más segura.

Gracias, Gavin, te veo mañana.

Hasta mañana, Candela, mi Candela.

El lunes me desperté con una energía que me sorprendió. Estaba eufórica, e incluso me salté mi rutina de pasar como cada mañana por Starbucks. Si hasta tenía ganas de ir a trabajar... Algo me ocurría, pero no deseaba pensar que me estaba enamorando. Aunque Gavin parecía diferente, pertenecía a esa especie en la que yo jamás confiaría: los hombres. Y eso estaba comenzando a asustarme.

Cuando llegué a la nave, advertí un gran revuelo en la cocina y no tuve más remedio que ir a saciar mi curiosidad sin pasar primero siquiera por mi mesa. Todos estaban congregados allí, así que pregunté:

—Buenos días, ¿qué demonios ocurre?

—Gavin ha comprado una cafetera italiana que hace crema y todo, este chico es una joya —me respondió Guasi.

Jaime me miró con sus habituales aires de grandeza y no dijo nada. Yeray me ignoró aposta. Y Rayco..., en fin, como se iba de la empresa..., otro tanto. Los únicos que me saludaron fueron Guasi y Mayte. Josué me dedicó un gesto, porque el pobre se estaba tomando un café justo cuando lo miré. Gavin estaba distraído con la nueva cafetera, preparando café para todos.

—¿Josué tomando café? Si no lo veo, no lo creo. Hoy sí que vas a estar activo... —dije reprimiendo una carcajada.

—Buenos días, Candy, estoy enseñándoles cómo funciona a todos. ¿Te preparo uno también? —me saludó al fin el hombre de mis desvelos.

—Me encantaría.

—Ya puedes tirar tu ridículo bote para la cafetera nueva a la basura —me espetó Yeray con su usual cariño hacia mí.

—Hablando de ridículo... —le espeté mientras le clavaba la mirada—, ¿alguien más quiere darme sus particulares buenos días? —pregunté mirando a todo el mundo.

—Yeray, podrías intentar ser amable con Candy, aunque sea sólo por una vez, no te va a pasar nada por ello —lo reprendió Gavin.

—Y ¿por qué ahora la defiendes? Siempre te has mantenido al margen de las movidas de la cadena.

—Si eres agradable, la gente lo será contigo —se limitó a contestarle él.

—¿Candy, agradable? Tú le has echado licor a ese café, ¿verdad? —preguntó dirigiéndose a Gavin. Luego se volvió hacia mí y añadió—: La víbora esa que se coló el sábado en tu casa, por ejemplo, ¿no te aseguraste de que no era un familiar tuyo antes de salir corriendo? Porque víbora con víbora...

—Candy es mejor persona que tú, Yeray, hasta he descubierto que es religiosa... —dijo Gavin aguantándose la risa.

—Pues nadie lo diría —repuso escéptica Mayte.

Yo simplemente me callé mientras reprimía mis ganas de matarlo. Sabía bien por qué lo había dicho, pero no iba a hacerle los reproches pertinentes delante de todos. El muy cínico me miraba divertido y con un aire enviciado,

así que quise huir a mi mesa antes de que alguien se diese cuenta y comenzase a atar cabos al ver que intercambiábamos miraditas cómplices.

—Me voy a redacción. ¿Me traes luego ese café italiano allí? Si no te importa, claro.

—Claro que no me importa —repuso, y desaparecí como un rayo.

Pero Guasi me siguió y, cuando se aseguró de que nadie nos oía, me preguntó directamente:

—¿Te has acostado con Gavin?

No se le escapaba nada a la muy cotilla, poseía un sexto sentido que yo envidiaba.

—¿Por qué lo supones?

—Lo has hecho, ¿verdad?

—Sí, el sábado por la noche. Te juro que no quería, pero...

—No querías, no querías... ¿Qué fue entonces? Te puso una pistola en el pecho, es eso, ¿no? —bromeó cruzada de brazos.

—No se lo digas a nadie, por favor.

—No lo haré, pero sabes que aquí todo se sabe, Candy —me dijo. Luego se quedó pensativa un rato y, acto seguido, me arreó sin contemplaciones—: Así que con el único que te respeta y se porta bien contigo al fin, vas tú y lo estropeas acostándote con él. Pues muy bien. Que sepas que eso no hará sino agravar los rumores que han corrido siempre por aquí acerca de que te has acostado con todos...

—¡Ay, ya lo sé!, ¡si hasta se lo expliqué! Le dije que me gustaba, pero no deseaba alimentar los rumores y no quería acostarme con él, y me negué.

—Ya veo que te negaste, ya... —señaló con cara de regañina.

—Es que..., en un momento dado, no podía dormir y me dijo que ojalá fuese él el culpable de mis desvelos. En la penumbra de mi apartamento, con ese torso al descubierto..., en *slip*, maja, con lo que llevaba conteniéndome..., y ahí mi voluntad ya me abandonó y me derretí como la mantequilla.

—Vaya tela con el Gavin, si encima tiene su venita romántica. Es que me dan ganas de cambiarlo por mi novio.

—Pues ni se te ocurra rozarlo siquiera o te arranco los pelos.

Guasi explotó en risas y, cuando al fin pudo contenerse, me preguntó:

—Pero ¿estáis saliendo o no?

—Yo qué sé. No sé si fui un rollo de una noche para él y ya está. Luego me dijo de volver a quedar, pero... ¡no tengo ni idea!

—Y no saberlo te carcome, ¿a que sí? Pues no lo presiones, deja que las cosas sigan su curso, a la expectativa, no te queda otra, amiga.

—Me gusta..., pero aborrezco la idea de tener pareja de nuevo, que se vuelva posesivo y me controle... No puedo... ¿Qué voy a hacer?

—No tiene por qué ser así otra vez.

—Ya... Bueno, me voy a poner a trabajar para que dejes de comerme el coco.

—Si me echas así... —dijo mientras se marchaba.

—Se te enfría el café... —oí que decía entonces Gavin a mi espalda, y di un respingo—, pero no quería interrumpiros; no me parecía correcto.

—Dime que no nos has oído...

—No es lo mío espiar conversaciones privadas, no te preocupes.

Suspiré aliviada, pero, sin ser consciente de que lo hacía en voz alta, solté:

—Hoy no empiezo a trabajar ni a las diez.

Con tan mala suerte que Gavin me oyó y, en vez de decir algo, dio media vuelta dispuesto a quitarse de en medio cuanto antes.

—Espera, hablando de lo que es o no correcto... ¿Te parece correcto haber dicho que soy religiosa ahí dentro?

—Vamos, Candy, no tienen modo de adivinar por dónde van los tiros. Sólo era una broma entre tú y yo.

—¿Y si te llegan a preguntar? ¿Qué les habrías dicho?

—Algo se me habría ocurrido, tranquila, algo muy diferente de tus «Ay, Dios mío» de la otra noche —se mofó.

—Serás... —y casi le arreé un guantazo—. A ver, sorpréndeme —le pedí con un tono exigente.

—Pues yo qué sé... Tu nombre, Candelaria, ¿no es la Virgen y patrona de Canarias? Pues eso..., por ejemplo.

—Qué patético. Por favor, no vuelvas a bromear sobre eso aquí, y deja de

mirarme así o se van a oler algo.

—Está bien, haré lo que pueda, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que pongas día y hora a nuestra próxima cita, quiero volver a verte fuera de estas paredes, fuera del trabajo, o de tanto contenerme voy a terminar acosándote como hacía anteriormente tu jefe.

—¿Quieres volver a quedar conmigo? ¿En serio?

—Sí, ¿por qué? ¿Tú no?

—Sí, Gavin, yo... Me gustas mucho, pero sabes que he perdido la fe en los hombres, y tú eres uno de ellos. Eres genial, pero sé que con el tiempo también tendrás tus cosas... y algo pasará...

—Voy a hacer que recuperes esa fe perdida, te lo aseguro. Quiero que vuelvas a ser la Candelaria de antes de comenzar a trabajar aquí —aseguró, pero entonces dio un paso atrás y puso un gesto muy raro, como si al meditar sobre sus palabras se hubiese arrepentido de haberlo dicho, algo que me confundió enormemente.

—Espera... ¿Qué has dicho? ¿Antes de qué? Si tú no me conocías..., ¿o sí?

—Quién sabe...

—Gavin, no estoy para adivinanzas. ¿Nos conocemos de algo más que del trabajo?

Pero él volvió a irse por las ramas:

—Podría ser... ¿Qué opinas tú?

La curiosidad me carcomía, pero también la preocupación de no terminar mi trabajo a tiempo, por lo que no tuve más remedio que ordenar mis prioridades, luego podría retomar el tema de todos modos.

—No sé... Mira, Gavin..., aún no he empezado a trabajar, por lo que no me lées más... Necesito centrarme en la redacción.

—Bien, te dejaré trabajar, pero antes... sólo añadiré algo más. —Se apoyó en los reposabrazos de mi silla, acorralándome con su cuerpo y mirándome de frente, y con gran seriedad declaró—: Lo que ocurrió el sábado no lo planeé ni me imaginé remotamente que sucedería.

—Yo tampoco, créeme.

—Eres la primera mujer que toco desde que mi esposa murió, por si eso te ayuda a recuperar esa fe perdida en los hombres. Piensa acerca de lo que puede significar. Que tengas un buen día, Candela —declaró mirándome fijamente.

Un instante antes de irse casi me da taquicardia.

Y me quedé desvariando mentalmente. «¿Candela? ¿La primera desde qué?...» Me dejó tan confundida que ni siquiera pude replicar mientras mis neuronas flotaban entre nenúfares y nubes de algodón de azúcar. Me sentía como Alicia en el País de las Maravillas. ¿Yo, la primera? ¿Cómo tenía que tomarme eso? ¿Como un halago o una gran responsabilidad? ¿Le importaba? Sólo faltaba que en cualquier momento mi cabeza comenzara a girar como la de la niña de *El exorcista* de tanto darle vueltas. Y Candela..., qué manía con llamarme de ese modo cuando estábamos a solas, ni mi abuela me había llamado así nunca. Nadie lo había hecho desde mi época de estudiante en Madrid: Candela *la Canaria*, así me llamaban por aquel entonces.

—A la sala de juntas todos, vamos —oí ladrar a Jaime desde la puerta, y mis nenúfares y mis algodones de azúcar se esfumaron al instante.

Me levanté y fui hacia allí. Todos nos sentamos en nuestros respectivos lugares, yo, como siempre, pegadita a Guasi, para cotillear y poner verde a Jaime siempre que teníamos oportunidad.

—Hoy empezamos con retraso. A ver, Candelaria, ¿vas a dar la noticia de la serpiente sí o no?

—Sí, claro.

—Saca tu nombre en el reportaje, no excluyas datos, que la gente vea que eres cercana, humana, como eres en realidad, y que también te ocurren cosas a pesar de estar sentada tras la mesa del informativo. Saca tu lado humano y cuenta cómo te sentiste, eso te ayudará a ganar puntos de cara a la audiencia —me pidió Gavin.

—A ti te ha enviado alguien como orientador personal, ¿verdad?

—Confía en mí, tengo instinto para estas cosas —me dijo guiñándome un ojo. Luego volvió a prestar atención a Jaime.

—Vamos con la escaleta. Como tienes que montar los vídeos con Yeray sobre tu serpiente, para ajustarlo, te pones sólo con lo relevante de la isla.

Guasi, a ti te asigno lo nacional, si no te importa. Y, Rayco, ya que no sales a la calle hoy, podrías ponerte con el archipiélago, el especial siete islas. Yo me ocupo de las noticias internacionales, ¿todos conformes?

—Sí... —cuchicheamos todos.

—Pues a la redacción todo el mundo.

Cuando terminé de montar el reportaje y de redactar las noticias locales, me puse a repasar la escaleta semanal. De pronto, no pude evitar estallar en carcajadas y salí disparada como un cohete hacia la mesa de Guasi.

—¿Has visto la escaleta semanal? —le pregunté.

—Sí, ¿por?

—El reportaje del concurso de camisetas mojadas en la playa de Los Cristianos, el miércoles.

—Ah, sí, lo he visto.

—¿Quién va a cubrir el reportaje con Josué? —le pregunté aguantándome la risa.

—Eso no, pero puedo hacerme una idea.

Y entonces ambas soltamos al unísono:

—¡Jaime! —y rompimos a reír como dos chifladas.

—Menudo salido asqueroso.

Durante la mañana hice media docena de viajes a por cafés a la cocina. La verdad es que la cafetera nueva era un completo antojo, y el café italiano de importación que había traído Gavin para estrenarla —un expreso con un ligero toque a caramelo— era puro vicio.

Por la tarde, me pateé medio Santa Cruz en busca de nuevos patrocinios, dejé la capital sobre las siete y regresé a casa. Me duché y Guasi bajó a mi casa a tomarse un café, y posteriormente nos pusimos a curiosear las redes sociales sentadas en mi sofá, yo desde mi portátil y Guasi con su iPhone. Empecé con Facebook, y qué sorpresa me llevé cuando vi que Gavin me enviaba una solicitud de amistad. Después de poner a mi amiga al tanto, le pregunté:

—¿Qué hago, Guasi?

—Pues ¿qué vas a hacer? Aceptarlo, tonta.

—¿Y si me pone algo comprometedor?

—¿Gavin? Lo máximo que puede hacer es ponerte el tiempo —me asestó la muy graciosa, y se echó a reír sin control—. Por cierto, Mayte ha agregado a un tal Jurgen.

—¿Mi vikingo? ¿Siguen viéndose?

—Viéndose y haciendo más cosas, supongo —repuso, y estalló en carcajadas.

—Me lo puedo imaginar... Bueno, me alegro por ellos. Qué mala..., espera, mi madre ha escrito algo en mi muro o me ha etiquetado... A ver..., pero ¿desde cuándo tiene Facebook mi vieja? —pregunté confusa.

—Déjame ver —me pidió ella.

Allí estábamos las dos como dos bobas frente a mi portátil. Entonces lo leímos, y para colmo, después y no antes de aceptar la solicitud de Gavin. Mi madre había puesto, tal cual:

Mi *lajita*, de camino, cómprame ibuprofeno, que estoy otra vez con el nervio *asiático*.

Madre mía, cuando lo vi...

—Pero ¿qué ha hecho la muy loca? Poner eso en mi muro y de forma pública... Será simplona..., ¡y lleva horas ahí! Asiático, dice. Vaya cachondeo con los comentarios..., ¡y no puedo eliminarlo!

En vez de ayudarme a borrarlo o de buscar una solución, Guasi no podía parar de reírse. Hasta le deseé que se atragantara con su propia saliva del enfado que tenía. Así que, al no conseguir ayuda ni de mi amiga, fui directa al problema. Rauda y veloz, pillé mi móvil para llamar a mi madre:

—Mamá, ¿qué has puesto en mi muro de Facebook?

—¿Yoooo? Nada..., ¿muro de qué? Aún no sé cómo se pone nada en esa cosa, ¿por?

—Lo del nervio *asiático*, *ma*.

—Ah, eso... Te mandé un mensaje para que pasases por una farmacia de camino a cenar. No te olvides, *mija*, que estoy *encartá* del dolor.

—¿Mensaje? Mamá, ¡que lo has subido de forma pública! Qué nervio *asiático*..., será nervio *ciático*, so baifa, aunque ibuprofeno lo has bordado al

escribirlo, ¡menos mal! Bórralo enseguida, no veas el cachondeo de toda la gente que tengo agregada a mi cuenta.

—Ay... ¿Cómo es eso de que lo puse público? *Lajita*, es que no sé qué me estás diciendo ni cómo se quita eso.

—¿Que no sabes?... Yo huyo del país. ¿Yaiza está contigo?

—Ay, sí, *lajita*.

—Pues dile a mi hermana que lo elimine, ella sabrá hacerlo, y será mejor que lo hagáis antes de que llegue.

—Tanta modernidad..., ¡pues me habré hecho un lío! Que esto es muy difícil para mí.

—Pues deja el Facebook hasta que domines el WhatsApp, *ma*, por favor te lo pido —y colgué.

Por si no me sentía ya lo bastante humillada, para colmo vi cómo Gavin, recién llegado a mi cuenta, le daba un «Me divierte» al comentario de mi madre, y, como él, cien personas más. «Estupendo», pensé y levanté la vista al techo mientras me preguntaba si podía morirme ya o no estaba sufriendo lo suficiente pasando semejante vergüenza.

Pocos minutos después me entró un mensaje suyo:

Gracias por aceptarme. Por cierto, ¿has visto lo que ha puesto una señora en tu muro?

Sí, por desgracia, yo y todo el mundo, y, para más desgracia, la señora a la que te refieres es mi madre.

Gavin tardó en contestar, supongo que aún le duraba el ataque de risa. Estaba segura de que se estaba riendo a carcajadas, si hubiese podido verlo por un agujerito... Pero poco después lo hizo, asaltado por la curiosidad:

¿Tu madre se llama Pino?

Sí, es un nombre muy común aquí. Se llama María del Pino y coloquialmente la llamamos Pino. Es la patrona de la isla de Gran Canaria, y como mi madre procede de Las Palmas... Como puedes comprobar, la religiosa no soy yo, sino la loca de mi madre, y ya ves de dónde me viene el nombre de Candelaria. En fin, que quiere ir de moderna y siempre está metiendo la pata con todo.

Lo del nervio ha estado bien, qué punto... Lo siento, pero me he reído mucho con el comentario, no de tu madre, que quede claro...

Ya...

Así que vuelves a cenar con ella también hoy.

Sí.

No me estarás evitando, ¿verdad?

No, a mi hermana sí hace que no la veo, y mi madre se ofreció a hacernos la cena en su casa, toca cena familiar.

Vale, espero que lo pases bien. Y ten paciencia con ella, pobrecita, está aprendiendo.

La mato nada más llegar, ibuprofeno no le llevo, cianuro a lo mejor...

Jajaja, exagerada. Te veo mañana en el trabajo entonces, me tendré que conformar.

Y yo también tendré que hacerlo.

No vuelvas muy tarde, se avecinan tormentas y fuertes chubascos que durarán toda la noche, incluso puede que la cumbre del Teide amanezca nevada mañana. Ten cuidado con el coche, por favor.

Lo tendré en cuenta, Gavin, gracias.

Buenas noches, Candela.

¿Por qué Candela?

¿Te molesta?

Se me hace raro. Pero no me has contestado...

Eso sí te va a parecer raro.

Prueba.

Tú has sido la primera desde lo de mi mujer; yo también quiero ser el primero en algo en tu vida, al menos, en lo de llamarte Candela.

Por alguna razón, no me sonó muy convincente, pero me limité a decir:

Eres raro, Gavin.

Espero que para bien, o eso intento.

Buenas noches.

Buenas noches.

Después de lo de mi madre, consideré que ya había tenido suficiente de redes sociales y preferí no indagar en las demás..., por si acaso. Me despedí de Guasi, cogí una chaqueta y mi bolso y me dispuse a salir hacia Palm-Mar, haciendo una parada por el camino para comprar el dichoso ibuprofeno.

Cuando llegué, fue mi hermana Yaiza la encargada de abrirme la puerta. Vi que su marido Milo también estaba allí, sentado en el sofá.

—¿Qué tal, Milo? Pensé que cenaríamos sólo las tres.

—Ah, no. Milo sólo ha venido a traerme, estoy con las cervicales y no podía conducir.

—¡Pues estáis hechas polvo! Anda que..., una con la ciática y la otra con las cervicales.

—¿Cómo te va todo a ti?

—Bien..., nos van a cerrar la cadena a principios de marzo, por lo demás, todo bien. ¿Habéis quitado ya eso del Facebook?

—Sí, tranquila. Ya le he explicado a mamá cómo es para que no vuelva a hacerlo. ¿Cómo que os cierran la cadena?

Milo me miraba extrañado también.

—Eres un puntal, Yaiza, gracias... Pues que nos dan de plazo ocho semanas para reactivar la cadena, pero yo creo que ya lo tienen decidido y nada más lo hacen para vernos desesperados y haciendo el payaso durante las siete que restan. ¿Y mamá?

—En la cocina. Y ¿qué vas a hacer?

—Me huele a lasaña casera de carne... Pues yo qué sé, ya lo pensaré —respondí dirigiéndome a la cocina hipnotizada por aquel maravilloso olor.

—Bueno, yo me voy ya, llámame luego para recogerte —dijo Milo despidiéndose de Yaiza mientras le daba un beso.

—Hasta luego, Emilio —me despedí yo también cuando ya llegaba a la cocina.

Al entrar, vi que estaba en lo cierto. Si cuando estás enamorada dicen que tienes la mirada iluminada, entonces la mía proyectaba fuegos artificiales al ver aquella lasaña enfriándose sobre la encimera.

—*Ma*, tu lasaña especial, la receta de la abuela... Se me hace la boca agua, hasta te perdono lo del Facebook. ¿Le has puesto verduritas y todo, como siempre?

—Claro, cuánto me alegro de que hoy tengas apetito, mi niña. La he hecho con idea, ¿eh? —me dijo mientras me guiñaba un ojo, la muy loquita.

—Toma, tu ibuprofeno —añadí sacándolo de mi bolso—. Pero prométeme que no colgarás nada en Facebook —le pedí antes de dárselo.

—Ay, mi salvación... Te lo prometo, ahora ve a sentarte. Yaiza ya ha puesto la mesa. Me tomo el medicamento y llevo la lasaña.

—Yo la llevo, *ma*, no te preocupes.

Acto seguido, nos sentamos las tres a la mesa. Mientras comenzábamos a cenar, le pregunté a mi madre:

—Y ¿cuándo te empezó a doler?

—Ay, *mija*, cargando con las bolsas, después de subir la compra creo que fue. Bajé a echarme un cortado con Milagritos en el parque y, al cruzar el paso de *pelotón*, casi me quedo allí *estacá* del dolor.

—¿Paso de qué? *Ma*, se dice paso de *peatón*, no de *pelotón*, no confundas el *tour* de Francia con el paso de cebra, haz el favor. Chacha, con todo lo que dominas el alemán y el inglés, y el castellano, que es el principal en la vida,

nunca lo harás.

—Pues qué más da, tú bien me entiendes igual. No te rías de mí, una madre es siempre una madre y hay que respetarla, aunque sea un poco bruta. No soy periodista como tú.

—Eso no tiene que ver mamá, anda —le dije, y luego me percaté de que encima de la tele había un aparato nuevo que antes no estaba—. Y ¿ese rúter? Lo de modernizarte se te está yendo de las manos, ¿no? ¿Para qué quieres tú eso?

—Es que he puesto el *wisfi*, para ver si, teniendo el *internet* ese, así pasáis tú y Yaiza más tiempo en casa.

—*Wisfi*, dice..., y luego no quiere que me ría —murmuré aguantándome la risa.

Pero mi madre, la muy espabilada, me oyó igualmente. Me soltó una buena galleta en toda la cabeza y me preguntó enfadada:

—Y ¿ahora que he dicho?

—Nada, *ma*, *wifi*, no *wisfi*, pero da igual, si es que no tienes remedio —repliqué estallando en carcajadas mientras me acariciaba la cabeza en el sitio donde me había dado el guantazo con la mano abierta. Qué bruta era.

—Lo mismo es. —Luego miró a mi hermana Yaiza y la regañó también —: ¿Qué te he dicho sobre usar el móvil en la mesa?

—Es que han subido el reportaje de la serpiente de Candy a YouTube y todo el mundo lo está compartiendo.

—¿Qué dices? A ver, dame.

—Tiene dos mil visitas desde esta mañana, ¡toma ya!

—Ay, Dios.

—Y ¿eso es bueno o malo?

—Pues de momento no lo sé. ¿Para qué le haría caso a Gavin?

—¿El americanito?

—Es madrileño, lo que pasa es que se fue al extranjero al terminar sus estudios. No lo llares así.

—Uy..., y ¿por qué te molesta? Pasáis mucho tiempo juntos ahora, ¿no es así?

—No te montes películas, Yaiza... —le pedí.

Pero mi hermana no se daba por vencida. Se olía algo, y dejó caer:

—Gallo que no canta... algo tiene en la garganta.

—Qué va tener nada con nadie..., si hasta Mayte le ha quitado a su novio Jurgen —soltó mi madre.

—Mamá, que tú quisieras que fuera mi novio no quiere decir que lo fuese, no confundas. Y ¿tú cómo sabes lo de Mayte?

—Pues el otro día me encontré a Guasi en Arona, que venía de recoger a su sobrino, y le pregunté.

—A ti te ponía yo de reportera de prensa rosa..., se te iba a dar divinamente —le espeté a mi madre.

—Sólo me preocupo porque seas feliz, mi *lajita*.

—Pues no necesito un hombre para serlo, mamá, a ver si lo entiendes de una vez. Lo único que necesito es un buen trabajo, uno de verdad, que para eso pagaste mis estudios —le dije mintiendo en parte, porque Gavin no se me iba de mi loca cabecita ni un momento.

Sin embargo, sólo nos habíamos acostado una noche, ni yo misma sabía qué iba a ocurrir realmente entre nosotros. A pesar de su palabrería, estaba segura de que Gavin haría algo que lo fastidiaría todo. Su regreso a Norteamérica cuando llegase el momento sería más que suficiente, y lo que menos deseaba era ilusionar a mi madre para decepcionarla después. Quería ahorrarle ese posible mal trago, al menos..., a ella.

—Bueno, mujer, yo..., sabes que te ayudo en lo que pueda, si necesitas dinero...

—Mamá, no se trata de dinero, se trata de sentirme realizada, satisfecha con mi vida, eso sí me haría feliz, no un hombre que me la controle a su antojo.

—Ay, mi niña, tienes que dejar de pensar así y pronto. Me preocupas... ¡Me vas a volver loca!

—¿Por querer ser independiente y no depender de ningún hombre? Pues eso debería alegrarte y no al contrario. ¿Qué hay de postre? —pregunté intentando cambiar de tema.

—Tiramisú, voy a por él a la cocina —anunció Yaiza.

—*Mija*, un buey solo... no ara.

—Ay, mamá, no me vengas con tus refranes de toda la vida.

Gracias a Dios, cuando mi hermana regresó cambiamos radicalmente de tema. Hablamos de cómo le iba el negocio a ella y de la obstinación de mi madre por aprender a usar las redes sociales..., en fin. Después de cenar me ofrecí a llevar a mi hermana a casa para no tener que molestar a mi cuñado haciéndolo venir, pero, como era habitual, ella rechazó mi ofrecimiento a causa de la desconfianza que sentía hacia mi coche. Poco después, llegué con mi tartana andante a mi casa y me acosté enseguida.

PARTE METEOROLÓGICO 6

TÚ PROVOCAS UN CAMBIO CLIMÁTICO EN MI CORAZÓN

El martes llegué puntual al trabajo casi por los pelos, porque aquella mañana me costó que arrancara mi cuatro latas más que de costumbre. Ni siquiera pude pasarme por mi amado Starbucks, pero estaba segura de que la nueva cafetera de Gavin me lo compensaría. Nada más llegar, fui directa a la cocina. Gavin me vio y me siguió hasta allí, portando una bolsa de gran tamaño.

—Buenos días, ¿qué tal con tu familia anoche?

—Hola, interesante como siempre. Mi madre siempre ampliando su vocabulario.

—¿Y eso?

—Es largo de explicar. Tranquilo, si algún día llegas a conocerla, lo entenderás todo.

—Esto es para ti —me indicó entregándome la gran bolsa de papel que llevaba.

—¿Qué es?

—Un jarrón, para reponer el que te rompí.

—No era necesario, ya te lo dije, pero gracias. Y tú..., ¿qué tal ayer?

—Entretenido, husmeando un poco entre los recuerdos y los cachivaches de mis abuelos. Es una casa muy grande que guarda mucha historia, bastante entretenida.

—Me alegro de que te distrajes trasteando en tus raíces.

—Aunque preferiría trastear en otros lugares... —manifestó acercándose a mí con una mirada siniestra a la par que sexi. A continuación, miró a su alrededor para asegurarse de que todos los demás estuvieran enfrascados en la redacción, me acorraló en un rincón de la cocina, colocó sus manos sobre mis caderas y prosiguió—: Curiosear por otros rincones, tus zonas erógenas..., esas que me vuelven completamente loco... —me susurró al oído mientras deslizaba sus manos por mi trasero y sentía su cálido aliento en mi cuello. Cerré los ojos, mi pulso se disparó, y hasta me hizo olvidar por un momento que estábamos en la cadena—. Necesito estar contigo a solas, comerte y beber de tu placer...

Y, justo cuando estaba a punto de darme un infarto por lo menos, unos gritos lograron sacarme de semejante emboscada.

—¡A la sala de juntas! —oímos, y nos separamos de un brinco.

Con mucho esfuerzo, traté de ignorar mi calentón e irremediadamente nos encaminamos hacia la sala.

—Un día nos van a pillar y me moriré, te lo juro... ¿Podrías reprimir tus muestras de cariño o lo que diablos haya sido eso de ahí dentro? —cuchicheé intentando recobrar mi ritmo cardíaco habitual.

—No volveré a hacerlo, o lo intentaré al menos, aunque no te prometo nada: tú tienes la culpa por no quedar conmigo fuera de aquí.

—Ya empezamos con los reproches y sólo nos hemos acostado una vez —argumenté—. ¿Ves a lo que me refiero?

—Sólo era una broma, no puedes tomártelo todo a la tremenda. Está bien, sé cómo te han herido en el pasado y desearía que no fuese así. Intentaré ser más cuidadoso contigo a partir de ahora. Te demostraré que no todos los hombres han nacido para herirte, Candela.

Odiaba mostrarme frágil frente a un hombre, pero mis temores afloraron y, antes de entrar, le pedí deteniéndome en la puerta:

—No me hagas daño, Gavin.

—Te lo prometo.

Algo en mí se resistió a creerlo y me limité a poner los ojos en blanco y a entrar en la sala.

—Buenos días, Jaime —dije tratando de recobrar mi entereza y mi profesionalidad y, ¿por qué no?, retomando mi papel de arpía.

—Buenos días —repitió Gavin entrando tras de mí.

—El tenorio —escupió Jaime refiriéndose a él.

—No sé a qué te refieres.

—A ti, Gavin, no se te conoce pareja ni nada... Guasi tiene un portarretratos en su mesa de redacción con la foto de su novio; Rayco, de su ahijado, y hasta de sus perros, pero tú, ni una pista, como los demás, y para colmo los dos andáis muy pegaditos últimamente..., que no somos tontos.

—Lo que haga con mi vida privada no te concierne.

—Si andamos tan pegaditos es porque nos has puesto a hacer reportajes juntos, te recuerdo —repliqué yo—, así que ahora no alucines, Jaime.

—Ya, ya... Pues mira por dónde hoy te vas al Teide con Gavin, a cubrir la primera nevada del año, hala, ya que sois tan amiguitos... Guasi te sustituirá en las noticias esta mañana.

Me quedé perpleja, con la mandíbula desencajada.

—Es una broma, ¿no? —pregunté incapaz todavía de cerrar la boca.

—No, Guasi ya te ha sustituido antes en plató cuando tú estabas disfrutando de tus vacaciones, ¿qué problema hay?

—Lo digo por lo de ir al Teide con Gavin. Hoy es martes, pactamos que un reportaje a la semana, únicamente el fin de semana.

—Sí, pero parece que a la audiencia le gustáis. Tu reportaje tiene casi cuatro mil visualizaciones, y la web de la cadena nunca ha recibido tantas visitas, sobre todo tu perfil o el de Gavin, así que...

—Así que nada, tengo planes, no puedes improvisar de este modo y joderme la vida. No puedo irme al Teide repentinamente, sin que me hayas avisado con tiempo.

—Te recuerdo que no eres imprescindible aquí, Candelaria.

—¿Eso es una amenaza? —formulé desafiante.

—Esto..., ¿podemos hablar en privado, Candy? —terció Gavin, siendo testigo de cómo se caldeaba el ambiente entre Jaime y yo y sospechando cómo podía terminar el asunto.

—¿Ahora? —le pregunté. Me pareció de lo más inoportuno, pero él se

limitó a poner cara condescendiente.

—Está bien —accedí al final.

—Discúlpanos un momento, Jaime —se excusó él, y me hizo un ademán para que lo siguiese hasta la cocina.

—A ver, ¿qué pasa? —le pedí cruzada de brazos en cuanto llegamos.

Gavin cerró la puerta tras de sí.

—Escúchame —me pidió mientras me cogía de las manos—, ¿quieres dejar de provocar a Jaime? Quieres irte de aquí, bien, pero, para lo que queda, aguanta un poco más, al menos te irás con una buena indemnización si cierran la cadena y no así, no le des el gusto. Nos vamos al Teide, te apartas de tu rutina y de este avispero, de la contaminación, te vendrá genial un poco de aire puro lejos de este ambiente, y encima con la mejor compañía: yo.

—¿Tú has oído hablar alguna vez de la modestia? La mejor compañía..., dice... Hay que ver... Mira, odio el campo, los bichos, y últimamente ya he tenido suficientes experiencias con ellos, ¿no crees?

—Exagerada, anímate, anda —insistió mientras enlazaba mis manos con las suyas de nuevo y las zarandeaba suavemente.

Tardé unos instantes en contestar mientras lo meditaba. La verdad es que Gavin sabía venderlo bien, tanto, que al final acepté escaparme de allí con él.

—Vale, pero tengo que pasar por casa a coger ropa de abrigo.

—No hay problema. ¿Vamos a decírselo a Jaime? —me pidió haciéndome un ademán para que saliese yo primero de la cocina, con un gesto más que caballeroso.

Finalmente accedí y fuimos directamente a ver a nuestro jefe. Gavin se lo anunció:

—Bien, grabo mi sección del tiempo y nos vamos. Nos pagabas las dietas si mal no recuerdo, ¿verdad?

—Siempre mantengo mi palabra.

—Pues voy a preparar mi sección y, en cuanto termine, nos vamos —lo informé. Posteriormente, se giró hacia mí—: ¿Te parece bien?

—Claro, echaré una mano en redacción mientras te espero, con este cambio de planes...

—Muy bien, pues me avisáis cuando lo tengáis todo planificado y os

mando a Josué para grabar, o lo llamáis vosotros mismos, como queráis — nos indicó Jaime, y desapareció.

—Te aviso en cuanto termine —se despidió Gavin de mí mientras me hacía un guiño.

Yo le sonreí de la misma forma y fui a la mesa de Guasi para ayudarla con la redacción local.

—¿De qué quieres que me ocupe? —le pregunté.

—De las noticias de proximidad, son las que mejor se te dan y te gustan. Así que te vas con tu enamorado de excursión, ¿eh?

—Yo no he dicho que esté enamorada, exagerada.

—Si no lo estás, poco te queda, a ver... —dijo revisando las tareas en el ordenador—. Si quieres, indaga sobre el niño extraviado en las proximidades de Vilaflor, a ver si hay alguna novedad, y, si no es el caso, podemos elaborar un resumen y dar todos los datos de los que disponemos para pedir la cooperación ciudadana, por si alguien lo ha visto y puede ayudar a encontrarlo, ¿qué te parece?

—Me pongo a ello. Qué pena..., pero al menos no se trata de un secuestro como el del caso del centro comercial San Telmo. Lo que no entiendo es cómo las autoridades no han difundido antes la noticia, si lleva desaparecido desde la mañana de ayer.

—Es que los críos... Por lo visto, él y otros dos compañeros hicieron novillos y decidieron ir a jugar al monte para que no descubriesen que no habían ido al cole. Sus compañeros volvieron al pueblo a la hora de comer y, por miedo a las represalias de sus padres por no ir al colegio, no dijeron nada hasta bien entrada la tarde.

—Una travesura que le salió bien cara. Me pongo con ello ahora mismo.

—Yo me ocuparé de la actualidad política, que sé que la odias.

—Puaj... Muchas gracias, Guasi, ya te devolveré el favor.

—Pues quiero todos los detalles de lo que hagas con Gavin esta tarde, cuando regreses, y quiero toda la crónica, y cuando digo «toda» ya sabes a lo que me refiero, y con eso me doy por pagada.

—¡Qué cotilla eres! No va a pasar nada, no seas retorcida.

—Uy, quién sabe.

—Hay que ver cómo sois todos... Hazme un sitio, anda —pronuncié con una mirada hostil, empujándola de su propia mesa, e inmediatamente me puse a teclear en su ordenador para que no siguiera con el tema.

—Terca. Y ¿qué tal va el asunto?

—Bien y punto —me limité a decir, pero se me escapó una sonrisa reluciente que transmitía más que mis propias palabras.

—¿Bien, y sonríes? A ti te gusta de verdad, reconócelo ya.

—Es que..., ¿por qué no sólo podía ser bueno en la cama? Encima también es divertido, considerado, disciplinado... Es demasiado perfecto, ¿sabes? Odio que sea tan perfecto. Seguro que tiene un enorme defecto oculto o algo parecido.

—¿No puedes aceptar simplemente que sea así de verdad?

—No, tiene que haber algo siniestro... No sé, es demasiado bueno para ser real.

—Ya, sólo tienes miedo de que sea así de verdad. Tratas de buscarle un defecto para no admitir que te gusta realmente y punto. Desconecta tu vena sabuesa por una vez y deja de estar a la defensiva.

—Sí, claro, y encima le confieso a él lo mucho que me gusta.

—Y ¿por qué no?

—Porque eso me volvería vulnerable y la situación se tornaría insostenible. Creería que como de su mano y que tiene el mando de la situación. Ni hablar, no voy a dejarme manejar por ningún hombre. Es mejor que no lo sepa, no voy a darle el gusto.

—Sigue pensando así y acabarás sola, y de arpía pasarás a ser la solterona del Canal 5.

—Como sigas por ahí, me voy.

—Vale, está bien, me callo.

Se hizo un silencio entre ambas y por fin comenzamos a editar las noticias. Tras un par de cafés italianos, Gavin volvió a acaparar mi mente, y me quedé con la mirada perdida, pensativa, un buen rato, hasta que decidí desembuchar lo que rulaba por mi cabeza:

—Lo ha hecho.

—¿Qué ha hecho? —me preguntó Guasi.

—Esta mañana, ponerme esa mirada, ya sabes..., y me ha besado en la frente.

—¿Crees que se ha enamorado de ti?

—No, pero me ha mirado de ese modo, varias veces, y ha persistido a pesar de que yo he intentado no darle motivos. Es un error, lo he sabido en ese preciso momento.

—Bueno, seguro que sabe a qué atenerse contigo, y tú con él.

Entonces la voz de Gavin me sorprendió por la espalda:

—¿Hablas de mí?

Me di la vuelta con un respingo mientras mi tono de piel pálido cambiaba al rojo más intenso.

—¡No, claro que no! ¡De... otra persona que no te concierne! —le contesté mintiendo con lo primero que se me pasó por la cabeza. Ruborizada como nunca, no dije nada más por temor a tartamudear.

Guasi se aguantaba la risa, la muy traidora, que lo había visto acercarse y ni siquiera me había avisado.

Gavin sonrió satisfecho y, acto seguido, me preguntó con presunción:

—¿Cuándo vas a reconocer que estás loquita por mí? Vaya..., no creí que lo lograría en tan poco tiempo.

—¡Serás egocéntrico! —exclamé intentando disimular y deseando salir de aquel embrollo.

—¿Yo, egocéntrico? No decías lo mismo la otra noche —repuso, y me dedicó una mirada juguetona y lasciva.

No podía creerme que hubiese dicho eso.

—¿Qué te dije de airear lo que pasó entre nosotros aquí? —le reocriminé con una mirada asesina.

—Yo no quiero esconderme, y no entiendo tus razones.

—Ya lo discutiremos de camino al Teide. ¿Has terminado? —le pregunté.

—Ajá, venía a buscarte. Ya podemos irnos.

—Hasta luego entonces, Guasi —me despedí cogiendo mis cosas.

—Pasadlo bien —repuso ella mirándonos a ambos con una sonrisa pícaro, sonrisa que ignoré y refuté con otra de total indiferencia.

Dejamos la redacción para nuestra escapada al Teide, nos dirigimos al

parking y, al llegar frente a él, Gavin me propuso:

—Ya que vamos juntos, podrías dejar tu coche aquí. Yo te acerco a tu casa a recoger la ropa de abrigo y así vamos directamente, ¿te parece bien?

—Vale, no creo que le ocurra nada a mi coche si lo dejo aquí, ¿quién va a querer robármelo? —reí.

—Buena observación —dijo exhibiendo una sonrisa pletórica. En ese momento deseé que fuese por pasar el resto del día conmigo.

Nos metimos en su coche y, antes de arrancar, Gavin sacó un *pendrive* y lo conectó al reproductor del coche. Temí babearle el asiento de cuero al contemplar el panel de instrumentos con conexión a internet incluso, la pantalla táctil con el menú desplegable, donde salían las imágenes de las carátulas de los discos almacenados. Por Dios, en comparación, mi coche no llegaba ni a una vieja lavadora abandonada en un vertedero de basura.

—Vamos a poner un poco de música decente, y no la porquería de Josué que tuvimos que padecer todo el camino cuando fuimos a grabar al lago Martiánez.

—A ver qué tienes —pregunté curiosa.

Arrancó y la música comenzó a sonar. Se trataba de un grupo que no habría sabido catalogar en un único estilo, sino que era más bien una mezcla de pop, rock, funk y música latina. Sus letras eran frescas, originales y optimistas, hasta distinguí alguna palabra canaria en medio. Eso me llamó la atención, y la verdad es que daban ganas de tararear todo el rato. Gavin advirtió que no dejaba de golpear la mano sobre mi rodilla al ritmo de la música, y me preguntó:

—¿Te gustan?

—Pues la verdad es que sí. ¿Quiénes son?

Él adoptó una expresión sorprendida y grave, como si mi pregunta lo hubiese herido.

—¿No conoces a Efecto Pasillo? Lo he dado por hecho, ya que son canarios. Qué decepción... ¡No me puedo creer que no los hayas oído nunca! ¿No escuchas la radio en el coche tampoco? Si fueron número uno en los 40 Principales y tienen millones de visitas.

—En el coche llevo siempre las noticias, ya ves..., deformación

profesional, y a veces voy hablando con mi madre, que, cuando me llama..., no me llega el camino para escucharla, no sé si me entiendes —me excusé.

—Te pasaré sus discos, los compro directamente de Amazon Music. Por cierto, aún no me he hecho con el último *single* y salió este mes —dijo mientras toqueteaba la pantalla táctil aprovechando un semáforo en rojo.

»Ya está —añadió entonces mientras yo miraba embobada cómo se lo había descargado y pagado desde su coche en un momento. En el mío no funcionaba... ni el limpiaparabrisas.

»Sus letras tienen un buen rollo y un no sé qué que te alegran el día. Te llenan de energía, de veras, tal vez incluso te hagan ver las cosas desde otro punto de vista, creo que te van a venir genial.

—No están mal...

—¿No están mal? ¡Si estoy viendo cómo se te van los pies...!

—Vale, sí, me gustan, pero espera a que las escuche todas para darte una opinión imparcial.

—Te encantarán, estoy seguro, y te vendrá genial escuchar a estos chicos.

Sonreí, ¿qué otra cosa podía hacer ante un verdadero fan? Aunque la verdad es que de momento sí me estaban gustando, y subiendo el ánimo. Me quedé con un título en cuestión, *Cuando me siento bien*, que decía algo así:

Soy capaz de leerte la mente,
arreglar los problemas de toda la gente.
Voy cantando las vueltas del mundo,
en sólo un segundo le prendo la luz al sol...

Y comencé a sospechar que pronto tendrían una nueva fan.

—Te voy a llevar a comer al Parador de las Cañadas del Teide.

—¿Qué dices? Debe de ser supercaro.

—No importa —dijo sacando una tarjeta del bolsillo de su camisa mientras ponía una sonrisa pícaro. Luego añadió buscando mi mirada cómplice—: Paga Jaime...

Y, acto seguido, ambos estallamos en carcajadas.

Pasamos por mi casa y preparé una mochila en cuestión de minutos, bajé

a toda prisa y volví a subirme al coche. Comenzaba a sentirme muy cómoda con Gavin, pero en vez de recelar de mi estado y de lo que ello conllevaba, decidí intentar relajarme y disfrutar.

Cuando llegamos al parador, una casona de montaña reconvertida en un hospedaje casi de lujo, con *spa* incluido, camuflada entre el paisaje y sin nada más alrededor que tuviese relación con el mundo civilizado, mi entusiasmo aumentó y me sentí más que satisfecha por haberle seguido la corriente a Gavin. Allí, el aire era puro y revitalizador, aunque ir a campo través después de comer era la única idea que no me seducía mucho.

Nos dimos un festín de comida típica canaria, cómo no. A Gavin le entusiasmaba desde que la había descubierto, según decía; a mí nunca me aburría y estaba segura de que no lo haría nunca. Como entrantes pedimos queso de cabra, papas con mojo rojo picón y gambas al ajillo. Me hizo gracia cómo las presentaron, pinchadas en unas brochetas, era de lo más práctico, la verdad, y hasta nos portamos como críos jugando con las brochetas como si de un torneo de esgrima se tratara. Luego pedimos pescado, *cherne*, en concreto, y *bienmesabe* de postre. Mientras nos dábamos el atracón, Gavin incluso bromeaba acerca de grabarme comiendo e incluirlo luego en el reportaje.

En el parador fueron muy amables, nos dejaron cambiarnos de ropa, incluso nos guardaron nuestras cosas allí hasta nuestro regreso.

Gavin terminó de prepararse y calzarse sus botas de montaña, y, cuando yo estaba acabando también ya de ponerme mis deportivas, me percaté de que me observaba de un modo que me incomodaba, así que le pregunté:

—¿Ocurre algo?

—¿Zapatillas de deporte? Aunque me sorprenda verte por primera vez sin unos zapatos salidos de la Fashion Week..., ¿traes zapatillas para ascender al pico? —preguntó tapándose la boca como si con ello lograra disimular la risa.

—¿Qué pico? Si para subir ahí hay que pedir un permiso especial antes de venir... ¿Pensabas subir? Pues siento darte la mala noticia, Gavin.

Lo sentía de veras, aunque también alivio, porque yo no pensaba hacerlo ni borracha.

—No necesito pedirlo: vengo unas seis veces al mes de media para hacer

investigaciones independientes. Te recuerdo que soy climatólogo, y ya me conocen aquí, soy como de la familia. Dime que has traído unas botas o algo más adecuado que tus zapatillas rosas.

—Pues no —respondí mientras mi interior se regocijaba en la idea de que, por culpa del calzado, me libraría de subir al pico.

—Tendremos que bajar a comprarlas al pueblo, o decirle a Josué cuando suba que te traiga unas.

—Gavin..., yo es que lo de subir al pico..., eso es para montañeros profesionales casi. Mira, yo soy más de ciudad y playa, odio el campo, y la montaña no es lo mío, siento defraudarte.

—Me hacía ilusión subir contigo, no era por el reportaje. Se ven incluso las cuatro islas de alrededor desde la cima, podrías presumir de haber estado en el pico más elevado de España y el tercer volcán más alto del mundo. Siendo sincero, me importa una mierda el reportaje, lo que deseaba realmente era sentarme allí y compartir esa experiencia contigo.

—Ahora me siento peor...

—Pues entonces no te cuento el resto de los planes que tenía.

—¿Más?

—No, déjalo, ya no tiene importancia.

—Gavin... —le exigí con la mirada.

—Mientras estábamos en el parador, moví algunos hilos y conseguí que cerraran el refugio de Altavista de la cumbre para mí, para pasar allí la noche si tú... Quería hacer algo especial para los dos, aunque quizá fue una idea absurda... Sí lo fue, ahora estoy más que convencido.

—¿El refugio de montañeros? Ahora sí que me siento como una verdadera arpía... No sé qué decir... Está bien, deja que reúna el valor suficiente y otro día vendré más preparada con el atuendo, te lo prometo.

Al fin asomó una sonrisa a su rostro.

—Vale, pero te tomo la palabra. Vamos a elegir sendero y luego llamamos a Josué, ¿te parece?

—Vamos.

Comenzamos a caminar, y me percaté de que Gavin estaba enamorado del lugar. No paraba de hablar y hablar sobre el parque. Incluso llegué a

enterarme de cosas que ni sabía, aun siendo nativa.

—¿Sabías que la estructura de la caldera y el estratovolcán son únicos en todo el planeta? Oh, qué pena que no sea abril para ver el tajinaste, esa flor endémica, única en el mundo, que puede alcanzar los tres metros, con sus minúsculas florecillas rojo púrpura que parecen de otro planeta, y tantas otras especies únicas aquí... El parque es precioso cuando está en flor.

—Sí, lo es, he venido bastantes veces. Sobre todo cuando mis antiguas compañeras de universidad venían de vacaciones: no me quedaba más remedio que servirles de guía.

Era evidente que a Gavin le entusiasmaba el parque.

—Tu isla es de otro planeta, Candela, su microclima... Hace un rato, en el sur estábamos en camisa de manga corta y, ahora, con abrigo en medio de una montaña nevada, lava con un manto de nieve, especies únicas... Para geólogos, astrónomos y climatólogos como yo, esto es un paraíso; me podría pasar meses y meses recorriendo las hectáreas del parque sin dejar de sentirme pequeño en medio de esta inmensidad que nos rodea, de tanto interés biológico, científico y paisajístico...

—¿Sabes? Veo en ti la pasión que yo poseía cuando terminé la carrera de Periodismo. Te escucho y siento cierta nostalgia, envidia incluso.

—Ah, no, nada de lamentaciones, hoy no, no te lo permito. Tienes que recuperar esa pasión.

—Te oigo hablar de la isla donde vivo, de este parque, y me parece inverosímil que quieras marcharte de aquí... Ojalá te oyeras hablar.

Gavin era pasional en todo, no cabía duda.

Me parecía increíble que tuviera pensado irse a Norteamérica. En realidad, cuanto más tiempo pasaba con él, más necesitaba creer que no se marcharía nunca, y deseaba que se quedara para siempre.

Pero él bajó la cabeza y cambió totalmente de tema:

—¿Y la violeta del Teide? Sólo puedes verla por encima de los dos mil quinientos metros de altitud.

—Ésa nunca la he visto, nunca he subido tan alto, y no mucha gente ha logrado verla. Hasta me alegro de que no estemos en abril: las flores atraen abejas, insectos, y sabe Dios qué más.

—En vez de estar quejándote y protestando todo el tiempo, ¿por qué no gozas de las vistas? ¿Del aire puro? Busca siempre la parte positiva de las cosas o nunca te relajarás.

¿Relajarme? Me dolían los pies y, para colmo, llevaba como veinte minutos aguantándome las ganas de hacer pis. Gavin continuaba hablando de plantas, bichos y demás. Luego propuso que, si no subíamos al pico, al menos nos montásemos en el teleférico hasta el Teide, así que, abochornada, no me quedó más remedio que confesar:

—Esto..., no sé cómo decirlo... Si subimos en el teleférico, yo... tendré que hacer pis antes, o reventaré allí arriba.

Gavin no reprimió las carcajadas, o tal vez fue incapaz de hacerlo. Cuando recobró el control y pudo hablar, miró la cara de pocos amigos que yo le dirigía y me preguntó:

—A ver, Candela, ¿por qué no has ido al baño después de comer? Sabiendo que íbamos a caminar un buen trecho...

—Pues no tenía ganas en ese momento, ¿qué quieres que te diga? No soy senderista y ni lo pensé.

—Pues se hacen las ganas antes de partir. En fin..., no hay nadie alrededor, tienes muchas hectáreas donde poder hacerlo.

—¿Que haga pis en el campo? ¡Ni loca!

—Pues si prefieres hacértelo encima... —me soltó expectante y de brazos cruzados, como si esperara algo.

—¿Sabes qué deduzco de todo esto? Que no soy para nada tu tipo de mujer, no encajamos ni a la fuerza.

—No digas tonterías, si contigo me divierto mucho.

—Sí, claro, reírte de mí se está convirtiendo en tu hobby principal.

—No es cierto. Además, ¿cómo sabes tú qué quiero y cuál es mi tipo de mujer? Por ejemplo, si deseo que sea mi tipo o todo lo contrario y me aporte cosas nuevas.

—¿Cómo lo hago?

—¿El qué? ¿Ser mi tipo?

—¡No! ¡Hacer pis! —exclamé estrujando mis partes, no podía contenerme más.

—Ah, eso, pues te bajas la ropa y lo haces, así de sencillo, no tiene más ciencia. A no ser que tú tengas algún ritual específico para hacerlo..., eso es lo normal.

—Vuélvete, esto es bochornoso.

—Claro, me vuelvo hasta que la señorita me dé la señal, no hay problema —dijo girándose de espaldas y aguantándose la risa de nuevo.

—Ni se te ocurra mirar —insistí.

—Te recuerdo que ya te he visto desnuda... —dijo dándome la espalda y bien quietecito, para mi tranquilidad, a pesar de sus bromitas.

—Pero no es lo mismo, así pierde todo el encanto, gracioso.

—Hablando de gracias..., después de la serpiente de tu casa, el colmo sería que te picara una abeja en el trasero.

—Tú sigue animándome —le reproché a la vez que me subía los vaqueros a la velocidad del rayo—. Ya puedes darte la vuelta. Necesito descansar unos minutos, ¿te importa?

—No, claro, aprovecharé para llamar a Josué y pedirle que vaya subiendo ya. Se espera una buena nevada antes del anochecer.

Escogí una roca seca, y Gavin se sentó a mi lado. Posteriormente miró mis pies y, sin decir nada, me quitó una zapatilla y comenzó a toquetearme por encima del calcetín.

—Lo sabía, no es el calzado idóneo para andar por la nieve, tienes los pies mojados y helados. —Y volvió a calzarme—. Cuando Josué llegue, será mejor que bajas al parador y te pongas algo seco, no quiero que te resfríes. Yo subiré con él, quiero grabar el banco de nubes en la corona y las vistas, no tardaremos.

—Pero...

—Nada de peros, no quiero que enfermes.

Cuando iba a replicar de nuevo, mi móvil nos interrumpió. Lo saqué de mi abrigo y, extrañada, le hice saber a Gavin:

—Es Jaime..., ¿qué querrá ahora? —Y, acto seguido, descolgué—: Dime, Jaime... Sí, claro que aún estamos aquí... ¿Cómo que Josué no sube?... ¿Cuándo?... Ya..., ahora se lo digo. Te llamo cuando llegemos a Vilaflor —y colgué.

Gavin me miró extrañado:

—¿Vilaflor?

—Cambio de planes. Josué irá a nuestro encuentro en Vilaflor. El niño que se extravió ayer en el pueblo..., dice que han encontrado su chaqueta cerca del barranco de la Magdalena y Jaime quiere que lo cubramos. Como estamos cerca de Vilaflor, dice que si podemos acercarnos, que es de más interés informativo que nuestro estúpido reportaje.

—Vaya, no pinta bien. Espero que no se haya despeñado por el barranco.

—Yo también lo espero. Me enteraré de más en cuanto bajemos. Lo siento, Gavin, será mejor que vayamos bajando.

—No importa, eso es más importante que nuestro reportaje. Es la primera vez que estoy de acuerdo en algo con Jaime.

—Opino igual.

Bajamos hasta el parador y, después de recoger nuestras cosas, nos metimos en el coche. Advertí que Gavin iba a recurrir al navegador, por lo que anuncié:

—No es necesario, conozco el camino. Estamos apenas a veinte kilómetros del pueblo, yo te guiaré.

—Me fiaré de ti, entonces.

Me sonrió y, cuando ya estaba a punto de arrancar, saltó una especie de alarma en el panel de instrumentos.

—Vaya, una alerta —dijo extrañado, y abrió la aplicación.

Era sobre el tiempo (cómo no, si estaba con el hombre de los pronósticos). Vislumbré un mapa con sus isobaras y sus tecnicismos, pero no entendí apenas nada. Gavin era el experto en el tema y, por lo visto, siempre estaba al tanto en tiempo real.

—¿Ocurre algo?

—Un cambio de presión... Joder, se esperan chubascos fuertes e incluso alguna tormenta como consecuencia de la DANA.

—¿La DANA?

—«Depresión Aislada en Niveles Altos» de la atmósfera, o sea, en zonas montañosas, y... ¿dónde estamos?

—En el Teide, de camino al pueblo más alto de Tenerife —resoplé.

—Espero que encuentren al niño antes de que el tiempo empeore, tienen que hacerlo.

»Y nosotros tenemos que intentar irnos antes de que llegue lo peor, o podríamos quedarnos atrapados en Vilaflor, ¿de acuerdo?

—Por favor, date prisa.

Gavin arrancó el coche y nos pusimos en camino. Después de aparcar, nos dirigimos al consistorio municipal, donde nos identificamos, y las autoridades nos pusieron al corriente de todos los datos que tenían hasta el momento del suceso.

Él siguió toda la explicación, al igual que yo.

—Resumiendo, por temor a represalias por hacer novillos, los compañeros no dijeron nada ayer de que lo habían perdido en el monte hasta después de comer —puntualizó Gavin.

—Así es, los vecinos se organizaron y salieron en su busca, pero como no lo encontraron, nos llamaron a nosotros. De momento, seguimos buscando —nos relataba un policía local de la zona.

—Pues el tiempo va a empeorar, así que deben darse toda la prisa que puedan. Podría sufrir algún daño en el monte porque las temperaturas van a bajar considerablemente, y el tiempo empeorará.

—Hacemos lo que podemos. Aparte de mis compañeros, dos policías locales de Vilaflor, se nos han unido los de Guía de Isora y los de La Orotava, y también vienen en camino efectivos de la Cruz Roja. Estamos preparando una tercera batida por el monte.

—Pobre chico... ¿En qué podemos ayudar?

—Ya que son periodistas, no dejen de difundir su foto y demás. Quizá un excursionista o alguien haya podido ver en algún momento algo que nos dé alguna pista.

—Descuide, nuestra cámara viene de camino. Aparte de sacarlo de forma especial en la tele local, subiremos toda la información a nuestra página web, lo difundiremos todo lo que podamos.

—Salvamento Regional también se ha unido a la búsqueda, y los perros de rastreo ya están trabajando en la zona del barranco.

Josué no tardó en llegar. Jaime se encargó de hacer un especial

informativo y de darnos conexión en directo, y yo informé enseguida para la cadena, sin eludir el más mínimo detalle que ayudara a encontrar al niño: cómo iba vestido por si alguien lo había visto, etcétera. Posteriormente nos tomamos unas bebidas calientes en medio del dispositivo que se había activado para la búsqueda. Hablé con la madre de Echedey, el chiquillo desaparecido, intentando consolarla en medio de un mar de lágrimas y desesperación.

—Siempre ha sido muy travieso, no es la primera vez que hace novillos. Debería haber sido más dura con él, imponerle un castigo más severo.

—No se torture, ser padres no debe de ser tarea fácil, supongo que uno no sabe cómo acertar a veces con los hijos.

—Será mejor que nos vayamos marchando, el tiempo empeora —me sugirió Gavin.

La impotencia se apoderó de mí de tal modo al ver la desesperación de aquella madre que no pude evitar decirle:

—No puedo marcharme, Gavin.

—Podemos hablar en privado, ¿por favor?

—Claro.

Y nos alejamos del grupo de voluntarios.

—Te has dejado involucrar emocionalmente, ¿verdad?

—¿Y qué si es así? —le recriminé.

—Acabo de verlo en el móvil: van a activar la alerta amarilla por fuertes vientos a partir de la medianoche.

—Lluvias, bajan las temperaturas y ahora esto... —Me quedé pensativa un rato y luego decidí—: Pienso quedarme igualmente.

—Y ¿correr el riesgo de quedarte atrapada aquí? ¿Y si eso te impide llegar a tiempo al trabajo mañana?

—Me da igual.

—Pues será mejor que informes a Jaime de tu decisión, y de paso le dices que yo también me quedo.

—Vete, yo puedo bajar en guagua cuando todo esto termine.

—No, pienso quedarme contigo. Si tú te quedas, yo también.

Le sonreí agradeciéndole su gesto. Justo en ese momento, Josué se acercó

curioso y nos preguntó:

—¿De qué habláis?

—De que hemos decidido quedarnos y ayudar en lo que podamos.

—Pues yo también me quedo —anunció—. Yeray puede hacerse cargo de la cámara del plató mañana si no podemos salir a tiempo, y la nueva becaria tiene nociones de realización, se apañarán sin mí.

—Quiero unirme a la batida —indiqué más que decidida.

—Rotundamente, no —replicó Gavin—. El tiempo va a empeorar, y ni siquiera llevas calzado apropiado para arriesgarte por esos barrancos. Una cosa es quedarte y otra muy distinta es...

Pero lo interrumpí:

—Entiéndelo, no puedo quedarme de brazos cruzados... No te ofendas, pero no tienes derecho a prohibirme nada, acostarte conmigo no te da esa potestad, no te confundas —solté impulsivamente, demasiado tarde para arrepentirme después de ver la cara de Josué. Sí, lo había dicho delante de él.

—Me importas y no quiero que te pase nada... ¿Es tan horrorosa esa idea para ti? Así que sólo nos acostamos, ¿eh?

—No es eso, no intentes liarme y... confundirme, Gavin. No es momento para eso.

—¿Queréis dejar la discusión de enamorados? Yo me uno a la batida: acompañaré a Candy y velaré por su seguridad, no te preocupes, Gavin —intervino Josué.

—¿Quién ha dicho que estemos enamorados? —inquirí, y ni siquiera el frío pudo evitar que el rubor subiese a mis mejillas—. Como digas algo sobre esto en la cadena, te capo, ¿te queda claro, Josué?

—Como el agua de Teror.[8]

—Vaya par... Entonces no me dejáis otra opción: me uno yo también a la batida —decidió finalmente Gavin.

—Voy a decírselo a los agentes —anuncié mientras echaba a andar en dirección al ayuntamiento.

Cuando regresé, Gavin no le quitaba ojo a mi nueva indumentaria, aguantándose la risa. Me habían prestado unas botas y, aunque eran las más pequeñas que tenían, me iban grandes, pues únicamente disponían de equipos

reglamentarios para hombres. Me vi obligada incluso a ponerme tres pares de calcetines para que no se me salieran de los pies, y hasta el chubasquero me quedaba por debajo de las rodillas. Pude apreciar mientras me acercaba que a ellos también les habían facilitado un atuendo más apropiado.

—Estás arrebatadora..., y las botas también te van grandes, ¿no es cierto? —se burló.

—¿Qué importa? El grupo en el que nos han incluido para la próxima batida está trazando el nuevo plan de búsqueda mientras revisan la cartografía del barranco. Dicen que saldremos dentro de unos veinte minutos.

—Está bien, esperaremos entonces, Dora la Exploradora —me asestó Gavin riendo.

—No lograrás picarme. Me importa más que el niño aparezca sano y salvo que las pintas que yo pueda tener en estos momentos.

—Ahora soy un insensible...

—Pues sí, un poco, la verdad.

—Fue a hablar la propensa a mostrar sus verdaderos sentimientos, ¿te lo recuerdo?

—Chicos..., ¿queréis dejarlo ya? Parecéis un matrimonio que llevan veinte años casados. No os aguanto —nos increpó Josué.

—Mira por dónde, ésa es una de las razones por las que nunca me casaré: terminar discutiendo por todo, o, en su defecto, que mi marido me deje por una turista nórdica más joven, como hizo mi padre... Si es que sois todos iguales —escupí sin remordimiento alguno.

—Gracias, tu forma de pensar es muy alentadora. Después de que he decidido quedarme aquí nada más que por ti, me lo agradeces de este modo... —me recriminó Gavin.

No pude contenerme y, pecando de impulsiva, le recriminé:

—Yo, al menos, soy sincera, no voy engatusando por ahí a las mujeres, enamorándolas y diciéndoles que vas a hacer que recuperen la fe en los hombres cuando tienes ya decidido regresar a Norteamérica.

—Ah..., se trata de eso. Y te duele, por lo que veo... Así pues, te importo, o no te afectaría mi marcha..., reconócelo.

—Ésa no es la cuestión.

—¿No? Tú siempre yéndote por las ramas... Y ¿cuál es entonces? Si reconocieras que sientes algo más por mí que una simple atracción, eso cambiaría mucho las cosas...

—¿Sí? ¿Como qué? ¿Qué es lo que cambiaría? ¿Que te quedarías? ¿Que no venderías el patrimonio de tu familia a unos extraños? ¿Que esas bodegas, tan arraigadas en esta isla y que han supuesto un gran renombre para Tenerife, acabarían en manos de unos chinos o unos holandeses que no sabrían administrarlas como se merecen? ¿O que cerrarían para siempre? ¿Que arrancarían las viñas para plantar otra cosa, o incluso que construirían un nuevo hotel?... Tú seguirás con tu vida igualmente, a ti no te importa nada.

—Yo no he dicho eso... Ni siquiera sabía que te importara tanto lo que voy a hacer con el patrimonio de mis abuelos... —replicó, aunque la verdad es que yo me refería a mucho más que a su herencia: a mí, por ejemplo.

Josué seguía la conversación perplejo, hasta que no pudo más.

—Basta, parejita, os está oyendo toda la comandancia municipal. ¿Por qué no lo dejáis mejor para otro momento? Luego me explicas qué es eso de que eres dueño de unas bodegas tinerfeñas.

—Tienes razón, disculpa —se excusó Gavin—, pero es tan terca y tozuda... Está bien, lo siento, Candy.

—Es cierto, nos estamos comportando como unos completos inmaduros, no es lugar ni momento, yo también lo siento.

Nos quedamos en silencio unos instantes. Gavin fue el primero en romperlo con un cambio de tema, que era más que necesario. Estábamos allí para arrimar el hombro y no para reprocharnos nada que no venía a cuento en aquellos delicados momentos.

—Echedey se llama el niño, ¿no? —me preguntó.

—Sí.

—Me gusta, es un nombre de esos tradicionales de aquí, ¿verdad? Mira que los he oído raros.

Entonces decidí seguirle la corriente mientras esperábamos.

—Sí, es de los antiguos aborígenes que poblaron estas islas, los guanches. Es parte de nuestro patrimonio histórico y una tradición que perpetúa mucha gente en Canarias: poner nombre guanche a sus hijos. Lo mejor es que cada

uno tiene su historia y su significado.

—¿Ahora vais a hablar de los guanches mientras esperamos?... Bueno, me parece mejor eso a que discutáis —indicó Josué.

—Y ¿qué historia tiene el nombre de Echedey? ¿La sabes? —me preguntó Gavin.

—Bueno, sé que proviene de la isla de La Palma. En este caso, fue un rey guanche, el señor de uno de los doce cantones en los que estaba dividida por aquel entonces la isla a la llegada de los hispanos, Tihuya o Chedey. Éste se extendía desde el valle de Aridane, como se conoce ahora a Mayantigo, hasta la montaña de Tamanca, pero según a qué historiador recurras la versión puede variar ligeramente.

—Fascinante. ¿Y tú? Ya sé que no piensas casarte y todo eso, pero en el hipotético caso que tuvieses descendencia, ¿alguna vez has especulado con alguno de esos nombres para ponerles a tus hijos?

—Cuando era más pequeña, sí, como todas las niñas de mi edad..., hace mucho de eso.

—Y ¿cuál fue el elegido?

—Está bien, te lo diré: Mencey.

—Bonito. ¿Cuál es su historia y por qué elegiste ése precisamente?

—Mencey significaba «rey grande» en la época de la invasión castellana. Ser un *mencey* era ser un rey, no era el nombre de uno en concreto. Como el *mencey* de Tacoronte, el *mencey* de Tegueste y tantos otros.

—El rey de los guanches.

—Algo así. Lo elegí para que le diese suerte en la vida a mi hipotético hijo, para que destacase en algo importante, como un rey, un *mencey*. Me gustó por ese motivo.

—Quizá llegues a utilizarlo algún día, quién sabe.

—No creo, puede que lo reserve para alguna mascota en el futuro si acaso.

Gavin se echó a reír. Justo en ese momento nos avisaban de que el grupo que nos habían asignado para la batida estaba a punto de partir.

Nos facilitaron linternas para cuando oscureciera y una especie de palos para, según fuésemos caminando, ir asegurando el terreno donde pisábamos.

Luego nos dividimos en parejas, a cada una de las cuales se le adjudicó un agente de policía, de la Cruz Roja o de salvamento para evitar que nos perdiésemos o cualquier otro incidente. Nuestro grupo se componía de vecinos del pueblo, familiares del niño y fuerzas del orden y salvamento.

Mi subgrupo lo componía Gavin, un agente de salvamento experto en la zona llamado Álex y yo. A Josué, lamentablemente, lo habían destinado a otro grupo.

Al llegar al punto del barranco de la Magdalena, donde se había encontrado la chaqueta del niño, nos separamos, gritando continuamente el nombre de Echedey por si el niño estuviera consciente y nos oyera.

—Tenéis que imaginaros siendo él, dónde os refugiarías si no encontrarais el camino de vuelta a casa. Esperemos que no esté herido —nos indicó el agente.

—Ya, pero aquí no hay muchos sitios donde refugiarse.

—Es cierto —convino Gavin.

—Bueno..., vosotros estad atentos, por si veis algo por el camino.

—Está bien.

Seguimos el cauce del río durante más de hora y media, desgraciadamente, sin resultados. Estábamos agotados y el desaliento comenzaba a hacer mella en nosotros. Y, para colmo, Gavin se pasaba de protector conmigo la mayor parte del tiempo, como en aquel momento, en el que se detuvo posando sus manos sobre mis hombros y me obligó a detenerme también.

—Aunque intentes esconderlo, sé que estás exhausta. Anda, descansa un poco..., por favor.

—Estoy bien —dije con terquedad.

—Sabes que no es cierto.

—Álex, ¿hacemos un receso? El caballero está preocupado por mí —declaré utilizando mi cinismo.

—A veces te odio —replicó Gavin al percibir mi tono de burla.

—Lo sé, y no sabes cómo lo disfruto —le espeté sacándole la lengua.

—Perdona, Candelaria, pero Gavin tiene razón: es una buena idea, descansemos un poco —decidió finalmente Álex.

Él estaba al mando del grupo, así que no me quedó más remedio, y los tres nos sentamos en un tronco viejo, lo mejor y también lo único que encontramos.

—¿Qué hay al norte? —preguntó Gavin.

—Barrancos, pinos, alguna plantación... y más de lo mismo —respondió Álex.

Gavin me miró y percibió la frustración de mi rostro al no querer abandonar.

—¿Probamos por ahí? Sé que deberíamos regresar, pero estoy seguro de que Candela, con su tozudez, no querrá, y a mí tampoco me apetece tirar la toalla todavía.

—Nos saldríamos de nuestro cuadrante, no deberíamos, pero... —Álex vaciló.

—¿Quién se va a enterar? Confiesa, tienes las mismas ganas de que el niño aparezca sano y salvo que todos nosotros, y el tiempo cuenta... —secundé la idea.

—El tiempo cuenta, sí. Bueno, si seguimos como hasta ahora, sin novedades, regresaremos dentro de una hora, ¿hay trato? —preguntó Álex.

—Vale —asentí.

—Pues no perdamos más tiempo entonces. Conozco la zona, así que... —dijo levantándose, y nosotros lo seguimos sin rechistar y nos pusimos rumbo norte saliéndonos de la ruta pactada por el dispositivo oficial de búsqueda.

Anduvimos y anduvimos durante dos horas, una más de lo pactado con Álex. Yo estaba agotada, los tres lo estábamos, de hecho. Me dolían tanto los pies y las piernas que en un momento dado hasta dejé de sentirlas. Gavin insistía en volver y seguía echándome el sermón: que si ya había hecho bastante, que él continuaría, pero que yo me fuese a descansar. No dejaba de insistir, pero yo me negaba. Para mí era prioritario encontrar a Echedey, y no me importaba destrozarme los pies o sufrir unas meras agujetas posteriormente. No tuve más remedio que recurrir al soborno, y en un tramo de nuestro camino, cuando Álex no nos oía, le propuse:

—Si me das una hora más y no encontramos al niño ni ninguna pista, prometo regresar y hacer para ti un estriptis que jamás olvidarás..., cuando tú

quieras.

—Tentador...

—Y si lo encontramos, tú me harás un estriptis a mí.

—Trato hecho —acordó dedicándome una mirada pícar—. No me preocupa, soy muy buen bailarín.

La noche se nos había echado encima y, para colmo, las temperaturas habían experimentado un descenso sustancial. Incluso apreciamos cencellada en los pinos, y a Álex no hacían más que ordenarle por radio que regresáramos. Yo estaba más abatida por no encontrar al chico que por el cansancio, pero, cuando el desánimo y el desaliento casi se habían apoderado ya de nosotros, avisté algo que llamó mi atención a apenas unos metros de donde nos encontrábamos, en medio de la nada. Habíamos dejado atrás la arboleda y caminábamos sobre un terreno lleno de piedras y tierra cubierta por la helada.

—¿Eso es un montón de piedras apiladas o es otra cosa? ¿Qué demonios es?... —pregunté.

—Parece un cuarto apero[9] abandonado —me respondió Álex, y la curiosidad de Gavin lo obligó a mirar en la misma dirección.

Sin decir nada, me limité a apurar el paso hacia allí. Ellos decidieron seguirme también. Cuando estuve lo suficientemente cerca, comprobé por mí misma que sí se trataba de un viejo y abandonado cuarto apero, y, al llegar a la entrada, Álex me advirtió:

—Ten cuidado, parece que está en ruinas, alguna parte podría derrumbarse.

Lo ignoré y entonces lo vi. El niño estaba encogido, hecho un ovillo en un rincón, pero permanecía inmóvil.

—¡Echedey! ¡Echedey! —comencé a gritar—. ¡Abre los ojos si me oyes! ¡Tienes que estar vivo!

El chiquillo levantó entonces la cabecita y la vista hacia mí confundido.

—Creo que me he roto la pierna —musitó apenas tocándose la derecha.

Comencé a gritar loca de contenta:

—¡Está vivo, está vivo...! ¡Lo hemos encontrado!

»¿Puedes salir por tu propio pie? —le pregunté.

—No creo.

—Yo te ayudaré, apóyate en mí —le pidió Álex al tiempo que se quitaba su abrigo y envolvía con él al niño.

Todo el cansancio desapareció por un momento. Mientras el agente se hacía cargo de Echedey, me volví hacia Gavin y le planté un beso como el que nunca había dado a nadie. Me llené de energía y, cuando me separé de él, Gavin balbuceó sorprendido:

—Creo que Jaime ha tenido la mejor idea de su vida enviándonos al Teide hoy.

—¿Por encontrar a Echedey?

—Y por este beso también. Pero, espera, me ha sabido a poco, mejor será repetir.

A continuación, me rodeó con sus brazos y, sin duda, el segundo fue mejor que el primero.

—Lo hemos encontrado, contra todo pronóstico.

—Y qué bien sienta, ¿a que sí?

Álex nos ignoró aposta mientras se hacía cargo de Echedey, dándonos por un caso perdido mientras nos besábamos.

—No quiero irme a casa —declaró el chico en cuanto Álex llegó hasta él, algo que llamó tanto nuestra atención que hasta dejamos nuestras carantoñas y nos concentramos de nuevo en él.

—¿Qué locura es ésta? ¿Prefieres morir aquí? —le preguntó Álex.

—Ten cuidado con los escombros... pero ¿qué dices, insensato? —le exigió Gavin.

Sin embargo, otra pregunta más concreta rondaba por mi cabeza, así que abandoné sus brazos y me dirigí al niño.

—¿Por qué no quieres ir a casa, Echedey? —le pregunté arrodillándome delante de él.

—Porque hice novillos y luego... se hizo tan tarde... que me perdí... Mi madre me matará.

—¿Eso es lo que te preocupa? Tu madre te comerá a besos cuando vea con sus propios ojos que estás bien, te lo garantizo.

—No, me matará. Me advirtió de que a la próxima me dejaría sin consola

y sin móvil hasta que tuviese la edad adecuada para irme de casa, y esta vez la he hecho gorda. Nunca había pasado una noche fuera de casa, pero estaba cansado, me duele mucho la pierna y no encontraba el camino de vuelta.

—Te prometo que hablaré con ella y conseguiré que suavice su castigo, te lo garantizo, pero tienes que salir de ahí.

—Estoy acabado —resopló.

Su comentario despertó en mí una gran ternura y me hizo tanta gracia que repliqué:

—Y yo que pensaba que no existía nadie más dramático que yo...

Mientras hablaba con el chico, Álex aprovechaba para informar por radio:

—Lo hemos encontrado, rebasando el barranco de la Magdalena al norte, casi llegando al de Mesa, te mando las coordenadas. Tiene hipotermia y puede que una pierna rota, no tardéis.

Mientras esperábamos a los efectivos, que se demoraron más de la cuenta a causa del difícil acceso, yo intentaba tranquilizar a Echedey y convencerlo de que su madre no iba a matarlo. Pensar que todo había sido por una travesura, y el miedo que éste sentía de las represalias de su madre como para llegar a arriesgarse a morir de frío...

Al llegar al pueblo nos trataron casi como a unos auténticos héroes, incluso Josué. No obstante, yo ya tenía mi premio: que el niño regresara sano y salvo con su familia, y sólo anhelaba una ducha caliente y un colchón cómodo en el que descansar.

En cuanto el ambiente se calmó un poco, Josué se dirigió a nosotros.

—Después de las buenas nuevas..., ¿estáis preparados para oír las malas?

—¿Qué pasa?

—Que las carreteras de vuelta al sur están cortadas por la alerta, como ya pronosticó Gavin. No podemos volver a casa esta noche, todas las carreteras con acceso a Vilaflor y al Teide están cortadas al tráfico por la nevada.

—Bueno, antes de la batida nos ofrecieron quedarnos en el albergue, así que por mí no hay problema. O eso, o dormir en mi coche, lo que queráis —intervino Gavin.

—Vayamos al albergue, necesito quitarme estas botas y los tropecientos calcetines que llevo dentro de ellas, por favor —les pedí.

—Verás Jaime mañana..., uf... —dejó caer Josué.

—Ahora mismo en lo único que pienso es en descansar. Además, estoy tan contenta porque todo haya acabado bien que Jaime me importa un pepino.

—Me gusta esa actitud —dijo Gavin mostrando una gran sonrisa.

—Y a mí me gustas tú; gracias por unirme a la batida. Sin ti y sin los ánimos que me has dado durante todo el camino no lo habríamos conseguido.

—No digas tonterías, la culpable de todo ha sido tu terquedad. Ahora vayamos a descansar.

Asentí y nos dirigimos al albergue, pero, al parecer, no se habían acabado las sorpresas. A nuestra llegada, el encargado tenía otros planes para nosotros.

—Sois del grupo de batida que encontró al niño, ¿verdad?

—Sí.

—Lo siento, pero aquí no podéis quedaros. Órdenes del alcalde.

Los tres nos quedamos perplejos y Gavin se adelantó a pedirle explicaciones.

—Pero ¿qué dices? Y ¿dónde demonios vamos a pasar la noche?

—Pues... en el hotel Villalba, el mejor de Vilaflor, por cortesía del alcalde. Después de vuestra hazaña, no pensaríais que el alcalde os iba a dejar dormir en el albergue, ¿no? Aquí no os quedáis ni de broma. Me recalco bien que cuando llegerais os llevara yo mismo al hotel —dijo cogiendo unas llaves y saliendo del albergue—. Mi coche está ahí mismo, ¿vamos?

—Pero ¿qué...?

—Me ha pedido que me disculpe con vosotros, supone que estáis agotados y no quiere molestaros. Creo que para mañana os tiene preparada una recepción de honor en su propia casa.

Yo estaba tan sorprendida como Gavin y Josué, tanto, que solté:

—¿Qué pasa? ¿Hemos salvado al hijo de alguien importante y no nos hemos enterado?

Todos se echaron a reír.

—De verdad, sólo necesitamos una ducha y una cama —insistió Gavin.

—Ah, no, si no cumplo el encargo del alcalde, es capaz de cualquier cosa, yo paso de meterme en líos.

—Pues nada, al hotel entonces, no queremos buscarte problemas — bromeó Josué.

El hotel estaba a menos de un kilómetro del centro del pueblo, y cuando el encargado del albergue se despidió y nos dejó allí, la chica de relaciones públicas del centro se ocupó de nosotros —¡sí que éramos importantes!— y nos acompañó hasta nuestras respectivas habitaciones.

Josué me iba dando golpecitos con un dedo durante todo el camino mientras susurraba:

—Es de cuatro estrellas, de cuatro estrellas...

—Ay, que ya lo sé, Josué, ¡para de una vez!

La empleada que nos acompañaba lo oyó y le aclaró:

—Señor... —¿había llamado «señor» a Josué? Me dio un ataque de risa mientras la chica proseguía—, están a régimen de pensión completa. También tienen acceso al *spa*, el baño turco y bañera de hidromasaje. El alcalde me ha pedido que les dé las mejores habitaciones. Ah, se me olvidaba, si desean prolongar su estancia en vez de irse mañana, también tienen un solárium y jardines, por si les apetece disfrutarlos. Mientras estén aquí son ustedes clientes VIP y los atenderé en todo lo que deseen. Dentro de veinte minutos la camarera de noche les subirá la cena; aunque la cocina ya está cerrada algo podremos apanar, espero que sea de su agrado. El consistorio corre con todos los gastos, así que no se preocupen por nada.

Llegamos a la primera planta y nos dio nuestras respectivas llaves, una habitación independiente para cada uno. Gavin me miró entonces con cierto fastidio, algo que me hizo mucha gracia y no pude evitar esconder.

La chica se despidió y desapareció escaleras abajo. Posteriormente nos pusimos a curiosear las habitaciones saltando de una a otra, como si de una excursión de fin de curso se tratara. Las instalaciones eran soberbias, así como las estancias, y les sugerí que cenásemos los tres en mi habitación. No obstante, Josué andaba con su mono de malos humos y estaba desesperado por buscar un rincón aislado donde acabar con su ansiedad, y Gavin dijo que necesitaba más una ducha caliente que matar el hambre. Aun así, no entraba en mis planes dejarlo escapar tan fácilmente, por lo que en la puerta de mi habitación les di las buenas noches a ambos del siguiente modo:

—Josué, por favor te lo pido, no vayas a provocar ahora un incendio y de héroes pasemos a delincuentes por tu culpa. Y tú, Gavin...

—Dime.

—Te espero en mi habitación dentro de media hora, más te vale que no tardes —dije intentando poner un tono autoritario con semblante militar, aunque al final se me escapó una sonrisa.

Josué estalló en carcajadas, mientras que a Gavin se le iluminaron los ojos y manifestó queriendo seguirme el juego:

—A mandar, jefa.

Lo obsequié con una mirada cómplice y cerré la puerta de mi habitación a mi espalda mientras pensaba acerca de todo lo sucedido. No sabía cómo todavía tenía energías después de lo vivido para pedirle a Gavin que viniese a mi habitación, y cómo no dejaba de fantasear y de ambicionar que hiciera lo que quisiera conmigo en aquella maravillosa habitación de hotel. Sin embargo, me pareció la guinda perfecta para acabar de celebrar la manera en que había terminado el día. Las mariposas no dejaban de revolotear en mi estómago y, lo admito, también bastante más abajo; era una sensación de estar viva y eufórica y, al mismo tiempo, también muy cachonda. Me duché deprisa por si le daba por aparecer antes de tiempo. Tenía que estar preparada, porque ansiosa ya lo estaba.

Eché de menos tener a mano lencería sexi y sugerente, o incluso ropa limpia, pero estaba claro que ni aun siendo la segunda noche no iba a poder prepararme como me habría gustado; la primera noche, por la serpiente, y ésta, por quedarnos aislados por mi insistencia en meterme en líos. Menos mal que siempre llevaba algún tanga de repuesto encima por precaución. En mi bolso se podía encontrar de todo menos herramientas..., o quizá también, ahora no estoy del todo segura...

PARTE METEOROLÓGICO 7

ENCIENDO LA NOCHE, ALARGO LOS DÍAS

Me disponía a secarme el pelo, aún enrollado en una toalla, mientras pensaba que no tenía nada de ropa limpia, y apenas tuve tiempo de tirar de mi ingenio, porque llamaban a mi puerta y, aunque supuse que sería él, también podía ser el servicio de habitaciones con la cena, a pesar de que ni siquiera había pasado un cuarto de hora. Así que fui a abrir con tan sólo un tanga bajo la toalla del hotel y lo vi esperando totalmente vestido y con el móvil en la mano. Y justo en ese momento, apareció en el pasillo la camarera que nos servía la cena. Nos la dejó en la habitación y se marchó.

—Llegas antes de tiempo, te he dicho media hora, y... ¿vas vestido?

—Bueno, Candela... —comenzó a decir rascándose la nuca—, de mi habitación a la tuya tengo que pasar por una zona común, y, por si no te has dado cuenta, hay más clientes aparte de nosotros en el hotel. No sería apropiado cruzar el pasillo desnudo, pero si eso te pone... —añadió en un tono de perversión.

—Tienes razón, perdona, y, no, no me van los escándalos públicos, descuida —bromeé y, acto seguido, le pedí—: Pasa.

—Me he duchado, por si eso te preocupa, pero como comprenderás no tenía otra ropa... —dijo llegando hasta el centro de mi habitación—. Estás

muy sexi con el pelo mojado, te queda muy bien, y el detalle de que vayas sólo con la toalla..., uf, morena.

—No tenía nada que ponerme más que la ropa sucia, y has llegado antes de lo previsto.

—Pues no sabes cómo me alegro de haberlo hecho —me dijo después de darme un repaso.

—Esto... —dejé caer al percatarme de cómo me miraba—, tengo hambre.

—Cenamos primero, no hay problema —replicó mirándome como si yo fuese la comida.

A pesar de estar exhaustos, terminamos cenando sobre mi cama, hablando de todo lo ocurrido. La verdad es que personalmente aún no había asimilado que hubiésemos encontrado a Echedey, y hablar del tema ayudaba a que mi loca cabecita por fin encajara que había ocurrido realmente.

Terminamos de cenar y Gavin se quedó observándome de aquel modo que comenzaba a disparar mis pulsaciones, y no sólo de mi pecho.

—¿Qué?

—No sabes cómo me alegro de haberme quedado y haber terminar en esta habitación contigo —concentró su mirada en mí y puso su mano sobre la mía y, acto seguido, comenzó a jugar con el maldito móvil.

Me pregunté qué demonios estaba haciendo, por qué no se lanzaba sobre mí después de soltar semejante frase y de haber hecho que me subiera la temperatura. Entonces me preguntó mientras continuaba jugueteando con el teléfono:

—¿Conoces a Bruno Mars? ¿Te gusta?

—Claro, no está mal.

Entonces puso una de sus canciones en el móvil mientras yo lo miraba confundida sin saber qué se proponía.

—¿Te suena la canción? Te debo un estriptis..., ¿recuerdas?

—¿Qué? No es necesario, en serio, no lo dije en serio.

—Un trato es un trato, y soy un hombre de palabra —sentenció mientras se desabrochaba la camisa y comenzaba a contonear sus caderas al ritmo de la música que salía de su móvil.

Me tapé la cara incrédula y ruborizada.

—¿De verdad vas a hacerlo?

No contestó. En vez de eso, comenzó a tararear la canción mientras seguía en su papel de estríper para mí. Se quitó la camisa y, tras lanzármela literalmente a la cara, hizo una pirueta que me resultó familiar.

—He visto el vídeo de esta canción más de una vez. Te lo advierto por si intentas calcar la coreografía de Bruno, para que no quedes en evidencia...

—Ya te dije que soy un gran bailarín, igual la que se sorprende eres tú.

—¿Tú no sabes que la modestia puede llevarte muy lejos? —bromeé—. ¿Nunca has oído ese consejo?

La seguridad de Gavin no tenía límites, estaba claro, y la verdad es que lo estaba haciendo de vicio, contoneándose con esas miradas... Uf, sospechaba que iba a necesitar una segunda ducha, pero esta vez muy fría.

—Oigo muchos consejos, pero me gusta seguir los míos propios —me asestó mientras se desabrochaba los pantalones sin dejar de contonearse para mí al tiempo que canturreaba la letra de *Uptown Funk*:

Soy muy caliente, llama a la policía y a los bomberos.

Soy muy caliente, di mi nombre, tú ya sabes quién soy...

—Esto se pone interesante —comenté acercándome a él.

Pero Gavin me detuvo.

—Eh, ¿adónde crees que vas? —me recriminó alejándose de mí y dejando que corriese el aire entre ambos. Él seguía bailando de aquella forma tan provocativa y caliente, parecía todo un profesional—. No, no, chica mala, se mira, pero no se toca, al menos de momento, un respeto, que estoy actuando.

—¿Respeto? Yo estaba pensando en todo menos en respetarte ahora mismo —bromeé mordiéndome las uñas incluso mientras lo contemplaba, a punto de perseguirlo por toda habitación.

—No se toca el género, nena, olvídale.

Gavin continuaba a lo suyo mientras yo me impacientaba cada vez más.

El colmo fue cuando se llevó un dedo a la boca, se lo chupó intentando provocarme descaradamente y luego lo deslizó por su torso hasta detenerlo en

su cadera. A continuación, se tocó el cuerpo con él e hizo «chsss», como si quemase. Y yo estallé en carcajadas.

Entonces paró de bailar. Llevaba tan sólo los pantalones desabrochados por la cadera y por encima asomaba una pizca de vello púbico. Sospeché que no llevaba ropa interior. Acto seguido, se cruzó de brazos y me preguntó:

—¿Es bochorno lo que sube a tus mejillas de lo mal que lo he hecho o es que estás ardiendo por mí?

—¿Tú qué crees? —le pregunté sin poder parar de reírme.

—Está bien, pongámonos serios entonces —me anunció con severidad caminando hacia mí.

¿Se había ofendido tal vez porque no le había aplaudido?

—Quítate la toalla —me pidió de forma imperativa con una expresión rígida que me dio miedo, pero también morbo.

Entre el calentón y la adrenalina, que se me había disparado, sentí curiosidad por esa nueva faceta suya que desconocía. Nunca lo había visto comportarse así, y decidí aventurarme.

Tiré la toalla al suelo y la mirada de Gavin se tornó más obscena aún si cabía. A continuación, caminó a mi alrededor acariciando mi clavícula y lo perdí de vista cuando se situó detrás de mí. Desde ahí, me levantó en volandas y me tocó y me acarició los brazos, el torso y los pechos. Sentí su erección pegada a mi trasero y posteriormente su exaltada respiración en mi oreja, así como toda su excitación.

—No te muevas —me exigió, y su mano bajó a mi entrepierna.

Con la otra giró mi mandíbula y paseó sus labios por mi mejilla hasta perderse en mi pelo mojado. Parecía que estuviésemos practicando un baile lento de lo más sensual, y sexual, por supuesto.

El misterio cada vez despertaba más mi morbo, porque no sabía qué se proponía hacer conmigo.

Me costaba permanecer inmóvil, sobre todo cuando su mano no dejaba de jugar en mi entrepierna por debajo de mi tanga. Me había humedecido, cómo no, y Gavin continuaba a lo suyo mientras mordisqueaba mis hombros y luego los besaba. Era un dolor leve y excitante que después mitigaba con sus labios, como si fuese una especie de bálsamo.

Recogió mi toalla del suelo y, cogiéndome de la mano, me pidió:

—Ven.

Y nos acercamos la cama.

—Acuéstate boca arriba, como más cómoda te encuentres.

Obedecí y me tumbé con las almohadas bajo mi cabeza mientras Gavin se arrodillaba entre mis piernas y me contemplaba.

—Eres deliciosa. Ojalá pudiese tenerte para mí de este modo, desnuda... y rendida ante mí, hasta el fin de los días.

El corazón se me desbocó. Necesitaba creérmelo, creer en él, y así lo hice.

—Estira los brazos —volvió a pedirme. A continuación, colocó todas las almohadas bajo mi espalda para incorporarme un poco—. Lo siento, pero quiero esos maravillosos pezones apuntándome a la cara —declaró, y me dio un beso menos exigente de lo que yo demandaba, pero igual de persuasivo. Uf...

Se cebó primero con uno, intentando engullirlo por completo, y le dio el mismo tratamiento al otro, succionándolo, mimándolo, mientras yo comenzaba a gemir como una loca.

—Me resulta imposible tener piedad con tus pechos, me es imposible hacerlo —pronunció asediándolos de nuevo.

Cerré los ojos excitada. Él siguió mordiéndolos suavemente, los besó y luego regresó a mi boca. Su lengua peleó de forma primitiva con la mía, con urgencia, de un modo excitante y tan emocionante como la primera vez, mientras introducía los dedos bajo mi tanga. A continuación, me friccionó suavemente el clítoris y estimuló mis paredes interiores al tiempo que yo comenzaba a retorcerme pidiendo más con todo mi cuerpo. No obstante, él no parecía estar por la labor de subir la intensidad de sus caricias, mientras yo me retorcí entre gemidos y quejidos.

—El morbo que provoca en mí verte tan ansiosa casi supera las ganas que siento de follarte inmediatamente.

Se me escapó un ruidoso gemido al oír sus palabras por el tono obsceno y la mirada lasciva con que las había pronunciado.

Aun así, protesté:

—Gavin, Gavin... —gimoteé.

Protesté mientras intentaba atraer su pelvis hacia la mía, pero él se negaba poniendo resistencia.

—Aún no, mi dulce arpía.

—No me tortures con preámbulos, estoy más que excitada y mojada.

—Pero yo disfruto viéndote, sintiéndote tan acalorada, y no hay discusión posible al respecto.

A pesar de estar más caliente que el hierro fundido, mi rencor tampoco tenía límites, así que lo sorprendí cruzando las piernas y, con ello, bloqueando el paso a sus dedos al interior de mi sexo.

—¿Qué ocurre? —me preguntó extrañado.

—¿Quieres llevar las riendas esta noche? Pues hagámoslo bien —sentenció.

—¿Qué necesitas? —preguntó con un semblante de espléndida generosidad—. Quiero complacerte antes de dejar de contenerme y perder el control... contigo —manifestó mirándome como si yo fuese lo más sensual que había visto en su vida, en aquella postura, cruzada de piernas y con tan sólo el minúsculo tanga removido por sus perversas y estimulantes acciones.

Decidí responder con toda la sinceridad de mi alma:

—Necesito sentirme indefensa, a tu merced... Sólo tú eres capaz de hacerme sentir especial, de hacerme sentir que soy la mujer más deseada del mundo... Te doy libertad sobre mi cuerpo para que hagas con él lo que desees, mi cuerpo es tuyo —manifesté al tiempo que volvía a separar las piernas muy lentamente ante él.

—Y el mío, Candela, y el mío —repuso, y me agasajó con un beso ardiente, que percibí que disfrutaba tanto como yo después de mis palabras. Luego meditó el procedimiento que debía seguir—. Humm, me vendría genial un poco de cinta aislante o algo parecido, pero a falta de pan... —indicó con una mirada perversa mientras me despojaba al fin de mi tanga, con el que me ató las manos a la espalda después de girarme boca abajo en la cama.

Yo me dejé hacer más que ansiosa. A continuación, Gavin me inclinó sobre el borde del colchón, de lado y de espaldas a él, de manera que quedé

apoyada con la mejilla derecha sobre la cama. Posteriormente fue descendiendo mientras acariciaba mis caderas hasta quedar acucillado en el suelo y comenzó a recorrer la parte de atrás de mis piernas, un camino de besos húmedos desde mi tobillo hasta mi ingle. Después repitió la acción en la otra pierna, mientras mi estómago se tensaba cada vez que alcanzaba con su boca el centro de mi pelvis y experimentaba unas descargas embriagadoramente tortuosas. Luego me separó las nalgas, introdujo la punta de su nariz entre mis depilados labios y recorrió todo su interior, apartándolos. Lo sentí aspirar profundamente mi olor más íntimo y me ruboricé, y posteriormente más si cabe, cuando pronunció con la voz quebrada:

—Tenue almizcle, y tan dulce... Humm..., si no fuese por no aguantar el dolor de huevos que tengo desde hace rato de lo duro que me tienes, no dejaría de saborear tu maravilloso coño en toda la noche. Y lo digo con fundamento, puesto que he sido un gourmet de lo más exigente entre las mujeres, cariño, y tú posees un perfume y un sabor genuinos.

Creía que me iba a morir. El morbo que me despertaban sus palabras, además de sus acciones... Ni siquiera tenía los ojos cerrados..., sino en blanco, por el estado que me había provocado.

Gavin recogió mi humedad con la lengua y la extendió hasta mi clítoris, lo succionó suavemente y repitió el procedimiento. Succionó, lamió y hasta besó mi pequeño botón como si éste fuese una lengua diminuta, batallando con él mientras ejercía cada vez más presión y mi excitación iba en aumento. Yo tenía el cuerpo totalmente rígido y a cada jadeo o gemido que escapaba de mi garganta repetía la acción.

—Para, por favor, por favor... —le supliqué, creyendo morir.

—Ni hablar, siendo testigo y culpable de cómo disfrutas. Dedos o lengua, menudo conflictos —dijo en tono perverso antes de volver a saborear mi sexo mientras yo seguía enajenada en el placer que me proporcionaba.

Lamió la humedad que sobresalía de la entrada de mi vagina y decidió que fuese su lengua la que saboreara el prelude de mi orgasmo, introduciéndola rígida en mi interior con movimientos lentos, hasta que mis piernas comenzaron a vibrar. Entonces aumentó la velocidad de los

movimientos de su lengua en mi interior, profundizando tanto como le fue posible. A continuación, deslizó las manos por debajo de mi abdomen hasta mis pechos y tiró suavemente de mis hinchados pezones mientras yo no dejaba de retorcerme a pesar de tener las manos atadas a la espalda.

—Por Dios, por Dios... —balbuceé.

—¿Qué diría tu madre si te oyera nombrar a Dios en vano? —dijo con un tono ronco, lascivo.

Acto seguido, me obsequió con un buen cachetón, y ese gesto, sorprendentemente, me encendió aún más. Luego volvió a introducir la lengua en mi interior con más avidez.

Y el orgasmo me colmó, me abrumó y...

—¡Gavin...! —grité su nombre de forma poderosa al correrme.

Él dejó que me relajara unos instantes hasta que la sensibilidad postorgásmica me abandonó, como si no quisiera molestarme, y tan sólo se permitió acariciarme suavemente el trasero mientras me decía:

—Siento tu maravillosa piel erizada, tensa, aún recibiendo descargas, y me encanta. Qué maravilla el sentido del tacto, y cómo reaccionas... Me tienes encandilado.

Me incorporé como pude, aún con las manos atadas a la espalda con mi tanga, y lo miré de frente, al fin relajada.

—Eres un hombre muy generoso, Gavin.

Contemplé su erección y le mostré mis muñecas unidas, pidiéndole con un gesto que me desatara. Él reprimió una carcajada mirando al suelo y levantó los ojos de nuevo hasta los míos.

—Sabía que no aguantarías atada hasta el final —aseguró mientras me liberaba de mi nudo.

—¿Cómo que hasta el final? —pregunté, y, así como me vi libre, intenté arrodillarme ante él para aliviarlo de la potente erección que llevaba tanto tiempo padeciendo.

Sin embargo, él se dio cuenta de mis intenciones y, sosteniéndome por un codo, me impulsó de nuevo hacia arriba.

—Aunque sé de sobra que lo haces de cine, otro día la tendrás en tu boca. Si no te follo ya, voy a reventar.

—Tuya es la culpa.

—Amar es sufrir y, cariño, tú te estás convirtiendo en mi dolor placentero... —repuso y, en cuanto terminó la frase, me empujó contra la pared.

Yo acababa de morir y de subir al cielo al menos tres veces tras oír lo que había salido de su boca.

Conmigo atrapada entre la pared y su cuerpo, Gavin me apartó el pelo revuelto del rostro y lo acomodó detrás de mi oreja. Yo era incapaz de dejar de contemplar el brillo embriagador de sus ojos, y no pude hacer otra cosa más que aproximarme a su boca, pero él me detuvo.

—Aún tengo tu sabor —me indicó antes de besarlo.

En vez de responder, lamí sus labios, succionando el superior y luego el inferior. Él cerró los ojos y ya no aguanté más, invadí su boca con mi lengua, empujando la suya, acorralándola, hasta que ambas se entrelazaron en una batalla sin cuartel. A continuación, me elevó cogiéndome por las nalgas para subirme al escritorio que había en la habitación y me recostó hacia atrás.

—Dios, necesito estar en tu interior, y no sólo con mi lengua.

Me levantó las piernas para hacerse un hueco entre ellas y apostó mis pies al borde del escritorio en apenas un instante. Todo mi sexo estaba expuesto ante sus ojos, hinchado todavía por el orgasmo anterior, y Gavin concentró su mirada en él.

—Siento que voy a correrme sin apenas tocarte. No voy a durar ni un suspiro, Candela, por eso no quería tenerla en tu boca —me confesó con los ojos cerrados, respirando hondo como si estuviese intentando controlarse, y aprecié que no le era nada fácil.

Me incorporé un poco quedándome casi sentada, pero manteniendo la postura con mi sexo expuesto como una flor abierta.

—Fóllame aunque dures segundos, te necesito, no me importa.

—No seas indulgente —me pidió mirando al suelo, algo que me desconcertó. Estaba tratando de relajarse—. Dame un segundo, espera a que termine de mantener esta batalla con mi polla, a ver si me hace caso y no se precipita.

—¿Indulgente? —le pregunté mientras lo cogía por la mejilla para que

me mirase de nuevo a los ojos—. Indulgente lo eres tú conmigo, y generoso... ¿Yo no puedo serlo también?

—No quiero decepcionarte.

—Ha sido un día muy largo, Gavin, la batida..., es normal, no le tengas rencor a tu pene por ello —bromeé intentando que se quitara esa idea fija de su mente.

—Espera unos instantes, te lo ruego.

Sin embargo, hice caso omiso, introduje mi mano entre nuestros cuerpos y cogí su miembro para llevarlo a la entrada de mi sexo. Percibí cómo Gavin se estremecía al sentir el tacto de mis dedos sobre su pene, vi cómo apretaba los labios y volvía a respirar hondo. Aun así, continué, pero él consiguió frenarme.

—Espera unos segundos, no voy a durar mucho..., no voy a poder.

—No importa —repliqué, e intenté introducirla.

Lo necesitaba, no podía esperar, sin importarme las consecuencias.

—Sí importa —repuso él, pero fue incapaz de oponer resistencia esta vez.

Cuando pudo reaccionar fue demasiado tarde, ya tenía medio pene dentro de mí. Gavin finalmente no pudo contenerse más y empujó hacia adentro. Yo me encontraba en el séptimo cielo, enloquecida de estar al fin llena de él. No me importaba lo que durara, no me importaba nada, sólo necesitaba ese momento. Comenzó a embestirme sin control y mi cuerpo salió a su encuentro en cada acometida, pero, para su contrariedad, no duró ni tres minutos. No obstante, Gavin no dejó de apretarme, y unos momentos después me confirmó su frustración.

—Te he dicho que esperaras, pero no me has hecho caso.

—No tiene que ser siempre perfecto; ha sido un día muy largo.

—Dame unos minutos, que me reponga.

—Si te apetece, estaré encantada, pero no quiero que lo hagas por compromiso. No tienes que satisfacerme en todo momento.

Gavin estalló en carcajadas.

—Tú estás loca... ¿Cómo voy a sentirme obligado contigo?

—Pues déjalo correr.

—En eso mismo pensaba, en hacer que te corras..., pero esta vez

conmigo dentro —replicó, y se echó a reír con más fuerza esta vez.

—No lo vas a dejar correr, ¿verdad?

—Ups, otra vez esa palabra... —rio de nuevo.

—¿Por qué seré siempre tan bocazas?... —me quejé mordiéndome el labio, y justo en ese momento el pene de Gavin volvió a la vida.

—Terca..., quiero follarte de verdad.

Me ruboricé, pero aun así reuní la capacidad suficiente para replicar:

—¿Y lo de antes qué ha sido?, ¿un ensayo?

Tiró de mí y, con una habilidad asombrosa, me tendió en la cama, abriéndome los muslos con sus piernas. Sacó un preservativo de sus vaqueros desabrochados y rasgó el envoltorio con los dientes.

—Lo de antes no ha sido ni un breve calentamiento, con el condón duro más. ¿Preparada?

No contesté, sino que me limité a mostrarme expectante mientras exhibía mi mirada más obscena. Cuando terminó de colocarse el preservativo, me embistió con fuerza, dilatándome, aumentando la intensidad y el ritmo cada vez más. El sudor resbalaba por nuestras espaldas, la cama parecía que fuese a romperse en cualquier momento, y Gavin no se detenía ni para coger aliento. Tan sólo lo hizo cuando yo alcancé el orgasmo, y unos instantes después retomó las maravillosas acometidas una y otra vez. Estábamos empapados, incluso me dio un calambre en una pierna, pero ni lo mencioné. No sabía si se trataba de su orgullo varonil herido o de que quería demostrar algo, pero duró y duró mucho más que en la noche que pasamos juntos en mi apartamento, hasta que al fin lo sacudió un fiero orgasmo y se dejó caer a mi lado. Poco a poco, fuimos retomando el control, la conciencia, y me encantó cuando él se acurrucó a mi lado, una sensación cálida que me embargó por completo.

Gavin sonrió y me besó en la frente.

—Adoro tus mejillas sonrojadas, el sexo te sienta maravillosamente bien —dijo, y me miró con ese brillo en los ojos.

Habría matado porque nunca lo perdiese y me mirara siempre así, y porque no se marchara nunca a la jodida Norteamérica ni a ninguna otra parte del planeta. «No me dejes jamás», supliqué en mi interior.

—Lo que siento contigo es una verdadera locura.

—Yo... puede que también comparta contigo un poco de esa especie de locura, Gavin —alegué con ganas de llorar y de reír al mismo tiempo.

Estaba tan bien con él..., pese a que también era consciente de que lo nuestro jamás sería una relación permanente, y eso era algo que me mortificaba.

—Aunque vaya método el tuyo... —dijo de pronto, y comenzó a reírse.

—¿A qué te refieres?

—A que podrías ser un poco más dulce o afectuosa, en vez de soltar un «Ven a mi habitación dentro de media hora», ¿no crees?

A pesar de que intenté contenerme, mis quebrantos emocionales terminaron por obligarme a recriminarle todo lo que me atormentaba.

—Me hablas de ser más afectuosa cuando tú seguramente regreses a Estados Unidos, después de decirme que no eres como los demás hombres. Y ¿dices que no vas a herirme? ¿Eso me estás diciendo?

—Siempre he sido franco contigo, Candela. Bastante me ha costado abandonar los recuerdos de mi pasado y vivir el presente. Todavía no sé si estoy preparado para avanzar más allá de él, ni qué demonios haré en el futuro ni si me marcharé, y tú ahora estás en ese presente. ¿No es suficiente por el momento? —me preguntó acariciándome la mejilla. Su mirada era tierna.

Continuábamos frente a frente, tendidos de costado en la cama. Yo bajé la cabeza.

—Pues no lo sé.

En realidad, sí lo sabía, como también lo que quería: a él, y no sólo en el presente, sino en un futuro compartido, pero estaba claro que decirlo no habría servido de nada ni habría cambiado su decisión.

Nos quedamos en silencio mientras Gavin no dejaba de mirarme. Recordé lo que me había dicho en la cadena y decidí sacar el tema advirtiendo el rumbo que estaba tomando la conversación, al menos necesitaba sacar algo en claro.

—Ya que estamos hablando de todo un poco, ¿tampoco me vas a explicar la duda que sembraste en mí acerca de que puede que nos conociéramos ya

de antes?

—Yo no dije eso, aunque me gustaría que lo averiguases por ti misma. Sería un poco decepcionante que yo te recordara y tú a mí no. Estoy hablando en el hipotético caso de que así fuese, claro.

—¿Por qué me haces esto?

—¿El qué?

—No decirme si nos conocemos de antes y dejar que me mortifique con ello.

—Lo entenderás, no va a ocurrir nada malo por ello, te lo prometo. Por cierto, no dejo de pensar en el niño, todo el mundo buscándolo y él escondido por temor a las represalias de su madre, y la que ha liado... Cómo son los niños, Dios mío.

—Eludiendo el tema otra vez... Está bien, pero quiero que sepas que me la pienso cobrar.

—No te tengo miedo. Dime, Candela, tú vives en Los Cristianos, tu madre en Palm-Mar y tu hermana en La Orotava..., tienes a toda la familia desperdigada..., ¿dónde narices naciste tú? El lugar exacto —me preguntó mientras enlazaba su mano con la mía, mostrando una gran curiosidad e interés.

—No te lo voy a decir, te reirás de mí.

—Ahora me dejas más intrigado.

—Está bien, ¿cómo me llamo?

—Candelaria.

—Pues ya lo sabes.

—No.

—Que sí.

—¡Venga ya!, ¿tu madre aparte de lo religioso...?

—Ya ves..., muy original poniendo nombres no es, que digamos.

—¿En Santa Cruz? ¿En la villa de Candelaria?

—Que sí, pesado...

—Bueno, al menos tienes tu propia ciudad con tu nombre, y hasta una Virgen, aunque eso ya no te pega tanto... —dijo, y estalló en carcajadas.

—Fue a hablar el casto sacerdote..., anda que... ¿Y tú? Cuéntame cómo

es tu vida en Norteamérica. Ni siquiera sé en qué estado vives allí, nunca me lo has contado.

—En Chicago, la ciudad del viento y los rascacielos. Por mis documentales y por el sitio donde tengo fijada mi residencia, en las cadenas estatales de allí me conocen como *el Hombre del Viento*. Vivo a caballo entre esa ciudad y San Francisco porque la CBS tiene su sede allí, pero gran parte del año resido en Chicago. Me encantaría que vinieses alguna vez conmigo y conocieses mi ciudad, tal vez escaparnos al lago Míchigan en invierno, a pasar un fin de semana en una romántica cabaña donde incluso pueda pescar; a menudo lo hacía con mis compañeros de batallas. Podría llevarte a comer al Odyssey, un yate reconvertido en restaurante donde se come el mejor cordero del mundo, en el puerto, en Navy Pier, muy cerca del centro y de mi apartamento... El puerto se ha convertido en el principal atractivo turístico, con cientos de atracciones, cine, teatro, con multitud de actividades para hacer en pareja; hay hasta góndolas que hacen excursiones durante todo el año por el lago. Lo sigo añorando cuando estoy lejos. Después de llevarte a comer, iríamos cerca del muelle, donde hay un Häagen-Dazs, y compartiríamos un helado mientras abandonamos el puerto y nos adentramos en la zona de los rascacielos. Luego regresaríamos a mi casa y te encerraría allí durante días para llevar a cabo todo tipo de perversiones contigo.

—Suena bien..., tal vez algún día. ¿Tanto lo añoras?

—Bueno, ahora tengo el corazón dividido entre Chicago y Tenerife. No te ofendas, pero me arrepiento un poco de haber venido y estar ahora tan confundido.

—Es comprensible. Te he buscado en Google, y la verdad es que te has recorrido casi toda Norteamérica. Cuéntame más.

—Sí, cubrí largos reportajes para la CBS, y luego documentales que me llevó meses grabar. Desde la fría Alaska hasta el desierto de Arizona... Creo que no me queda ningún estado por visitar.

—Qué vida tan interesante, la tuya. Y esperaste todo ese tiempo para conocer la tierra de tus ancestros.

—Bueno, me gustaba, pero era trabajo, al fin y al cabo. Puede que ahora me gusten otras cosas, no sé. Como, por ejemplo, hacer pequeños reportajes

para una televisión local contigo.

—Pues cuando lo tengas claro, espero que me lo digas.

—Lo haré, te lo prometo —aseguró mientras me besaba la frente.

—Estoy muerta de sueño, ¿te importa que me dé la vuelta? —señalé, y Gavin negó con la cabeza sonriendo, así que me volví hacia el lado contrario de la cama.

Llevaba unos minutos en silencio cuando me preguntó:

—¿Quieres oír la leyenda romántica de Vilaflor?

—Sorpréndeme.

—Cuando la gente vivía en Tenerife antes de la conquista española, Vilaflor se llamaba en realidad Chasna. Según el folclore local, un capitán español, Pedro de Bracamonte, se enamoró de una doncella y la encarceló por miedo a perderla. La joven escapó, y la angustia que el capitán sufrió fue tan terrible que murió. Sus últimas palabras fueron: «Vi la flor de Chasna». Desde entonces, los residentes afirman ser testigos de las apariciones fantasmales del capitán Pedro de Bracamonte, buscando a su amada por los rincones de este pueblo, «Vi la flor».

—Qué romántico, y qué triste... ¿Sabes de historia de aquí? Jamás lo habría imaginado —señalé maravillada. Me había acabado de conquistar con aquella historia.

—Qué va, acabo de leerlo en un folleto turístico que había sobre la mesilla de noche —respondió aguantándose la risa.

—Podrías habértelo guardado... Toma, esto por romper toda la magia —anuncié, y le arreé una colleja.

—Gran error por mi parte, sí, podría haberme evitado el manotazo en la cabeza... Buenas noches, Candela, mi morena y efusiva Candela.

—Yo a ti sí que te voy a dar Candela como no me dejes dormir... No soy tu Candela, no soy de nadie, deja de decirlo, por favor.

—Está bien, aunque, si te has dado cuenta, sólo te llamo así cuando estamos solos.

Nos quedamos en silencio unos instantes, y entonces me arrepentí de haber sido tan brusca. Verdaderamente, tenía que hacer algo con mi carácter.

—Buenas noches, mi Hombre del Viento —le dije con dulzura.

PARTE METEOROLÓGICO 8

NO IMPORTA QUE LLUEVA SI ESTOY CERCA DE TI

Cuando desperté, lo primero que vi fue a Gavin tumbado de costado apoyado en un codo, observándome.

—Buenos días. ¿Qué tal tienes los pies? —me preguntó mientras me acariciaba suavemente uno de ellos.

Los moví ligeramente y le contesté:

—Buenos días. Las ampollas se irán dentro de unos días, podré soportarlo. ¿Y tú?

—Genial, incluso me apetece salir a correr un rato, lo hago a diario, me ayuda a despejar la mente, ¿te importa? No tardaré.

—Claro, no me importa.

—Voy a avisar a Josué por si se anima —me indicó mientras se apoyaba en los brazos para darme un beso—. ¿Me esperas para desayunar?

—Si me das otro de esos.

Gavin sonrió y, en el siguiente beso, se recreó soberanamente. En vez de ir a correr, la que iba a correrse pronto iba a ser yo, pero en un sentido muy diferente.

—No tardaré, te lo prometo; estaría loco si lo hiciera —repitió separando su boca de la mía con una sonrisa lasciva al percibir mi urgencia por él y cómo comenzaba a encenderme.

Cuando salió, decidí ducharme mientras tanto y prepararme para estar lista en cuanto llegase para bajar juntos a desayunar o... desayunarnos («magnífica idea»). Me di una ducha rápida, la verdad es que la necesitaba más que nada, y cuando estaba decidiendo qué desayunar primero, si unas tostadas o a Gavin, él regresó exageradamente pronto y con cierta señal de alarma en el rostro.

—¿Qué ocurre? —pregunté extrañada.

—Ni te imaginas la cantidad de prensa que hay en la puerta del hotel, todos quieren hablar con nosotros sobre lo de ayer. Se me han quitado las ganas de salir a correr en cuanto he visto la que hay montada ahí fuera. Y no piensan moverse de ahí hasta que consigan lo que han venido a buscar.

—Y ¿cómo han llegado? ¿Se ha restablecido ya el tráfico? —le pregunté al tiempo que me acercaba a la ventana para cotillear—. Madre mía..., ¡y no son pocos!

—Por San Miguel, en dirección a Arona únicamente. Las cuadrillas de limpieza y mantenimiento de carreteras están terminando de solventar el problema y abrir camino, pero, sí, por ahí han llegado los más atrevidos.

—He visto algún distintivo de televisiones nacionales entre ellos incluso.

—¿Nacionales?

—Vamos a ser famosos, por lo que se ve, pero no como periodistas, sino como protagonistas.

»¿Josué está despierto?

—¡Qué va! He aporreado su puerta y ése no se despierta ni con un taladro trabajando al lado de su oído.

—Y ¿qué vamos a hacer?

—Pues hablar con ellos para que nos dejen desayunar de una vez. No sé tú, pero yo me muero de hambre.

Me reí.

—¿De veras tenemos que hacerlo?

Gavin me dedicó una mirada condescendiente y al final claudiqué. Insistimos en la puerta de Josué hasta que logramos despertarlo y, después de ponerlo al corriente de lo que nos esperaba, salimos y respondimos a un sinfín de preguntas de los periodistas. Aun así, parecía que no se daban por

satisfechos, y me di cuenta en aquellos momentos de lo que significaba pasar de reportera a entrevistada, y de lo que en realidad suponía estar al otro lado de la noticia.

Con ayuda del alcalde conseguimos hacer un receso y lograr que les diesen la murga a los agentes de la batida nocturna, y al fin pudimos desayunar en el restaurante del hotel. Josué salió luego al jardín a fumar sus cosas, mientras Gavin y yo nos quedamos en la mesa del restaurante. Vi decenas de llamadas perdidas de mi madre y de otros números desconocidos en mi móvil. Casi me habían dejado sin batería y, con todo el revuelo, ni me había enterado. Gavin le echó una ojeada al suyo también al verme a mí hacerlo.

—Tengo llamadas de Jaime y una lista interminable de otros números.

—Lo mismo que yo, y la mayoría ni los conozco; serán de algún que otro medio de comunicación, que no te extrañe, con la que se ha liado. Llamo a mi madre o es capaz de venir a buscarme, y tú a Jaime, por favor. A ver qué es lo que quiere.

—Claro, tú ocúpate de tu madre.

Mientras Gavin llamaba a Jaime —pobre, le había pasado el marrón y ni había replicado—, yo llamaba a mi otro marrón:

—¿Mamá?

—¿Candelaria? Te mato..., tu ambición profesional te va a llevar a que te pase algo grave. ¿Cómo se te ocurre meterte en el monte con el mal tiempo de anoche? ¿Así es como mi hija quiere ascender en su carrera, jugándose la vida?

—Mamá, por Dios, no lo hice por eso, tenía a la madre del niño enfrente de mí anoche, me partió el corazón... Tú eres madre, deberías entenderlo mejor que yo.

—No sé si creerte..., ya hablaremos. Mira que enterarme por las noticias de que mi hija anda por ahí... ¡Me vas a volver loca!

—No pude llamar a nadie, apenas tuvimos tiempo, y ahora no nos dejan en paz. No sabes la que se ha liado aquí... ¿No lo has visto por la tele?

—¿Tienes en qué bajar?, ¿cuándo vas a volver?

—No sé, mamá, estamos bien. En cuanto sepa algo te llamo.

—Estaré pendiente del teléfono hasta que me llames, mi niña, ni se te ocurra olvidarte.

—Te prometo que no. Te quiero, mi viejita —y colgué.

Gavin había terminado de hablar con Jaime, pero continuaba revisando su móvil, así que esperé y, cuando lo guardó, le pregunté:

—¿Qué quería Jaime?

—Hay que avisar a Josué. Dice que quiere que informe del estado del tiempo *in situ*, y que pasemos por la nave hoy sin falta, cuando podamos salir de aquí, no importa la hora que sea.

—¿Y eso? ¿Es que piensa quedarse allí todo el día? Porque ni nosotros sabemos cuándo podremos salir de aquí.

—Pues no sé qué se trae entre manos... En fin, ya nos acabaremos enterando, no te preocupes. Voy a por mi portátil al coche para ponerme al día y confeccionar el pronóstico.

—Te acompaño.

—No, quédate, no tardaré.

—Está bien —dije.

Gavin regresó en apenas minutos y colocó su portátil sobre la mesa.

—¿Te puedo ayudar en algo? —me ofrecí.

—No, tranquila. Me descargaré todos los datos, pero voy a necesitar una impresora.

—Preguntaré en recepción mientras te dejo trabajar.

—Gracias —dijo guiñándome un ojo.

Me fui hasta el mostrador de recepción y me situé en un punto estratégico desde el que podía divisar cómo Gavin trabajaba en la mesa del restaurante mientras yo hablaba con la recepcionista. No podía quitarle ojo; hasta verlo trabajar me resultaba fascinante.

Un buen rato después, se me ocurrió acercarle un café.

—Dice la recepcionista que puedes disponer de la impresora y de todo lo que necesites. ¿Cómo vas? —le pregunté entregándoselo.

Gavin levantó la vista y cogió el café.

—Ah, genial, gracias. Pues..., uf...

—¿Qué significa «uf»?

Él dio un sorbo a su café y luego se enfrascó de nuevo en la pantalla del ordenador.

—El mal tiempo se va a convertir en temporal, ya está comenzando a causar problemas y daños en todo Tenerife.

—Y ¿qué hacemos? —le pregunté.

—¿Largarnos al sur, que será donde azotará con menos fuerza?

—Por mí, salimos ahora.

—Incluso en la nave de la cadena estaremos veinte veces mejor que aquí, podríamos quedarnos aislados durante un par de días mínimo... —Se quedó pensativo—. Aunque no estaría mal quedarme contigo atrapado aquí, ya me estoy replanteando lo de bajar al sur...

—¿Y esas caras de preocupación? —preguntó Josué haciendo acto de presencia.

—¿Y esos ojitos rojos? —me burlé de él y de los malos humos que inhalaba—. Pues que se nos echa un temporal encima que va a azotar toda la isla, según Gavin. Pero en el sur no pinta tan mal, así que recoge tus cosas, que nos vamos.

—Aguafiestas... —me recriminó Gavin poniendo morritos.

—Para encerrarnos en una habitación durante días no hace falta quedarse en medio de un temporal. Te recuerdo que tengo un apartamento.

—Qué bien suena...

—Ayer estabais discutiendo como un viejo matrimonio y hoy estáis todos modositos —intervino Josué—; no hay quien os entienda...

—Vamos a despedirnos del personal, anda, y a avisar a la gente de lo que se avecina.

Y así lo hicimos. Después de que Gavin diese el aviso y su correspondiente pronóstico para las noticias de la cadena desde allí mismo, nos despedimos de todo el mundo y nos dispusimos a abandonar el pueblo antes de que fuese demasiado tarde.

Mientras Gavin conducía, yo llamé a mi madre como le había prometido. Le dije que tenía que pasarme por la nave antes de nada por orden de Jaime, pero la muy terca insistió en esperarme en Las Chafiras y no quiso aceptar un no por respuesta. Al colgar, dejé escapar un resoplido de resignación.

—¿Qué ocurre? —me preguntó Gavin sin dejar de prestar atención a la carretera. La situación lo requería más de lo normal por el estado de la vía.

—Que mi madre va hacia la nave también. Incluso ha cerrado su tienda de *souvenirs*.

—¿Voy a conocer a la suegra? —bromeó Gavin mostrando una sonrisa pícaro sin apartar la vista de la calzada.

—Te presentaré como un compañero de trabajo, y en realidad no estoy mintiendo, ¿no?

—¿Me escondes de tu madre también?

—No, intento ahorrarte un dolor de cabeza, te lo aseguro.

—Ya..., me escondes, confiésalo.

—Piensa lo que quieras.

—¿Ya empezáis otra vez? Os veo en la cadena. Voy a por mi coche.

Gavin me miró un segundo y me guiñó un ojo. Ambos nos reímos del pobre Josué y nos dedicamos unas sonrisas cómplices.

Al llegar a la cadena, entramos en el pequeño e improvisado vestíbulo de la nave y nos sorprendimos del gran silencio que había en el interior.

—¿Dónde están todos? —preguntó Gavin extrañado.

—Sus coches están fuera, incluso el de Guasi y el de mi madre —dije desconcertada a la vez que continuábamos caminando hacia el fondo de la nave.

—¿Tanto empeño de Jaime en que bajemos para esto? —dijo Josué a la altura de la cocina.

De pronto, la puerta de la sala de juntas se abrió y un montón de gente —mi madre incluida— salió gritando:

—¡Sorpresa!

—¿A qué viene esto? —pregunté boquiabierta.

—Es en honor a vuestra hazaña en el Teide —respondió Guasi.

Sobre la mesa de la sala divisé varias botellas de champán, licores y hasta algo de picar.

—Ni siquiera cuando alguien ha estado de cumpleaños habéis hecho esto —indiqué pasmada—. ¿No creéis que le estáis dando más importancia de la que tiene?

—También es para celebrar que... —empezó a decir Jaime mirando a mi madre, como si le pidiera permiso.

Yo no entendía nada..., ¿qué sabía mi madre que no sabía yo?

—¿Qué?

—Me han llamado de la primerísima cadena nacional del país, ya sabes a cuál me refiero... Quieren entrevistarte el lunes que viene en su programa matinal, y se han mostrado muy interesados por tu trayectoria. Me han pedido también tus referencias.

—¿Es broma?

—No.

—Y no se las has dado, claro... —sentenció desesperanzada.

—Candelaria..., he redactado las mejores. Esta mañana, en las noticias, he visto tu lado más altruista y cómo la cámara te ama... Bueno, en realidad siempre lo ha hecho. Soy consciente de lo bien que te desenvuelves siempre..., y creo que ya has aguantado bastante. Siento haber sido más que un fastidio todos estos años y haberme portado así contigo...

Yo alucinaba.

—Que alguien traiga un desfibrilador: a Jaime está a punto de darle un infarto —exclamé boquiabierta al oír aquellas palabras saliendo de la boca de mi jefe.

Lo que no sabía era que todavía no había terminado de alucinar. Yeray se me acercó entonces y, dándome un suave golpecito en la espalda, declaró:

—Siento haberme pasado contigo todo este tiempo. Eres buena gente, Candy, hoy lo has demostrado. Sé que es tarde, pero te pido disculpas.

—Vámonos —le dije a Gavin—, ¡aquí hay una epidemia de algo!

—Ay, mi *lajita*, ¡que te me vas también para Madrid como tu hermano! ¡Que vas a trabajar donde siempre has soñado!

—En principio sólo será una entrevista, no empieces a alucinar, mamá, ya estoy alucinando yo bastante con la fiesta sorpresa esta... Espera, por eso insististe en que te llamara cuando bajase de las Cañadas..., para estar

preparados... Yo te mato.

—Te felicito —dijo entonces Gavin tendiéndome la mano. Aprecié un brillo de ternura en su mirada y de... ¿orgullo?—. Te dije que lo conseguirías y sé que lo harás —aseguró esperando la mía.

—Gracias, igualmente —dije mostrándome de lo más escéptica al tiempo que le estrechaba la mano.

—Estamos muy contentos de que una compañera nuestra dé el salto a la nacional. Dentro de unos años podré ir pregonando por ahí que yo trabajé contigo, con una reportera de primera división..., ¡sí! —soltó Guasi eufórica.

—Yo aún estoy encajando lo de vuestra fiesta sorpresa... —murmuré mientras contemplaba cómo Jaime intentaba descorchar una botella de champán y mi madre se tomaba un chupito de algo.

—Mamá, ¿qué estás bebiendo?

—Vodka, dice Guasi que se llama —contestó, y luego me murmuró al oído—: Ay, *lajita*, a mí me da que han embotellado alcohol para las heridas y nos quieren tomar el pelo.

—No es alcohol sanitario, mamá —le aclaré aguantándome la risa.

—Pues me voy a tomar otro, a ver si le encuentro el punto, pero me da a mí que no va a ser.

—No son horas, a ver si te va a sentar mal...

—Bobadas —repuso mi madre, que no desaprovechó la oportunidad y fue entonces directa hacia Gavin—. Los conozco a todos menos a ti, bueno..., de verte en el parte del tiempo solamente.

—Supongo que es la hora de las presentaciones —dije con fastidio. Temía que mi madre se emocionara demasiado y la pifiara con alguna de las suyas, pero no me quedó más remedio—. Ella es Pino, mi madre, y éste es Gavin, mamá.

—Encantada, mi niño.

—Vaya, habría jurado que erais hermanas, en lugar de madre e hija. Ahora sé de dónde le viene esa belleza tan exótica a Candela —le arreó el muy pelota.

«Hala, ya la deja contenta para una semana —pensé—. Como siga halagándola así, no me la quito de encima en una semana entera.»

—Qué *salao* y qué mono eres, mi niño.

«Lo que yo decía..., ha dejado a mi madre boba perdida», me reafirmé mentalmente.

Jaime se había encargado de repartir las copas de champán. La última la había reservado para mí, y me la entregó diciendo:

—Felicidades, Candy.

—Ahora soy Candy, ¿eh? —le reproché por haberme llamado siempre Candelaria cuando sabía que no me hacía ni pizca de gracia.

Él se encogió de hombros con una sonrisa. Quizá se había quedado sin argumentos, quizá había enterrado el hacha de guerra, al menos por el momento, o quizá temiera que lo dejara mal en la cadena donde me harían la entrevista después de todo lo que había tenido que soportar por su parte..., todo eran teorías.

Después del brindis, el picoteo y el indescriptible e insólito buen rollo que se respiraba en aquella sala, Gavin se aventuró a invitarnos a comer a mi madre y a mí.

Salimos hacia el parking. Me extrañaba que mi madre no soltara una de las suyas, y no tardó:

—Y ¿dónde vamos a comer? Mira que tu hermana me llevó el sábado a un *chalao* de ésos y lo de comer en el suelo con cojines no me hizo ni pizca de gracia, *lajita*.

—¿*Chalao*? Ay, el vodka... *Chill out*, mamá, Yaiza te llevó a cenar a un reservado de *chill out*. ¿Para qué me molesto? —dije con resignación.

Advertí cómo Gavin apretaba los labios conteniendo la risa.

—Está aquí cerca, no es lujoso y es más bien de comida rápida, pero el trato es muy familiar y se come bien —le aclaró Gavin.

—Ay, mi niño, en mi salsa estaré entonces. Esos sitios tan modernos de hoy en día no me hacen gracia, ni sé llamarlos por el nombre siquiera.

—No pasa nada, mamá —tercié yo.

Llegamos al Gourmet y nos sentamos a una mesa cerca del ventanal que daba al exterior. Enseguida, mi madre fue directa al grano, cómo no, ni esperó a pedir las bebidas. Una pena, porque si lo hubiera visto venir me habría pedido algo bien fuerte para aguantar el chaparrón que me tenía

preparado.

—¿Y bien?, ¿sois novios o algo?

—Tú siempre tan discreta, mamá. Somos muy buenos amigos, ¿verdad, Gavin?

—Somos lo que tú quieras que seamos, Candela —dijo él mirándome con fijeza.

—No me ayudas, Gavin... —le reproché poniéndole cara de asesina, pero a él parecía divertirse todo aquello.

—A ver, tú dices que sois amigos y él dice que quiere ser lo que tú quieras... ¿Qué significa eso? Me estoy haciendo muy vieja porque no entiendo nada —insistió mi madre.

—Es que Candela aún lo está decidiendo, creo que me tiene a prueba —bromeó Gavin.

—Pero, *mija*...

—Mira, la que te va a buscar un novio a ti voy a ser yo, para que veas lo que se siente. Vamos a intercambiar los papeles cualquier día de éstos...

—Ay, no, mi niña, yo estoy muy bien tranquilita.

—Pues debería hacerlo. Mira, empezaré hoy, intentaré liarte con... — Miré a mi alrededor y me decanté por un señor que estaba sentado en la barra de una edad parecida a la de mi madre—. ¿Y si intento liarte con ése? Como hiciste tú con Jurgen y conmigo, por ejemplo.

—¿Con quién? —exclamó ella en cuanto le echó un buen repaso al elegido.

Vale que no acerté mucho, era calvo y tenía pinta de bruto, pero en aquel local no había mucho donde elegir.

—¡Antes me hago *liviana*! —exclamó mi madre.

—Lesbiana, querrás decir —la corregí.

—Pues eso he dicho —soltó mi vieja tan campechana como convencida.

Gavin se aguantaba la risa tapándose la boca con la mano, pedazo de contención tenía, mientras yo dejaba a mi madre por imposible.

—¿Es el vodka o habla ella? Porque tengo que confesar que me encanta su *vodkulario* —me susurró Gavin.

—Es siempre así.

—En nada comienzan los Carnavales... Has estado en los Carnavales de Tenerife antes, ¿Gavin? —le preguntó ella entonces.

—Pues la verdad es que en las escasas veces que he venido nunca han coincidido las fechas.

—No te preocupes, quieras o no, en la cadena nos turnamos todos para cubrir los eventos. Un día igual me toca cubrir el coso, a Guasi el concurso de murgas y comparsas... ¿Quién sabe?, igual te toca a ti la elección de la reina del Carnaval de este año.

—Bueno, todo sea por arrimar el hombro, lo que hay que sufrir por la cadena... —dejó caer Gavin enarcando una ceja en tono chulesco.

A mí personalmente se me desencajó la mandíbula. Él se percató y soltó divertido:

—¿Qué pasa? Te has puesto celosa imaginándome con la reina del Carnaval, reconócelo.

—¡Oye, que mi madre está presente! Vale, si al final se va a enterar igual... Gavin y yo estamos juntos, mamá, ¡ya puedes montar el número!

—¡Ay, mi niña, cómo me alegro! ¡Pues yo invito a comer para celebrarlo! Pero como no lo cuides... ¡Que mi Candelaria por fin tiene novio! —exclamó ella.

—¡Mamá..., baja la voz, por favor!

A Gavin se le había iluminado la mirada al oír que yo le decía aquello a mi madre. Incluso creí que le había dado más importancia de la que realmente tenía.

—Ay, que se me olvidaba, hablando del tema..., ¡que el hijo de la Milagritos va este año de *nesquik* en los Carnavales!

—¿De Nesquik? O sea, con un disfraz tipo bote de Cola Cao... Pues me parece muy cutre, mamá, con los disfraces que luce otros años, no sé por qué te emocionas tanto.

—No, muchacha, ¡de *nesquik*!, ¡y va a concursar y todo!

—¿Concursar? ¿En qué concurso?

—Pues está claro: en uno de disfraces —intervino Gavin, creyendo estar echándome una mano.

Sin embargo, yo a mi madre la conocía demasiado bien, era su más

precisa traductora, y sabía que, cuando se le olvidaba una palabra, soltaba la primera que le sonaba parecida.

—Nesquik y concurso... —comencé a discurrir, pero no me venía nada.

—¡Sí, mujer! ¡En el parque, como cada año! Un año se mata alguno con esas plataformas.

«Plataformas» definitivamente fue la clave.

—Mamá, léeme los labios y grábalo a fuego en esa cabecita loca: *drag queen*, no *nesquik*, ¿vale? El concurso de *drag queens*.

—Pues es lo que he dicho, *lajita*.

—Creo que me acabo de hacer fan incondicional de tu madre —soltó Gavin apretando los labios y conteniendo la risa.

—Pues yo necesito una copa al menos —dije intentando capear el bochorno—. ¿Es que nadie nos va a tomar nota hoy? —me lamenté, y me dirigí a la barra a solicitar la atención de un camarero.

Tardaron en servirnos las bebidas, y la comida, la verdad. Para colmo, mi madre estaba eufórica con lo de Gavin y pidió lapas a la plancha y no sé cuántas cosas más de las que yo no confiaba que estuviesen ni medianamente frescas.

—A mí me huelen raras, mamá.

—Eso es porque hace mucho que no las comes y no recuerdas ni el sabor, con lo que te gustaban..., por eso las he pedido.

—Ay, no sé... Y tú, Gavin, ¿no las pruebas?

—Es que yo no soy mucho de marisco.

Finalmente me arriesgué con las lapas, y posteriormente pedimos carne mechada y conejo en salmorejo. Mi madre pidió un chupito de vodka porque seguía diciendo que no le pillaba el punto, pero el caso es que mi vieja no dejaba de beber, la muy pilluela, hasta miedo me daba que cogiese luego su coche. No obstante, desde la mañana en la nave, habían sido tan sólo cuatro chupitos en total, y Gavin me tranquilizó diciendo que no le afectarían apenas, después de los cafés por supuesto; quería asegurarme de que mi madre se tomaba un café al menos.

—Yo me tomaré un cortado.

—Yo un *manchaíto* —pidió mi madre.

—Un leche y leche[10] para mí por favor —pedí yo, y el camarero se retiró.

Entonces quise vengarme de que Gavin le hubiera soltado a mi madre lo nuestro, y no se me ocurrió mejor forma que hacerle saber lo que él tenía pensado hacer con su herencia y parte de la historia de nuestra isla.

—¿Sabes que Gavin es nieto de los fundadores de las bodegas Los Dragos? Y pretende venderlas —informé a mi madre.

Él me dedicó una mirada de resentimiento.

—¿Por qué quieres deshacerte de ellas? ¡Ay..., qué pecado, mi niño! —se apenó mi madre petrificada.

—Porque no tengo ni idea de viñas, mejor venderlas que dejarlas en peor lugar.

—¿Y qué? Se aprende. Además, eres el hombre del tiempo, saber del clima es una ventaja muy grande para cuidar las vides y la calidad de los caldos... ¡Ay, qué pena más grande...!

—Acabas de perder puntos con la suegra... —le murmuré sin que ella pudiese oírme.

—Ni siquiera sé dónde estaré dentro de un mes o dos... —dejó caer Gavin.

No sé si lo dijo por rencor hacia mí, para devolverme el golpe, pero me demolió.

—¿Un mes? No sabía que tenías decidido irte tan pronto. —Ahora la atónita era yo.

—He dicho que no lo sé, Candela.

El camarero hizo entonces acto de presencia con los cafés y los fue repartiendo por la mesa.

—No vendimié yo años ni nada en esos viñedos... —comentó mi madre.

—¿En serio? —formuló Gavin sorprendido.

—Muchos años. Yo conocía a tus abuelos, eran buena gente, y muy trabajadores.

—Y ¿por qué lo dejó?

—Una va cumpliendo años, *mijo*, y ya no tiene espalda para esas labores. Ahorré para tener algo mío, y soy muy feliz con mi propia tienda.

—Yo también vendimié en mi época de estudiante, aunque no conocí a tus abuelos como mi madre. Era temporera, ya sabes, para los gastos de la universidad.

—Nunca lo habías mencionado, Candela.

—¿Para qué? Me dijiste que querías venderlas, y pensé que nada que tuviese que ver con el tema te importaría.

—No las vendas, *mijo*, dan mucho empleo a mucha gente.

—Lo siento de verdad, pero no entiendo nada de viñedos, no puedo hacer nada.

—Siempre podrías buscar a alguien que te asesorase y te ayudase. Yo podría ayudarte también, trabajé muchos años para tus abuelos.

—Pero, aunque supiera del tema, no puedo dirigirlos desde otro país.

—Ah, te vas de Tenerife... ¡Qué disgusto, me gustabas para mi Candelaria!

—Dejemos el tema, por favor —les pedí a ambos.

Estaba más que afectada, era la primera vez que Gavin hablaba de fechas concretas y no podía seguir hablando del tema, no quería, me hería demasiado.

—Será lo mejor.

Mi madre terminó su café y comentó:

—Bueno, chicos, yo me voy yendo. Voy a ver a tu tío Chano al hospital, a ver cómo fue la operación.

—Es verdad, dale recuerdos y muchos ánimos —le pedí a mi madre—. Dile que iré a visitarlo cuando esté en casa, él sabe que odio los hospitales y no me lo tendrá en cuenta.

Gavin dejó de actuar entonces como un mero oyente y preguntó:

—¿Han operado a un familiar tuyo? Espero que no fuese nada grave.

—Nada, poca cosa, no te preocupes, de una hernia *fiscal* —soltó la bruta de mi madre.

—*Ma*, léeme los labios: hernia *disca*, *disca*, grábatelo.

Gavin evitaba mirar a mi madre o, de lo contrario, estaba segura de que no podría haber contenido la risa.

Salimos del restaurante y nos despedimos de mi madre en el parking. En

cuanto ella desapareció con su vehículo, Gavin me fue empujando suavemente hasta dejarme acorralada entre su coche y su cuerpo. Apoyó la frente en la mía y, clavándome la mirada, me reveló:

—Me gustaría pasar el resto del día contigo..., mucho.

No necesitaba mirarme así para que aceptara, ni disparar el ritmo de mis pulsaciones de aquella manera, cercándome contra su coche y contemplándome como si fuese lo más apetecible del mundo.

—Y ¿qué propones que hagamos?

Gavin me dedicó una mirada lasciva.

—Eso no..., hablo en serio —añadí.

Bajó la vista al suelo haciendo desaparecer su pícara mirada y, cuando la alzó de nuevo hacia mí, me propuso:

—¿Quieres venir al centro juvenil conmigo? Tengo una clase de judo nada más, y luego podría enseñarte cómo va el proyecto, tomar algo en una terracita del norte..., ¿te apetece?

—Claro —dije encogiéndome de hombros.

—Sube entonces —me pidió dirigiéndome un guiño y dejando correr el aire entre ambos.

Monté en su coche y, mientras él conducía, yo disfrutaba como una niña de su pantalla táctil, escogiendo las canciones de Efecto Pasillo, curioseando todas las aplicaciones y las funciones que tenía aquel chisme, también para distraer mi mente de la conversación anterior en el restaurante sobre su marcha de Tenerife. No obstante, el viaje era largo y mi loca cabecita no me daba tregua, por lo que al final terminé explotando:

—Un mes, dos..., ¿no puedes especificar más? ¿O piensas avisarme de un día para otro cuando te marches?

—Quizá tres, cuatro, no lo sé aún...

—Y ¿por qué has dicho un mes o dos y, para colmo, delante de mi madre?

—No lo sé, la verdad, lo siento. Perdóname, olvídalo e intenta disfrutar de la tarde, te lo ruego. El centro te encantará, te lo prometo.

—Lo intentaré.

Llegamos al norte y Gavin aparcó cerca del que iba a ser el nuevo centro

cívico municipal para jóvenes. Una buena pandilla de chicos de varias edades no tardaron en rodear el coche.

—¡Gavin, vienes pronto!

—Hola, chicos, hoy traigo compañía, por eso he venido antes. Ella es Candela, una amiga —indicó guiñándome un ojo.

—Hola, Candela, los amigos de Gavin también son nuestros amigos —dijo otro de aquellos chicos.

—Sí, Gavin es total.

Yo alucinaba con la bienvenida.

—Pero ¿qué les has hecho a estos chicos? ¿Les has lavado el cerebro? —bromeé.

—Un poco puede, pero sólo acerca de no tocar las drogas y no meterse en líos.

—¿Pretendes impresionarme?

—¿Lo consigo?

—Sí, lo confieso —declaré con una mirada cargada de admiración.

—Ven, te enseñaré el centro y todo lo que se hace aquí, cómo funciona..., si te apetece, claro.

—Estaré encantada.

Comencé la visita guiada de la mano de Gavin, que no paraba de hablar entusiasmado y de enseñarme dónde irían las aulas y los talleres de ocupación para los chicos sin estudios que desearan aprender un oficio. En la parte trasera, fuera del recinto, pude apreciar incluso que había una excavadora. Según me contó, en un futuro próximo se ubicarían allí las canchas de baloncesto y de fútbol.

—Hoy llegaba una donación, quiero asegurarme de que han cumplido su palabra —me hizo saber a la vez que me pedía con un gesto que lo siguiera.

»Éste es el almacén provisional de material —indicó luego abriendo la puerta de una sala muy amplia pero bien repleta de todo tipo de equipamiento deportivo.

—Cuántas cosas... ¿De dónde las has sacado?

—Donaciones. La que ha llegado hoy es de unos grandes almacenes de deporte. Pronto tendré que comenzar a hacer inventario de todo lo que llega,

y llevar un registro en condiciones, no sé ni por dónde empezar, la verdad.

—Estás desbordado, ¿no es cierto?

—Pues un poco. No me esperaba tanto apoyo ni que donaran tantas cosas, como tampoco que levantara tanto revuelo con todo esto —respondió sin dejar de supervisar todo el género—. Las canastas son estupendas. Estoy deseando que las instalen y los chicos las vean; el gimnasio va a ser alucinante.

—¿Gimnasio? ¿Puedo echar un ojo?

—Claro, sigue todo recto y gira a la derecha, al final del pasillo. Yo me quedaré a supervisar este envío si no te importa; hago el registro y luego te alcanzo.

—No te preocupes —dije, y opté por adentrarme en las instalaciones.

Cuando terminé de fisgonear, me acerqué a uno de los estudios que estaban más cerca de la puerta principal y un bullicio incitó mi curiosidad. Miré por el ojo de buey de la puerta y contemplé a un grupo de chicos muy revolucionados que iban vestidos con unos kimonos blancos, con tan mala suerte de que se percataron de mi presencia.

—¡Eh tú! —exclamó uno de ellos refiriéndose a mí.

Me entró complejo de fisgona, pero el chico se dirigió hacia mí, abrió la puerta y me dijo:

—No es que nos importe que Gavin ande de guía turístico tuyo por aquí, pero es que llevamos diez minutos de retraso con la clase..., no te ofendas.

—No tenía ni idea, iré a buscarlo, no te preocupes —me disculpé.

Sin embargo, no hizo falta, pues en cuanto me di la vuelta Gavin apareció a mi espalda.

—Lo siento, chicos —se excusó también, luego se dirigió a mí—: ¿Por qué no te unes a nosotros? Tengo un kimono que creo que puede ser de tu talla. Te servirá para desahogarte dando unos golpes si quieres, aunque esta disciplina es para todo lo contrario, pero en tu caso..., con tu carácter... —se burló.

—A ver si comienzo contigo —lo amenacé.

—Esto promete —terció el chico divertido.

—¿Por qué no? —contesté—. Si me explicas primero qué haces dando

clases.

—Me siento en la obligación de hacer algo. He heredado más de lo que puedo administrar, y me hace sentir bien colaborar en la asociación benéfica de compromiso juvenil..., es algo que me llena completamente.

—Eso es..., eres realmente admirable, Gavin.

—Lo hago porque puedo, y creo que toda la gente de cierto nivel económico debería hacerlo también, entonces no habría tanta gente necesitada en el mundo. Se conseguiría bajar el nivel de delincuencia de forma significativa si todos arrimaran el hombro y presionaran a las instituciones... No sé, igual me equivoco, pero quiero intentarlo.

—Es cierto, y no creo que te equivoques para nada.

—¿Te unes a nosotros entonces en la clase? Hoy tenemos nuevos miembros, no serás la única, por si eso te ayuda a sentirte más cómoda.

—Qué va, creo que paso.

—No seas gallina, vamos...

—¿Gallina, yo? Vale, será divertido, dame ese kimono —dije de lo más picada.

—Entremos, pues.

Gavin me presentó a sus chicos y luego me indicó dónde había unos improvisados vestuarios, en el lugar que irían los definitivos en cuanto estuviesen terminados. Me entregó el kimono y se retiró para darme privacidad para que me cambiara.

Me vestí con el *judogi*, primero el pantalón blanco y luego la chaqueta. No sabía qué solapa iba encima de cuál, aunque recordaba haber oído en algún lugar que tenían un orden específico. Lo peor fue al llegar al cinturón. Recordaba que tenía que dar dos vueltas a la cintura, pero, cuando lo hacía, luego no lograba atarlo. Traté de ingeniármelas una y otra vez, pero no conseguía ponérmelo y anudarlo sin que quedase «raro». Finalmente, al ver que estaba tardando demasiado, opté por atarlo como pude y me dirigí hacia el tatami, que estaba dispuesto en medio del estudio donde me esperaba Gavin.

En cuanto me vio avanzar hacia su ubicación, sonrió, y esa sonrisa suya crecía y crecía conforme iba acercándome a él, tanto..., que me percaté de

que tenía que apretar los labios para reprimir una gran carcajada.

—Te sienta bien el kimono.

—Gracias —dije extrañada. ¿De qué se reía?

—Estamos a punto de empezar, puedes ponerte aquí —me indicó colocándome al lado de uno de los muchachos que formaban la fila frente a él.

Percibí cómo los chicos murmuraban algo, pero no me imaginé ni remotamente que yo fuera el motivo de sus comentarios. Miré a Gavin y lo pillé con una expresión más que divertida, y comprobé asimismo que los demás no dejaban de observarme.

—¿Ocurre algo? —pregunté finalmente.

—¿Eres un regalo? —repuso Gavin.

—¿Que si soy qué?

Los chicos comenzaron a murmurar algo de nuevo y a reírse. Yo no entendía nada, hasta que Gavin decidió sacarme al fin de dudas:

—Por el lazo que has hecho con el cinturón... Anda, ven, te lo pondré bien, que pareces un regalo de Navidad.

Tiró de mi cinto, todavía anudado, y, al hacerlo, me atrajo hacia sí. Me quedé literalmente pegada a su cuerpo y paralizada al sentir la dureza de su torso. En realidad, ambos lo hicimos, pero él recordó que teníamos público y reaccionó mejor que yo. Me desprendió de mi cinturón mientras yo sujetaba la parte de arriba del kimono porque acababa de recordar que no llevaba nada debajo. Gavin me observó diciendo:

—Lo primero es que la solapa izquierda va encima de la derecha, lo llevas al revés..., ¿puedo cambiártelo? —preguntó, y advertí lascivia en su rostro, sin importarle siquiera que la mirada de los demás estuviese concentrada en nosotros.

—Está bien, si no miras debajo... —le pedí excitada y avergonzada al mismo tiempo. El pulso se me disparó.

—Tranquila, te lo prometo —repuso con un coqueteo desvergonzado.

Gavin miró entonces hacia los chicos mientras montaba la solapa izquierda encima de la derecha, pero por un segundo se le escaparon los ojos hacia mi pecho. Se lamió los labios, el muy truhan, poniéndome en una

situación comprometida al provocarme con aquel gesto, y nada más y nada menos que con público.

—Bien, chicos, para los nuevos, os enseñaré cómo se pone el cinto para que no vuelva a haber errores.

»Levanta los brazos —me pidió entonces.

Yo no daba crédito al gesto obsceno con el que me miraba, mientras que, en milésimas de segundo, su rostro se tornaba pasmosamente serio al dirigirse a sus alumnos.

—Bien, Candela, primero lo pasamos por delante, por debajo del ombligo, es más cómodo a la hora de movernos, lo llevamos hacia atrás y volvemos hacia adelante —dijo describiendo cómo lo hacía mientras me tocaba provocándome aposta. Parecía disfrutar poniéndome en una situación comprometida delante de sus alumnos, yo reprimía mis ganas de abalanzarme sobre él, y tan sólo me lo prohibía la abundancia de público. Gavin continuó —: Metemos un extremo de esta forma y otro de esta otra, posteriormente lo atamos y ya estamos listos para comenzar.

—Gracias por avergonzarme, ponerme a mil y encima presentarme de ejemplo después... —murmuré sin que sus chicos me oyesen.

—De nada, dijimos que sería divertido, pero no para quién —sentenció Gavin de lo más malicioso—. Lo siento de veras, siempre cuento con imprevistos, pero con tu lazo no contaba hoy —me susurró al oído.

De repente noté un cambio en su forma de mirarme, una maravillosa combinación de ternura y atracción. Comencé a preguntarme si serían imaginaciones mías e intenté recordar si en el pasado me había mirado así antes, luego preferí pensar que estaba condicionada por mi aumento de temperatura y que eso me hacía ver y sentir cosas que no existían.

—Te voy a dar una colleja delante de tus alumnos.

—Ya quisieras. Tumar al profesor nada menos, ¿eh?, aspiras tú muy alto.

—No me provoques, que me conoces.

Gavin volvió a reírse.

—Bien, antes de comenzar cada clase, el saludo es lo más importante. ¿Le enseñáis a Candela cómo lo hacemos? Ella será hoy mi compañera de

ejercicios, así que ponte enfrente de mí para proceder al saludo.

Todos hicieron lo propio y se colocaron unos frente a los otros.

—Bien, Candy, mira a los chicos. Cuerpo recto, pies juntos, ya que separados indicarían posición de ataque o de defensa, ¿de acuerdo? Los brazos a lo largo del cuerpo; inclínate treinta grados hacia delante y mantén la postura unos segundos. Ya puedes volver a tu posición inicial.

—De momento es fácil.

—Este saludo se llama *tachi rei* o *ritsu rei*. Hay otros, como el que se hace al comienzo de una *kata* y se llama *za rei*, que es más protocolario que el saludo de pie, pero ya los irás conociendo.

Posteriormente me enseñó unas posturas y unas llaves que practicamos en grupo y por parejas, y después de unas cuantas volteretas y explicaciones, Gavin dio la clase por finalizada. Camino de los vestuarios, me dirigió el siguiente cumplido:

—Eres muy flexible y estás en forma, se te daría de lujo el judo. Podrías ser uno de mis alumnos más aventajados.

—Lo de flexible ya lo habías comprobado antes —le asesté juguetona—, pero... ¿estás de coña? Después de lo que me has avergonzado ahí dentro no volvería ni loca —le asesté riendo.

—Ya lo discutiremos —dijo, y se adentró en los vestuarios para cambiarse.

Yo hice lo mismo y posteriormente nos despedimos de los chicos.

Al salir caminando hacia el coche, Gavin me preguntó sin rodeos:

—¿Me invitas a pasar la noche en tu casa?

—Pues... ya que estamos en el norte, ¿por qué no nos quedamos en la tuya? Está más cerca, ¿no? Es un poco absurdo pegarnos un tremendo viaje ahora hasta el sur.

—Esto..., mi casa... —titubeó.

—¿Qué ocurre?

—Es que los chicos me han regalado un perro, concretamente, un presa canario, y no he podido educarlo. Es un poco violento y no quiero arriesgarme a que te haga nada.

—¿No me llevas a tu casa por culpa de un perro? —pregunté confundida.

—Entiéndelo.

—No lo entiendo..., pero si no se puede, qué se le va a hacer... —repuse más confundida aún, y me subí a su coche.

Cuando llegamos a mi apartamento continuaba dándole vueltas a la absurda excusa del perro y al hecho de que no quisiera llevarme a su casa. Dejé mi bolso y las llaves en la mesita de café del salón y me desplomé en el sofá.

—Estoy molida de tanto viajecito en coche del sur al norte, del norte al sur..., y todo por un estúpido perro.

—No quiero discutir contigo.

—Prefieres eludir el problema, ya veo.

—¿Qué problema hay? Estás exagerando, vamos, Candela —me pidió acucillándose delante de mí e implorando que dejara el tema con la mirada.

—Voy a ponerme algo cómodo —le anuncié levantándome y yendo hacia mi dormitorio, acompañada de mi decepción.

Gavin me siguió. Me deshice de la chaqueta y la colgué en la cinta andadora que había junto a mi cama mientras él no dejaba de observarme. Luego me desprendí de los pantalones y los colgué del mismo modo.

—Bonito perchero —bromeó.

—Ya ves lo práctica que soy, le he encontrado varios usos —dije mientras continuaba evitando su mirada.

—Eh, no discutamos, por favor —me pidió de nuevo cogiéndome de la mano.

—Y ¿qué propones que hagamos? —le pregunté con rencor.

Gavin me dedicó una mirada perversa y luego observó la cinta andadora.

—Si es que me lo pones en bandeja, mira que preguntarme qué hacer...

—Serás..., ¿y si no estoy de humor ahora mismo precisamente?

—Yo me encargaré de que lo estés —repuso, y tiró de mí hasta que acabé pegada a su cuerpo mientras me dedicaba esa mirada oscura y penetrante y buscaba mi boca manteniéndome atrapada con firmeza entre sus brazos, como si fuese a escaparme.

Fue sentir su cuerpo pegado al mío, su exclusivo aroma, y ser consciente de que estaba perdida. Siempre ganaba él, y lo odiaba. El poder que tenía

sobre mí era tal que ni yo misma lo entendía, aun así, era incapaz de luchar contra él.

—Bésame, lo deseas tanto como yo —me pidió, y lo hice, vaya si lo hice.

Gavin siguió desnudándose con celeridad mientras no dejaba de besarme ni para tomar aliento. Luego me empujó sobre la cama y se situó encima de mí.

—Te dije que no me gusta hacerlo en la cama.

—Y ¿quién te ha dicho que vayamos a hacerlo sobre ella?

—¿Qué? —pregunté confusa.

—Chiss —me indicó, y entonces regresaron sus besos abrasadores.

Yo lo desvestí también a él y, cuando acabé, me cogió en brazos y me depositó sobre la cinta andadora. Me estaba preguntando qué pretendía, y mi curiosidad enardeció más aún si cabe mi excitación.

—Agárrate a la barra delantera —me pidió—, porque voy a hacer que te retuerzas como una serpiente endemoniada, créeme.

A continuación, Gavin pasó mis piernas por encima de sus hombros y hundió la cabeza entre ellas. Se empleó a fondo en darme placer, lamiendo y succionando, mordisqueando incluso, hasta que creí estar a punto de estallar. Ni siquiera me di cuenta de que mi cuerpo estaba suspendido en el aire, con mis muslos sobre sus hombros y los brazos en tensión mientras me aferraba a la barra de la cinta de correr, temblando y retorciéndome libremente.

—Estás a punto, ¿verdad? —me preguntó.

—Sí.

—Pues no te corras aún.

—¡¿Qué?! —exclamé incrédula. No podía hacerme eso... ¿O sí?

Entonces bajó mis piernas de sus hombros dejándome sobre la cinta y se colocó encima.

—Quiero sentirte temblar estando dentro de ti.

Me estremecí con tan sólo un par de acometidas, pero, claro, estaba condicionada por el modo en que había manipulado antes mi sexo con la boca, y me dejé ir experimentando un prodigioso orgasmo.

Gavin paró de moverse sin salirse de mí, esperando, contemplándome, él no había terminado. Esperó y esperó estudiando mi rostro satisfecho, plácido,

relajado.

—¿Cómo estás? ¿Puedes continuar o, ya que has terminado, ahora me darás la patada?

Me eché a reír y lo miré como si lo estuviese pensando verdaderamente, haciéndolo sufrir, con él dentro de mí todavía. Después de hacerlo padecer durante unos instantes, en vez de responder, atraje hacia mí su perfecto y duro trasero y lo empujé contra mi pelvis, logrando que se hundiese más en mi interior.

—Oh, Dios mío..., aún siento descargas por todo mi cuerpo —dije.

—Tranquila, puedo esperar.

—Ni lo sueñes —le espeté, y me retorcí debajo de él incitándolo a moverse también.

Gavin retomó la danza complacido, pero si quería llegar al clímax así no lo iba a conseguir.

—Estás demasiado húmeda, no puedo...

—Culpa tuya —dije traviesa—. ¿Qué propones? ¿Qué necesitas? ¿Mi boca?

—No —replicó, y me cogió por la cintura y me trasladó a la cama—. Date la vuelta.

—Entiendo..., pero en la cama no.

—Otra vez esa manía tuya de que en la cama no... ¿Te vuelvo a pedir que no discutamos? Por favor...

—Está bien.

Me atrajo entonces hacia él y elevó mi trasero hasta conseguir la altura perfecta para el acople. Me acarició la espalda, sujetó mis caderas y yo lo busqué como pude intentando pegarme más a él, precipitándome y siendo incluso brusca.

—Despacio, sin prisas, no vayas a hacerte daño.

—Con la erección que tienes, ¿tú pides calma?

—Quiero que esto sea placentero para ambos, no quiero precipitarme.

Hundió un poco más su pene y luego retrocedió. A continuación, volvió a hundirse, un poco más esta vez, hasta la mitad.

—En esta postura hasta yo la siento más.

—Por eso, está más apretada... Oh, Dios, tanto... —En cuanto terminó de pronunciar la frase, la introdujo del todo.

—¡Dios mío...! —exclamé y me relamí de placer.

—Has vuelto a decir la palabra mágica —indicó divertido.

—No es cierto.

—Sí lo es —gruñó a la vez que me propinaba una embestida hasta el fondo de mis extrañas.

—Lo que tú digas, pero no pares, ahora no, Dios mío...

—Has vuelto a hacerlo...

Al ver que yo volvía a disfrutar, continuó con embestidas firmes, calculando el tiempo para volver a llevarme al éxtasis, o al menos intentarlo.

Las acometidas subieron de intensidad, tanto, que eran casi violentas. Me sorprendió el placer inimaginable que se apoderaba de mí de nuevo, y una acompasada sinfonía llenó la habitación, unos gemidos que iban a la par, ambos sudorosos, hasta que contraí de tal modo los músculos de mi sexo que Gavin no pudo evitar estallar. Soltó un gruñido abrupto al tiempo que yo gritaba de placer y me dejaba ir cayendo hacia delante, deslizándome sobre la cama, con él desplomándose también encima de mí.

Cuando recuperamos la respiración, Gavin se apostó a mi lado quitándose de encima con delicadeza.

—Estoy muerta, entre el viaje y esto... —comenté—. Eres una mala influencia.

—Yo estoy agotado también. Tú sí que vas a acabar conmigo...

Me sonrió dulcemente y yo le respondí del mismo modo, era imposible no hacerlo.

—Necesito descansar.

—Y yo —dijo tapándose con la sábana y el nórdico.

Yo lo imité y entonces él me besó diciendo:

—No sabes cuánto me alegro de que me hayas dejado quedarme en tu casa y de que me dejes compartir tu cama contigo.

—Haces lo que quieres conmigo —dije con una mirada de adoración. Lo cierto es que lo adoraba, tal vez demasiado.

—Y te encanta —replicó él.

—Y me encanta —confesé.

—Mañana tengo que madrugar. Debo pasarme por el centro antes de ir a trabajar. Intentaré no despertarte; tendré que salir antes de las seis si quiero llegar a tiempo.

—Si nos hubiésemos quedado en el norte, no tendrías que madrugar para que te diera tiempo a cruzar toda la isla para llegar a la hora a tus compromisos.

—Lo sé, pero ya habrá tiempo para eso.

—¿Cuándo?

—Pronto —se limitó a decir mientras me besaba en la frente.

No quería seguir con el tema y arriesgarme a terminar discutiendo, así que opté por echarme a dormir.

—Buenas noches..., Gavin.

—Buenas noches, mi dulce arpía —me susurró al oído, aferrado a mi cuerpo de costado.

PARTE METEOROLÓGICO 9

CON LO QUE TRAIGA LA

MAREA, CON LO QUE PIDA EL

CORAZÓN

Ese jueves me levanté experimentando unas molestias abdominales insoportables. Hasta me alegré de que Gavin se hubiese marchado antes de verme así. Me tomé un par de analgésicos, pero fue peor, pues provocaron que saliese disparada hacia el baño a arrojar hasta la primera papilla. Dios..., cuando me acerqué al lavabo a refrescarme la cara y contemplé mi rostro en el espejo..., di un brinco del susto que me causó mi propio reflejo. Estaba horrible. Luego me entraron unas ganas de evacuar tan urgentes que di gracias al cielo de estar en el mismo baño o no habría llegado a tiempo. Entonces comencé a atar cabos: el restaurante, el sabor extraño de las lapas, las molestias, las náuseas..., por no mencionar que no habría sido mala idea ponerme un tapón en el culo. Estaba hecha un asco, era la gastroenteritis más engorrosa que había pillado hasta la fecha, por lo que no me quedó más remedio que llamar a Jaime para decirle que me era imposible ir a trabajar.

Desconocía si era saludable o no tomar cafeína en mi estado, pero no podía pasar sin mi primer café de la mañana. Cuando me lo estaba tomando, sonó el timbre del portero automático: era un repartidor que había venido a entregarme un centro de rosas tan alto como yo. Mis ojos brillaban más que

nunca, ilusionada porque en la tarjeta viniese el nombre de Gavin, pero no fue así. Jurgen regresaba a Alemania ese fin de semana y, por lo visto, quería invitar a sus amigos a un club para tomar algo y pasar un buen rato. Al parecer, me incluía a mí, o, al menos, eso decía la tarjeta. El vikingo con el que había intentado liarme mi madre tenía una forma un poco estrambótica de invitarme, pero viendo aquellas flores era difícil decir que no. Aun así, pensé consultarlo con Mayte antes de confirmarle que iría. Me pregunté qué le habría enviado a Mayte: si a mí, que era sólo una amiga, me había mandado aquel montón de rosas, ¿qué diablos le habría enviado a ella? Coloqué el inmenso centro en el medio de mi salón, la verdad es que no tenía mucho más espacio donde ponerlo, y me tiré sobre el sofá.

Cogí el mando de la tele y zapeé hasta el aburrimiento, luego intenté dormir un rato sin lograrlo tampoco. Presentía que aquél iba a ser un día para meter en el cajón con la etiqueta de olvidar para siempre, uno de mis más tediosos hasta la fecha. Para colmo, un insolente gorrión se había encariñado con mi terraza, y me tenía hasta donde la pelvis pierde su nombre de su canturreo permanente. Salí al balcón para intentar espantarlo, y cuál fue mi sorpresa cuando me percaté de que no estaba de visita, sino que había anidado allí, en el tejadillo de mi terraza, y hasta había huevos en su nido. Perfecto, un inquilino okupa, y de lo más ruidoso, para poner la guinda a mi día.

Más tarde, sin embargo, recibí una llamada inesperada que tal vez haría cambiar el rumbo de la jornada. Cogí el teléfono y me saludó una voz deliciosa e inesperada:

—Hola, estoy llegando a tu casa. Jaime me ha dicho que hoy no ibas a trabajar.

Quería morirme, no podía verme en aquel estado, estaba horrorosa.

—Gavin, lo siento, hoy no va a poder ser.

—¿Ocupada?

—No es eso, es que no me encuentro bien. Así que ve olvidándote de..., ya sabes.

—¿De qué? ¿Qué intentas decirme? ¿Que estás con el período? Puedes decirlo abiertamente, creo que hay un nivel de confianza que...

Lo interrumpí:

—No es eso, no me encuentro bien, de veras.

Y se hizo un silencio a través de la línea telefónica. Poco después, Gavin me preguntó:

—¿Estás mala y... sola?

—Sí.

—¿Quieres compañía? Venga, no me digas que no, yo cuidaré de ti.

—Te he dicho que hoy no puedo, no vamos a acostarnos, Gavin, no podría... aunque quisiera.

—Te estoy ofreciendo mi compañía, no sexo. He grabado mi sección ya y no me apetece que estés sola, vamos.

—Ni lo sueñes. ¿Sabes cuando uno se encuentra mal y todos te dicen que estás pálido? Pues yo no; es peor, estoy verde como un sapo.

—Eso no me lo pierdo, ¿has desayunado ya? Si no es así, puedo pillar algo de camino.

—Dios..., no me hables de comida —repliqué y, en cuanto terminé la frase, vomité y recé porque él no lo hubiese oído al otro lado del teléfono.

—¿Qué coño ha sido eso? ¿Estás vomitando? ¿Problemas gastrointestinales? ¿Eso te pasa?

—Oh, Dios... ¿De verdad quieres saber los detalles? Sospecho que fueron las lapas de la comida de ayer con mi madre... En parte la culpa es tuya, porque fuiste tú quien eligió el restaurante. Mi madre está igual..., me acaba de llamar para decírmelo...

—Bueno, compraré unas bebidas isotónicas y ya se me ocurrirá algo más.

—Gavin, ni se te ocurra venir, de veras, ¡no pienso abrirte estando así!

—Sí lo haré, y más ahora, sabiendo que soy yo el culpable. Tardaré unos veinte minutos contando el rodeo que tengo que dar para comprar algunas cosas. Hasta ahora, sapo verde —se limitó a decir, y me colgó.

Marqué su número de nuevo para hacerle desistir, pero no descolgó. Veinte minutos después ya estaba en mi mismísima puerta. Fui a abrir resignada y lo vi en el rellano con unas pequeñas bolsas en las manos.

—No necesito que cuiden de mí. Y menos tú, hoy no estoy disponible..., ¿de acuerdo? Así que ve a divertirte por ahí.

Pero él no hizo caso y entró en mi piso como si nada, caminando hasta la cocina para dejar las bolsas mientras me decía:

—En tu estado, no pienso hacerte caso. Además, prefiero estar aquí contigo y aguantar tu mal humor a estar por ahí divirtiéndome como tú dices, ¿te queda claro? ¿Así que tu madre está igual?

—Sí, pero si supiera realmente cómo me encuentro, vendría corriendo aun sin poder como si me pasase algo peor. Da igual, oye, ¿se puede saber cuándo vas a abandonar esa costumbre tuya de venir cuando te venga en gana y de hacer caso omiso de lo que yo quiera?

Pero Gavin volvió a ignorarme aposta.

—Estás... horrorosa..., y es verdad, hasta tienes una tonalidad verdusca.

—Eres muy bueno dando ánimos, ¿te lo han dicho alguna vez? Podrías habértelo callado —le recriminé desanimada.

—Las mujeres siempre os quejáis de que no somos sinceros, y, cuando lo somos, os quejáis también. En fin, por algo sois mujeres... ¿Seguro que no tienes el período? —repuso, y dejó las bolsas encima de la mesa.

—¿Te recuerdo cómo son mis collejas?

—Me encanta picarte. Y lo más divertido es que siempre caes. Sabes que sólo bromeaba y que no soy un machista de esos.

—Ya..., en fin, como no te vas a ir..., dime, ¿qué has traído? —pregunté hurgando en las bolsas y sacando unas botellas.

—Esas bebidas te ayudarán.

Luego cogí un pequeño frasco que parecía ser de una farmacia y, mientras lo miraba, él me aclaró:

—Eso es para que dejes de tener náuseas.

—Vaya, vienes preparado, así te evitas el riesgo de que te vomite encima... Igual te contagio algo también, ¿no lo has pensado?

—¿El qué? ¿Tu gastroenteritis o tu mal humor? ¿Ha vuelto mi arpía?

—Estás comenzando a hacer que me replantee el hecho de que te quedes —le indiqué asesinándolo con la mirada, y luego continué fisgando en las bolsas—. Y ¿esto qué es? ¿Sales del mar Muerto?

—Tú haz lo que te digo y te sentirás como en un *spa*.

—¿*Spa*? ¿Qué tienes pensado?

—Intentar que te relajes y olvides tu malestar. Tómate el jarabe mientras te preparo un buen baño. Estás sudada y horrible, lo necesitas.

—Pero...

Gavin hizo caso omiso y se encaminó al baño.

Yo miraba la puerta cerrada con cara de incredulidad mientras oía el murmullo del agua. ¿De veras me estaba preparando un baño? Leí el prospecto del medicamento mientras dudaba si tomármelo o no. Al final opté por hacerlo, suponiendo que, dado mi estado, nada podía hacer que empeorara más.

Gavin abrió la puerta unos minutos después. Mi cara era una máscara de pura incredulidad cuando contemplé las velas encendidas en el baño, la bañera a rebosar y un olor relajante que procedía del mismo. Sin embargo, en vez de sentirme complacida, me sentí incómoda e imaginando que, si había encontrado las velas, a saber con qué más se habría topado.

—Señorita... —dijo señalándome la bañera.

—Estás loco, Gavin.

—Espera, falta algo —y cogió su iPhone.

Comenzó a teclear hasta que encontró lo que buscaba, posteriormente lo colocó con cuidado en un lateral del lavabo y de pronto empezó a sonar la canción *Imagina*, de Efecto Pasillo.

—Creo que no falta nada más, he puesto el resto de las canciones de forma aleatoria. Iré a por una copa mientras tú te sumerges en el agua.

Ni pestañeeé, no podía, estaba sorprendida por aquel gesto y no entendía por qué se tomaba tantas molestias conmigo. Me quedé inmóvil en la puerta del baño asimilando la situación.

Gavin se volvió y me preguntó al verme allí parada:

—¿Tengo que meterte también yo en la bañera?

—Vale, ya voy —respondí, y me dirigí al interior del baño.

Él me siguió y se quedó quieto mirándome.

—Levanta los brazos —me pidió mientras me ayudaba a desprenderme de mi jersey con delicadeza.

—¿Ves como necesitas que cuiden de ti? Y pienso encargarme de ello... encarecidamente.

—Con una madre tengo suficiente... Anda, sal del baño antes de que me arrepienta de haberte dejado entrar.

Gavin salió mientras yo terminaba de desprenderme de mi ropa y me sumergía en el agua de la bañera como él me había pedido. Un momento después, regresó con una copa en una mano y un vaso en la otra.

—Me he puesto una copa para mí, y para ti tu bebida isotónica, ten —y se sentó en el borde de la bañera—. Por cierto, ¿y esas flores? O has hecho muy feliz a alguien que tiene un gigantesco jardín de rosas o... —observó.

—¿O qué? Son de Jurgen. Por lo visto, quiere invitarnos a un club para despedirse de nosotros.

—Pues a mí sólo me ha enviado un cutre wasap.

—¿Celoso? Si quieres, comparto mis flores contigo.

—Muy graciosa... Es sólo que me llama la atención que para invitarte tenga que mandarte flores.

—No estarás celoso, ¿no?

—No, qué va —contestó revolviendo el agua de la bañera con los dedos para evitar mi mirada. No sabía mentir, al menos a mí—. ¿Mejor?

—La verdad es que sí —contesté, y hasta bebí un poco del vaso—. Dime, Gavin, todas estas atenciones tuyas..., ¿tendré que pagártelas con unos cuantos favores sexuales?

—Eso espero —bromeó dedicándome una sonrisa perversa.

—Sé sincero, ¿no tienes mejores planes que aguantar a una enferma?

—¿Sincero? He venido para acelerar tu proceso de curación y así poder probar todas las posturas posibles por todo tu apartamento.

En cuanto terminó la frase, ruborizada hasta las orejas, me sumergí por completo en el agua. Pero él me sujetó por un brazo y me hizo salir a flote de nuevo.

—¡Eh! Quiero que te recuperes, no que te ahogues, ¿de acuerdo?

Me retiré unos mechones de pelo de la cara mientras escupía agua y le preguntaba:

—¿Posturas?

—Todas las que se me ocurran.

Gavin no apartaba sus ojos de mí, pero yo me preguntaba cómo podía

mirarme de ese modo estando verde y sudorosa. Entonces, sin dejar de clavarme la mirada, comenzó a acariciarme por debajo del agua... la parte exterior del muslo, subiendo por la cadera, continuando por mi vientre, y luego a la inversa... Su mano empezó a deslizarse hacia el sur peligrosamente, y mi pulso se disparó tanto como mi excitación.

—Como sigas así, creo que tu idea de que me relaje se va a ir por el desagüe...

—Lo siento, es que me vuelves loco, ¿sabes? No dejo de pensar en ti cuando estoy en cualquier otro maldito sitio que no sea tu apartamento.

—Gavin, yo... De veras que hoy no estoy en condiciones... —logré decir con dificultad.

Entonces se incorporó de repente y comenzó a caminar de un lado a otro como un perturbado.

—Lo sé, sé que hoy..., en fin... Es que nunca me he sentido tan atraído por una mujer hasta tal extremo..., ni me he sentido tan... dependiente. No sabes lo desgraciado que me siento cuando debo marcharme de tu casa cada vez que te dejo o cuando imagino siquiera que no volveré a verte.... Y a tocarte.

—Por favor, Gavin... Un día me pediste que sólo viviera el presente, así que no me mortifiques más.... ¿Consideras que es fácil para mí? ¿O pretendes volverme loca?

—¿Crees que lo hago a propósito?

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que lo dejes todo por mí? En Estados Unidos eres todo un triunfador, no voy a pedirte que renuncies a todo por un puesto en una tele local donde el sueldo es hasta un insulto para alguien como tú. No me lo perdonaría ni tú tampoco lo harías, con el tiempo, te arrepentirías de haberlo hecho y no puedo vivir con eso en mi conciencia, por más que desee que nunca te vayas. Cuando te dices cuenta de tu error, todo se acabaría entre nosotros.

—¿Y si mis prioridades han cambiado? Si te digo que tú te has convertido en la mayor de ellas...

—Te irás, así que... esta conversación no tiene ningún sentido.

Me dolía muchísimo hablar de ello, así que prefería intentar evitarlo a

toda costa.

—¿Sabes? Te escucho y desearía odiarte en estos momentos, poner tierra de por medio para siempre cuanto antes. Pero soy incapaz y eso me enfurece como nada... ¡A veces incluso desearía no haberte conocido...! ¡Me voy a volver loco!

—Gavin..., por favor. Esta conversación no nos va a llevar a ningún sitio —repetí.

—De acuerdo, pues haré algo mejor que hablar —anunció.

Acto seguido, se quitó los zapatos y el cinturón y, ante mi atónita mirada, se metió en la bañera con los pantalones y la camisa puestos.

—Estás loco.

—Por tu culpa, me estoy volviendo loco y sólo tú eres la responsable.

Volví a ruborizarme y flexioné las rodillas elevándolas para que él cupiese mejor en la bañera.

—Sí, has perdido la cordura, literalmente. Pero, aunque tus neuronas no funcionen como antes, menos mal que mi secadora sí... Dame tu ropa, anda.

Pero Gavin me llevó la contraria una vez más, me rodeó las rodillas con los brazos y apoyó la cabeza en ellas murmurando con la voz quebrada:

—Ni hablar, no pienso salir de esta bañera.

—¿Por qué?

—Porque necesito esto..., sentirte, estar contigo, que lo entiendas de una puñetera vez y que reconozcas que a ti te pasa lo mismo, y me pidas que me quede... contigo.

—Lo que entiendo... es que... todo se ha descontrolado. Admitir que siento algo no cambiará nada, no me da derecho a hacerte elegir entre tu exitosa vida en Estados Unidos y yo, no puedo hacerte eso —me lamenté mientras le acariciaba el pelo.

Él permanecía aún aferrado a mis piernas, con la cabeza apoyada allí.

—Candela..., yo... tengo algunos secretos.

—Y ¿quién no los tiene?

—No lo entiendes..., me siento en el deber de contarte algo sobre mí.

—No me debes nada. Nos divertimos, yo no te juzgo y tú a mí tampoco.

—Me odiarás cuando lo sepas, pero tengo que contarte algo sobre mi

madre.

—Pues no me lo cuentes para que no pueda odiarte.

No obstante, luego me quedé pensativa.

—¿Tan terrible es?

—Espero que... no lo consideres así.

—¿Es proxeneta o trafica con armas? ¿Ha matado a alguien? ¿Le has hablado de mí y ya me odia sin conocerme?

—Tampoco es eso.

—Entonces, sea lo que sea, puedo vivir sin saberlo, seguro que no es tan terrible.

Gavin por fin levantó la cabeza de mis rodillas.

—Pero...

—Pero nada... ¿Te has visto? Tu cara de amargura..., quiero que estemos bien cuando estamos juntos, no lo estropees sintiendo que me debes nada. La mayoría de nosotros malgastamos nuestro precioso tiempo en desperdiciarlo con lamentos y reproches. La vida es corta, tú y yo lo pasamos bien, nos divertimos..., aprovechemos eso, no lo estropees, por favor, es de una de las pocas cosas buenas de las que puedo disfrutar. Me gusta estar contigo, no lo compliquemos, no me arrebatas eso. Me pediste que viviese el presente y es lo que intento hacer, así que no quiero explicaciones, no quiero.

—Pues comportémonos como gente normal entonces: ven a Chicago conmigo unos días, me desviviré porque sea un viaje inolvidable para ti, te lo prometo, sólo tú y yo..., diversión sin responsabilidades ni explicaciones, disfrutemos, la vida es corta, como tú dices, sigue tus propios consejos. Ya decidiremos en un futuro qué hacer para seguir con esto —me pidió al tiempo que me lo imploraba con la mirada.

—Todo acabará con una relación a distancia, éstas no duran. Ni siquiera estamos hablando de que regresas a Madrid, te vas mucho más lejos, a Chicago, por Dios... Necesito salir de la bañera —indicué ofuscada mientras salía del agua evitando el debate.

Me puse un albornoz y hui del baño. Gavin continuaba en el agua, guardándose mil cosas después de que yo hubiera eludido la conversación. Al rato, regresé con una muda en la mano.

—Es de mi hermano Airam: te servirá mientras seco tu ropa.

—¿De tu hermano?

—Vino en Navidades a pasar unos días y, como no pudimos pasar juntos San Juan el año pasado, terminamos haciendo nuestra particular hoguera en la playa de enfrente, así que no tuvo más remedio que cambiarse en mi casa por la mañana. Está lavada, por si eso te preocupa —lo informé sin apenas mirarlo.

No podía entrar en sus planes de futuro, aunque fuera lo que más deseara.

—Dame esa muda —me pidió con la voz quebrada, defraudado, evitando también mi mirada.

Se la entregué agachando la cabeza.

—Lo siento —dije. No podía ni mirarlo.

Gavin aceptó la ropa y luego salí del baño.

Lo esperé de pie junto al gran ventanal de mi terraza, mirando al mar, meditando, mientras él se cambiaba, adónde podría llevarnos todo aquello. Cuando terminó, se colocó delante de mí y se me quedó mirando durante un rato. A continuación, me entregó su ropa mojada.

—La meteré en la secadora —balbuceé, aunque me quedé inmóvil frente a él sin poder mirarlo a los ojos, sintiéndome culpable.

Gavin cogió mis manos bajo la ropa mojada que yo sostenía, buscó un gesto de complicidad en mí, algo que le restara gravedad a aquella conversación, y con una actitud dulce pidió:

—Candela..., por favor...

—No quiero una relación a distancia, ya me cuesta tener una normal..., no lo soportaría —dije evitando el contacto con sus manos. Era sentirlo y me desarmaba, casi no podía ni reaccionar.

Las miradas dijeron más que las palabras y una comprensión silenciosa se instauró entre ambos. El hecho de que estuviese implicada emocionalmente con él no significaba que fuese a aceptarlo ni a cambiar los criterios de nuestra relación. Él en Estados Unidos y yo en Tenerife..., era absurdo, aparte de doloroso, aunque ni yo misma sabía cómo iba a vivir sin él.

—No me hagas esto de nuevo... —rogué—. Por favor, Gavin —le supliqué, y por fin pude moverme hacia la secadora, escapando de su

hipnótica mirada y recuperando mis capacidades motoras. Metí la ropa dentro y la conecté.

Él dejó escapar un hondo suspiro de resignación y decepción.

—Será mejor que me vaya.

Nuestra historia parecía estar tocando a su fin. Mientras veía cómo se marchaba, una intensa angustia se apoderó de mí, y un dolor punzante en el pecho que apenas me dejaba respirar me desbordó. Y antes de que alcanzara la puerta exclamé:

—¡Gavin...!

—Dime, Candy... —contestó con tono de derrota.

—¿Ya no me llamas Candela? ¿Eso significa que... estamos cortando? — pregunté con el corazón encogido. Jamás había temido tanto una respuesta.

—Creo que es lo que has decidido tú.

Deseaba estar soñando, que aquella conversación no fuese más que una pesadilla, algo irreal, y en mi ofuscación y mi desesperación pronuncié:

—No... quiero eso.

—Y ¿qué quieres, entonces?

—Que no te vayas.

—¿Estás dispuesta a reconocer que tenemos una conexión más allá del sexo y... que sientes lo mismo que yo?

—Y ¿qué sentido tendría? Si viviésemos en la misma ciudad, puede...

—Eso son minucias..., no me has contestado.

—Me aterra... decirlo.

—Al menos, ya has reconocido algo.

—Quédate..., por favor —supliqué.

Él permanecía inmóvil mirándome, al menos no se marchaba, y a cada segundo yo albergaba más esperanzas de que así fuera. De repente vino hacia mí y, sin mediar palabra, su boca me asaltó, su cuerpo duro y firme sitiándome contra la pared que separaba el salón de mi habitación. Metió la mano bajo mi albornoz y recorrió mi torso hasta que sus manos se desplazaron a mi espalda, apretándome contra él.

—En tu estado..., ¿te ves en condiciones de mantener una buena sesión de sexo? —me preguntó con voz ronca y seductora, tanto, que sólo pude

responder de una forma.

—Si es contigo, unas tres o cuatro al menos. —Mi voz era entrecortada mientras sentía su cuerpo apretado contra el mío.

Deseaba permanecer así siempre, y me aferraba a él cada vez más, como si quisiera retenerlo por toda la eternidad.

—¿Te importa si te vendo los ojos?

Vacilé, pero en el estado en que me había puesto era impensable no acceder a casi cualquier cosa.

—No me importa.

Me cogió en brazos y me llevó hasta el dormitorio. Una vez allí, me tendió en la cama y se dispuso sobre mí.

—Qué pena no disponer de más recursos aquí —se quejó.

—¿Como qué?

—Chist —me acalló poniendo su dedo índice sobre mi boca.

Acto seguido, utilizó una toalla para vendarme los ojos, asegurando los extremos de ésta bajo mi nuca para cerciorarse de que no veía absolutamente nada.

Comenzó a besarme, a tocarme... Su tacto me desbordaba, un ligero roce era como una pequeña descarga eléctrica. Al tener los ojos vendados, el resto de mis sentidos se aguzaron, su lengua jugando con la mía. Gavin deslizó sus uñas por mis costillas y mis pechos, y mi abdomen se tensó de inmediato.

—No te muevas —me pidió, y oí cómo se levantaba de la cama.

Me pareció que abría la puerta del frigorífico, y me tensé de nuevo, pero esta vez por la emoción y el desconcierto de no saber qué se proponía. El juego era de lo más estimulante. Regresó a la cama y me separó las piernas para colocarse justo en medio.

Sentí en mi cuello su boca helada, que fue deslizándose por mi torso, y algo que se humedecía cada vez más al contacto con mi piel. Había cogido un cubito de hielo del congelador y lo estaba utilizando para provocarme aquellas sensaciones.

—Si te disgusta, paro.

—No, por favor.

Cuando llegó a mi abdomen, solté un gemido. Luego se reclinó, lamió

toda el agua derretida y repitió la operación, por mis piernas, mi torso y el resto de mi cuerpo. La sensación de pasar del frío a los mimos y al calor de su lengua era un dulce tormento. Notaba en mi propia piel cómo el hielo se derretía y que apenas quedaba un trozo minúsculo. Antes de que se deshiciera, Gavin lo llevó con la boca hasta mi sexo. Me tensé al notar el frío, pero reprimí un quejido en mi garganta, deseosa de que hiciese lo mismo que con mi piel, de que calentara la zona nuevamente con su maravillosa y generosa boca, y no tardó.

Gavin aprisionó mi clítoris con un beso abrasador. Yo necesitaba retorcerme de placer, pero me había pedido que no lo hiciera y deseaba complacerlo tanto como él me estaba complaciendo a mí. Después, lamió, succionó, besó e invitó a dos amigos a la fiesta, sus dedos índice y corazón, que introdujo en mi interior sin contemplaciones y sin dejar de moverlos. Yo necesitaba retorcerme cada vez más de algún modo. Gavin los retiró y, con la palma de la mano, apretó todo mi sexo mientras se daba un festín con mis pechos; regresó a mi sexo y se esmeró, dejando los lametones para pasar a succionar mi clítoris, y de qué forma.

Yo quería disfrutar de todo aquello, pero su partida no dejaba de atormentarme ni aun estando a punto de experimentar un orgasmo. Debía disfrutar del tiempo del que disponíamos, pero luego ¿qué?, me repetía. Me parecía una pésima idea complicarme con un hombre que estaba a punto de marcharse y, en medio de mi caos mental, lo solté a bocajarro.

—¿Cómo he llegado a acostarme contigo de nuevo? —pregunté con su cabeza todavía entre mis piernas.

—¿Porque no tenemos nada más interesante que hacer ambos? —bromeó.

Aun así, me sentó mal y me sentí como un pasatiempo pasajero. No deseaba que me afectase, pero lo hizo irremediablemente.

—O sea, me estás diciendo que te acuestas conmigo... ¿por falta de algo mejor que hacer?

—Claro que no, tan sólo te seguía la broma —argumentó, y continuó procurándome placer.

—¡Oh, Dios..., oh, Dios mío...! —comencé a exclamar casi sin ser consciente de ello.

Abandonada y totalmente centrada en el placer que estaba recibiendo, me temblaban las piernas. Estaba mareada, e incluso llegué a temer que el orgasmo que se anunciaba me superara.

Pero entonces Gavin dejó de mimar mi sexo y exclamó divertido:

—Ya regresó la religiosa.

La bromita estuvo a punto de cortarme el rollo, y casi le ordené:

—Deja de hablar y sigue usando tu boca ahí abajo, por favor. Ahora no pares, ahora no.

—Qué rica estás, me encanta tu coño...

Su atrevimiento llegó a sonrojarme, y solté:

—Halaaa, ¡serás malhablado!

—No te preocupes, cuando acabemos, si quieres, visito un confesionario, doña re-li-gio-sa —repuso, y selló la frase succionando mi clítoris entre sus carnosos labios.

Mi cara, totalmente desencajada, era todo un poema.

—Por favor, te quiero a ti dentro, no aguanto más.

—No —replicó, y paró en seco como si nada.

En aquellos momentos quise matarlo, descuartizarlo y tirar sus pedazos al mar. En pleno prelude de mi orgasmo, y va y se queda inmóvil, mirándome apoyado entre mis piernas como si tal cosa.

—Pero ¿qué crees que haces?

—¿Yo? ¿Qué crees que haces tú? ¿Esto qué es?, ¿una clase práctica? Con tus indicaciones..., y venga a mandar..., que me calle, que si soy malhablado..., le quitas todo el encanto, morena.

—Has dicho que no teníamos nada mejor que hacer, ¿no? Todo se reduce a eso. Por descarte... Así que perdona que sea práctica —repuse. Hablaba mi rencor por su vuelta a su país y no yo. Ni siquiera estaba enfadada por el comentario, pero su partida me estaba volviendo completamente loca.

Gavin parecía ofendido, era frustrante, sobre todo porque las mujeres somos las que cargamos con el lastre de que somos incomprensibles.

—No lo he dicho en serio, Candela, y lo sabes.

Y nos quedamos en silencio, mirándonos. No sé en qué pensaba él, pero yo analizaba todo lo sucedido desde que había entrado en mi habitación

intentando encontrarle sentido a aquella ridícula discusión y a mi pésimo comportamiento. Entonces comencé a reírme como una posea.

—Y ¿ahora qué ocurre?

—Que estamos para que nos echen de comer aparte. Debemos de ser las únicas personas en el mundo que discuten mientras están practicando sexo... ¿Quién discute mientras lo hace?

—Eres una mujer de lo más complicada..., menos mal que me encantan los retos.

—¿Dejamos de discutir?

—Bien, jefa, al lío entonces. Nunca he dejado nada a medias y ésta no va a ser la primera vez.

Gavin volvió a usar sus magistrales dedos dentro de mí mientras acallaba cada jadeo y cada gemido mío con su boca, hasta que el calor estalló en mi interior. Cuando recobré la cordura, medité acerca de todo y me embargó un sentimiento de culpa. Mi semblante cambió, y él se dio cuenta.

—¿Tan malo ha sido?

—No, es que... acabo de caer en la cuenta de que..., en realidad, sí soy una arpía y apenas me ha importado nunca lo que piensen los demás. Pero ahora sí, para mí es importante tu opinión, y yo no hago más que comportarme como una loca.

—Jamás he pensado eso de ti.

—No lo digas para hacerme sentir mejor, por favor.

—Qué tonta eres... Está bien, tendré que demostrártelo si no me crees.

Me miró con ese brillo que adoraba y me besó una y otra vez. Luego comenzó de nuevo con nuestro ritual divino; me contuve y no dije palabra para no pifiarla otra vez. No quería poner nada en peligro en lo referente a Gavin, por lo que intentaba contenerme. Aunque la idea de su marcha no dejaba de mortificarme, de momento el deseo iba ganando la batalla, y contemplar su mirada feroz sobre mi cuerpo me distraía de mis quebrantos. Se había dispuesto sobre mí para el acoplamiento, pero, aparte de jugar conmigo, a Gavin le encantaba despertar mi impaciencia, y en vez de penetrarme se dedicó a rozar la parte externa de mi sexo con su pene una y otra vez mientras contemplaba mi cara ansiosa porque lo hiciese de forma

inmediata. Me pregunté cómo podía aguantar con una erección que mantenía desde que había entrado en mi dormitorio sin que lo consumieran las ganas de comenzar a follarme como un loco.

—Ya está bien... Aunque lo merezca, deja de torturarme por favor — supliqué apretando su trasero y empujando así su pelvis contra la mía.

El acople fue perfecto, y mi agonía por fin desapareció. Por fin comenzó a embestirme, con suavidad y a un ritmo lento. Empezaba a portarse como el amante perfecto, sin torturas para impacientarme. Pero los juegucitos previos tuvieron su consecuencia.

—Cielo, estás demasiado húmeda para mí.

—Tú tienes la culpa.

—Cierto. Si te sugiero que hagamos la carretilla, ¿qué dirías?

—Que ya estás tardando.

—Túmbate boca abajo.

Sin pestañear, accedí y me coloqué como me había pedido. Gavin se situó de pie junto la cama y me cogió ambas piernas elevándolas a la altura de sus caderas y me embestió sin más preámbulos.

—Desde aquí tengo una vista privilegiada, hummm... —gruñó mientras me apretaba las nalgas.

—Es como el perrito.

—Nada que ver, morena. Dios..., esta postura es mucho mejor — subrayó, y se dejó llevar por la efusividad del momento, tanto, que me dio un azote.

En vez de molestarme, eso elevó mi libido hasta límites insospechados.

—Lo siento, me he dejado llevar —se excusó, pero continuó desatado.

—Repítelo —le pedí.

—¿Estás segura? No quiero hacerte daño.

—Te lo haré saber si es así, no te preocupes; repítelo, por favor — supliqué mientras él no dejaba de embestirme.

Sus acometidas eran más efusivas y constantes cada vez, alternándolas con unos ligeros azotes que también se iban intensificando, hasta que dejó de hacerlo para hundir sus dedos en mis nalgas. Me apretó tan fuerte que me estremecí, mientras mi vagina no dejaba de contraerse oprimiendo su

miembro. Incluso el gorrión okupa de mi terraza decidió unirse a la fiesta piando sin parar y convirtiéndose así en la banda sonora de fondo. No obstante, Gavin lo ignoró y comenzó a follarme con brusquedad. Yo no podía más, tenía las piernas doloridas de mantener la postura, pero el placer era más poderoso que el dolor. Él lo advirtió entonces y dejó caer mis extremidades suavemente sobre la cama sin salirse de mí, deslizó una mano hasta mi clítoris y presionó con fuerza.

—Quiero ver tu cara mientras te corres —me pidió apartándome el pelo hacia un lado.

Se la mostré ladeando la cabeza todo lo que pude. Mi rostro era el más absoluto reflejo de la angustia y el placer, todo a un tiempo.

—Sí, déjame verte, déjame... Oh, Dios...

Al oírlo, en medio de aquella batalla frenética, no pude evitar soltar:

—Todo se pega...

Gavin me embistió entonces con más contundencia, hasta que exploté en un jadeo eufórico que brotó desde lo más profundo de mis entrañas. Noté que eso le servía de detonante y, segundos después, él estalló también, rindiéndose al orgasmo. Se dejó caer sobre mí y, cuando logró recuperarse, me hizo rodar sobre la cama hasta que quedamos entrelazados con piernas y brazos, nuestras miradas concentradas la una en la otra.

—Ojalá pudieses verte a ti misma —declaró con gesto de adoración—. No hay nada más provocador y delirante que contemplar cuando te corres. Un día te grabo con el móvil y así te ves.

—Perverso —le asesté con una sonrisa pícaro.

—Sólo contigo, y única y exclusivamente por tu culpa.

No tenía ni idea de lo que sus palabras significaban para mí.

—Me halaga que sea así —respondí, aunque en realidad me embargaba una felicidad plena.

—Ese pájaro me está volviendo loco —protestó entonces.

—Oh, qué decepción —bromeé—, creí que en eso también tenía la exclusiva.

—Y así es, pero me va a reventar los tímpanos con tanta cantinela.

—Pues ve acostumbrándote, porque ese gorrión ha anidado en mi terraza.

—¿Es una broma?

—Para nada, si quieres te lo muestro.

—Tienes que solucionar pronto el problema de los animales y su fijación por instalarse en tu piso: el otro día la serpiente, ahora un gorrión... — bromeó.

—Es cierto, ¿qué tendrá este piso?

—Bueno..., siempre puedes montar un zoo y cobrar entrada.

—Ja, muy gracioso, y a ti te pongo en la jaula de los chimpancés, ya te vale...

— No estarás intentando decirme algo, ¿verdad? ¿Follo como un mono o qué?

—Yo diría más bien que como un animal en general.

—Ah, bueno, entonces no tengo de qué preocuparme, ¿no?

—Para nada.

»Estoy agotada.

—Yo también, ¿intentamos dormir?

»Buenas noches, cielo.

—Buenas noches, Gavin.

PARTE METEOROLÓGICO 10

QUERERTE TAN FUERTE...

QUE TIEMBLE DE EMOCIÓN

EL UNIVERSO

Por la mañana me desperté antes que él. Gavin estaba tan rematadamente guapo mientras dormía... Y de repente me entraron unas ganas locas de quedarme entre sus brazos para siempre, de irme con él a Estados Unidos. Si pudiera..., si me lo pidiera..., hasta eso estaría dispuesta a hacer. Pero no lo había hecho, en ese sentido, sólo se había limitado a pedirme que fuera a pasar unos días con él allí, tan sólo me había ofrecido unos locos días de vacaciones. Medité mientras lo observaba; pensé en todo lo ocurrido, en todo lo que habíamos hablado, y comprendí que tan sólo estábamos prolongando un sufrimiento innecesario. De repente, me faltaba el aire, no podía respirar, una angustia me oprimía el pecho y necesitaba huir de aquella cama, alejarme de él todo lo posible.

Me vestí sin hacer ruido para no despertarlo y me dirigí al Starbucks como cada mañana. Me tomé un café junto al ventanal mientras intentaba recuperar la calma y mi entereza y pensar con claridad, pero, cuando ya estaba a punto de terminar, Gavin apareció ante mí.

—¿Cómo me has encontrado? —le exigí sorprendida.

—No ha sido difícil. Todo el mundo en el barrio sabe que desayunas aquí

cada mañana... sola —respondió sentándose enfrente de mí con aire preocupado.

—¿Y qué? Me gusta tener cierta intimidad.

—Eso, o es que huyes de mí, dejándome solo en tu piso.

—¿Por qué iba a huir de ti?

—Eso me gustaría saber a mí.

—No huyo de ti, sino de lo que siento cuando estoy contigo.

—¿De que estás enamorada de mí como yo lo estoy de ti? —me preguntó mientras cubría mis manos con las suyas por encima de la mesa—. No voy a irme a Chicago ni a ningún otro lugar, al menos hasta que tú me lo pidas, ¿de acuerdo?

—Y ¿eso qué significa? —pregunté temblorosa. No podía creer lo que estaba saliendo por su boca.

—Que te quiero, Candela, y eso ha pasado a ser mi prioridad desde ahora —declaró con una mirada de adoración, ternura y amor, mucho amor.

Tanto, que me levanté de la mesa con la imperiosa necesidad de comérmelo a besos.

—Yo también te quiero, aunque no me puedo creer que lo haya dicho —y lo besé.

Él me besó también y entonces ya no hubo vuelta atrás, enajenados en nuestro precioso momento. A punto estuvieron de echarnos del Starbucks por escándalo público, pero a nosotros no nos importó lo más mínimo. Lo habríamos repetido las veces que hubiera hecho falta... De hecho, pensaba hacerlo muy a menudo, y a poder ser por el resto de mis días.

Cuando llegamos a la cadena, participamos como cada día en la reunión matinal de la escaleta. Antes de ponernos con la redacción de las noticias del día, Jaime nos pidió que le diésemos prioridad al nuevo temporal y organizamos mi sustitución para el lunes, ya que tenía que viajar a Madrid para mi entrevista sobre el caso del niño de Vilaflor en mi más que soñada cadena nacional, y posteriormente cada uno se puso con sus tareas.

Cuando llegué a mi mesa, me percaté de que alguien había dejado dos sobres allí que antes no estaban. Uno iba a mi nombre y el otro al de Gavin. No pude resistirme y abrí el mío. En cuanto lo leí, apenas si pude contener la emoción. En el primero que pensé para hacerlo partícipe fue en Gavin, y me di la vuelta inmediatamente para buscarlo. No obstante, él me sorprendió sentado justo detrás, con los brazos cruzados y una sonrisa radiante, como si lo estuviese esperando. Entonces lo entendí todo.

—Has dejado tú los sobres en mi mesa, ¿verdad?

—Dime que te hace ilusión, por favor.

—¿Ilusión? ¡Estoy como una niña con zapatos nuevos!

—Sabiendo de tu predilección por los zapatos..., deduzco que te ha gustado la sorpresa.

—Sí, pero ¿cómo lo has hecho? Conseguir que nos inviten a la cena de prensa que convoca el hotel Costa Palace cada año... A ella sólo asisten los grandes periodistas de cadenas nacionales, radio y prensa escrita.

—Y no olvides que podemos quedarnos en el hotel esa noche, será porque se bebe mucho en esa gala..., por gentileza de la organización.

—¡Tengo que comprarme un vestido, pedir cita en la peluquería...! Tengo que estar lo más presentable posible, vamos a pasar una velada con los mejores comunicadores de este país, a conocer a tantas personas que me han inspirado tanto..., y todo gracias a ti... Pero... ¿cómo lo has conseguido? A esa cena sólo van los más grandes del periodismo español.

—Uno, que tiene contactos —replicó, y me dirigió un guiño.

Jaime apareció entonces preguntando:

—¿Qué es ese alboroto?

—Lo siento, Jaime, me he dejado llevar... Es por la invitación a la cena anual de periodismo que organiza el Costa Palace.

—Ah, ya... Lo que no entiendo es por qué no me han invitado a mí, que soy el director de informativos... Hay que joderse...

Estaba tan contenta que incluso no pude evitar ignorar la frustración de Jaime.

—No me va a dar tiempo a buscar algo medianamente decente, es esta noche... ¿Qué voy a hacer? ¡Que no me lo creo todavía!

—Siento no haberte avisado con tiempo, pero, si no, no habría sido una sorpresa. Está todo previsto, hasta el vestido, no te preocupes.

—¿Qué quieres decir?

—Ya lo verás cuando llegues a tu casa.

—Pero...

—No te preocupes por el vestido, de verdad.

Ese día me costó mucho esfuerzo poder concentrarme en el trabajo y dejar de pensar en esa noche. Por la tarde me fui a la peluquería, a hacerme algo elegante pero discreto, y quedé con Gavin a las siete en mi apartamento para salir con tiempo hacia la recepción que estaba organizada para antes de la cena.

Salí algo tarde de la peluquería y, cuando llegué, Gavin ya me esperaba en la escalera de mi portal con una gran caja bajo el brazo.

—Lo siento, había mucha gente —me disculpé—. Dios, estoy atacada, sé que me has comprado un vestido, pero ¿y si no me sirve? ¿Y si me queda grande? ¡No hay tiempo para arreglarlo!

—Sube, anda, estoy seguro de que te quedará perfecto.

Al llegar, Gavin depositó la caja encima de mi cama.

—Ábrelo, espero haber acertado con tus gustos.

Obedecí y saqué un maravilloso vestido tubo de color negro con un solo hombro. La cintura era de corte imperio, con unos discretos adornos en el pecho y en la cadera. Sencillo, elegante y nada recargado: me acababa de enamorar.

—La etiqueta es de Nueva York. ¿Cuánto hace que sabes lo de la cena?

—Más de una semana.

—Y ¿lo has pedido a Nueva York para mí? ¡Pero ¿cuánto te has gastado?!

—Sabiendo de tu adoración por los zapatos caros, me imaginé que no te disgustaría tener un vestido de firma. La ocasión lo merecía y, viendo tu cara en estos momentos, estoy más que convencido.

Me tiré literalmente a sus brazos, casi estrangulándolo de la emoción, para mostrarle mi agradecimiento.

—Estoy a punto de llorar, y no es por el vestido, es porque si has hecho

esto por mí... deduzco que debo de importarte mucho.

—Guau, tendré que regalarte más vestidos a menudo... Bueno, ahora, si no te importa..., déjame respirar.

—Ay, sí, perdona —me disculpé mientras dejaba de estrujarlo.

—Pero falta lo más importante: los zapatos —dijo agachándose y sacándolos de debajo de la cama—. Éstos los tengo desde hace poco, los Manolos también pueden conseguirse en la Milla de Tenerife, no hace falta pedirlos fuera.

—¡Nunca he tenido unos Manolo Blahnik! Si al final va a ser verdad que me quieres y todo...

—¿Aún lo dudas? Es para que completes tu colección de la despensa — bromeó.

—Muy gracioso... Te lo compensaré, no sé cómo, pero estoy segura de que podré hacerlo, de veras.

—No hay nada que compensar, Candela. Verte así de feliz ya lo compensa todo.

Posteriormente nos preparamos y salimos hacia el Costa Palace. De camino, mi nerviosismo iba en aumento, pero Gavin era la mejor influencia para ayudar a templar mis nervios.

Fue una velada como no podría haber imaginado. Yo estaba muy emocionada, pero él era el mejor apoyo para sacarme de cualquier apuro. Finalmente logré que la procesión fuese por dentro y exteriormente logré portarme como una persona civilizada y madura durante casi toda la noche. A la hora de la cena, sin embargo, apenas si pude probar bocado. Estaba abrumada por partida doble: por formar parte de tan memorable evento y por conocer un poco más tarde cuál sería la reacción de Gavin cuando me viese con el picardías que me había comprado. Estaba ansiosa, demasiadas emociones concentradas en una sola noche, como cuando uno de mis más grandes ídolos del periodismo se refirió a mí como a «una colega» de profesión. Casi me tienen que asistir los sanitarios, menos mal que había mucho alcohol y llevaba al mejor acompañante del mundo a mi lado.

Fuimos de los últimos en abandonar la gala y, finalmente, subimos a la habitación del hotel que nos había sido asignada. Gavin se empeñó en

ducharse primero, y luego lo haría yo. Cuando salió con tan sólo unos bóxers negros que le sentaban de muerte, me quedé boquiabierta contemplando su torso todavía húmedo. Me relamí mientras gozaba de tan maravillosas vistas, y él se dio cuenta.

—Te comería cuando me miras así.

Me derretí con sus palabras y por el modo en que se le oscurecía la mirada mientras las pronunciaba.

—Pues por mí no te prives —alegué aún con los ojos fijos en su cuerpo.

En mi rostro germinó una sonrisa más que plena, dichosa, pensando en que lo disfrutaba exclusivamente yo.

—Déjame descansar un rato mientras te duchas, para coger fuerzas, morena. No sabía que el evento se alargaría tanto —me soltó guiñándome un ojo, tan sexi, tan bueno, tan Gavin... Me lo comía.

Entré en el baño y cerré la puerta tras de mí, puesto que no quería que descubriese la sorpresa antes de tiempo. Me duché y, antes de ponerme la minúscula prenda de encaje negro, me miré al espejo del lavabo mientras intentaba asumir que al fin se me había declarado. «Vívelo y no pienses más, ya no tienes nada que temer», me dije. Eso era lo que Gavin me había pedido, ya no tendría que pensar en sufrir un día tras otro por el bonito recuerdo del tiempo que habíamos compartido, pues se quedaba, no regresaba a su país. Ya no tendría que añorarlo ni morir de pena por amor. Pero, aun así, comencé a ahogarme. Me faltaba el aire. No estaba segura de si estaba sufriendo un ataque de ansiedad. Lo único que sabía era que sentía miedo, no podía imaginar mi existencia sin Gavin, simplemente no podía. Era como si desconociese otro modo de vida si él no estuviese en la mía. Y comencé a preguntarme cómo diablos me había enamorado de tal forma en tan poco tiempo. Entonces oí que él decía: «Perfecto», al otro lado de la puerta.

—¿Qué dices? ¿Hablas con alguien, Gavin? —le pregunté. A lo mejor estaba hablando por teléfono.

—Esto..., no, nada, cosas mías.

Más extrañada aún, bajé la mirada a la rendija que quedaba bajo la puerta al advertir que su sombra se movía de un lado a otro de la habitación. Eso me confundió aún más, pues recordé que había dicho que quería descansar para

reponer fuerzas, así que me pregunté qué demonios hacía caminando de un lado a otro. Bueno, al menos me había servido para dejar de pensar en mis angustias. Me puse el picardías junto con mis nuevos y adorados Manolo Blahnik y, al verme en el espejo, pensé que quizá el conjunto era demasiado atrevido. Aun así, ya era tarde para arrepentirme, estaba más nerviosa que una novia virgen en su primera noche de bodas..., como si fuese la primera que pasaba con él.

Cogí aire y abrí la puerta del lavabo. Al entrar en la habitación, me quedé boquiabierta y comprendí al instante lo que había estado haciendo: la cama estaba cubierta de pétalos de rosas rojas, y había una cubitera dispuesta al pie de la misma. Fascinada, adopté la postura más escandalosa y sexi de que fui capaz. Ver la mandíbula desencajada de Gavin mientras me contemplaba me llenó de seguridad.

—En el fondo, eres un romántico —dije mirando los pétalos y el champán.

—Tú, en cambio, eres una diosa..., mi diosa —apenas logró pronunciar. Estaba... ¿atónito? No encuentro la palabra adecuada para describir su rostro en aquellos momentos, la verdad, y me sentí como una triunfadora.

Gavin seguía sin tener dominio sobre su mandíbula, que continuaba desencajada, y, por mucho que se esforzaba, no lograba cerrar la boca. El bulto de su paquete se disparó, y no pude apartar los ojos de él.

—¿Cuándo te has comprado ese picardías de infarto? —me preguntó.

—Antes de ir a la peluquería esta tarde —respondí dando un giro completo muy despacio para que no se perdiese detalle de mi camisón escandalosamente corto y transparente, de encaje negro, que se ajustaba a mi cuerpo perfectamente, a juego con el diminuto tanga de debajo. Se ataba al cuello donde terminaba un más que provocador escote en pico, aunque daba igual, porque al ser transparente no dejaba mucho a la imaginación.

—Desearía chasquear los dedos y que en esa décima de segundo tu provocador camisón simplemente desapareciera para poder perderme en tu cuerpo... cuanto antes —dijo, y me miró de una forma que sentí como si verdaderamente hubiese ocurrido.

Adoraba el nivel de excitación que provocaba en él, era pura adrenalina,

aunque lo cierto es que era mutuo.

Esperé ansiosa a que me hiciera suya, soñaba con que me hiciera gemir, con sus expresiones, sus jadeos... Contemplé su mirada hambrienta, su cuerpo, su formidable erección. Y la espera comenzó a castigarme con violencia, no podía más. Estaba a punto de lanzarme sobre él y de asaltarlo como una depravada, pero en vez de eso decidí ser más sutil. Empecé a avanzar exhibiendo mi nuevo modelo como se merecía.

—¿Te acercas a mí caminando así para seducirme? Nena, no lo necesitas, me tienes embobado, hagas lo que hagas y te pongas lo que te pongas.

Me besó con suavidad. Su forma de besarme me transmitía en cada ocasión de qué manera quería hacerlo. Comenzaba a conocerlo, a aprenderlo. Esta vez, el beso fue dócil y dulce, y pensé complacerlo de igual modo. Me senté encima de él en la cama, pero, al entrar en contacto con su erección, me desaté y, apenas sin ser consciente, comencé a enviarle señales contradictorias. Gavin me aferró entonces con más fuerza y, en un momento dado, declaró:

—Llevo esperando esto todo el día. Llevo esperándote toda mi jodida vida.

Nos besamos con ambición. Mi deseo estalló en su boca mientras nuestras lenguas se desataban y él me apretaba contra su cuerpo. Lo necesitaba, de tal forma que temía incluso hacerle daño, pues había dejado de abrazarlo y ahora estaba prácticamente estrujándolo; necesitaba sentirlo y que él sintiera cómo lo hacía yo.

Metió las manos bajo el picardías y comenzó a mecarme en círculos sobre su soberbia erección. Sabía que eso me encantaba, y lo disfrutaba. El roce de mi clítoris sobre su dureza me hacía gemir como una loca.

—Quiero arrancarte el maldito camisón, pero no sé por dónde coño se desabrocha, es lo que tiene lidiar con prendas nuevas... No aguanto más — manifestó mientras no dejaba de agasajarme con largos e húmedos besos.

A continuación, agarró el borde de la prenda y la hizo jirones de un tirón. No había podido contenerse más. Dejé de besarlo mientras lo miraba sorprendida por su acción.

—Me lo has roto.

—Te compraré otro, una docena si quieres...

—Da igual, la ocasión lo merece.

—Pues tema zanjado... ¿Por dónde íbamos? —preguntó impaciente—. Deseo sentir tu humedad en mi polla mientras te retuerces encima de mí, aspirar tu olor y que todos los recuerdos de cada vez que he estado dentro de ti que alberga mi cerebro se hagan trizas por el deleite de tu tacto.

Me ruboricé como nunca, pero mi morbo se disparó exageradamente.

—Creo que es el turno de tus bóxers —jadeé mientras no paraba de retorcerme sobre él. Cerré los ojos y volví a pedirle con verdadera desesperación—: Quítatelos, por favor.

Al instante, Gavin se incorporó unos centímetros de la cama y empujó los bóxers hacia abajo hasta que quedaron a la altura de sus rodillas. Conmigo encima, era incapaz de desprenderse del todo de ellos.

Colocó las manos bajo mis muslos ayudándome a moverme, aunque yo lo hacía a mi antojo, buscando mi propio placer, siendo consciente de que, como siguiese así, me iba a correr sin que me hubiera penetrado siquiera. Gavin me miraba como si lo esperase. ¿Tanto creía conocerme?

—Qué vista más deliciosa —comentó, pues al romper el picardías, mis pechos habían quedado expuestos ante él.

Inevitablemente, sus manos abandonaron entonces mis muslos para ir a por ellos. Gavin los tanteó, jugó, tiró, y luego decidió que era el turno de su boca: los lamió, los humedeció y los mimó como sólo él sabía, y cuando advirtió que yo aceleraba mis movimientos desesperada, succionó con fuerza. Eso precipitó mi orgasmo, y su expresión en aquel momento no tuvo precio.

—Madre mía —jadeé desplomándome sobre él.

—Y la mía —dijo divertido debajo de mí, su pene palpitando contra mi pelvis por la urgencia que requería ser atendido—. Pero dejemos a nuestras madres a un lado... —soltó con una mirada cargada lasciva.

Yo estaba muy caliente..., y deseaba que me mirase así para toda la eternidad. Era consciente de que ya me había corrido, pero no era suficiente, sabía lo que quería: lo mismo que él. Aun así, se lo hice saber de la forma más persuasiva posible. Cogí su miembro, lo apreté intencionadamente y lo llevé hasta mi sexo. Gavin lo necesitaba dentro de mí tanto como yo a él, más

incluso que respirar. Se deslizó en mi interior y, al hacerlo, apretó la mandíbula casi de manera inconsciente y cerró los ojos extasiado por el placer de estar donde anhelaba. Permanecimos así unos instantes, inmóviles, disfrutando del momento.

—No existe ni existirá nunca nada mejor en el mundo que estar dentro de ti —declaró mirándome con esa mezcla de adoración y deseo, la misma que yo le profesaba. Luego clavó sus ojos en los míos y añadió—: Dios, si existes, que mi Candela no pierda nunca esa mirada. Me siento vivo, viril, feliz..., el hombre más jodidamente dichoso del universo cuando me mira así..., cuando tú me miras así.

—Lo mismo digo, Gavin.

Yo estaba encima y comencé a llevar la iniciativa, moviéndome despacio mientras me arqueaba y cerraba los ojos en cada penetración, saboreando cada momento y absorbiendo cada jadeo suyo. Mientras tanto, Gavin se guiaba por mis gemidos y por los temblores de mi cuerpo, y sus embestidas iban subiendo de intensidad cuando mi cuerpo o mi voz así lo demandaban. En un momento dado enloquecí, me retorcí y hasta temblé mientras él no dejaba de responder con movimientos cada vez más bruscos, interpretando mis reacciones, abusando de mis pechos, apretándolos cada vez más fuerte y, cuando la postura le dejaba, succionando como un poseso. Estaba casi a punto, pero tan húmeda que comencé a temer que su pene se deslizara fuera.

—Que se sale —dije casi inconscientemente.

—No lo permitiré, no te preocupes, me la corto antes que salir de ti —jadeó, y regresó a mis senos.

—¡Au! Me has hecho daño..., no tan fuerte.

—Lo siento, me he dejado llevar.

—Ni las toques, que me duelen.

—No me digas eso..., me muero por devorarlas, son mías...

—Oh, estoy a pu... —Sin embargo, no logré terminar la frase, pues no pude más y me abandoné al orgasmo.

Aun así, Gavin terminó, con embestidas algo menos bruscas, hasta llegar al clímax. Acto seguido, se desplomó, aferrándose a mí tan fuerte que yo lo hice también sobre él. Aspiré su olor, me había dejado caer a un lado de su

cabeza y tenía su cuello a la altura de mi cara, donde pude recrearme. Me encantaba su aroma, su sudor, su tacto, era tan sexual... Todo en él era genuino y adictivo para mí.

Era casi mágica la mezcla de deseo, necesidad y confianza que existía entre ambos.

De repente oímos unos golpes en la pared que daba a la habitación contigua y una voz que exigía:

—Follen todo lo que quieran, pero bajen el volumen al menos, ¡coño!

Ambos estallamos en carcajadas, y, cuando Gavin consiguió recuperar el temple, gritó en respuesta:

—¡Se intentará!

—Me tiemblan las piernas —murmuré.

—No es la primera vez —me susurró en mi oído.

—¿En serio?

—Ajá.

—¿Crees que lo sabes todo de mí?

Me incorporé un poco en la cama, apoyándome en un brazo y colocándome de costado de cara a él.

—Sí, lo creo. Aunque nunca me cansaré de descubrir cosas de ti —me susurró, y me besó suavemente en los labios, un suave roce que le agradecí con una sonrisa.

Acto seguido, le di un beso tan efusivo como abrasador.

—Encantadora idea.

Luego, de una maniobra, acabó encima de mí y me inmovilizó las muñecas sobre el colchón por encima de la cabeza.

—¿Vamos practicando? —me sugirió proyectando su mirada más obscena.

Volvimos a hacer el amor intentando no hacer demasiado ruido, aunque yo no pude reprimirme al alcanzar el orgasmo. Incluso el pobre Gavin se llevó un buen mordisco mientras trataba de aplacar mis escandalosos gemidos con su mano.

A continuación, relajados, estuvimos charlando del precioso hotel del que

teníamos la suerte de disfrutar, lejos de la rutina y de las obligaciones que nos mantenían separados el uno del otro durante el día, mientras yo pensaba que sería maravilloso poder estar con él a todas horas. Más tarde hicimos el amor de nuevo, pero, en vez de saciarme, cuanto más disfrutaba con él, más ansias tenía de más. Gavin se había convertido en mi adicción y en mi debilidad más grande.

Apenas dormimos.

Por la mañana, el sonido del chorro de la ducha logró despertarme. Estaba sola en la cama y, por eliminación, concluí que era Gavin quien se estaba duchando. Ni siquiera me perturbó la idea de necesitar más horas de sueño después de una noche de sexo como aquélla. Me dirigí hacia el baño y saludé al hombre que había puesto mi mundo patas arriba haciéndome la mujer más feliz del mundo.

—Buenos días, cielo.

—Buenos días, dormilona —contestó desde la ducha.

—¿Dormilona? Culpa tuya, que me has tenido en vela la mitad de la noche —lo sermoneé mientras me disponía a lavarme los dientes.

—¿Qué pasa? ¿Ya no puedes seguirme el ritmo? —proclamó orgulloso en tono juguetón, y luego estalló en risas.

—Serás... —repliqué divertida mientras empuñaba el cepillo de dientes —. ¿Te falta mucho? Necesito lavarme el pelo.

—Pues haberte levantado antes, dormilona... Aunque siempre podemos compartir la ducha.

—Ni hablar, necesito lavarme el pelo, y contigo ahí dentro sé que nunca terminaría de hacerlo —dije anhelando estar debajo de la alcachofa con función efecto lluvia de la magnífica ducha, pero esa mañana necesitaba cierta intimidad.

—Está bien —asintió saliendo al fin y cediéndome el sitio mientras se enrollaba en una toalla—. Toda tuya, para ti sola.

—¿Sabes que no hemos discutido ni una sola vez desde que tuve la

gastroenteritis? Dicen los expertos que no es sano, que discutir de vez en cuando es bueno para las relaciones —le comenté ya bajo el chorro de agua.

—Y ¿a mí qué me importa lo que digan? Seguro que esos expertos están todos solteros o divorciados...

—¿Me pasas el champú? —le pedí alargando la mano fuera de la ducha. Me lo alcanzó y después le pregunté—: Aparte de atender nuestros compromisos, ¿qué te apetece hacer hoy?

—¿Qué te dije acerca de hacerme esa pregunta? —me recordó a la vez que arrojaba su toalla al suelo—. Siempre me lo pones en bandeja, y sin ser apenas consciente de ello... Adoro la chispa de ingenuidad que todavía conservas...

—¡No, Gavin —protesté—, no entres en la ducha, por favor, quiero lavarme el pelo!

—Pues te lo lavas después —me asestó más que decidido.

Antes de haber terminado la frase siquiera, ya se encontraba bajo el agua, envolviéndome con sus brazos, asediándome como unas horas antes... ¿Es que nunca tenía suficiente?... Aunque lo cierto es que me resultaba encantador que me asediara a todas horas.

—Eres... —pronuncié con una mirada llena de rencor.

—¿Soy...? Es culpa tuya: si no fueses tan atractiva, divertida e inteligente, no estaría acosándote como ahora. Y si encima me haces preguntas arriesgadas..., tú solita te lo buscas —argumentó apretando mi cuerpo completamente desnudo contra el suyo bajo el agua.

Sin duda era la mejor sensación del mundo. El cuerpo de Gavin se había convertido en mi hogar, lo era todo para mí, y más incluso que eso. Nada podía llenarme más que lo que experimentaba estando con él, no había nada comparable, y estaba segura de que no me saciaría de él jamás, él era mi refugio y mi adicción más poderosa.

—¡Oh, madre mía, estás helado!... Está bien, en adelante tomaré nota mental de que no tengo que preguntarte nunca más: «¿Qué quieres hacer ahora?».

—Espero que tengas muy mala memoria y olvides esa nota mental cuanto antes o no podré soportarlo —replicó con voz ronca mientras me mordía

suavemente el hombro.

Sin duda se trataba de una táctica de despiste por su parte, ya que a continuación deslizó una mano hacia mi sexo y me tensé de pies a cabeza, pero, por desgracia, sólo había tiempo para algo rápido, puesto que me había quedado dormida y ya era tarde. Sus manos se perdieron entonces en los puntos calientes de mi cuerpo y ese contacto fue suficiente para tenerme sometida a su voluntad.

—Puedo sufrir amnesia siempre que quiera —conseguí exhalar bajo el influjo de sus sabias y experimentadas manos.

—Me alegro mucho —declaró a la vez que me pellizcaba el cuello con los labios.

Luego continuó por mi torso, por mis pechos, mientras estimulaba con los dedos de forma magistral mis puntos calientes y el agua seguía cayendo sobre nuestros cuerpos. Con la mano libre, rodeó a continuación su pene erecto, palpitante, y empezó a moverlo de arriba abajo, tentándome, mientras con la otra me procuraba placer..., todo lo que fuese necesario para no darme opción a escapar de aquella ducha..., y sospechaba que tampoco iba a poder lavarme el pelo. Fue contemplar su miembro y necesité tenerlo en mi interior como necesitaba el aire para respirar. Gavin lo percibió, parecía adivinarme siempre. Mientras nos devorábamos tan sólo con las manos y con nuestras hambrientas bocas, yo fantaseaba con que me arrinconara en la ducha, una embestida tras otra. Contemplé su expresión y, a pesar de desear con urgencia que me poseyera, logré sorprenderlo escabulléndome de sus manos y poniéndome de rodillas.

—No, eso ahora no, Candela, apenas tenemos tiempo..., vamos a llegar tarde.

—¿Y qué?

—Además..., la última vez no sabes lo que me costó dominarme, mejor no.

—Cállate —lo ignoré, y me introduje su miembro despacio en la boca hasta la garganta.

Allí, me detuve y permanecí así un instante. Quería dejar claro que él no era el único con el poder de despertar ansia e impaciencia; yo también sabía

torturar, y lo hacía más que bien. Gavin echó la cabeza hacia atrás mientras me agarraba la mía, soltó un quejido de placer y luego hizo que me retirara empujándome suavemente. Sin embargo, regresé y saboreé de nuevo su miembro, esta vez con fuerza, hasta que terminé con la nariz literalmente pegada a su ingle y volví a quedarme allí, inmóvil.

Él seguía empeñado en querer meter su miembro en otra cavidad muy diferente de mi cuerpo y batallaba conmigo para que yo desistiera, empujándome e intentando apartarme de su pelvis, tratando de alzarme para que abandonara mi postura, apostada de rodillas frente a él. No obstante, cada vez le costaba más luchar contra mi cuerpo y contra el placer que le estaba suscitando, que iba ganando a su voluntad. Gavin ya conocía mi terquedad, y yo había tomado la decisión de hacérselo como nunca para que desistiese en su empeño.

No dejé de succionar y de jugar con mi lengua, probando su sabor, de dentro afuera a lo largo de toda su superficie, presionando con los labios para proporcionarle el máximo placer posible. Él no paraba de proferir gruñidos que parecían salirle del alma, con más intensidad cada vez, hasta que se dejó llevar y me dio un fuerte tirón de pelo a la vez que me empujaba para que su miembro entrara hasta lo más hondo de mi boca.

—¡Joder!

Yo exclamé algo muy diferente:

—¡Au!

—Lo siento, no puedo controlarme..., ¿ves? ¡Joder! Lo haces de una forma que no puedo dominarme.

—A ver si voy a tener que atarte también... —lo reté.

—Hablo en serio.

—Yo también —repliqué—. No importa —dije a continuación volviendo a meterla en mi boca.

—Sí importa —dijo, y me detuvo—. ¿Podrías no hacerlo de un modo tan puñeteramente perfecto? Será la única forma de que te deje continuar sin perder la sensatez.

Pero Gavin no sabía que, con sus palabras, lo único que había conseguido era darme alas. Me había dado los mejores argumentos para no parar y me

llenó de confianza en mí misma, así que continué con más vehemencia.

Él enloquecía con cada movimiento de mi boca, yo notaba cómo se tensaba, y las descargas eran tales que por un momento perdió la compostura y hasta la consideración, empujando mi cabeza a su antojo, tirándome del pelo. Comenzó a dirigirme a voluntad, pero yo me dejé hacer a pesar de los tirones y de todo. Deseaba hacérselo como nunca antes se lo había hecho nadie, y estaba dispuesta a aguantar el tipo.

—Verte así, de rodillas, y cómo utilizas la boca..., uff... No pares, no pares, joder... —dijo de un modo entrecortado, echando la cabeza hacia atrás una y otra vez a causa del placer que estaba recibiendo.

Saboreé el líquido preseminal y supe que estaba a punto. Sin embargo, creí erróneamente que aún me quedaban unos segundos antes de que llegase al orgasmo y que podría retirarme, pero me cogió totalmente desprevenida, inundando mi boca y mi garganta.

Poco después, Gavin trataba de recobrar la sensatez.

—Mierda, te lo he dicho, te lo he dicho... Sabía que perdería el control... Ver que tú me lo haces, sentir tu maravillosa boca... Dios, lo sabía, joder. Lo siento.

—¿Qué sientes? No pasa nada.

—Sí pasa, soy idiota. Perdóname.

—No pidas perdón por algo que yo quería hacer y que a ti te ha gustado, es absurdo... Porque te ha gustado, ¿no? ¿O lo he hecho muy mal?

—Tú sí que eres absurda ahora, preguntar eso a estas alturas... ¡Claro que no! No tengo palabras para describir cómo lo has hecho. Ni siquiera he podido avisarte, ni yo mismo creía que me fuese a ir tan rápido, y es por tu culpa.

—Pues tema zanjado.

—¿Zanjado? Sigue soñando... —me espetó con una expresión retadora y perversa, y adoré saber que era yo la que incitaba esas miradas en él.

En cuanto terminó la frase, me dio la vuelta obligándome a apoyarme contra el alicatado de la ducha, pegándose a mi cuerpo por detrás e introduciendo una mano por delante hasta mi sexo. Primero lo apretó con fuerza al tiempo que besaba y mordía mi cuello, mi omóplato, mientras el

agua no paraba de deslizarse sobre nuestros cuerpos.

—Candela..., Candela... —gimió sin dejar de estimularme.

Me encendió de tal modo mientras jugaba con mi sexo que logró que yo estuviese tan desesperada como para pedirle más y más hasta necesitar tenerlo dentro más que respirar. Iba aprendiendo su ritual, le encantaba impacientarme, verme ansiosa, como él decía, desesperarme era lo que más le ponía y desbordaba su deseo. Gavin descolgó entonces el teléfono de la ducha y rodeó mis muñecas con el flexo. Luego volvió a colgarlo en su sitio, teniéndome así inmovilizada de manos, mientras yo hacía de mera espectadora y, en cierto modo, de más que complacida víctima.

—¿Qué pretendes? —le pregunté.

—Tenerte a mi merced, sin que puedas moverte.

—Por la boca muere el pez, ¿eh?

—Veo que lo vas pillando... —replicó perverso mientras continuaba con su labor.

A continuación, apoyó una rodilla en el suelo para que su boca quedase estratégicamente situada frente a mi sexo. Separó mis labios, lamiéndolos, y usó los dedos para penetrarme mientras, con movimientos rápidos, me estimulaba el clítoris con la lengua. Aunque mi mente estaba enajenada por el placer que me procuraba, me percaté enseguida de que él experimentaba otra erección, y de las buenas, y no pude evitar cerrar los ojos deseando tenerlo dentro de mí.

—¿Qué necesitas? —me preguntó mientras succionaba mi sexo con tal intensidad que me estremecí.

—Te quiero a ti, y ya..., por favor.

—Pídemelo de una forma que me sea imposible negártelo.

—Fóllame de una vez.

Gavin dejó escapar una sonrisa tan triunfal como lasciva y me agasajó con una primera embestida lenta pero profunda. Inmersa en las sensaciones, ni siquiera abrí los ojos mientras él me obsequiaba con acometidas cada vez más hondas, más fuertes y rápidas, aferrando mis nalgas con las manos, dirigiéndome y disfrutando del contacto. Sabía muy bien cómo tocarme, cómo besarme, qué decirme para encenderme todavía más. Me conocía tan

bien... que incluso yo sospechaba que había memorizado las reacciones de mi cuerpo en cada encuentro con él. Gavin me complacía y me excitaba, y hasta que consiguió que experimentara un intenso y arrollador orgasmo no tuvo piedad conmigo. Cuando terminó, liberó mis manos del flexo de la ducha, asistiéndome antes de que cayese rendida al suelo. Esperó unos instantes a que me recuperara y luego murmuró divertido:

—Creo que ahora sí estamos en paz.

—Nunca lo estaremos... Me da miedo que me conozcas tan bien.

Gavin me besó y yo le correspondí.

—Es verdad, nunca podré agradecerte completamente que estés conmigo —me dedicó con una mirada dulce.

Pero yo le pedí sin más:

—Ahora vete, quiero lavarme el pelo.

—¿Me echas después de hacer el amor? Me siento utilizado... —dijo fingiendo estar indignado.

—Pobre... Lárgate ya, mi hombre objeto —le ordené divertida atizándole con la toalla.

—Está bien, mujer sin escrúpulos... —me recriminó haciéndose la víctima mientras se secaba.

Me eché a reír retomando mi baño y al fin pude lavarme el pelo.

Me estaba vistiendo cuando percibí un olor celestial a pan recién hecho que presumía estar de muerte. Sin duda Gavin había pedido que nos subiesen el desayuno a la habitación.

—¡Es tarde! —gritó entonces desde el salón—. ¿Te falta mucho? ¡No quiero que te vayas sin desayunar!

Miré el reloj. Tenía apenas el tiempo justo para terminar de arreglarme, le había prometido a mi madre que la ayudaría con el inventario de su tienda ese sábado mientras Gavin se ocupaba de todas las tareas que se le habían acumulado en el centro juvenil por mi culpa. Sí, se me habían pegado las sábanas y, para colmo, no quedaba más remedio que volver a nuestra rutina y abandonar aquel magnífico hotel. Bueno, al menos nunca olvidaría el alicatado de la ducha... Con Gavin, cada día era nuevo y diferente.

—No creo que me dé tiempo —respondí—, pero sírvete tú, así recuperas

fuerzas, mi hombre objeto —bromeé.

—¿Recuperar fuerzas? Sigue picándome y te dejo con un temblor de piernas que no podrás andar en todo el día.

—Ya te gustaría..., pero al menos estaré encantada de que lo intentes... ¡Ahora salgo!

Salí del baño completamente vestida, miré de nuevo el reloj y comencé a guardar mis cosas en mi bolso de forma apresurada mientras Gavin no dejaba de observarme de aquella forma, como si deseara meterme en la ducha de nuevo. Sin embargo, advirtió que yo no tenía intención de comer nada al percatarse de que ignoraba totalmente el carrito del desayuno.

—¿Piensas irte sin desayunar? —preguntó con un tono de reproche.

—Me tomo un café, no me da tiempo a más, mira qué hora es... —repose, y me serví uno—. Ahora en serio, ¿a qué hora quedamos para que me dejes con ese temblor de piernas que dices? —le pregunté divertida, y me tomé mi café como si nada.

—¿De veras te atreves a retarme? Podríamos quedarnos aquí y conseguir que te temblasen toda la semana —dijo fingiendo naturalidad en su tono.

—Tentador, pero te recuerdo que hemos quedado, tenemos compromisos que no se pueden posponer.

—Está bien, aguafiestas, pero come algo al menos.

—No tengo tiempo, luego pico algo por ahí con mi madre.

—Claro, y después te pones verde como el otro día por comer sabe Dios qué... ¿Tengo que recordarte tu gastroenteritis? Debes alimentarte bien por las mañanas.

—¡Oh, Dios mío, ha ocurrido...! —exclamé tapándome la boca con una mano mientras me aguantaba la risa.

—¿El qué? —preguntó moviendo ligeramente los hombros.

—¡Te has convertido en mi madre!

—Exagerada —manifestó riéndose mientras me tiraba un trozo de tortita del desayuno—. Anda, vamos, pero prométeme que comerás algo en condiciones por ahí.

—Claro, mamá —bromeé.

—Qué hija más descarada tengo...

—Y bien que te gusta —le espeté mientras le pegaba un buen agarrón en el trasero.

—No me enciendas, que necesito toda la sangre en mi cabeza. Voy al centro cívico, ten un poco de consideración.

—Intentaré contenerme en el ascensor, pero no te prometo nada.

—Qué mujer más cruel —dijo divertido mientras salíamos.

—Deja de lloriquear, pareces un bebé.

—No me piques, que me conoces, no deberías —amenazó ya en la puerta del ascensor.

—No te tengo miedo —contesté entrando en el pequeño espacio del elevador.

—¿Seguro? —preguntó acorralándome con un brazo por encima de mi cabeza entre la pared y su cuerpo.

—En realidad, confieso que me encanta que me asedies, aquí o en cualquier otro lugar.

Su contestación fue besarme, empujándome con todo su cuerpo hasta tenerme arrinconada por completo contra la pared, tanto, que podía sentir los crecientes latidos de su pecho. Acto seguido, metió una mano bajo mi chaqueta y estrujó mis senos, condensándolos entre las manos mientras continuaba besándome y yo respondía a sus besos con la ansiedad que él deseaba y necesitaba. Me derretí como la mantequilla cuando sentí su erección en mi abdomen y gemí desesperada, hasta que el timbre del ascensor nos hizo recuperar el juicio. Eso... y el hecho de que la sexagenaria que esperaba para entrar en el cubículo después de que las puertas se abriesen nos estuviese mirando como si fuésemos un par de adolescentes desvergonzados.

De inmediato, traté de acomodarme la ropa.

—Ejem..., te llamo en cuanto termine —dije dirigiéndome a Gavin.

—Eh..., sí, claro, espero que lo hagas —replicó él y, dándome un casto beso de pico, salió primero del ascensor para dejar entrar a la señora—. Buenos días.

La mujer, visiblemente indignada, ni siquiera contestó, y Gavin y yo tomamos caminos diferentes mientras nos aguantábamos la risa.

Fui primero a mi casa a cambiarme y luego salí hacia Palm-Mar para

ayudar a mi madre con su inventario, tal como le había prometido. Paramos para comer y luego Gavin se encargó de recogerme para grabar el reportaje de cada fin de semana. Esta vez nos decantamos por Los Acantilados de los Gigantes, uno de los paisajes más espectaculares de la isla, con sus impresionantes paredes rocosas verticales, algunas de más de 600 metros de altura, que para los antiguos guanches representaban el fin del mundo. Disfrutamos de las vistas embarcados en un catamarán, en el que nos invitaron a merendar, y desde el que pudimos grabar a unos delfines murales y unas ballenas e incluso unas águilas pescadoras, por las que Gavin sentía verdadera predilección. Después de tres horas, regresamos a mi piso con el tiempo justo de ducharnos y arreglarnos para acudir a la fiesta de despedida de Jurgen, que se celebraba en un club que a Mayte le gustaba mucho y en el que yo nunca había estado.

Del brazo de Gavin, al entrar y echar un vistazo al local, me di cuenta de que era la única mujer que no llevaba vestido. Si antes ya pensaba que me sentiría fuera de lugar, con mis vaqueros y mi top acababa de dar la nota discordante. Comencé a sospechar que se trataba de un club de salsa, y a cada paso que daba adentrándome en el local estaba más convencida de que aquella salida nocturna no había sido una buena idea. Nos quedamos cerca de la entrada intentando localizar al anfitrión entre el gentío, pero sin mucha suerte.

—Espera, voy a ver si están en la barra de atrás y enseguida vuelvo —se disculpó Gavin.

—Claro —dije quedándome en la entrada.

Mientras lo esperaba, me dediqué a examinar el lugar. Pero pasó un buen rato, y miré a mi alrededor tratando de adivinar dónde demonios se habría metido Gavin. Aunque en el club había algún canario y un par de guiris, lo que más predominaban eran dominicanos, colombianos, muchos latinos, en definitiva, y después de escuchar la música, finalmente deduje que, efectivamente, se trataba de un club de salsa, un estilo de música que yo no sabía bailar.

De repente noté un ligero roce de unas manos en mi cintura y me di la vuelta dispuesta a soltarle un guantazo al atrevido que había osado tocarme.

Pero, al hacerlo, me encontré con la sonrisa de Gavin.

—Te noto tensa. No te habrás arrepentido de venir, ¿no?

—¿Tensa? ¡Casi te arreo un guantazo pensando que era un desconocido el que me tocaba de ese modo, como para no estar tensa!

—Anda, ven, están en la barra de atrás, como sospechaba. Sígueme —me pidió cogiéndome de la mano y tirando de mí hacia el fondo del local.

Saludamos y besamos a Jurgen y a Mayte. Al parecer, habían llegado mucho antes que nosotros, puesto que ya tenían su copa en la mano y estaban más que animados, moviéndose al ritmo de la música.

—¿Qué quieres beber? —me preguntó Gavin.

—Vodka.

—No sé ni para qué pregunto..., ni hablar —replicó y, acto seguido, se aproximó a la barra y pidió con energía para que el barman lo oyera por encima del barullo y del volumen de la música—: ¡Dos de ron miel con cola, por favor!

Aquél no era mi ambiente, lo mío era más el pop, el rock e incluso el reguetón, pero la salsa... La única que dominaba era el mojo picón para las barbacoas.

Gavin se percató de ello.

—Venga, intenta relajarte, te divertirás —me dijo mientras tiraba de mí para bailar.

Yo contemplaba perpleja a todo el mundo a mi alrededor. Viendo cómo bailaban, parecían profesionales, por lo que cada vez me sentía más incómoda y más nerviosa y rezaba porque a nadie se le ocurriese sacarme a bailar y evitar, así, hacer el mayor ridículo de mi vida.

—No es mi ambiente, me encuentro fuera de lugar —le confesé algo abochornada.

—Ni hablar, ven, vamos a bailar.

—Yo no bailo salsa, Gavin.

—Esto no es salsa, es bachata —dijo, y tiró de mí hasta la pista.

—No sé bailar, te lo juro.

—Para eso me tienes a mí. Jurgen, vigílanos las copas, por favor.

El alemán asintió y Gavin me llevó nada más y nada menos que hasta el

centro de la pista. En ese instante sonaba *Inténtalo tú*, de Joe Veras, y eso mismo me susurró Gavin al oído. Por lo visto, según me dijo, era un tema con una melodía tradicional, ideal para aprender a bailar bachata, así que no tenía de qué preocuparme.

—Este baile es de ocho tiempos, como la salsa, en compás de cuatro a la izquierda y cuatro a la derecha.

—Me hablas en un idioma que no entiendo, Gavin —repuse de lo más tensa.

Acto seguido, colocó sus manos en mi cintura.

—Estás muy rígida, no va a ser tarea fácil, pero no estoy dispuesto a darme por vencido —declaró, y verdaderamente se lo tomó como un verdadero reto.

»Está bien, sólo siente el ritmo y muévete, es fácil —me indicó mientras ponía sus manos sobre mis caderas y me obligaba a moverlas—. Junta los pies y empecemos hacia la izquierda... ¿Ves cómo tus caderas marcan el ritmo? Mantén ese ritmo ondulante y continuo..., ¿lo ves? Ahora hacia la derecha.

—Caderas y pies, no es difícil... —comenté.

—Lo haces muy bien, ya casi lo tienes. Ahora flexiona ligeramente las rodillas e intenta mantener el balanceo rítmico de tus caderas.

—Esto se complica —repliqué al tiempo que me percataba de que, para colmo, Jurgen y Mayte nos observaban con atención.

—Lo estás haciendo muy bien, coge mis palmas —me pidió Gavin abandonando mis caderas para dejar de marcar el ritmo y comprobar si podía hacerlo sola.

Mi alivio resultó evidente al dejar de sentir sus manos sobre mí, hasta que volvió a posicionarlas. Pegada a su cuerpo, aquel compás comenzaba a disparar mi tensión sexual, y la letra de la canción era otro condicionante, por lo que no pude evitar refrenarme. Él enseguida rezongó.

—Has olvidado mover las caderas, son parte importante de este baile —me corrigió mientras me miraba fijamente e iba dirigiendo mis pasos de nuevo.

Mi respiración comenzó a dispararse por tenerlo tan cerca, por el

contoneo sexi que nos estábamos marcando en medio de aquel baile novedoso para mí y demasiado sensual, en mi opinión. Encima Gavin llevaba una camiseta blanca de licra que marcaba su torso perfecto y unos vaqueros negros que le sentaban mejor a él que a cualquier modelo digno de una valla publicitaria.

En un momento dado, me cogió de la mano y me hizo girar, luego tiró de mí suavemente y regresamos a los pasos de antes y a la sincronía de ambos. Yo empezaba a distenderme, hasta me eché a reír, comenzaba a dejar de sentirme ridícula y a divertirme de verdad. Olvidé que todos nos miraban y me relajé complacida porque al final aquel baile no se me diese mal del todo. Dimos tres o cuatro giros más, y Gavin siempre me hacía regresar a él después de cada vuelta, pegándome a su cuerpo. La canción terminó y ambos aplaudimos al grupo en directo. Aparte de haberme divertido al fin, yo tenía un calentón de la leche.

—Lo has hecho genial para ser tu primera vez.

—Es divertido, no ha sido tan malo.

—¿Te atreves con unos pasos más experimentados?

—Si me enseñas tú..., lo que quieras —respondí mientras echaba la cabeza hacia atrás sin parar de reír.

Lo estaba pasando francamente bien, mi tensión se había esfumado, como todo lo demás, menos el calentón, claro.

—Ahora probaremos con la posición cerrada —dijo, y me cogió por detrás.

Se aferró a mí y comenzó a guiarme con nuevos pasos, pero tuve que detener aquella tortura al notar cómo mis pulsaciones se disparaban de manera alarmante esta vez.

—Me parece demasiado sexual, no puedo hacerlo.

—Es sólo un baile, vamos, Candy, si te estabas divirtiendo.

—No puedo.

—Solamente es un baile.

—Está bien —claudiqué, aunque poco convencida y medio a la defensiva.

Probamos dos pasos nuevos, el *desliz* y el *gira*, según me comentó él, y

hasta se aventuró a hacer un cruce de piernas al que no puse objeción. Lo cierto es que lo hice de fábula, para mi sorpresa y también la de Gavin. Mayte y Jurgén se incorporaron entonces también a la pista, y, para mi consuelo, pude apreciar que el alemán lo hacía peor que yo.

Cuando la canción acabó, Gavin se quedó inmóvil en el sitio, mirándome.

—¿Qué he hecho mal ahora? —le pregunté temiéndome lo peor.

—Nada, sólo que... me parece que he encontrado a mi pareja perfecta..., de baile, quiero decir, aparte de lo obvio —aclaró tragando saliva.

—Ah, no, no creo que sea capaz de repetirlo —dije echándome a reír.

—Si te estabas divirtiendo.

—Pero es demasiado...

—¿Sensual? Y ¿qué tiene de malo?

—Pues que me pone demasiado caliente. Hala..., ya lo he soltado.

—Pues yo me siento más que afortunado de tener una pareja tan fogosa como tú.

Sin percatarnos de que continuábamos en medio de la pista, y antes de que yo pudiese replicar mientras Gavin concentraba en mí una mirada lasciva, un hombre salido de la nada me cogió en volandas obligándome a bailar.

—Pero ¿qué...? —exclamé confundida.

—Si estás en la pista parada, eso indica que esperas que alguien te saque a bailar —me explicó Gavin encogiéndose de hombros y dedicándome una mirada divertida. No parecía que fuese a mover ni un solo dedo para sacarme de aquel embrollo.

—Y ¿qué hago? —pregunté mientras intentaba seguir los pasos de aquel hombre, que no dejaba de darme vueltas y más vueltas por toda la pista.

—Pues disfrutar, es buena gente, no te preocupes —alegó Gavin riendo mientras me observaba.

Apenas un minuto después, el hombre me pasó a los brazos de otro, y la operación se repitió una vez tras otra. Creo que terminé bailando con todos los que estaban en la pista. Llegué a bailar más de cinco canciones sin parar, una tras otra, hasta que uno de ellos me devolvió a los brazos de Gavin.

—¿Qué tal?

—¡Esto es una locura! —exclamé sin poder parar de reír mientras me agarraba a él.

—Así es como me gusta verte, disfrutando de la vida —alegó—, pero ahora vamos, nuestras bebidas se estarán calentando —indicó señalando la barra.

Estábamos charlando con Jurgen y con Mayte cuando dos de los hombres con los que había bailado se acercaron a nosotros.

—Gavin, ¿quién es esta gringa tan bonita que has traído? —bromeó uno de ellos, y ambos se dieron un abrazo.

—No lo hace nada mal para no ser latina —añadió el otro refiriéndose a mi forma de bailar. Y, antes de que Gavin pudiera presentarnos, éste se le adelantó—: Soy Reyes, y él es Jandro, mi primo.

—Encantada, yo me llamo Candelaria, Candy para los amigos.

—Y Candela para mí —terció Gavin—, mi Candela.

—Así que no es la primera vez que vienes —comenté al ver que conocía a aquellos hombres.

—En alguna ocasión me he dejado caer por aquí.

—Tienes un don, sólo tienes que dejarlo salir, exteriorizarlo del todo —me halagó el tal Reyes.

—No sabes el tiempo que he empleado para convencerla de que saliese a bailar —indicó Gavin riendo—. Venid, os presentaré a unos amigos —pidió, e hizo las presentaciones pertinentes con Mayte y Jurgen.

Durante un rato seguimos conversando y, no sé por qué extraña razón, Jurgen no me quitaba ojo, cosa que no le pasó por alto a Gavin, que estaba pidiendo mi segunda copa cuando me lo hizo saber.

—No me gusta cómo te mira Jurgen.

—¿Celoso? Está con Mayte, así que no tienes de qué preocuparte.

—Lo sé, pero, aun así, no me gusta.

Poco después, el alemán pedía otra copa mientras Mayte intentaba impedirselo y le recriminaba que ya había bebido bastante, aunque él la ignoró por completo. Más tarde, Jurgen insistió en sacarme a bailar, a pesar de que le advertí que lo haríamos de pena siendo los dos novatos, pero se empeñó tanto que al final tuve que claudicar.

Empezamos a bailar ante el celoso escrutinio de Gavin. A mí me parecía tan sólo un baile inofensivo, hasta que Jurgen intentó besarme ante la mirada atónita de nuestras respectivas parejas.

—Pero ¿qué...?

—Fuiste mi primera elección cuando yo llegar a Tenerife —declaró el alemán, y posteriormente intentó besarme de nuevo.

—Estás muy bebido, Jurgen —le recriminé de lo más ofendida después de arrearle una bofetada.

De inmediato, con una mirada cargada de rabia, Gavin vino hacia mí y, cogiéndome del brazo, me anunció en tono hosco:

—La fiesta se ha acabado, te llevaré a casa.

—No ha sido culpa mía, yo no lo he incitado... —le dije, y luego me dirigí a Mayte, cuya cara era también todo un poema—: Lo siento, yo no...

—Lo sé, está muy borracho; llevo diciéndoselo toda la noche —repuso, y a continuación lo miró a él y le espetó—: Gracias por avergonzarme e invitarme a tu despedida, que nunca olvidaré. Búscate un taxi, cretino —y se dispuso a abandonar el local.

Fui tras ella, pero no fui capaz de detenerla.

—No me esperaba esto, te lo juro —señalé al regresar junto a Gavin.

No obstante, su enfado iba en aumento.

—He dicho que nos vamos, antes de que no pueda controlarme —manifestó mientras apretaba el puño como si estuviese reprimiendo las ganas de atizarle a Jurgen—. Quiero llevarte a casa, ¿vale?

—Está bien —asentí.

Estaba molesto, y lo entendía, así que me limité a callarme.

Salimos y nos subimos al coche, dejando solo a Jurgen en el local. Parte del trayecto lo hicimos en silencio, puesto que yo no quería meter la pata hablando de lo que acababa de ocurrir, y él..., bueno, más de lo mismo. Aun así, deseaba con todas mis fuerzas saber qué pasaba por su cabeza en aquellos momentos.

—Dime, Candela, ¿cuál es tu lista? —preguntó de pronto mientras conducía.

—¿Qué lista?

—Todas las mujeres tenéis una especie de lista de objetivos que alcanzar en la vida, ¿no? ¿Cuál es la tuya? Casarte, tener hijos, viajar a la luna..., yo qué sé... Nunca te lo he preguntado, pero tiene que haber algo más aparte de tu deseo de ser una gran periodista.

—Yo no tengo nada de eso...

—Pues es desalentador.

No quería seguir por esos derroteros, así que intenté cambiar de tema:

—Te juro que no me esperaba que terminara así la noche. Quiero que entiendas que yo no le di motivos en ningún momento a Jurgen para hacer lo que hizo, no lo provoqué de ningún modo..., pero aun así no puedo dejar de sentirme culpable por lo ocurrido.

—Yo también lo siento, y lamento mi ataque de celos y haberte sacado así del club.

—No, si hasta me pareció lógico y comprensible que lo hicieras, de verdad.

Gavin aparcó cerca de mi casa, pero me impidió salir del coche mientras me preguntaba:

—¿Por qué te enamoraste de mí?

—Buena pregunta..., ¿y tú de mí?

—¿Qué quieres que te diga?, ¿por lo guapa e inteligente que eres o cualquiera de esos tópicos? Mira, me he enamorado de ti como un crío, pero no tengo ni pajolera idea de por qué, de lo único que estoy seguro es de que ya no concibo mi vida sin ti, por eso necesitaba saber cuáles eran tus objetivos en la vida.

—Buena respuesta. Y, si tuviese una lista, te aseguro que tú serías el primero de ella —contesté, y lo besé con la misma intensidad que sus palabras habían despertado en mi interior.

Cuando nuestras bocas se separaron, Gavin me miró como si no hubiese nada más en el mundo aparte de mí. Y ése fue el detonante para que aflorara toda mi franqueza:

—Antes creía que yo... no merecía el amor de nadie, pero cuando te conocí...

—Pídeme que suba a tu casa esta noche, por favor.

—Quédate conmigo esta noche, Gavin..., quédate para siempre.

En cuanto terminé la frase, me besó con fuerza y me abrazó de la misma forma, como si deseara traspasar mis huesos, y finalmente subimos juntos a mi casa.

Después de dos noches más que movidas, por fin pudimos disfrutar de mi anhelado confinamiento en mi apartamento, para descansar y relajarnos. En todo el domingo no salimos de allí; cocinamos, vimos unas pelis y nos relajamos. No fue un encierro erótico-festivo, pero para mí fue mejor que eso, compartiendo confidencias, esperanzas de futuro, anhelos y mucha complicidad, mucha más de la que esperaba, así como caricias y besos que no creía merecer. Estaba feliz, viviendo un sueño, pero también aterrada porque todo se esfumase.

PARTE METEOROLÓGICO 11

SIEMPRE ESTAREMOS

CERCA, MI AMOR, AUNQUE SE

ALEJE EL SOL

El lunes salí hacia Madrid para mi entrevista en la cadena nacional. Gavin me acompañó tan sólo al aeropuerto, pues no podía venir conmigo porque estaba muy liado con el trabajo y con las gestiones del nuevo centro juvenil donde daba sus clases de judo, y nos despedimos casi en la puerta de embarque. Me apenó que no me acompañara, y más aún sabiendo que el martes era su cumpleaños. De lo contrario, yo podría haber ido a la entrevista, alargar un par de días más mi estancia en Madrid y celebrar su treinta y cinco cumpleaños lejos de todo, los dos solos, disfrutando de la capital, de la ciudad que él tan bien conocía y donde había vivido hasta su graduación y su marcha a Estados Unidos. Sin embargo, sus responsabilidades en el centro cívico nos lo habían impedido, aunque también dudaba que Jaime me diese a mí más días de permiso que los dos que ya me había otorgado para ausentarme de la cadena por la entrevista.

Mientras el avión despegaba, me consolé pensando que todo no podía ser perfecto y que mis planes saliesen siempre como yo deseaba. Lo tenía igualmente a mi lado. Me concentré entonces en mi viaje y en mi destino, en mi gran aventura, y una sonrisa terminó germinando en mi rostro al imaginar

mi visita a la gran sede de la televisión nacional. Estaba ansiosa por ver sus tripas y cómo trabajaba una cadena tan importante desde dentro.

Y lo cierto es que resultó toda una experiencia y acabaron ofreciéndome un contrato, no como la imagen de las noticias, sino en la redacción, pero aun así era un empleo en una cadena nacional y no me importaba. El ambiente, el trato recibido y la visita de la que disfruté por todas las instalaciones me hicieron sentirme tan especial que creía estar viviendo un sueño. Aunque, claro, la única referencia de que disponía para poder comparar era mi televisión local y poco más, y todo aquello me había desbordado de forma maravillosa.

Ansiosa por contárselo todo a Gavin, ya que no dejaba de pensar en él ni un segundo pese a todas las nuevas emociones vividas, decidí adelantar mi regreso. En vez de volver el martes, conseguí plaza en un vuelo que salía ese mismo lunes por la noche, y pensé en poder sorprenderlo así el día de su cumpleaños. Me sobraba tiempo, tenía toda la tarde libre, y decidí ir en busca del regalo perfecto para él, aunque tuviese que patearme todo Madrid.

Al pasar por delante de una librería, decidí entrar. Podía comprarle un libro, pensé, aunque sabía que me resultaría difícil encontrar algo de su agrado en Madrid, a menos que buscara alguna novedad de algún escritor norteamericano. Él sólo los leía a ellos. Cuando investigaba las estanterías, no pude evitar fijarme en una pequeña sección de ediciones raras, y en una en especial: *La montaña de los siete círculos*, de Thomas Merton, uno de los imprescindibles de Gavin. A pesar de no ser religioso, le atraía Merton por su altura literaria, su compromiso con los derechos civiles y la justicia social, así como su exquisita sensibilidad espiritual y sus hondas reflexiones. Sin duda ese autor había transformado la vida de miles de personas, algo que le iba al dedillo a la personalidad de Gavin y a mí me ayudaba a entender muchas cosas: sus gustos literarios decían mucho de él, como el centro juvenil del norte y su forma de ser, de querer ayudar siempre al prójimo.

Recordé que había mencionado que no tenía ese libro y me sentí como si me hubiese tocado la lotería, así que, sin dudarlo, decidí gastarme una pequeña fortuna en aquel raro ejemplar. Estaba segura de que le entusiasmaría, sería el regalo perfecto para su cumpleaños, pero después de

salir de la librería, me pareció poco y tuve otra idea: entrar en una tienda de lencería y comprarme el conjunto más sexi y provocador que encontrara.

Comí algo en cualquier parte y me dirigí al aeropuerto con tiempo de sobra. Allí, me tomé un café y, mientras miraba mis bolsas de la tienda de lencería y mi libro recién adquirido, recordé una de las citas de Merton, una cita que me había cambiado y que plasmaba mi decisión de ser feliz. No vacilé en estamparla en el libro de mi puño y letra: «El amor es nuestro verdadero destino. No encontramos el sentido de la vida por nuestra cuenta; lo encontramos junto a alguien».

Un vuelo de dos horas y pico da para pensar mucho, y mi loca cabecita no dejaba de tejer ideas para sorprenderlo por su cumpleaños. Había decidido no contarle mi cambio de planes para mi vuelta, llegar a casa, darme una buena ducha y ponerme tan sólo mi nuevo modelo de lencería debajo de un abrigo. Gavin iba a disfrutar de su regalo por anticipado la noche antes de su cumpleaños, o, al menos, eso me proponía.

Después de que el taxi me dejara en casa, me acicalé a conciencia, el corsé de encaje y cuero me quedaba de infarto, por no hablar de los accesorios. Gavin nunca me había llevado a su casa con la excusa de su violento perro —lo que me parecía de lo más absurdo, por otra parte—, y estaba ansiosa por saber quién sería más peligroso en realidad cuando me viese de aquella guisa. Recordaba su dirección, de alguna vez que había firmado la nómina de la cadena y no había podido evitar cotillear la suya en la mesa de la asesoría.

Me dirigí al norte, pues. Gavin vivía muy cerca de Puerto de la Cruz y, cuando llegué, me quedé embelesada por la belleza del lugar. La casa donde residía, la de sus abuelos, era una hacienda canaria espléndidamente restaurada. Una antigua prensa de vino estaba colocada a modo de ornamento en la entrada dando la bienvenida, sin duda una insignia del lugar donde me encontraba: la casa principal de los antiguos propietarios de las bodegas Los Dragos. Toqué el timbre de la verja y, para mi sorpresa, una señora que debía de rondar los sesenta salió a recibirme. De inmediato, me abroché hasta el último botón del abrigo, siendo consciente de lo que llevaba debajo.

—¿A quién buscas, bonita?

—Hola..., a Gavin, trabajo con él... Y... ¿usted es? —pregunté curiosa.

La verdad es que mi primera impresión fue que se trataba del ama de llaves o de una asistenta, pero no podía ni imaginar lo equivocada que estaba.

—Soy su madre. Ah, una compañera de trabajo... Pero pasa, bonita.

—Yo creí... —balbuceé confundida.

Gavin me había contado que su madre estaba muy enferma..., pero a mí no me pareció en absoluto una persona con ninguna dolencia importante. Para colmo, no me había dicho siquiera que ella se encontraba en Tenerife con él, ni desde cuándo. Yo estaba cada vez más confundida.

—¿Sí?

—No, nada —dije finalmente.

—Sígueme —me pidió, y yo lo hice con gusto.

Cerró la verja y entramos en el patio interior, donde vi jardines, un lagar tradicional de madera, una especie de vinoteca y hasta un pequeño museo del vino. Al fondo se ubicaba la vivienda familiar, y hasta ella me guio la mujer, la madre del hombre que me había robado más que el corazón.

—Y ¿para qué buscas a Gavin?, ¿algún tema de trabajo quizá? Él ha ido a comprar la cena, sabe que no puedo tomarme mis medicamentos sin cenar, es un hijo tan considerado... La asistenta hoy no ha podido venir. Puedes pasar y esperarlo, si quieres puedo prepararte un café mientras tanto.

—Gracias —respondí.

La mujer tenía un acento muy peninsular, capitalino, y era muy amable y correcta. No obstante, a causa de su presencia, comencé a sospechar que mi conjunto de lencería nuevo no saldría de debajo de mi abrigo aquella noche.

—Y ¿cómo te llamas? Yo soy Carmen.

—Candelaria, o Candela, como su hijo prefiere llamarme.

—Muy bonito, pero pasa, sígueme hasta la cocina, lo esperaremos allí.

—Gracias, señora —dije.

A continuación, la seguí cruzando un vestíbulo donde la madera y los tonos teja eran los predominantes. No pude evitar fijarme en una foto colocada en una especie de recibidor. En ella aparecía Gavin junto a una mujer muy hermosa, y supuse que se trataba de su esposa fallecida. Me quedé embobada en la imagen. La mujer era guapísima, mucho más que yo, la

verdad. Pero la madre de Gavin se percató de ello y me apresuré a excusarme:

—Siento mi falta de decoro... Imagino que se trata de Lisa, Gavin me ha hablado mucho de ella..., qué guapa era.

—¿Era? —me preguntó sorprendida—. Y lo sigue siendo... Para ella no pasan los años, y no como yo, que me estoy convirtiendo en un dinosaurio. La pobre Lisa... no ha podido acompañar a Gavin por trabajo, pero ya vendrá —añadió.

Confundida, e incapaz de dar un paso más, no pude evitar preguntarle:

—¿Cómo dice? Pero si yo creía... que Gavin... era viudo...

—¡Menudo disparate! ¿De dónde has sacado eso? —me preguntó mientras yo me concentraba en la extensión de viñas que se vislumbraba desde el gran ventanal de la cocina intentando ordenar mis ideas.

Entonces, me aventuré más de la cuenta.

—¿De... su hijo? Gavin me contó que su mujer había muerto hace algunos años.

—¡¿Cómo te atreves?! Pero ¿qué barbaridad estás diciendo? Gavin no ha podido contarte eso, ¿con qué propósito iba a hacer tal cosa? No te creo —replicó mirándome con hostilidad, obviamente disgustada y encolerizada.

—Lo siento, perdone, de verdad... No era mi intención alterarla de ese modo, pero yo... es lo que tenía entendido. Él mismo me lo contó, le prometo que fue así.

Yo cada vez estaba más confundida y, al mismo tiempo, empezaba a sentirme engañada. ¿Podía ser posible que Gavin me hubiera mentido de esa forma tan cruel? Incluso llegando a decir que era viudo, cuando en realidad su mujer... Me horrorizó la idea de que alguien pudiese hacer algo así.

La mujer estaba cada vez más indignada conmigo.

—¿Cómo iba a decirte mi hijo semejante atrocidad? Lisa está trabajando y pronto se reunirá con él, aquí o en Chicago, todo depende de su empleo. —Entonces, de pronto, se quedó pensativa y comenzó a mirarme de una forma que me dio mucho miedo—. Espera..., ¿seguro que trabajas con él? ¿Cómo has dicho que te llamas? Y ¿con qué intenciones has venido a esta casa, sabiendo que una anciana está sola para mortificarla diciéndole que su nuera

ha muerto?... ¡Sal de mi propiedad, sal de inmediato! ¡Voy a llamar a la policía!

—Lo lamento, seguramente es todo un malentendido, de verdad que lo siento. Pero, por favor, no se altere... ¿Seguro que estamos hablando del mismo Gavin? ¿Gavin O'Donnell, viudo, y que hace poco regresó de Norteamérica?

—Mi Gavin, sí, pero no es viudo...; ¡hablé con mi Lisa ayer mismo! ¡Fuera de mi casa, bruja miserable!

—Lo siento muchísimo, de verdad, lo siento, ya me voy —me disculpé mientras retrocedía sobre mis pasos.

Acto seguido, salí inmediatamente, apurando el paso, mientras las lágrimas rodaban por mis mejillas. Me sentía incrédula, dolida por lo que acababa de oír, y mi corazón y mi mente no querían encajar, se negaban a creer que fuese cierto lo que aquella mujer acababa de contarme.

Cogí mi coche y puse rumbo al sur de nuevo, a mi casa. Conducía con dificultad, ya que las lágrimas de dolor, impotencia y hasta rabia no dejaban de manar de mis ojos y me impedían ver con claridad la carretera. No podía más, y activé el manos libres para llamar a Guasi y contarle todo lo sucedido. No me encajaba que Gavin fuese un sinvergüenza desalmado que utilizara el típico argumento de estar viudo para servirse de la compasión de las mujeres y echar una canita al aire. Mi angustia aumentaba, como el dolor de sentirme engañada de nuevo, de haberme dejado embaucar por un hombre del que me había enamorado perdidamente.

—Hola, estaba a punto de acostarme —dijo mi amiga quejicosa al descolgar.

—Que me ha mentado..., que está casado, Guasi...

—¿Quién? —preguntó adormilada.

—¿Quién va a ser, Guasi? Pues Gavin, ¡que no es viudo! ¡Acabo de conocer a su madre y me ha echado de su casa! No puede ser verdad... ¡Esto es una pesadilla!

—Pero ¿qué dices? ¿Tú no regresabas mañana de Madrid? ¿Dónde demonios estás?

—Voy de camino al sur, a mi casa, luego te lo explico todo.

—Estás muy alterada y no entiendo nada. Mejor aparca en la primera cuneta que encuentres o donde sea y voy a buscarte, a ver si te va a pasar algo con el coche.

—No, estoy bien, no te preocupes.

—Entonces nos vemos en tu casa, me visto y voy para allá.

—Por favor, Guasi, te necesito.

—Descuida, salgo dentro de cinco minutos y te espero allí.

Llegué al sur de una pieza, aunque desobedeciendo algún que otro límite de velocidad. Necesitaba refugiarme en mi hogar con urgencia, descargar la rabia que sentía y que una mano amiga me ayudara a reconfortarme de algún modo. Aunque en el fondo sabía que sería inútil, necesitaba intentarlo de todos modos.

Cuando me aproximaba a mi portal, observé que Guasi se me había adelantado y que me esperaba tan impaciente como intranquila en la puerta. Apuré todavía más el paso y, en cuanto estuve lo suficientemente cerca, me eché en sus brazos hecha un mar de lágrimas.

—Me la ha pegado pero bien... —estallé.

—No entiendo nada..., ¡si ese hombre te adora!

—No, Guasi... Su madre vive con él, quizá por eso no ha querido llevarme nunca a su casa, para que no me enterara por ella de que estaba casado y no viudo, y ser su entretenimiento mientras dura su estancia en Tenerife, cuando tiene su vida y a su mujer en Chicago... No me puedo creer que me haya hecho esto, parecía tan sincero..., era todo tan perfecto... ¡Debería haber sospechado, qué tonta he sido!

—Pero ¿cómo? Cuéntamelo todo.

Subimos a mi casa, Guasi me preparó una tila y le relaté mi encuentro con la madre de Gavin con pelos y señales. Ella se mostraba tan incrédula como yo.

—Los hombres nunca dejarán de sorprenderme, decepcionarme y herirme —proseguí—. Resulta increíble enterarse de a qué artimañas llegan para echar un polvo... Ojalá hubiese continuado como al principio, cuando me decía que tan sólo viviese el presente, que él tenía decidido regresar a Chicago, y no me hubiese dicho después que se quedaba por mí, que estaba

enamorado de mí... No tenía por qué mentirme cuando yo era tan sólo un pasatiempo... ¿Por qué? ¿Por qué me ha hecho esto?

—Puede que... porque las mujeres enamoradas solemos ser más sumisas y complacientes, yo qué sé... Menudo farsante...

—Es un monstruo, me encantaría que su mujer se enterara de que él anda diciendo por ahí que está muerta, a ver cómo le sentaría.

—Es otra víctima como tú, pobre... Pero suelta todo ese veneno que llevas dentro, Candy, no te preocupes, suéltalo todo.

—Me siento tan manipulada, engañada y hundida...

—Me parece increíble, Gavin no tenía pinta de eso. Hay que ver cómo engañan las apariencias... Voy un momento a la cocina, no tardo.

Guasi dejó de abrazarme dispuesta a ir a prepararme otra tila cuando la pantalla de mi teléfono se iluminó con una llamada entrante. Guasi se apresuró a cogerlo para comprobar quién llamaba.

—Es el monstruo... ¿Te sientes con fuerzas para enfrentarte a él o lo pongo verde yo misma por ti?

—Yo lo cogeré, no te preocupes, puede que me haya dejado tocada, pero aún me quedan agallas —dije secándome las lágrimas y respirando profundamente, buscando el punto de equilibrio entre mi poca fortaleza en aquellos momentos y el coraje necesario para enfrentarlo como se merecía.

Descolgué sin decir nada, y Gavin se me adelantó:

—Hola, cielo, quería desearte buenas noches tan sólo. Estoy deseando verte, no sabes cómo te echo de menos...

Tapé el auricular incrédula y me dirigí a Guasi:

—Cree que aún estoy en Madrid... ¿Es que su madre no le ha comentado nada de mi visita? Dice que me llama para desearme buenas noches, te juro que no entiendo nada...

—Será un cínico, vete tú a saber... A la vista de los hechos, ya me espero de todo... Dale su merecido, Candy.

Respiré hondo y a continuación pronuncié unas palabras que jamás creí que saldrían de mi boca ni de lo más profundo de mi alma:

—No quiero volver a verte. Aceptaré la oferta de la televisión nacional. No es un puesto importante, pero sigue siendo lo mejor que me ha pasado...,

qué pena que lo peor hayas sido tú.

—¿Candela...? ¿Me he equivocado de número o qué? ¿Qué demonios dices, cielo?

—Te he descubierto, pedazo de sinvergüenza, no quiero verte nunca más... Ni se te ocurra volver a llamarme o a molestarme o tomaré medidas.

—Pero ¿a qué viene esto?, ¿a santo de qué...?

Colgué sin más, no tenía ganas de seguir alargando mi sufrimiento. En cuanto solté el teléfono, me aferré de nuevo a Guasi como si fuese un náufrago en alta mar y ella mi única tabla de salvación.

—Tranquila, chist... Los tipos como él siempre acaban llevándose su merecido, el karma se encargará, ya lo verás, cariño. Pasará..., el tiempo lo cura todo.

Finalmente Guasi se quedó a dormir en mi casa. Pero a la mañana siguiente yo tenía que ir a trabajar, al mismo sitio donde lo hacía Gavin. Llamé a Jaime y le dije que, sintiéndolo mucho, ya no iba a volver. No quería cruzarme con Gavin, y mucho menos trabajar con él. No obstante, como es obvio, a mi jefe le di otras razones y le dije que había aceptado el puesto en la cadena nacional, algo que todavía no había hecho, pero que pensaba hacer esa misma mañana.

Cuando Guasi se fue a trabajar, lo que menos necesitaba y me apetecía era estar sola, así que me fui a ver a mi madre antes de aceptar el contrato en Madrid. Cómo no, ella me apoyó y me alentó a hacerlo, y finalmente me pasé todo el día en su tienda de *souvenirs*. Pero la noche se me echaba encima, y no tenía más remedio que regresar a mi apartamento de nuevo, sola, y eso hice.

Ya en casa, sentía la imperiosa necesidad de deshacerme de todo lo que tuviese que ver con Gavin. Borré sus fotos (de momento las del móvil, más tarde ya eliminaría también las que guardaba en la copia de seguridad) e incluso me descargué una aplicación en que bloqueaba llamadas y mensajes no deseados con tan sólo añadir el número a la lista negra de la agenda del

servicio instalado. Apenas pude dormir, y hasta me arrepentí de no haberme quedado en casa de mi madre, pero tarde o temprano tendría que afrontar mis problemas sola, y creía que, cuanto antes lo hiciera, antes desaparecería el dolor. Sin embargo, estaba muy equivocada.

Al día siguiente recibí llamadas y wasaps de gente con la que Gavin se había puesto en contacto, buscándome. Me llamaban para avisarme, pero yo les pedí lo mismo a todos: que lo ignoraran o no le diesen ningún tipo de información sobre mí ni de dónde me encontraba. La noche siguiente, sin embargo, Gavin encontró otra forma distinta de ponerse en contacto conmigo: a través de Messenger. Facebook era la única red social en la que había olvidado bloquearlo porque la usaba con muy poca frecuencia, y consiguió llamarme a través de la aplicación. Decidí descolgar para decirle por última vez que se olvidara de haberme conocido. «Ojalá yo pudiese hacer lo mismo», pensé.

—Jaime me ha dicho que has dejado la cadena ya. Le he preguntado mil veces a Guasi por ti en el trabajo y tampoco me dirige la palabra... Creo que al menos merezco una explicación, necesito verte... ¿Dónde estás? —me preguntó y, para colmo, por su tono parecía estar bastante ebrio.

—Entre «olvídate de mí» y «¿a ti qué coño te importa?»... ¿Aún no lo captas, Gavin?

—He oído al gorrión..., estás en tu casa, lo sé. Voy hacia allí, no puedes huir de mí eternamente, Candela.

—No me subestimes, ¡y deja de llamarme Candela! —le grité, y colgué.

Acto seguido, comencé a dar vueltas sin sentido por mi apartamento. Salí a la terraza, pero ni concentrándome el profundo azul del mar lograba serenarme. Estuve tentada de llamar a Guasi de nuevo, no obstante, desistí porque me sentía egoísta ante la idea de acapararla de nuevo con mis problemas. Cuando comenzaba a desquiciarme sin saber qué hacer, a punto ya de volverme loca, la propia Guasimara me llamó.

—¿Cómo sigues?

—Peor, de bajón... ¿Puedes venir? Ay, no, olvida lo que he dicho o tu novio va a acabar odiándome...

—Él lo entiende, no te preocupes. ¿Gavin sigue buscándote e intentando

hablar contigo?

—Bloqueé sus llamadas, pero ahora mismo acaba de hacerlo por Messenger. Yo..., ¿puedes venir un rato, entonces? No te voy a pedir que te quedes como la otra noche..., es sólo que... dice que viene hacia aquí. Ha oído el puñetero pájaro que tengo de okupa en el tejadillo de mi terraza, traidor..., y sabe que estoy en casa... Cualquiera día le pego un tiro.

—¿A Gavin o al pobre gorrión?... Salgo dentro de un rato si me prometes no cargarte al pájaro.

—Intentaré contener mi ira, gracias, Guasi.

Al cabo de media hora, mi amiga se presentaba en mi puerta cargada de bolsas.

—El kit de emergencia, material para hacer mojitos y mucho chocolate. He traído tus bombones favoritos.

—¿Encima de que acabo de enterarme de que es un mentiroso tú me quieres engordar? Ay, perdona..., es que estoy furiosa con todo el mundo, cuando debería estarlo sólo con él. Trae aquí —dije tirando de la caja de bombones.

Mientras Guasi preparaba los mojitos en la cocina, yo me atiborraba a chocolates. Un rato después se acercó al sofá con dos supermojitos en las manos.

—Ay, mi niña, no sé cómo alegrarte esa cara —comentó. Luego se quedó pensativa un rato y me preguntó—: ¿Te acuerdas de nuestra coreografía de las Spice Girls?

—Oh, Dios..., ni me lo recuerdes... ¿Cómo podía gustarnos esa panda de pijas?

—¿Y nuestro ridículo bailecito? Qué tiempos..., parece que fue hace mil años, pero éramos unas crías. Lo buscaré en YouTube..., vamos a rememorar momentos pasados.

—Ni hablar, no me apetece —repuse mientras intentaba beberme mi mojito de una sentada y Guasi me observaba con atención.

—¿Pretendes emborracharte a la velocidad del rayo?

—Será la única forma de dormir una noche entera, hace días que no lo hago. Y, sí, quiero beber y beber hasta caer inconsciente.

—De eso nada —replicó mientras tiraba de mí.

No me quedó otra que levantarme del sofá. A continuación, mi amiga puso la dichosa canción en el móvil y empezó a hacer el tonto mientras trataba de obligarme a que yo hiciese lo mismo, con tal insistencia que finalmente ambas acabamos haciendo el ridículo bailecito por todo el salón al grito de «*Wannabe!*». Cuando la canción terminó, nos dejamos caer exhaustas y muertas de risa en el sofá, hasta que conseguimos recuperar la compostura.

Entonces Guasi concentró una tierna mirada en mí.

—¿Ves como es mejor terapia hacer un poco el tonto en vez de emborracharte? He conseguido que te rieras, y no sabes qué bien me sienta haberlo logrado. La vida es muy corta para andar lamentándose, y encima de lo que te ha hecho no voy a permitir que, para colmo, pierdas el tiempo estando así, él no lo merece. Ningún cretino merece tus lágrimas, ni las de ninguna mujer, de sexo débil nada, que se lo han creído ellos... Y eso me da una idea..., este fin de semana nos vamos de fiesta, que en la vida hay más que hombres: hay sol, playa, fiestas y mucho más, ¿o no?

—Y tesoros de amigas como tú.

—¡Ay, que te como a besos! —exclamó mientras me abrazaba.

En ese instante sonó su móvil y me soltó para cogerlo. Le había llegado un mensaje.

—Seguro que es tu novio. Es tarde, deberías volver, no quiero que tengas problemas con él por mi culpa.

—Qué va, si es un cielo, pero no es mi novio... —indicó mirando el teléfono—. Vaya..., es el farsante... Dice que te diga que está abajo: como ha visto mi coche sabe que estoy aquí. Como tú lo tienes bloqueado..., me ha escrito a mí.

—Dijo que iba a venir, pero no creí que lo hiciese en realidad... —dejé caer fastidiada y de lo más nerviosa.

—Ni te muevas, yo me asomo —me indicó Guasi mientras salía a la terraza a mirar—. Es cierto, está abajo.

Acto seguido, oí sus gritos:

—¡Candy! ¡Al menos merezco una explicación..., da la cara y me iré!

—¿Está borracho o son imaginaciones mías? —le pregunté a Guasi.

Ella volvió a asomarse.

—Sí, templado como un piojo, casi no se mantiene en pie —me informó estallando en carcajadas.

—Encima que viene a mortificarme..., lo hace ebrio..., ¿será caradura? El muy sinvergüenza... —dije con mis ojos inyectados en sangre mientras miraba fijamente hacia la terraza.

—No la tiene, no, no tiene vergüenza —me apoyó Guasi, de lo más indignada.

—¡Candelaria...! Te quiero, joder, quiero tener un hijo..., o más, un niño guanche contigo, que se llame Mencey y sea el rey del mundo y todo lo que tú quieras... Hacer mojo picón casero y un asadero en la playa, beber Clipper ¡y enralarme[11] contigo de por vida!

—¿Qué pretende? —preguntó Guasi muerta de risa al oír sus gritos—. ¿Reconvertirse a canario como si de una religión se tratara? Mojo picón, dice..., pues sí que lleva una buena borrachera el americano este.

—Ignóralo, ya se cansará y se irá.

—¡No pienso irme de aquí hasta que me des una explicación! —gritó él de nuevo—. ¡Como si tengo que acampar aquí toda la noche!

—Ni que te hubiera oído, amiga... —señaló Guasi.

Aquello era el colmo. Monté en cólera y, de un arrebato, cogí el jarrón que me había regalado, salí a la terraza y lo estampé a centímetros de sus pies. Lo mío no era precisamente la puntería.

—¿Me has tirado un jarrón? —me reprochó incrédulo mirándome desde abajo.

—Sí, y como no te vayas voy a comenzar a lanzar cuchillos, ¿te queda claro, grandísimo farsante?

—¿Farsante? ¿Se puede saber a qué viene eso?

—A que vas por ahí ligándote a mujeres con el cuento de que eres viudo y estás intentando superarlo... Tonta de mí..., y pobre de tu mujer, que vas diciendo por ahí que está muerta... Ojalá se entere..., te mereces que te los corte por lo menos, y no me refiero a los bajos de tu pantalón precisamente...

—Pero ¿qué disparate estás diciendo? ¿Qué tiene que ver Lisa en esto?

¡Dime qué he hecho mal, porque no entiendo nada!

—Mira, no te hagas el loco. O te vas, o llamo a la policía, tú mismo.

—La que se ha vuelto loca eres tú, y de remate. Está bien, me iré, pero que sepas que sigo sin entender nada.

—¡Yupi! Anda, ve a darle la serenata a otra que hayas engañado.

—Estás completamente loca, ¿lo sabías?

Me miró por última vez y luego se fue meneando la cabeza calle abajo.

—¡Vete por la sombrita!

—¿Se ha ido? —me preguntó Guasi.

—Sí, eso parece. Dime, ¿por qué yo no puedo tener un novio como el tuyo? ¿Por qué la vida es tan injusta?

—Bueno..., Candy, no sé qué decirte. Tienes una familia genial, eres guapa y ahora vas a conseguir el trabajo de tus sueños... Puede que la vida te esté diciendo que no se puede tener todo, la perfección no existe, no sé...

—En fin, ¿pones *Wannabe* otra vez?

La cara de Guasi se iluminó en el acto con una sonrisa.

—Esa actitud ya me gusta más.

Finalmente nos terminamos una botella de ron y todo nuestro repertorio de cuando éramos adolescentes.

PARTE METEOROLÓGICO 12 Y CUANDO EL VIENTO LO DIGA YO VENDRÉ A BUSCARTE

A la mañana siguiente me levanté con el peor dolor de cabeza de la historia. Me tomé un café bien cargado, me duché y me dispuse a lavarme los dientes. Cuando retiraba el vaho del espejo del lavabo con la mano, di un brinco asustándome de mi propio reflejo. Estaba horrible, un tono violeta subrayaba la parte inferior de mis ojos; aquello no eran ni ojeras, sino que parecía que me hubiese pintado con esa cera negra que se dan los jugadores de fútbol americano en la cara (y que a día de hoy aún no sé cuál es su función). «Americanos...», me dije, y ¿quién acudió a mi mente? Gavin parecía estar persiguiéndome en todo momento, se había apoderado de ella por completo. Necesitaba distraerme. Miré la cesta de la ropa sucia del baño y decidí hacer la colada. Luego continuaría con los vasos de los mojitos y las botellas del kit de emergencia de Guasi. Terminé de meter la ropa en la lavadora y me puse a supervisar el salón y mi habitación por si había algo más para completar la colada. Cuando estaba cambiando las sábanas, advertí una prenda bajo la cama. La cogí y me percaté de que no era sino la camiseta que Gavin se había dejado después de la fiesta de Jurgen..., de nuevo Gavin atormentándome. Y, masoquista de mí, la acerqué a mi cara e inspiré su perfume, nostálgica de

nuevo y quebrada por su ausencia, a pesar del dolor que me había provocado. Me senté en la cama derrotada, evocando los momentos en los que había sido suya, de un modo diferente del que estaba acostumbrada. Y eso me atormentó aún más, porque, ¿y si nunca volvía a sentir lo mismo con nadie? Todo lo que había sentido con él... Percibí la humedad entre mis piernas incluso y me toqué sin poder evitarlo, imaginándolo dentro de mí de nuevo, soñando despierta, recordando cómo lo había sentido la última vez. Fantaseé con su cuerpo y con su aliento de nuevo pegado a mi cuello, con sus jadeos..., y cómo había explotado con el orgasmo, y eso me hizo explotar de igual forma. Cuando recobré el control de mi respiración y de mi cuerpo, la nostalgia me asaltó de nuevo. Me duché otra vez. Apoyada en la pared, me sumergí bajo el agua esperando que ésta se llevara mis sentimientos y la necesidad de tenerlo a mi lado por el desagüe. Fue una ducha prolongada que... finalmente no sirvió de nada. Me prometí a mí misma que dejaría de pensar en Gavin de ese y de todos los modos posibles. Para colmo, el gorrión de mi terraza me estaba volviendo loca, así que decidí llamar a mi madre con cualquier pretexto:

—¿Comemos juntas?

—Ay, hija, ¿quién me iba a decir a mí que una ruptura con tu novio te haría pasar más tiempo con tu madre? No te enfades..., pero me tienes muy preocupada... Pues, claro, baja a Palm-Mar. Además, te marchas a Madrid dentro de poco y quiero pasar todo el tiempo posible contigo antes de que te me vayas.

—Vale, *ma*, a eso de la una tiro para allá. Besos.

—Muchos *pa' ti*, mi *lajita*.

Sobre las dos, mi madre y yo comíamos en Er Cuchitrí, que, a pesar del nombre, era un restaurante de calidad donde se comía de lujo.

—*Ma*, tengo que contarte algo.

—Dime, *lajita*.

—Es que... me voy ir antes de lo esperado a Madrid. Necesito cambiar de aires, y la cadena tiene un curso de reciclaje muy bueno. No me obligan, pero quiero hacerlo porque me lo paga la empresa, y, claro, no es lo mismo donde trabajaba que el sitio al que voy. Creo que debería aprovechar la oportunidad. Airam me está buscando piso.

—Ya, cambiar de aires..., eso es por ese chico. Aún no me has contado por qué rompiste con él.

—Mejor que no lo haga, así te ahorro un disgusto, mamá.

—No me asustes..., no te habrá pegado nada, ¿no?

—Ay, por Dios, no es eso... Sólo que es un mentiroso, nada más: me engañó, es todo lo que necesitas saber.

—Pues te miraba de esa forma tan dulce..., a mí me convenció totalmente, parecía tan enamorado...

—A mí también logró engañarme, mamá. ¿Cambiamos de tema?

—Claro, *lajita*, y ¿cuándo te vas?

—Este... lunes.

—¿Tan pronto?! Ah, no, pues te quedas en mi casa a pasar el fin de semana y te acompaño a Madrid.

—No, *ma*, no vas a hacer como cuando me fui a la universidad y luego a tu vuelta te perdiste y acabaste en otra terminal diferente de donde salía tu vuelo. La que armaste... Esta vez igual terminas en China..., ni se te ocurra.

—*Mija*, es que el de Madrid no es un aeropuerto, ¡sino una ciudad entera!

—Ay, *ma*, es que te sacan de tu rutina y no te orientas. Aún recuerdo cuando te perdiste en el Carrefour ...

—No me perdí, estaba mirando el género para comprar.

—Sí, claro, ¿en la sección de herramientas de jardín? Mamá, que tú no tienes jardín.

—Pues *pa'* cuando lo tenga.

—Vale, no te perdiste, dejémoslo así —dije resignada.

—Me gustaría acompañarte unos días, te ayudaría a establecerte y eso.

—Tengo a Airam allí, mamá, de verdad, no te preocupes. Y vendré a menudo, te lo prometo.

—Ay, qué pena, pero se hace tarde... Tengo que ir a abrir la tienda, lo siento, *lajita*.

—No te preocupes, mamá, yo tengo cosas que hacer también. Voy a ir por casa de Yaiza, a ver si me presta la maleta azul, y quiero ir también a comprar algunas cosas que no encontraré en Madrid.

—Yo me encargo de prepararte un paquete con queso majorero y un par

de bandejas de esos dátiles que tanto te gustan. Y tienes que prometerme que comerás bien cuando estés allí. Bueno, seguimos hablando luego acerca de que te marches tan pronto y todo eso, ¿eh? Es que tengo un par de encargos en la tienda y venían ahora a recogerlos.

—Gracias, mamá, y vete tranquila, claro que hablamos luego —y nos fundimos en un abrazo.

Después de comer, me fui a casa de Yaiza a por la maleta y di un paseo por la playa de Las Américas para impregnarme del olor a salitre e imaginar cómo echaría de menos aquellas playas. Cambiaba totalmente de vida, de ciudad, de trabajo... Nuevas caras y quizá hasta nuevas amistades... Era toda una aventura y, estaba convencida, la mejor decisión que había tomado en la vida.

Aquella tarde, al regresar a mi casa, me encontré con el portal de mi bloque colapsado de centros de flores y una furgoneta en la entrada de la que descargaban decenas y decenas de ellos. Subí extrañada la escalera mientras contemplaba cómo el camino habitual hasta mi apartamento se había convertido en un sendero floral. Desde la entrada hasta mi puerta, en cada uno de los peldaños había un centro de rosas y otro de lirios violetas, uno a cada lado... Y eso que aún faltaba más de una semana para el día del gran despilfarro: San Valentín. Los lirios eran mis flores favoritas, por lo que hasta sentí envidia mientras me preguntaba si se los habrían enviado a la chica de enfrente y si no le importaría deshacerse de uno de los ramos, con todos los que le estaban llegando... No obstante, apenas la conocía, la pobre trabajaba en hostelería y apenas coincidíamos en el portal por sus largos turnos de trabajo.

La chica que se estaba encargando de ir colocando los centros por la escalera, al verme frente a mi puerta, me preguntó:

—¿Eres Candelaria Betancort? ¿Tu apartamento es éste?

—Sí..., lo es —respondí extrañada de que supiese mi nombre.

—Vaya, ¡felicidades! Tú eres la responsable de que hoy haya tenido que cerrar la floristería.

Yo no entendía nada.

—Perdona, ha sido un día muy largo, así que si fueses más precisa me

harías un favor... —le pedí mientras me frotaba la frente exasperada y algo cansada.

—Todo esto es para ti —me informó señalando la escalera como si de una fiesta de cumpleaños sorpresa se tratara.

—¿Para mí?

—De parte de un tal Gavin, y también me ha dado esto para ti —añadió entregándome un sobre.

—No se da por vencido ¿eh? —comenté mientras lo abría—. Terco embustero...

De su interior saqué una tarjeta en forma de corazón, pero no vi nada escrito en ella.

—No lo entiendo, no ha puesto nada —dije extrañada—. ¿Qué sentido tiene enviar una tarjeta si no escribes nada en ella?

—Lo sé: me ha dicho que te diga que esa tarjeta simboliza su corazón. Dice que, si no te tiene a ti, no lo necesita y que te lo da para que lo pisotees de nuevo cada vez que te apetezca.

—No me conmueve —declaré, aunque en realidad no era así. No obstante, decidí disimular delante de aquella desconocida; a saber si luego le contaría todos los detalles a Gavin, por lo que no pensaba darle el gusto—. ¿Te dijo si tenías que llevarle algún mensaje mío?

—No, sólo que te diese el suyo. Cada centro, en cambio, sí tiene su propia tarjeta. Vas a echar un buen rato para leerlas todas...

—¿En serio?

La chica, bajita y algo regordeta se limitó a asentir. Luego se me quedó mirando como si estuviera dudando decirme algo. Al final, lo soltó:

—Mira, monada, no sé qué habrá hecho tu novio para gastarse un dineral semejante en flores, pero si un hombre, por muy mal que se haya portado, hace todo esto por mí, lo ato a mi cama una semana entera.

Hasta me hizo sentirme culpable con esas palabras, a pesar de que el mentiroso era él.

—Los hombres creen que lo arreglan todo con flores y adornos... Pues lo lleva claro.

—Mona, pues te ha tocado la lotería —añadió, y se fue farfullando

escaleras abajo—. Dios le da pan a quien no tiene dientes..., ¡qué injusto!

Sin embargo, era evidente que le carcomía la curiosidad, la tentación pudo con ella y se dio la vuelta para preguntarme:

—¿Qué ha hecho?

—Pues lo típico: mentirme. Los hombres son especialistas en eso.

La chica volvió a subir entonces los cuatro escalones que había bajado.

—¿Puedo sentarme?

—Es una zona pública..., no podría impedírtelo, aunque quisiera —
indiqué encogiéndome de hombros.

—Muy graciosa... No puedo irme sin saberlo, algo habrá hecho, ¿no?

—Ya te lo he dicho: me mintió.

—Oh, odio que hagan eso.

—Y no me deja tranquila desde entonces, así no lograré pasar página jamás.

Ella me miró de arriba abajo y, sin cortarse, me espetó:

—Nena, te diré algo, llevo muchos años en este negocio y he llevado encargos de flores de una punta de la ciudad a la otra por temas de cuernos y de arrepentimientos... Ese tipo no te quiere: ¡te adora! Cuando hizo el pedido, con esa voz..., ¡me dio hasta pena! Guapita, es tu hombre. Si quieres un consejo, ve a donde esté y tírate literalmente encima de él.

—No tienes ni idea de lo que dices. Es todo tuyo, te lo regalo.

—Me lo quedaría encantada, maja, pero él está loco por ti. Si no, mira a tu alrededor —sentenció señalando las flores, y luego se fue muy indignada.

«Bueno —me dije—, una bronca de una desconocida que no tiene ni idea de qué ha pasado entre nosotros. Si le llego a contar que está casado, otro gallo habría cantado.» Luego resoplé mientras decidía si deshacerme de las flores ignorando las tarjetas o si, por el contrario, debía leerlas primero. Pero, mecachis, finalmente me pudo la curiosidad. Bajé hasta el primer escalón y busqué en el primer centro de flores la tarjeta correspondiente. Cuando al fin la encontré, leí:

Cuando caminas, tiembla la tierra.

Y enseguida reconocí la frase de una canción de Efecto Pasillo, algo de Gavin con lo que sí me había quedado y de lo que no pensaba desprenderme nunca. Al menos en el ámbito musical había dado con un verdadero tesoro. Luego subí otro escalón y fui a por la siguiente tarjeta:

¿Te acuerdas de nuestra estancia en el Teide? Esta letra no hace más que recordármela: «El frío es una excusa para abrazarte más».

Y continué por la siguiente:

Y quiero abrazarte hasta el fin del tiempo.

Y otra:

Yo te doy la luz del sol para que tú me quieras.

«Mira, ahí ha estado acertado el hombre del tiempo», murmuré para mí.

Y, así, una tras otra. Todas aquellas frases formaban parte de letras de canciones del grupo Efecto Pasillo que se habían hecho imprescindibles para mí, y muchas parecían estar contando nuestra historia:

Si tu corazón está por mí, sólo tendré ojitos para ti.

Tú serás para mí lo primero.

Si tu corazón está por mí, lo juro, voy a hacerte tan feliz.

Y yo, subo escalón a escalón, quiero tocar el cielo azul, el cielo azul.

Aunque me haya herido, yo la iré a buscar.

No puedo rendirme, se puede arreglar.

Lo único que quiero es conversar contigo, darte dos besitos, decirte

*al oído
cuánto te he extrañado, que nunca te olvido.
Dame un tantito de tu tiempo.*

Te comiste cada beso mío sin rechistar.

*Un millón de pretextos busco para tenerte,
un millón de razones tengo para olvidarte.*

Quererte me está matando.

*No me seas traicionera, no deseo pelear.
Tic, tac, el que espera desespera.*

Vale, tú sabes que me estas enloqueciendo, por gusto vivo sufriendo.

Y la última decía así:

Hoy voy a darte un «te quiero» aunque tú no me lo pidas.

Terminé y me senté en el escalón. Si deseaba tocarme la fibra, debería haber sabido que ya lo había hecho el día que me besó por primera vez, y que estaba loca por él a pesar de estar casado; algo contra lo que tenía que luchar..., contra mi propio corazón, que hacía lo que le daba la gana, contra mi voluntad y mi alma, que, cada día que pasaba lejos de él, moría un poco más.

Aun así, fui regalando las flores a diestro y siniestro, y hasta a Shiao, el dueño del restaurante chino de abajo, le encantaron y las dispuso como centro de mesa por todo el local y me regaló la cena. De todas formas, no cabían en mi pequeño apartamento. Sin embargo..., tengo que confesar que me quedé las tarjetas con las letras de Efecto Pasillo.

Posteriormente subí a mi casa, cogí algo de la nevera para beber y me fui con mis envases de comida china hasta mi sofá. Encendí la tele y sintonicé

nuestra cadena. A esa hora reponían las noticias del mediodía, y me encantaba contemplar a Guasi conduciendo el informativo. Se había quedado en mi puesto, y lo cierto es que lo hacía de fábula. Deseé con todas mis fuerzas que no cerraran la cadena, pero no se auguraba nada bueno al respecto. Entonces, una cara que me resultaba familiar me llamó la atención y subí el volumen del televisor para seguir la locución de Guasimara al detalle. Traté de recordar de qué me sonaba aquella cara, hasta que finalmente caí en la cuenta: era la madre de Gavin.

—... Carmen Machín Santana es diabética y necesitaba su medicación, estaba desorientada y ni siquiera recordaba su nombre en el momento en que fue encontrada, ya que padece alzhéimer. Fue llevada al hospital después de estar horas perdida entre los viñedos de Los Dragos, pero por suerte sólo había sufrido una deshidratación leve y ya se encuentra en su domicilio. Las autoridades agradecen la colaboración ciudadana y la de los empleados de las bodegas por haberse puesto en contacto con ellas...

Enseguida llamé a Guasi.

—Acabo de ver la reposición de las noticias del mediodía... ¿Cómo que la madre de Gavin se ha perdido? ¿Por qué no me lo has dicho?

—Porque no quieres saber nada del elemento, y como ya ha aparecido... no creí que fuese importante mencionártelo...

—¿Alzhéimer?

—Sí, yo me he enterado hoy. Desapareció por la mañana, pero la encontraron más tarde. Qué triste, no conocía ni a su propio hijo... Gavin me dio mucha pena.

—No debe de ser fácil convivir con una persona así. Vaya tela.

—Ya ves, pero ya está en casa. ¿Qué tal estás tú?

—Bien, voy a comenzar a guardar cosas para no dejarlo todo para el último momento, ya sabes..., para el lunes.

—Ya, oye, ¿vas a dejar tu piso? ¿Qué vas a hacer finalmente?

—De momento lo voy a conservar. Si la cosa va bien en Madrid, no tengo más que hablar con el casero y pedirle unos días para recoger todas mis cosas, pero por si las moscas lo conservaré unos meses.

—Me parece estupendo que no te desprendas de él por el momento.

—Bueno, te dejo, estoy terminando de cenar. Me alegro de que haya aparecido su madre.

—Si quieres, se lo digo.

—No, mejor no le digas nada. Sólo comentó que su madre padecía una dolencia, nunca mencionó que fuese alzhéimer, no entiendo por qué nunca me lo dijo, pero bueno, no sé de qué me extraño, tampoco me dijo que estuviese casado, así que... Hoy me ha llenado la escalera de flores y, lo peor, ha escrito frases de mis canciones favoritas en tarjetas repartidas por todas ellas... Ahora siempre recordaré a Gavin cuando escuche a Efecto Pasillo, voy a odiarlo por hacerme esa faena de por vida.

—¿No crees que se lo está currando mucho? Mira, Candy, yo le daría una oportunidad para explicarse al menos.

—¿Para qué? Está casado, está todo explicado.

—Yo no sé qué pensar ya, chica... Mira en Google, a ver si sale algo sobre su vida personal...

—No sale nada, ya he mirado. Se ve que es hermético en ese sentido, no hay nada por internet de su vida privada, cero.

—Pues lo siento. Buenas noches, chica *Spice*.

—¿Aún sigues con eso? Ay, buenas noches, loquita...

El sábado, mis antiguos compañeros de la cadena decidieron venir a despedirse. A pesar de nuestros desencuentros, me pareció todo un detalle, así que terminé organizando para ellos una pequeña merienda en una terraza en la playa frente a mi casa; creí que era lo mínimo. Bebimos y reímos, era reconfortante no estar a la defensiva al fin, aunque hubiera tenido que aguardar cinco años para ello, no esperar una zancadilla, un comentario fuera de tono... Mientras los observaba incluso llegué a sospechar que los iba a echar de menos, más de lo que imaginaba. Llegó el brindis final y Yeray hizo los honores.

—Te deseamos lo mejor en Madrid, y hablo en nombre de todos, con toda sinceridad.

—Aunque no lo creáis, significa mucho para mí —declaré.

—¿Puedes venir un momento? —me pidió Guasi haciendo un ademán para me alejara del grupo.

—Claro.

Caminamos hasta la orilla y, una vez allí, me comentó:

—Gavin también se va la próxima semana. En el trabajo lo he oído hablar por teléfono, pone a la venta todo el patrimonio de Los Dragos y lo deja en manos de un agente inmobiliario.

—No puede..., no es suyo: pertenece a Tenerife. Nunca lo entenderá... ¡Está vendiendo parte de nuestra historia! —dije exasperada y con gran impotencia.

—Ya ves... Y al respecto de que se vaya..., ¿no vas a decir nada?

—Tiene que seguir su camino como yo el mío. A él lo espera su mujer y su vida perfecta en Chicago, y a mí, mi trabajo soñado en Madrid. Pues que lo venda todo, eso me ayudará a odiarlo más, quizá así logre olvidarlo.

—Te voy a echar de menos.

—Bueno, tenemos las redes sociales y están los aviones..., nos veremos más de lo que crees, te lo prometo —y nos abrazamos antes de regresar con los demás.

El domingo no me despegué de mi madre y de mi hermana, y Yaiza se ocupó de dejarme el lunes por la mañana en el aeropuerto tal como me había prometido, a pesar del día horroroso que hacía; mi hermana odiaba conducir con lluvia y viento. Se quedó con las llaves de mi piso, se iba a encargar de vigilarlo y de airearlo de vez en cuando, nos despedimos y luego se marchó.

Después de facturar mi maleta, me senté en una de las cafeterías del aeropuerto. Mi vuelo había sufrido un retraso por el mal tiempo, y no tenía nada mejor que hacer que tomarme un café mientras esperaba. Me hizo gracia que en el televisor estuviera sintonizada nuestra cadena. Jaime terminaba de dar las noticias, y dudaba si levantarme o no cuando anunció una conexión en directo con Gavin en Los Realejos, donde la lengua de agua y barro se

desplazaba barranco abajo.

Al final opté por quedarme, así le diría adiós para siempre a la cara, aunque fuese a través de la pantalla de un televisor, sin él saberlo siquiera.

—Hacer una predicción en territorios montañosos como Canarias es muy difícil... Santa Cruz reúne todos los ingredientes para que se den trombas de agua: fuerte pendiente y una mala planificación del territorio. Aquí, en Los Realejos, el agua avanza, y más que agua parece lava que quiera engullir los vehículos. La desesperación de algunos vecinos es comprensible...

Dejé de mirar el televisor. Me dolía como el primer día, y me pregunté cuándo dejaría de hacerlo. Él seguía informando sobre el temporal y apenas si continué escuchando, pero Gavin tenía un don, y era lograr captar toda mi atención cuando a él le convenía, como en aquel momento.

—... Y hasta aquí mi último parte meteorológico. Quería aprovechar la ocasión para enviar un mensaje a una persona que se niega a hablar conmigo, y como se niega... Candela, no me dejas más remedio que hacerlo por aquí. Me enamoré de una tinerfeña, señores espectadores, lo confieso, sí, y nos iba genial hasta que, de un día para otro, me acusó de farsante y no sé de cuántas cosas más..., y hoy en día sigo sin saber a cuento de qué. Nunca te mentí ni te engañé, Candela, sólo te amé. Quizá te hartaste de mí y buscaste una excusa para darme puerta, pero ¿qué esperaba? Aún recuerdo tu despensa con tus más de cincuenta pares de zapatos... Debería haber sospechado en ese momento que eras un poco superficial, sí, y también fría, por echarme como un perro de tu vida. Y siempre quejándote de que no conseguías tus metas... Niña, si hubieras hecho la maleta y te hubieses arriesgado a salir en busca de tus sueños en vez de quedarte estancada en una tele local... ¿Sabes que pienso? Que eres una cobarde, y que es más fácil quejarse que correr el riesgo. Igual que has hecho conmigo. Pero ¿sabes qué es lo más curioso? Que, a pesar de todo, te sigo queriendo, no lo puedo evitar..., y te daré una noticia en exclusiva para ti: te quiero, porque los hombres no somos tan simples como crees; en realidad somos idiotas, vosotras, las mujeres, nos volvéis así.

»Y desde aquí se despide el hombre del tiempo, señores espectadores. Espero que pronto remitan las precipitaciones, y a ti, que te parta un rayo,

Candela, y ojalá sufras tanto como yo por tu desprecio. Te lo mereces. Devuelvo la conexión, Jaime.

Yo seguía sin apartar la mirada de la pantalla, a pesar de que habían pasado a publicidad. Me había quedado allí, paralizada, hasta que una voz me sacó de mi aturdimiento:

—¿Se encuentra bien, señora?

—¿Qué? Esto..., para nada, pero no se preocupe; por lo visto, es lo que me merezco —le contesté al camarero de la cafetería donde me había sentado.

—¿Cómo dice?

—Estoy bien, ¡olvídelo! ¿Puede cambiar de canal? Se lo agradecería enormemente —le pedí mientras deslizaba por la mesa un billete de veinte euros.

—Como desee —respondió él cogiéndolo.

Luego agarró el mando a distancia y cambió a la tele local del norte. También estaban hablando del temporal: las importantes inundaciones en varios puntos de la isla eran noticia principal, hasta las cadenas nacionales hablaban sobre ello.

Se me había olvidado hasta el número de mi vuelo. Gavin me había puesto verde en la televisión, en la local, sí, pero igualmente verde... ¡Qué atrevimiento, el suyo! Busqué el billete para mirar el número de mi vuelo y luego comprobé la pantalla de información. No me lo podía creer..., de retrasado había pasado a cancelado por el temporal. Era como si algún tipo de fuerza sobrenatural se hubiese confabulado contra mí para que no saliese de Tenerife nunca. Cuando ya iba a levantarme para ir hacia el mostrador de información a averiguar cuándo salía el siguiente vuelo, el televisor volvió a captar toda mi atención. La cabecera de una noticia de última hora interrumpiendo el programa que estaban emitiendo no era de buen augurio, lo sabía por experiencia, y me quedé esperando a ver qué era lo que sucedía ahora. La cadena del norte también había enviado a un corresponsal a Los Realejos, lo vi en el rótulo inferior de la pantalla mientras el reportero ataviado con un chubasquero hablaba con gran seriedad.

—La riada de agua en el barranco de Santa Cruz se ha llevado dos coches

aparcados, estamos a la espera de que nos confirmen que no había personas dentro, y un desprendimiento de tierra imprevisto ha cogido por sorpresa a la furgoneta de nuestros compañeros del Canal 5. Se busca al hombre del tiempo, Gavin O'Donnell, que hace unos momentos informaba de la situación y, tras el desprendimiento, no se sabe de él. Esperamos que no se encontrara dentro del vehículo, ya que por lo que sabemos se disponía a regresar a la sede de la cadena, según confirman los testigos. Los equipos de salvamento vienen de camino, seguiremos pendientes de su localización para informarlos.

»En otro orden de cosas, un camión ha sufrido también un accidente aquí, en Los Realejos, hace apenas unos minutos, provocando un tremendo colapso. Apenas si es imposible acceder al lugar donde nos encontramos, la riada de agua sigue cogiendo fuerza, y nos han pedido que abandonemos la zona cuanto antes. Lo que en principio era toda una atracción para los turistas se ha ido convirtiendo en un peligro significativo. Así que, por su propia seguridad, y para no entorpecer así tampoco las labores de desescombro en los puntos conflictivos, se ruega que nadie acuda a las inmediaciones del barranco...

La angustia se apoderó de mí, tanto..., que me costó reaccionar. Desestimé mi decisión inicial de pedir información acerca de mi vuelo y me dirigí a la puerta de salida del aeropuerto. Dejé en consigna mi maleta de mano y comencé a hablar sola como una loca mientras caminaba apresuradamente hacia el exterior del aeropuerto de Los Rodeos. Tan sólo estaba a unos quince minutos de Los Realejos y ni lo pensé.

—Me llama superficial, caprichosa, cobarde y sabe Dios qué más en directo, y aún me preocupo por él..., si es que... Más te vale, Gavin, que no te haya pasado nada para que pueda matarte yo misma —iba murmurando para mí mientras hacía aspavientos con las manos como una trastornada.

Ni cuenta me di de que una guardia civil no me quitaba ojo, hasta que me preguntó:

—¿Puedo ayudarla? ¿Tiene algún problema, señora?

—Sí, tengo uno muy gordo: un hombre. ¿Le parece poco importante el problema?

La agente me miraba asombrada, pero la ignoré, como todas las miradas curiosas a mi alrededor. Tenía algo más importante en mente en aquellos momentos.

Salí a la calle y me subí al primer taxi que encontré.

—A Los Realejos, por favor, me deja lo más cerca posible del barranco de Santa Cruz.

—Señora..., aunque permanecen abiertos los accesos, acabo de oír por radio que mantenimiento de carreteras y las cuadrillas de limpieza van a cerrarlos en breve. No voy a correr el riesgo de quedarme aislado ni por la carrera mejor pagada desde que tengo este oficio.

—Y ¿cómo puedo llegar? Tengo que hacerlo, alguien muy próximo a mí ha desaparecido en la zona hace unos momentos. Por favor..., es cuestión de vida o muerte.

—Hable con las autoridades pertinentes, no sé decirle, yo tengo las manos atadas.

—Gracias por nada —le propiné enfurecida, con una impotencia que me petrificaba el alma, mientras abandonaba su taxi.

Después pregunté en la estación de guaguas y la respuesta que obtuve fue más o menos la misma. Ya no sabía qué hacer, así que me dirigí al centro de Protección Civil más cercano pensando que quizá tuviesen algún vehículo disponible o algo, aunque viendo el panorama no tenía muchas esperanzas. Todo el mundo estaba desbordado con el temporal. Seguí las últimas noticias y teletipos por el móvil, por si había alguna novedad sobre Gavin mientras trataba de llegar allí.

En cuanto llegué al centro, me dirigí al primer agente con el que me crucé:

—Necesito llegar a Los Realejos como sea, es una emergencia.

—Tiene que hablar con el supervisor, pero no creo que podamos ayudarla.

—¿Me puede llevar hasta él? —insistí.

—Claro, pero todos nuestros compañeros están trabajando a destajo. Los que nos quedamos aquí lo hacemos para mantener los servicios mínimos en el centro y encargarnos de coordinar a nuestros compañeros, señorita, no creo

que pueda ayudarla.

—Me da igual, ¿me lleva ante él o no?

—Como quiera, pero va a ser una pérdida de tiempo para usted, que lo sepa.

Lo ignoré por completo y lo seguí. Cuando logré estar frente a la persona al mando y después de informarlo sobre lo que pretendía, me indicó:

—No podemos salir del centro, lo siento, señorita, no es posible lo que me pide.

Mi impotencia era más que evidente, tanto como mi rabia, y decidí arriesgar. Ya no me quedaban más ases que utilizar, y la arpía regresó con más fuerza que nunca:

—Está bien, soy reportera. Los equipos de salvamento todavía no han llegado al barranco; estoy siguiendo la actualidad desde la radio de mi móvil, por eso lo sé. O me llevan allí o los denuncio por omisión de socorro y todo lo que se me ocurra, dedicaré mi vida en los medios a dejarlos a la altura del betún... Ya saben cómo es la opinión pública, conseguiré ganármela y transformar este centro en un funesto espectáculo televisivo, tachándolos de ser una pandilla de desalmados que no quieren hacer su trabajo y salvar vidas. O me llevan allí y me ayudan a localizarlo, ya de paso, o les juro que no volverán a encontrar trabajo si no es en una charcutería de pueblo. No saben los contactos que tengo, sólo debo levantar el móvil y... —dije amenazando mostrando mi teléfono.

—¿Se atreve a coaccionarnos?

—Sólo los pongo sobre aviso de mis planes, y es una pena que vayan a quedar así de mal cuando podría ser todo lo contrario: sacarlos en un reportaje mostrando cómo hacen su trabajo y quedando como unos completos héroes ante Tenerife y el mundo.

El agente y el supervisor, o lo que diablos fuera, se miraron, y un momento después claudicaron:

—Está bien, intentaremos acceder al barranco, pero no le prometo nada. Iré a avisar por radio de nuestra salida.

Respiré al fin, y es que tocar el ego del ser humano siempre funcionaba.

Nos subimos a la furgoneta de Protección Civil y nos pusimos en camino.

El agente que iba en el asiento del pasajero iba hablando por radio en todo momento para saber el estado de las carreteras por las que tendríamos que circular, coordinando la información y comunicando los lugares de más gravedad a los otros centros de salvamento.

—CECOP: QRV

—M4: QLS

—CECOP: indico QRA de centro de Los Rodeos de QTH barranco de Santa Cruz en Los Realejos. ¿Cuál es su QTH? Informe de situación general.

—M4: mi QTH es Abades. Paso a QTC.

Yo estaba algo familiarizada con los códigos Q. Sabía, por ejemplo, que QRV era la petición de estar a la escucha y que QLS significaba «recibido». Lo demás, por lógica, era su identificativo, y el QTH hacía referencia al lugar del incidente. La verdad es que personalmente opinaba que era complicar de más las comunicaciones, en vez de hablar de manera coloquial y más concisa. El agente me lo iba explicando:

—El QTC es cuando pasa a mensaje o comunicado.

—Y ¿no sería mejor utilizar un lenguaje más sencillo? Vaya lío —opiné.

—Los códigos se usan para simplificar los mensajes, acortar su duración, solucionar barreras de idioma, ya que son internacionales. No es sólo para cifrar el significado de los mismos, sino también para usar fonemas difíciles de confundir cuando se tiene una mala recepción, en días como hoy, por ejemplo, por culpa del temporal.

—No lo había pensado..., pues sí que es útil, pero aprendérselo debe de llevar su tiempo.

—En la central de radio del grupo de rescate, por ejemplo, llegamos a manejar hasta cuatro tablas de códigos para poder comunicarnos con los diferentes organismos de socorro, pero una vez que lo aprendes es muy fácil y simplifica mucho las cosas.

La radio interrumpió nuestra conversación.

—QTC: todos los equipos colapsados. En Abades, el agua baja en cascada por la plaza hasta desembocar en la playa, asistimos a varios vehículos despeñados sin ocupante. En Candelaria, el desprendimiento de una enorme roca que ha cedido por la presión del agua mantiene la vía cortada.

En Anaga intentan limpiar la carretera para dejar al menos libre uno de los carriles. En Arona hay un corte de fluido eléctrico incluso, a la altura de San José de los Llanos, que tratarán de restablecer en las próximas horas. Todos los centros están desbordados, están actuando en La Cisnera, en El Tanque, San Juan de la Rambla, en el macizo de Anaga; también hay complicaciones, en las zonas de Roque Negro, Carboneras y El Batán.

—CECOP: QSL, paso a QSY al canal 2 por interferencias.

—M4: QSL, hago QSY al canal 2. Sujeto no rescatado pero localizado en QTH barranco de Santa Cruz, pase a comunicación con canal Salvamento.

Yo seguía la conversación con sumo interés.

—CECOP: QSL pase a lenguaje coloquial, llevamos civil a bordo implicada con el sujeto.

—M4: QSL sujeto ubicado en pared descendente a tres metros del interior del barranco, suspendido y aferrado a las raíces desenterradas por la fuerza del agua, estado consciente. El equipo de rescate va a proceder al descenso; se dispone a preparar los anclajes oportunos.

—¡Está vivo!, ¡está vivo! —comencé a gritar de júbilo, y hasta abracé al agente como pude desde el asiento de atrás—. No te sueltes Gavin, no te sueltes, resiste... —murmuré.

—Llegaremos dentro de cinco minutos, tranquila, los equipos se ocuparán de ponerlo a salvo.

Aquellos cinco minutos se me hicieron eternos, y, cuando al fin llegamos, los agentes aparcaron dentro del área designada como segura, y precintada y señalizada para tal caso, aunque a bastante distancia del barranco. En cuanto paró el motor de la furgoneta, eché a correr hasta el borde del precipicio sin detenerme siquiera para coger aire.

—Pero ¿qué hace? ¡No puede abandonar la zona de resguardo! ¡Deténganla! —exclamó el agente, y echó a correr tras de mí.

Sin embargo, y pese a que estaba en mejor forma física que yo, le llevaba ventaja porque lo había cogido desprevenido y había tardado en reaccionar. Aunque los otros agentes trataron de hacer lo mismo, los sorteé con habilidad, como si de un partido de fútbol americano se tratara.

—¡Gavin! —grité al llegar al borde.

Él miró hacia arriba. Primero sorprendido, pero luego advertí rencor en sus ojos.

—Vaya, la arpía... —exclamó—. ¿Es que no has tenido bastante con dedicarme tu crueldad o también vienes a ver cómo me despeño?

Su frialdad me estremeció, y mi mundo se desmoronó de nuevo.

Un agente llegaba hasta mí en esos momentos y me agarró por la espalda para hacerme retroceder.

—¡Suélteme! —le exigí haciendo un gesto brusco para deshacerme de él.

Mientras tanto, otro descendía con varias cuerdas y anclajes hasta la posición de Gavin.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó entonces él con dureza.

Y, pecando de impulsiva, solté sin pensar:

—Pues, para mi desgracia, ni aun estando casado, puedo evitar seguir queriéndote... Estaba preocupada por ti, idiota.

—¿Casado?... ¿Idiota?... ¿Estás desvariando? Soy viudo, ya te lo dije ¿o también lo has olvidado?

—Tu madre me dijo que era mentira.

—Y ¿se puede saber cuándo has visto tú a mi madre?

—Venga... ¿Me vas a decir que no te lo dijo? ¡Pues la noche anterior a tu cumpleaños! Regresé antes de Madrid con la intención de darte una sorpresa, ¡pero la sorprendida fui yo!

—Y ¿ahora me lo dices?... Mira, Candela, mi madre vive en los mundos de Yupi, tiene alzhéimer y retrocede en el tiempo y vive según qué momento. A veces ni se acuerda de mí, o cree que aún soy pequeño y estoy en el colegio. No sé qué crees que te dijo, pero no está como para recordar que Lisa murió. Antes de mi cumpleaños no pasaba por una buena temporada.

—¿En serio? Yo... la creí...

—Estupendo, así que todo el enredo... ¿fue por eso?

—Sí...

—¿Quiere apartarse? Intentamos rescatarlo..., si quiere que lo rescatemos, claro. Ya discutirán luego —me espetó uno de los agentes muy enojado, y me obligaron a retroceder hasta el área de seguridad.

Esperaba a que lo subiesen impaciente y muy confundida mientras trataba

de entender, de recordar aquella noche y encajar las piezas en mi cabeza. Teníamos mucho que aclarar, vaya si no.

Cuando al fin lo sacaron, totalmente empapado y embarrado, me moría por lanzarme a sus brazos. Sin embargo, después de lo que había hecho, y de todo lo que él había hecho por mí —tratar de razonar conmigo, cerrar una floristería con el único propósito de intentar explicarse...—, imaginé que un rechazo por su parte era lo mínimo que me merecía.

Los agentes le tendieron una manta y lo examinaron en la parte de atrás de la ambulancia. Le curaron algunos rasguños y le colocaron un cabestrillo en el brazo, más bien por prevención que por el daño sufrido.

Mientras tanto, Gavin me miraba sin decir nada, y me aventuré a sentarme a su lado.

—Cuando conocí a tu madre no sabía que tenía alzhéimer y que su afirmación de que Lisa estaba viva fuese fruto de su demencia. Aun así, tú eres culpable de haberme ocultado que vivías con ella... Por eso nunca me llevaste a tu casa, ¿verdad?

—No sabes lo difícil que es comenzar una relación con una mujer sabiendo que estás a cargo de una persona dependiente con una dolencia tan grave y que, aun así, ella lo acepte y quiera mantener una relación contigo. Por eso no lo había intentado siquiera hasta que te conocí. Tan sólo la has visto una vez y mira lo que ha pasado. Quería decírtelo, pero no sabía cómo, por miedo a que salieses huyendo. ¿Quién quiere cargar con un hombre que convive con su madre y una enfermedad así?

—Pero si yo lo hubiese sabido... No es para tanto, lo habría entendido.

—¿No es para tanto? No sabes cómo es estar a su cuidado. Me absorbe, me agota... Cuando fuiste a tu entrevista a Madrid, no pude acompañarte porque su enfermera no podía hacerse cargo ese día y tuve que quedarme con ella..., no puede estar sola ni un minuto. No era porque estuviese colapsado con los trámites del centro cívico, ésa fue mi excusa. Cuando vino aquí, a Tenerife, no reconocía la casa en la que creció, ni siquiera a mí..., imagínate a mi madre contemplándome como si fuese un completo desconocido para ella. Por ponerte un ejemplo, el día que se perdió entre los viñedos, cuando salió en las noticias, debió de pensar que la tenía secuestrada o vete tú a saber

qué... Cuando se escapó, huía de mí.

—Debe de ser espantoso no reconocer a tu propio hijo ni la casa en la que te criaste, me imagino que debe de ser terrible para ella. Dios..., qué sensación tan extraña no reconocer nada.

—Tiene sus momentos, a veces retrocede años en el tiempo, otras veces no se acuerda de nada..., aunque también tiene sus ratos de lucidez. Un día hasta tuve que atarla, fue lo más espantoso que he hecho en mi vida, a pesar de que fue por su seguridad. A veces mi mujer está viva, otras sigo estudiando en la universidad..., depende del día, para ella es así..., así es el alzhéimer.

—El día que me llevaste al centro cívico, a tu clase de Judo, y te pedí que nos quedáramos en tu casa en vez de bajar al sur a aquellas horas, y me pusiste la excusa de que te habían regalado un perro peligroso... ¿era tan sólo una excusa para que no descubriera que te hacías cargo de tu madre con su problema, ¿verdad? Patética excusa por cierto.

Gavin bajó la cabeza.

—Lo sé, el alzhéimer es un equipaje más que pesado, tenía miedo de que lo supieras y... la verdad es que sí, lo del perro fue un pretexto penoso para intentar esconderlo.

—Gavin..., sé que ya no hay solución, pero te debo más que una disculpa.

—Entiendo la confusión, pero lo que no te perdono es que no me permitieses explicarme. Dejaste que me volviera loco torturándome pensando qué demonios había hecho mal para que me trataras así y me dejaras.

Un agente nos interrumpió entonces:

—¿Los acercamos a algún sitio?

—Ya nos buscaremos la vida —repuso Gavin sin dejar de clavar su mirada en la mía.

En ese instante, mi lado impulsivo emergió y le solté en cuanto lo tuve lo suficientemente cerca:

—Gavin..., no puedes irte a Chicago.

—¿Cómo lo has sabido?

—Por Guasi... Da igual, no vas a irte.

—No puedo quedarme, no podría sobrevivir al hecho de que me largaras de tu vida de nuevo, ya no.

—No voy a hacerlo, te lo prometo... Si te quedas.

—Eres muy temperamental y demasiado impulsiva. Aunque te quiera, no voy a arriesgarme a pasar por eso de nuevo.

—No mientas, es lo que más te gusta de mí: mi lado temperamental e impulsivo.

Gavin bajó entonces la cabeza, reprimió una gran sonrisa y volvió a mirarme.

—¿Tanto se me nota?

—No puedes irte —insistí.

—Y ¿tu trabajo en Madrid?

—Bueno, con los años... los sueños cambian..., así como las prioridades, y ahora mismo tú eres mi mayor prioridad. Ya te lo dije una vez. Sé que no lo merezco, pero me gustaría que me dieras otra oportunidad.

Él levantó la cabeza y, mientras lo hacía, su sonrisa se iba ensanchando, convirtiéndose en pletórica.

—¿Estarías dispuesta a abandonar tu gran sueño en Madrid por mí? Y ¿si te pido que vengas conmigo a Chicago?

—Lo haría sin pestañear.

—Creo que no hará falta. Sólo necesitaba saber hasta dónde estarías dispuesta a llegar por mí. Si tú renuncias a tu trabajo en Madrid, lo justo es que yo también renuncie a algo... Creo que podría tratar de descubrir si tengo dotes de vinicultor, si he heredado algo de mis antepasados..., ya sabes.

Los ojos se me iluminaron como si de los grandes focos de un concierto se tratara.

—¿Te quedarías en Tenerife?

—Bueno..., si aceptas echarme una mano con las bodegas..., porque yo no tengo ni pajolera idea.

—Mi madre es toda una experta, ella podría asesorarnos, y siempre podemos pedir la ayuda de especialistas, tendremos que contratar a mucha gente.

—Y a mis chicos del centro cívico para que cuiden las viñas, para la

vendimia...

—¡Les darías trabajo! Tienen muy buena pinta esos planes, ¿no crees?

—Ven aquí —me pidió entonces, y a continuación me besó mientras me abrazaba con tanta fuerza que temía que me rompiera todas las costillas.

Aun así, no me importó, estaba donde quería estar, en mi lugar favorito de todo el mundo, en los brazos de Gavin de nuevo, sintiéndome especial, confiada y... amada como nunca.

—No sabes cómo te he echado de menos.

—Candela, yo te he echado de menos toda mi vida. Creo que te he estado esperando siempre.

—Siento haber necesitado tanto tiempo para aceptar lo que significabas para mí.

—Lo has hecho y eso es lo importante. Ahora... necesito abrazarte con cada milímetro de mí y este jodido cabestrillo me lo está impidiendo.

—Deja que lo piense... ¿No te irás a Chicago?

—No volveré a separarme de ti... aunque me lo implores —dijo con la voz quebrada.

—Entonces te lo quitaré, pero sólo un momento —puntalicé.

—¿Me mudo a tu casa o tú a la mía? Humm, mejor lo discutimos en la cama... Total, como dijiste una vez, es en el único lugar en el que tú y yo nos ponemos de acuerdo...

—Vale, pero tráete ese cabestrillo contigo, puede que lo necesitemos para hacer alguna atadura. Me muero por hacer el amor con el hombre de mi vida.

Percibí que Gavin contenía la emoción y el impulso irremediable de lanzarse sobre mí tanto como yo. Aun así, deseó impacientarme, castigarme de algún modo; me lo merecía por haberlo privado del tiempo que había estado alejada de él, a pesar de la plena felicidad de nuestro reencuentro, y no hizo referencia a mis palabras. Al ver que no obtenía la respuesta deseada, incluso sentí una pizca de rencor hacia él. Conocía a Gavin, y, si quería jugar, jugaríamos, así que bromeé:

—Pero si el hombre de mi vida no está disponible, tú también me puedes servir.

—¿Así que juego de suplente? Bueno, podré vivir con ello —bromeó a su

vez, y volvió a besarme.

Sin embargo, un carraspeo nos interrumpió. Nos giramos y vimos a uno de los agentes que me habían llevado allí, expectante.

—Y ¿ahora qué? —le pregunté.

—Pues..., que si tienen pensado casarse, espero que al menos nos inviten a la boda, después de habernos traído casi a punta de pistola hasta aquí.

—¿Cómo es eso de que casi los traes a punta de pistola? —inquirió Gavin con curiosidad.

—Ya te contaré toda la historia más tarde —le contesté, y a continuación me dirigí de nuevo al agente—: Boda, no sé, pero el reportaje que le prometí no lo olvidaré, descuide.

En cuanto volví la vista hacia Gavin otra vez, advertí que se había arrodillado.

—¿Qué haces?

—Es que me lo ha puesto en bandeja, ¿quieres?

—¿Si quiero qué?

—Casarte conmigo.

—¿Sí? —dije con las mejillas ligeramente encendidas.

—¿En serio? ¿Así, sin más?

—Así, sin más. Ya puedes abrazarme de nuevo y seguir llenándome de barro, estoy impaciente.

Gavin aceptó mi sugerencia como sumo gusto y posteriormente me preguntó:

—Bueno, a falta de un anillo en el dedo, cosa de la que pienso encargarme inmediatamente..., ¿cómo sienta estar prometida?

—De fábula, pero hay un pequeño asunto sin resolver que me preocupa...

—¿Cuál?

—Como decírselo a mi madre sin que le dé un colapso o algo parecido, no se lo va a creer.

—Tranquila, encontraremos la forma —respondió riendo.

Nos fuimos a mi casa. Gavin se duchó y, aunque insistió en acompañarme al norte, a recuperar mis maletas al aeropuerto, le pedí que se quedara, tenía que descansar, lo necesitaba. Me costó mucho convencerlo, pero finalmente

pude salir sola. Hasta el aeropuerto no había peligro para circular, y de vuelta a casa compré algo de comida, ya que había vaciado completamente mi cocina días antes por mi traslado a Madrid.

Cuando llegué, Gavin dormía. Dejé la compra en la cocina y me puse cómoda con unos *shorts* de flores y una camiseta blanca de tirantes. Luego me quedé de pie en la puerta de la habitación, contemplándolo. Rebosaba dicha y felicidad por verlo allí de nuevo, en mi piso, por tenerlo conmigo, porque me hubiese perdonado, porque me amase de verdad, como yo a él. No obstante, era incapaz de deshacerme de ese sentimiento de culpabilidad que no me dejaba disfrutar plenamente de ello. Debía compensarlo de algún modo, no dejaba de pensar en ello, hasta tuve que buscar un resquicio de serenidad en mi interior para dejar de mortificarme, pues no quería que nada empañase el precioso momento que estaba viviendo. Pero entonces Gavin se despertó y me miró sonriendo, y mi frustración comenzó a desvanecerse, así como la expresión de preocupación de mi rostro.

—¿Tienes hambre? —le pregunté.

—Mucha —respondió mirándome con lascivia—. Me has privado durante días de tu cuerpo.

—Yo me refería a otra clase de apetito.

—También —declaró sin apartar sus ojos de mí.

Cuando me miraba de esa forma era como si me dispararan un proyectil cargado de euforia y felicidad, me sentía la mujer más afortunada del mundo, y más viva que nunca.

Caminé hacia la cama.

—No te merezco —dije convencida.

—Ni yo a ti. Me pongo en tu lugar y la verdad... es que también tuve parte de culpa. No me voy a ir a ningún lado, te lo prometí y vuelvo hacerlo ahora ante Dios, si es necesario.

—Te recuerdo que eres ateo, Gavin...

—Ya, pero aunque sea delante de ese Dios, no prometo en vano, sea cuando sea y delante de quien sea.

—Te compensaré, te lo prometo —sonreí.

—No hay nada que compensar, pero si quieres hacerlo, ya sabes el modo:

no dejándome nunca.

—Estaría loca si lo hiciera.

Nos abrazamos y mi frustración me abandonó con tan sólo una mirada suya, que destilaba casi la misma adoración con la que yo lo veneraba a él.

Momentos después, Gavin me ayudaba a disponer la mesa para cenar. Yo troceaba la escarola para la ensalada mientras él preparaba el aliño de yogur. Le sonreí y le lancé un trozo de escarola a la cara. Quería olvidarme de nuestra conversación anterior, deseaba empezar de cero con él, quitarle hierro al asunto y que actuase como yo.

Gavin me amenazó entonces con el yogur. La vida es corta, y yo deseaba justamente eso, su lado alocado y sexi, el que me faltaba a mí, por eso nos compenetrábamos y nos completábamos tan bien.

—No serás capaz... —lo reté.

—Sabes que en estos juegos tienes las de perder —replicó, y me embadurnó la cara con el yogur mientras estallaba en carcajadas.

Sin darme tiempo a pestañear siquiera, me dejó el rostro como el de un mimo. Comencé a reírme también; adoraba que me contagiara su lado loco, osado. Hasta que el yogur comenzó a gotear y se coló en mi escote. Su semblante se tornó repentinamente obsceno, acababa de encenderse como un cohete mientras contemplaba el líquido blanquecino descender por mi canalillo.

—Yo sólo te he lanzado un trozo de escarola, pero qué rencoroso eres... —me quejé entre risas, aunque mi mirada también era obscena. Podía adivinar sus pensamientos con tan sólo mirarlo a la cara.

—No sabes hasta qué punto soy rencoroso —me anunció con un tono ronco e incitador y sin apartar los ojos de mi escote.

Acto seguido, se abalanzó sobre mí y, antes de que yo pudiese reaccionar, me subió a la mesa de la cocina y se colocó entre mis piernas.

—Adoro tu casa..., tu mesa tiene la altura perfecta para follarte sin parar.

—Pero ¿qué haces? —protesté juguetona, ya que en el fondo le encantaba que me hiciese la ingenua.

—Redimirme de mis actos: yo te he puesto el yogur, yo te lo quito —respondió, y apenas un segundo después su lengua descendió por mi cuello

hasta mi canalillo.

Inevitablemente, su boca, su lengua, su entrepierna y todos sus sentidos se olvidaron de inmediato del yogur. Gavin me liberó de los tirantes de mi camiseta y bajó las copas de mi sujetador empujándolas hacia abajo, deleitándose en mis pechos, besando y lamiendo. No pude evitar inclinar la cabeza hacia atrás dejando escapar un gemido tan embriagador como las sensaciones que experimentaba mi cuerpo mientras él se daba su tan especial banquete. Ya era suya, lo sabía, y él también, aun así, lo reté juguetona:

—Ahí no tenía yogur —indiqué soltando una gran exhalación que me fue imposible reprimir.

—Qué sabrás tú... —me reprochó, y continuó dándose el festín mientras disparaba mi excitación.

—O sea, que al final... tú eres el único que va a cenar —jadeé.

Él levantó la vista hacia mí y me anunció:

—Pienso darme un atracón, y, paradojas de la vida, tú serás la que acabe saciada y exhausta, cariño —y con un par de tirones me desprendió luego de los *shorts*.

—¿Y si me niego?

Gavin me miró con expresión chulesca, y, muy seguro de sí mismo, comenzó a rozar el lóbulo de mi oreja con los labios mientras yo sentía su cálido aliento.

—Pienso seducirte con mi boca, con el tono de mi voz, con cada poro de mi piel... Voy a comerte con desesperación y con la urgencia que me domina... para poder experimentar la tuya.

De inmediato, mi cuerpo optó por traicionarme, enroscando su cintura con toda la longitud de mis piernas.

—Siempre serás mía —me susurró abrazándome con verdadero fervor.

—Siempre —constaté apretándolo con la misma intensidad.

—Te quiero, Candela..., mi Candela.

—Yo, en cambio, te amo.

Posteriormente hicimos tambalear la mesa del mismo modo. Hasta mi nueva mascota, el gorrión de la terraza, comenzó con su canto. Gavin empezó a sospechar que tenía alguna especie de apego hacia mí, ya que siempre lo

hacía cuando practicábamos sexo... Curioso, cuando menos, lo era.

Esa noche, Gavin no se quedó en mi apartamento. Deseaba hacer las cosas bien y tenía una difícil misión: hablarle de mí a su madre, contarle que había decidido rehacer su vida conmigo y hacer que lo entendiera, lo aceptara y, sobre todo, me retuviese en su memoria antes de presentarnos.

Una semana más tarde llegó el turno de comunicárselo a la mía, aunque con mi madre no existían tantas complicaciones, al contrario. Ya habíamos fijado una fecha y un lugar para la boda, en los jardines de la hacienda de Gavin, en el mes de julio, ya que queríamos darle un tiempo prudencial a Carmen, su madre, para que se habituara del todo a mí. Con mis continuas visitas a su casa, la cosa en principio pintaba bien, sobre todo cuando su mente la dejaba disfrutar del presente con claridad, y no en los días en que la confusión y el olvido la anulaban considerablemente.

Incluso habíamos pedido ya las invitaciones de boda a la imprenta. Tal vez fuera algo precipitado, pero yo tenía la convicción de que, si no le mostraba las suficientes pruebas a mi madre, jamás se lo creería.

Con mi anillo al fin en el dedo y la invitación de boda bajo el brazo, aquel domingo Gavin y yo nos dirigimos a casa de mi madre a comer. Llamamos al timbre, y ella salió a recibirnos con un delantal puesto y un paño de cocina en la mano.

—Qué guapos estáis, pasad. —Nos besó a ambos sin sospechar nada de la gran noticia que le esperaba, así que entramos en la casa y la seguimos en dirección a la cocina—. Adivina qué estoy preparando.

El olor era inconfundible.

—¡La lasaña de la abuela! ¡Cómo me malcrías, mamá!

—Ah, no, esta vez lo hago por Gavin, que quiero que la pruebe, y estoy segura de que le encantará.

—Tienes a la suegra tan encandilada como a la hija —le susurré a Gavin mientras le guiñaba un ojo.

—Y qué afortunado me siento —replicó él devolviéndome el guiño.

Al llegar a la cocina, me puse un delantal para ayudar a mi madre. Mientras Gavin descorchaba una botella de vino que había traído de sus bodegas, sonó el timbre de la puerta.

—Deben de ser tu hermana Yaiza y Milo —observó mi madre.

—Iré a abrir —repuse, y dejé lo que estaba haciendo para ir hacia la puerta.

En cuanto abrí y vi a mi hermana, me quedé sorprendida por el modo en que le había crecido la barriga en aquellas pocas semanas. Estaba apenas a dos meses de dar a luz y parecía ya una hormigonera.

—¿Qué? ¿Robando sandías? —le espeté contemplando la abultada barriga mientras me aguantaba la risa.

—Muy graciosa, hermana, ya te la devolveré cuando tú decidas tener hijos, no te preocupes.

—Hemos traído vino y el postre —me indicó Milo, mi cuñado, mientras me daba dos besos.

—Gavin también ha traído, pasad.

En cuanto estuvimos los cinco en la cocina y Gavin hubo servido unas copas de vino, él y yo intercambiamos una mirada de complicidad, lo que me confirmó que era el momento perfecto para dar la gran noticia.

—Gavin y yo teníamos algo que decirte —empecé dirigiéndome a mi madre—. Bueno, mejor te doy la prueba o no te lo creerás... Abre este sobre —le pedí sacando la invitación de boda de mi bolso—. Para ti también tengo uno, Yaiza, pero te lo daré luego.

Mi hermana me miraba extrañada, preguntándose qué podía ser, y percibí también el nerviosismo de Gavin y la expectación que había despertado en él la posible reacción de mi madre en cuanto viese el contenido del sobre.

—A ver, mi niña, que coja mis gafas de leer, que sin ellas no veo un pijo.

Abrió el sobre y, mientras ella leía la tarjeta, Gavin y yo seguimos cruzando miradas cómplices. De pronto, mi madre comenzó a hacer aspavientos con las manos.

—¡Cámbate las patas![12] —exclamó, y acto seguido empezó a murmurar—: Ay, que me da, que me da...

Decir que estaba excitada era quedarse corto, y un segundo después se

desplomó al suelo.

—¿Que se *cambe* qué? —preguntó Gavin.

—Ay, Gavin, ya te acostumbrarás al palique canario, ahora lo que importa es que... ¡Se ha desmayado! Ay, *ma*, despierta, ¡despierta, mujer!, Ay, Dios, que no recupera el conocimiento. ¡Gavin, llama a una ambulancia!

Pero Yaiza y Milo la miraban con recelo en vez de con preocupación, y yo no entendía nada. Hasta que a la muy teatrera le dio por abrir un ojo nada más mientras me decía:

—¿Qué ambulancia ni qué niño muerto? En todo caso, una limusina para ir a celebrarlo por ahí. ¡¡¡Ayyyyy, que por fin se casa mi Candela!!!

—¿Estabas fingiendo? ¡Si es que eres más bruta que matar a un burro a pellizcos!

Mi madre se santiguó y luego casi nombra a todo el santoral católico:

—Ay, Nuestra Señora de los Remedios de Buenavista, santo padre José de Anchieta, ya puedo dejar de gastarme una fortuna en velas para san Antonio..., bendito seas, al final me hizo caso... —y se santiguó.

Los cuatro nos aguantábamos la risa como podíamos.

—Nosotros también tenemos algo que anunciar —dijo entonces Yaiza—. Bueno, que pediros más bien —añadió dirigiéndose a Gavin y a mí.

—Si está en nuestra mano... —contesté.

Yaiza miró antes de hablar a su marido y luego volvió la cabeza de nuevo hacia nosotros.

—Nos gustaría que fueseis los padrinos de nuestro primer hijo.

—Nos encantaría..., ¿no, Candela? —me consultó Gavin.

—Claro, sería un honor.

—Un honor sería... —intervino entonces mi madre— llevarte yo hasta el altar, *mija*, si es que no se lo has propuesto a alguna de tus amigas...

—Sí, mamá, claro que quiero que me lleves del brazo hasta el altar.

—Ay, ven aquí... ¡Aún no me lo creo! —me pidió con los brazos abiertos.

Estaba abrazando a mi madre cuando ella se dirigió a Gavin:

—Ay, yerno..., ¡ven tú también! ¿Sabes qué? Prefiero llamarte hijo..., no te importa, ¿no?

—No, es más, me gusta.
Y nos abrazamos los tres.

EPÍLOGO

El Canal 5 finalmente fue absorbido por nuestra competencia, la cadena local Norte. Guasi, Andrés, Josué y hasta Yeray continuaron trabajando, y más cerca que nunca de donde había fijado mi nueva residencia: la hacienda Los Dragos, también al norte, y los veía a menudo. Jaime se prejubiló y, haciendo caso a su mujer por una vez en su vida, decidió ir a terapia de pareja para al menos intentar salvar su matrimonio. Rayco, que ya había decidido abandonar el barco cuando hacía aguas y nos habían dado el ultimátum de que nos cerraban la cadena, consiguió trabajo en una cadena del País Vasco.

Mi mudanza a casa de Gavin fue muy gradual, aprovechando los días más lúcidos de Carmen, para que, así, acabara de aceptarme y poco a poco fuera acostumbrándose a mí, a pesar de sus lagunas y sus momentos. Eso fue lo más difícil, no por convivir con su enfermedad, sino más bien porque yo me sentía un poco como una complicación para ellos, puesto que no tenía conocimientos sobre el alzhéimer y no sabía cómo tratarla. No obstante, finalmente, todo fue sobre ruedas gracias a Gavin.

Tres semanas después de su incidente en el barranco, ya me había instalado, y lo cierto es que me sentía como en mi propio hogar. Estábamos desayunando, y Carmen, mi futura suegra, disfrutaba de uno de sus días más lúcidos; lo sabía porque se dirigía a mí por mi nombre, como en aquel momento:

—Candela, tesoro, ¿me pasas el té?

—Claro, Carmen, aquí tienes.

Yo estaba feliz. Mi suegra tenía sus días, pero Gavin me había enseñado a

vivir con ello y me había explicado la forma de tratarla en sus días bajos: un poco de psicología, paciencia y muchísimo cariño.

Miré a Gavin, que estaba leyendo la prensa norteamericana en su tableta. Eso era lo único a lo que no había renunciado de su antigua vida, a seguir la actualidad de su anterior país de residencia.

—Anda, mira, hablan de mí en el *Journal* —exclamó.

—¿Bueno o malo? Léelo para tu madre y para mí —le pedí.

—«Gavin O'Donnell, más conocido en Norteamérica como *el Hombre del Viento*, se ha convertido en *el Hombre de los Alisios* al fijar indefinidamente su residencia en Tenerife, concretamente, en el Puerto de la Cruz. Toma la dirección de las bodegas Los Dragos, y ser hombre del tiempo seguramente le vendrá bien para cultivar sus viñas y que éstas le den los mejores caldos. Desde aquí le deseamos lo mejor, y esperamos poder probar muy pronto sus vinos.»

—Cuánto te quieren... Yo te tacharía de traidor por haberlos abandonado.

—Era una posibilidad, pero gracias a Dios que no ha sido así.

—Sí, siempre es bueno dejar una puerta abierta, quién sabe.

—Bueno, pareja, me voy a hacer mis ejercicios matinales.

—Bien, Carmen, enseguida le digo a Amelia que se reúna contigo —dije refiriéndome a su enfermera, una mujer de confianza y con mucha experiencia en el tema.

Llevaba con ella desde que Gavin y su madre habían llegado a Tenerife, incluso antes de que yo comenzara mi relación con él. Nosotros teníamos que lidiar con nuestras responsabilidades, y Carmen necesitaba cuidados las veinticuatro horas del día. Yo ya había experimentado de primera mano algunos episodios propios de la enfermedad, como oír un ruido de madrugada cuando Amelia tenía el día libre, bajar a la entrada y ver a mi suegra en pijama y con su bolso a punto de coger un autobús, según ella, para recoger a su hijo Gavin de su catequesis, puesto que ese año hacía la primera comunión. En fin..., y lo que costaba que regresara adentro... Cariño y paciencia eran la clave.

Gavin no dejaba de mirarme fijamente sin decir nada, y no saber la razón de esa mirada me estaba desquiciando.

—¿Qué ocurre?

—¿Sabes?, soy feliz contigo, pero estoy un poco defraudado... Pensé que te dejaría huella, pero ya veo que no... En fin, no se puede tener todo.

—¿De qué demonios estás hablando?

—De algo que iba a dejar correr, pero finalmente no puedo hacerlo... Te estoy hablando de las veces que te pregunté si me conocías de antes de trabajar en la cadena.

—Ah..., eso, ni lo recordaba, la verdad. ¿Al fin me lo vas a explicar?

Gavin sacó entonces un anuario de la universidad de debajo de la mesa y, sin mostrármelo todavía, me preguntó:

—¿Recuerdas a un chico que siempre andaba con su inseparable guitarra? Estaba en la misma facultad que tú y estuvisteis a punto de tener una cita.

—Ah, sí... La verdad es que me gustaba un montón, iba un curso por encima del mío... Pero ¿cómo sabes tú eso?

—Candela.

—¿Sí?

—Imagínate con el pelo largo y... con el mote de *Yanqui*, por el apellido O'Donnell. Nadie me llamaba por mi nombre en la facultad, ni a ti tampoco, se referían a ti como Candela *la Canaria*.

Yo no salía de mi asombro.

—¡¡¡Tú!!!

—Sí, ¡por fin...! —dijo triunfante, y abrió el anuario.

—¡Dios mío, el Yanqui eres tú... No puedo creerlo...!

—Ahora ya sabes por qué decidí llamarte Candela. Era otra pista, la manera en que te llamaban en la universidad, Candela *la Canaria*, pero ni por ésas te acordaste de mí.

—Me gustabas mucho y me plantaste... No puedo creer que seas tú...

—No, te dije que iba a conocer a mi padre después de graduarme, ¿verdad?

—Sí, lo recuerdo.

—Pues la aerolínea me cambió el vuelo y tuve que salir aquella misma tarde... Ni tenía tu teléfono ni había internet como ahora y no tenía modo de avisarte. No era mi intención plantarte.

—Entonces ¿no me plantaste?...

—Ni nunca te olvidé, pero, como te he dicho, no había internet como ahora para buscarte, y al establecerme en Estados Unidos... perdí toda esperanza. Decidí que tenía que seguir con mi vida, me casé e intenté otro camino, aunque en todos esos años nunca dejé de pensar en ti. Que Dios me perdone, pero te amo más de lo que nunca amé a mi mujer... Y ahora ya sabes por qué terminé en el Canal 5.

—¿Por mí?

—Con mi trayectoria, habría sido extraño que me negaran el puesto en una modesta cadena local... ¿Por qué crees que acabé trabajando allí?

—Y ¿por qué no me dijiste desde el principio quién eras?

—Porque necesitaba saber si tú también me recordabas.

—Tenías el pelo largo, eras medio hippy. Yo... me siento fatal por no haberlo hecho, aunque tengo que confesarte que ahora entiendo por qué cuando estaba contigo sentía que te conocía de siempre. Ahora todo tiene sentido.

—Es el único y último secreto que te guardaba, ya no habrá más.

—Espera, yo también tengo algo para ti —dije, y me adentré en la casa.

Me dirigí a nuestra habitación, donde tenía un pequeño escondite hasta haber completado mi pequeña sorpresa, y volví a bajar ocultándola a mi espalda. Al llegar a la terraza del jardín, le pregunté:

—¿Recuerdas las frases de las canciones de Efecto Pasillo que usaste en las tarjetas de flores que me enviaste?

—Claro.

—He hecho un *collage* con las tarjetas de las flores y las mejores fotos que tenemos juntos. Las llevé a la imprenta a tus espaldas cuando fui a recoger las invitaciones de boda —y le mostré el *collage* de 60 × 60 que incluso había hecho enmarcar.

Gavin lo contempló maravillado y acarició la imagen de cuando subimos al Teide.

—Le has puesto una tarjeta a cada foto.

—Bueno..., espero poder ir añadiéndole más con el tiempo, o quizá hacer otro más grande.

—Es el regalo más bonito que me han hecho nunca... Creo que incluso lo pondré en mi nuevo despacho.

Me senté en sus rodillas y lo besé, pero posteriormente recordé algo.

—Hablando de despacho..., ¿tú no tenías una cita con unos coreanos o algo así?

—Vaya, es cierto, deben de haber llegado ya, será mejor que vaya a asegurarme. Y ¿tú qué vas a hacer esta mañana?

—¿Yo? Hoy me toca curso de enología.

—Es admirable que hayas decidido formarte en todo lo referente a la empresa familiar, nuestra empresa..., y nuestro futuro.

—Al menos pondré todo mi empeño, y ahora levanta, anda, no hagas esperar a posibles clientes. Voy a por mi bolso y me marcho ya también. ¿Puedo llevarme tu coche? El mío sigue en el taller. Oye..., ¿no es extraño que no me lo hayan dado aún?

—Claro, llévate el mío... Es que tu coche no necesita un arreglo, sino más bien un milagro. Luego te veo, te quiero.

—Y yo a ti.

El pobre Gavin había intentado convencerme de que me deshiciese de mi chatarra andante, pero el valor sentimental que tenía para mí mi «4 Latas» era más importante que la vergüenza de exhibirlo por la carretera. No obstante, llegó a persuadirme al menos de que le hiciese una buena puesta a punto, aunque yo consideraba que llevaba ya demasiado tiempo en el taller.

Gavin se dirigía hacia la entrada y yo a por mi bolso y mis cosas para asistir al curso, cuando oí que Carmen me llamaba:

—Lisa, ¿has visto mis zapatillas de andar por casa?

—Junto la escalera, ahora te las acerco, Carmen.

En cuanto llegué al salón, le di sus zapatillas y me senté a su lado.

—Carmen..., no soy Lisa, soy Candelaria. Lisa murió hace más de cuatro años..., ¿lo entiendes?

Ella me miró confusa.

—¿Te he llamado Lisa, tesoro?

—Sí.

—Tengo mis lagunas..., pero esta vez ha sido un despiste.

Le sonreí.

—Lo sé.

Y era cierto. Cuando volvía al pasado completamente lo mejor era seguirle la corriente, pero aquél no era uno de esos días.

—¿Ya habéis decidido adónde iréis de luna de miel?

—A Chicago, ¿dónde, si no?

—Ah, yo estaré muy bien con Amelia aquí, te va a encantar Chicago, Candela, ya lo verás. Quedaos el tiempo que haga falta.

—¿Que tú qué? Tú te vienes con nosotros.

—¿Cómo vais a cargar conmigo en vuestra luna de miel?

—Pues a mí me hace mucha ilusión. Si quieres podemos llevarnos a Amelia con nosotros también.

—Estáis locos.

—No, sólo te queremos, Carmen.

Y entonces las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos.

—No quería hacerte llorar... ¿Estás bien?

—¿Cómo no voy a llorar, si hasta a vuestra luna de miel pretendéis llevarme con vosotros? Me niego, eso es para disfrute vuestro, para eso se lo llama viaje de novios. No pienso ir, pero ahora sé que tengo la suerte de tener la mejor nuera del mundo.

Y nos fundimos en un abrazo.

—Gracias, tesoro, ¿y mi hijo?

—En el lagar, con una cata y unos coreanos.

—¿Vamos a exportar a Corea ahora?

—No sé, en cuanto termine la reunión y la cata, lo sabremos, estoy impaciente. Me voy a mi curso —me despedí.

Pero al llegar a la verja de la entrada vi a Gavin allí, parado y sin hacer nada.

—¿Tú no tenías una reunión? ¿Qué haces aquí?

—No te preocupes, los he dejado bien acompañados por nuestros vinos y unos embutidos de Teror. Les he dicho que tenía algo muy importante de lo que ocuparme, no me echarán en falta por el momento.

—Y ¿qué es tan importante?

—Ya lo verás.

—Gavin, no tengo tiempo para misterios, voy justa de tiempo para mi curso.

—Pues vete —me dijo con una extraña sonrisa manteniendo las manos en los bolsillos de su pantalón.

—¿Que me vaya? Mira, tú sigue así y terminarás conviviendo con el alzhéimer de tu madre y con mi locura, porque no entiendo nada.

Cuando abrí la verja advertí unos coches de alquiler de alta gama que imaginé que eran de los coreanos. Me dirigí hacia el de Gavin, pero otro muy diferente de los demás captó mi atención en el acto.

—Qué raro..., un Ford Capri del 82, como el mío... Bueno, como el mío, no, éste está impecable, desde luego... ¿Es de alguna visita?

—No —me contestó en la misma postura, con aquella extraña sonrisa. Comenzaba a crisparme.

—Hoy no estás muy hablador, ¿no? Hay que sacarte las palabras con cucharilla. Gavin..., que llego tarde..., ¿de quién es, entonces?

—Acércate un poco más y lo sabrás.

—Está bien —cedí finalmente, y me fui acercando al misterioso coche.

Era azul eléctrico, mi color favorito. Cuando estuve lo suficientemente cerca reconocí la matrícula y me eché las manos a la cabeza sin poder creerlo.

—Es mi matrícula, o sea..., mi coche... ¡Es mi coche!

—Un regalo de boda, por adelantado, ya que no querías deshacerte de él... Lo que más me costó fue encontrar un buen restaurador serio y que supiera de este tipo de coches.

—¿A esto lo llamas tú una puesta a punto? Pero ¿lo has hecho por mí o porque te avergonzaba mi coche?

—Deja que piense... ¿Tengo que contestar con total sinceridad? —bromeó.

—No tengo palabras..., no sé qué decir —confesé babeando mientras miraba mi flamante Ford.

—Motor nuevo, pintura metalizada..., y pedí que renovaran todo el interior, asientos bicolor en cuero..., incluso la consola central, pero he respetado el estilo *vintage*, como ves, y le he añadido el bloqueo electrónico a

la consola. ¿Quieres las llaves? —me preguntó mientras me las mostraba haciéndolas tintinear en el aire.

—¡iiii Síiiii!!!!

Gavin me las lanzó y salí disparada como una bala de cañón hacia él. Acaricié la pintura metalizada donde antes estaba el óxido en el chasis.

—Ni en mis mejores sueños me lo habría imaginado restaurado así... Estoy soñando...

—¿Me llevas a dar una vuelta?

—¿Y tu reunión?

—Puede esperar.

—Pues sube. Tendremos que buscar un risco remoto y aislado para poner a prueba el nuevo capó... —dije juguetona.

—Arranca de una vez, que les den a los coreanos por ahora.

Gavin renunció a su éxito y yo a mis sueños de ser una gran periodista, pero no perdimos; ambos ganamos, una vida que construir juntos y nuevos sueños que crear y que disfrutar, una nueva ilusión, conducir las bodegas y darles el esplendor de antaño. Y es que los sueños mutan, se transforman, como las prioridades en la vida. Hoy en día puedo decir que estoy donde quiero estar, que no echo nada de menos y que aquí es donde he decidido quedarme hasta que la vida me lo permita.

AGRADECIMIENTOS

Quiero daros las gracias, mis queridos lectores y lectoras, porque para mí sois mucho más que eso. Con cada palabra que cruzamos en las redes sociales me motiváis a continuar escribiendo. Con muchos mantengo una estrecha amistad. ¡Ojalá pudiera nombraros a todos! A mis romanticanarias, por acogerme con tanto cariño, a pesar de no ser canaria de nacimiento, por estar ahí codo con codo y por el apoyo que nos brindamos. A Esther Escoriza, por seguir dándome la oportunidad. A Xulita Minny, a Carolina, a Lucía Gómez, a Cristin Ferro, a Ángela Otero y Salomé Franco, a Rosi Viana, concejala de cultura en la Illa de Arousa, donde celebramos este año el primer encuentro de escritores. ¡Sois la caña!, gracias por un día que nunca olvidaré. A mis hermanas, que este año también me han dado una gran sorpresa, a Bea Dios, a mi sobrina Diana, a Amancio de la librería Castelao, a Henar, por tu apoyo y amistad incondicional. Y por último, y no por eso menos importante, a mi hombre perfecto y a Benzay. Os quiero.

BIOGRAFÍA



Paula Rivers (1977) es gallega de nacimiento, pero reside en Lanzarote desde los diecinueve años. Estudió Administración de empresas e idiomas.

Aunque nunca pensó en publicar sus obras, la insistencia de una amiga la animó a enviar a una editorial su primera novela, *Íntima sinfonía*, que vio la luz en 2013.

Yo no te amo, Chicle (2014), su segunda novela, está ambientada en Lanzarote, como un homenaje que la autora quiso hacer a su querida isla de adopción.

Más tarde publicó *Incondicional Rick* (2014) y *Amores, apuestas y otros enredos* (2015), reeditado en formato digital bajo el título *Nunca es tarde si la «bicha» es buena* (2017), y *Un daiquiri a la italiana* (2016).

También tiene publicadas varias novelas cortas y ha colaborado en diversas antologías. En 2015 quedó finalista en un concurso de relatos de la serie de televisión «Castle», que se publicó en una recopilación de relatos llamado *La audiencia ha escrito un crimen*.

Participa activamente en plataformas de autores, eventos y convenciones de escritores dentro del territorio nacional.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en: <https://www.facebook.com/paula.rios.9083?fref=ts> y <http://paularivers.blogspot.com.es/>

REFERENCIAS A LAS CANCIONES

Cuando me siento bien, Value Added Team / M2 Music / LaSucursal, interpretada por Efecto Pasillo. (N. de la e.)

Uptown Funk, Sony Music Entertainment UK Limited, interpretada por Mark Ronson y Bruno Mars. (N. de la e.)

Imagina, Value Added Team / M2 Music / LaSucursal, interpretada por Efecto Pasillo. (N. de la e.)

Inténtalo tú, J&N Records, LLC, interpretada por Joe Veras. (N. de la e.)

Wannabe, Virgin Records, Ltd., interpretada por Spice Girls. (N. de la e.)

Tiembla la tierra, Value Added Team / M2 Music / LaSucursal, interpretada por Efecto Pasillo. (N. de la e.)

Para toda mi gente, Value Added Team / M2 Music / LaSucursal, interpretada por Efecto Pasillo. (N. de la e.)

Pequeña, Darlalata Music / Value Added Team / M2 Music / LaSucursal, interpretada por Efecto Pasillo y Juan Magan. (N. de la e.)

Pan y mantequilla, Value Added Team / M2 Music / LaSucursal, interpretada por Efecto Pasillo. (N. de la e.)

Siempre eres tú, Darlalata Music / Value Added Team / M2 Music / LaSucursal, interpretada por Efecto Pasillo. (N. de la e.)

Carita de buena, WM Spain, interpretada por Efecto Pasillo. (N. de la e.)

NOTAS

[1]. Mecanismo electrónico situado en la parte frontal de una cámara que refleja el texto de las noticias y se va actualizando a medida que el presentador va leyendo.

[2]. Canarismo que significa «ni loca», y cuya traducción literal sería «ni harta de droga».

[3]. Frase canaria que significa «despistarse», «olvidarse».

[4]. «Cabra.»

[5]. Pez de pequeño tamaño.

[6]. «Hasta luego.»

[7]. «Casa», «hogar».

[8]. Agua embotellada del manantial Fuente Agria de Teror, del barranco de Madrelagua a su paso por el municipio de Teror, Tenerife.

[9]. Caseta donde se guardan las herramientas necesarias para la labranza y las faenas agrícolas.

[10]. Café con leche condensada y leche líquida, muy típico de Canarias.

[11]. Canarismo: «Relajarse», «propasarse», «manifestarse los enamorados excesivas muestras de cariño».

[12]. Expresión canaria de sorpresa.

Que te parta un rayo, Candela

Paula Rivers

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Sergey Nivens / Shutterstock

© fotografía de la autora: archivo de la autora

© Paula Rivers, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2017

ISBN: 978-84-08-17757-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Libro, S.L.
www.eltalldellibre.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

